

A stylized illustration of a woman with short, dark, curly hair, wearing a black, strapless, form-fitting dress. She is looking upwards and to the right with a slight smile. Her right hand is raised to her neck, and she is wearing a bracelet. The background is a light beige color.

MALDITOS

BLOODY
FASHION
VICTIMS

se

UNA NOVELA DE IRENE C. Lectulandia

¿Qué ocurre cuando un fotógrafo y una supermodelo se enamoran?

¿Qué sucede si el fotógrafo en cuestión tiene unos ciento cincuenta años y pierde a su amada por culpa de una maldición?

El vampiro Dominique Désir Du Plessy, sofisticado y afamado fotógrafo de moda, lo tiene todo. Es refinado, atractivo, inteligente y está en la cima de su carrera. Incluso se ha topado con su alma complementaria, la modelo Gina Mann, que da sentido a su inmortalidad. Sin embargo, no cuenta con que el objeto de su amor y deseo, Gina, tenga que pagar muy caro corresponderle. Fuerzas ocultas condenan a los enamorados con una terrible maldición para la que el vampiro deberá encontrar un remedio si no quiere perder a su mitad para siempre.

Dominique buscará el antídoto durante las décadas más brillantes y revolucionarias del siglo xx. Vivirá con Gina y con muchos otros personajes los grandes hitos históricos y el descubrimiento de todo lo que conlleva la moda: la creatividad, la magia, la belleza, la expresión individual y social, el lujo, y también el poder, el engaño, la ambición.

Malditos. Bloody Fashion Victims es una novela en la que vampirismo y moda van de la mano. Una historia de seducción, sexo, fantasía, suspense y acción. O ¿qué hay más perverso e irresistible que aspirar a la belleza eterna?

Lectulandia

Irene Claver

Malditos

Bloody Fashion Victims

ePub r1.0

orhi 21.06.16

Título original: *Malditos*
Irene Claver, 2016

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«Choderlos de Laclos, Bram Stoker y Audrey Hepburn habrían querido leer esta novela. Pasión y glamour desbordados. Irene Claver ha unido lo que nadie hasta hoy se había atrevido a unir. Si hay vampiros como los de *Malditos*, yo quiero ser como ellos.» CARE SANTOS, ESCRITORA

«Los protagonistas de esta novela sienten la vida y su amor con la intensidad e inmediatez de una polaroid. Viajar en el tiempo junto a estos seres tan especiales y sofisticados ha sido un regalo sensorial. Un sueño cumplido que te traslada a épocas y contextos donde confluyen talento, excentricidad, arte y sofisticación. Nos recuerda que la moda es algo más que un negocio.» LEILA MÉNDEZ, FOTÓGRAFA

«Un viaje de fantasía y amor que te hace soñar a la vez que te transporta de una manera real por el mundo de la moda en toda su expresión.» NATALIA BELDA, *MAKE UP ARTIST*

A Benito, gracias por tu segunda vida.
A los que creen en mí. Son el antídoto.
A los genios, tan necesarios y tan escasos.

«¿Qué sería de la moda sin la literatura?»

DIANA VREELAND

¿Qué sería de la literatura sin la moda?

París, 4 de marzo de 1778

Apreciada Vera, Señora mía,

En estos días, todavía aturdido y preso de la duda, he sabido de la gracia que me dispensó con su ayuda, al tiempo que intento comprender cuál es mi nueva situación y en qué me he convertido tras el desagradable episodio de hace unas semanas. Su gentil sirviente se ha cuidado de informarme sobre su estatus y sobre los porqués de acogerme bajo su protección. No puedo sentirme más agradecido, mi Señora Vera Dempres.

Solo deseo con lo mejor de mi ser que el hecho de ofrecerme su palacete, su confianza y su apoyo no haga mella en su reputación de buena y respetable ciudadana parisina, y que tal comportamiento no le cause roces con las esferas de la corte y del pensamiento.

Bien conocéis de dónde procedo, que me unen lazos de sangre con los descendientes del cardenal Richelieu, y que con seguridad esta vena familiar afecta y cercana a lo militar y a la Corona me perjudica en estos tiempos revolucionarios y escépticos para con los estratos de poder y sus privilegios. No mostraría asombro por que el pueblo llano no aceptara mi sincera fraternidad en relación a sus penurias, aunque nunca hubiera esperado que fueran mis propios semejantes quienes me condenaran al destierro social por socorrer a los más necesitados.

Lo último que recuerdo de aquel domingo borrado de mi mente son los gritos de la masa a mi paso, en el camino infame desde la prisión a la plaza donde se erigía el cadalso. Se me había juzgado sin darme opción a una defensa bien preparada, cargando como única acusación ser un traidor a la justicia, pues había participado en salvar a inocentes condenados de cumplir su pena de muerte.

Aún las mentes oscuras pueden negar a unos cuantos la vida y a Dios, jugando con el analfabetismo y enfrentándose a las nuevas corrientes que al fin defienden el papel de la Razón en el desarrollo de las vidas humanas. ¿Dónde está el deseo exacerbado de enseñar y de aprender, el espíritu enciclopédico de Diderot y D'Alembert, de Voltaire? ¿Dónde están aquellos que guardan al individuo de los abusos de los gobernantes y de los intolerantes religiosos? La fe en nosotros, que tenemos mente y corazón, pensamos y sentimos con el fin de transformar la realidad. No nos bastamos en el combate intenso contra la superstición, la falta de humanidad, el pesimismo. La revolución definitiva debe estar por llegar o la Iluminación no tendría ningún sentido.

En esta coyuntura, he sentido un hondo temor, Señora. Sigo vivo, cuando sé con certeza que morí. Con todo y haber visto las garras y la cara de la muerte, he despertado en un camastro de su casa notándome pálido, cansado e incorporado a otra vida que no creo mía. Quienes me atienden me han rogado que descanse y que

sea paciente y no salga a la calle. Me han recomendado reposo para acostumbrarme a mi nueva condición. El miedo me ha estado desgarrando por dentro. Hasta esta mañana.

Dado mi sufrimiento, sus fieles sirvientes han estimado conveniente pedir su intervención. Pese a que sé que la veré pronto, he leído la misiva que me ha mandado como anticipo a nuestra entrevista, que ha actuado de bálsamo ante mi desasosiego, y también como afilado cuchillo.

Soy un vampiro: he ahí la explicación. Soy de su estirpe, su raza, su casta. No por fallos ni ofensas, sino por compasión y justicia: así recuperan la vida los que cometemos actos sacrílegos a ojos de Dios, pero somos misericordiosos a juicio de las personas. Salvé a muchos, y he sido salvado.

¿Qué voy a hacer ahora, mi estimada Señora? Ayúdeme en estos momentos de angustia, puesto que el dilema de vagar entre la vida y la muerte me ha encerrado en la más horripilante de las cárceles.

A la espera de sus noticias quedo.

Su admirador agradecido,

Dominique Désir Du Plessy

V.D.

Queridos y queridas, mi nombre es Vera Dempres. Traducido: la Verdadera Emperatriz. Mi misión consiste en trasladaros los sucesos que habéis conocido y que podéis seguir leyendo.

Soy la que todo lo ha visto y todo lo ha entendido.

De la misiva anterior quizás habréis deducido que existe algo sospechoso y lóbrego entre el glamour y el amor en esta historia. Creo que os debo una breve aclaración, entonces. Quiénes somos, de dónde venimos, qué deseamos.

No fingiré haber hallado por casualidad las cartas de uno de los protagonistas de esta crónica, cual cuento recuperado para la tradición por un Le Fanu, un Cervantes o una admirada Pardo Bazán. No es necesario que me esconda tras recursos literarios. Me declaro responsable de las alegrías y desvelos de Dominique Désir Du Plessy, pues soy su mentora y protectora. Y, como tal, conozco sus pasos en el ayer y en estos días. Esté o no en carne y hueso, mi poder me permite narrar cada detalle de su larga vida. Mi poder es incontestable. Nos hemos acompañado desde las postrimerías del siglo XIX. En efecto, somos viejos, pero eternos.

Nunca desaparecemos.

La muerte forma parte de nuestra absurda existencia. De ahí que le demos un sentido trascendental a nuestras vidas robadas, a través de las artes; solo estas pueden salvarnos del destierro en la sombra. Aquellos que nos ven como cadáveres revinientes, chupasangres, depredadores, bestias y que no aman la belleza están más muertos que nosotros. Porque, que conste por escrito: los vampyrus malditos, los que hemos sido condenados a este estado intermedio entre la vida y la muerte por habernos rebelado contra la injusticia, no portamos en nuestra alma a la bestia enferma de sangre. No precisamos devorar el fluido vital humano como otros vampiros, aunque dentro de nuestro refinamiento, podamos beberla si lo elegimos. Somos sofisticados y, en todo caso, nos consume la pasión, el amor desmesurado por lo bello, por los acontecimientos que estremecen o cambian el curso de muchas vidas, o por un ser humano único que nos hace arder, que nos infunde savia. A eso podéis llamarlo alma, ¿verdad?

Mi arte es la estética, es la imaginación transferida a la realidad o, mejor aún, cualquier realidad que no seamos capaces de distinguir de lo imaginado. La moda es el hecho más de ficción que existe. Y lo vampírico es tan oscuro como la cara más perversa del lujo, del poder, de la tiranía de la apariencia. Personifica lo que se idolatra en la moda: la eterna juventud, la belleza por la que venderíamos el alma al diablo. Vampiros y modernos somos como el sol para la flor y las cenizas para el fuego.

Por lo que respecta a mi protegido, Dominique ha encontrado en su camino una

hoguera mayor que la de nuestra inspiración y oficio, la moda: a sus ciento cincuenta años de vivir en el castigo de la inmortalidad negra, de ser convertido en vampiro por mí, reconoció a Gina, su mitad humana sin la que no puede sobrevivir. Lo suscribió el gran Baudelaire: el amor es el anhelo de salir de uno mismo. Así que es la obligación de Dominique luchar contra él mismo y sus sufrimientos para reunirse con su otra parte. Que salga y se ponga el sol, que truene, llueva y nieve y que todo se recomponga y él pueda comprender hacia dónde camina.

Hasta aquí, las circunstancias son las habituales para un vampiro completo, el que está enamorado. Debe llorar, sentir, reír, amar y odiar hasta el tuétano, con miras a desarrollar su personalidad, a descubrir su poder. Por desgracia, en su camino también se ha cruzado un verdadero monstruo, y el agravio ha variado nuestro trayecto tranquilo y artístico. Hoy me veo en la necesidad de contaros sobre este viraje en nuestras vidas como única manera de recuperar la cordura y la dignidad de nuestros nombres y de nuestros congéneres. La historia de Dominique y Gina, nuestros protagonistas, es la historia de una maldición inaceptable conducida por la envidia suprema.

Desde la ciudad en la que nacimos Dominique y yo, Vera, en París-centro del mundo, muchas sorpresas nos han cambiado, muchos sueños se han henchido y arruinado y mucha magia ha transformado nuestras indumentarias en declaraciones de principios de cada década del siglo xx.

Y todo eso lo he visto, lo he entendido y lo escribo aquí.

PRÓLOGO

La continuación del principio

*Now that I'm tangled up in chains,
Caught in this human cage,
Trapped, and I'm fired up with rage
And somebody's got to pay.
Love that was just a waste of time,
Oh, not anymore
I can feel it coming at me,
But I'm locked away and I'm bound to stay,
So no one can get in
I'm a man in chains
I only pray that before I die,
Just like a phoenix I will rise and fly.*

Man In Chains, Spandau Ballet,
Through the Barricades, 1986^[1]

La fiesta (\$250,000 fucks)

Parece mentira que hayamos llegado hasta aquí. Esta noche puede culminar en un nuevo encuentro, como ha sucedido otras veces en las décadas pasadas. Los años ochenta. Es maravilloso. Ella no lo sabe: Gina, la mitad femenina de esta historia, está a las puertas de ser la chica de todos, la cara, el cuerpo y el alma de estos tiempos agresivos y sensuales de la penúltima década del siglo xx. Es como si te alcanzara un rayo y sonrieras a la vez. Electricidad, ya que la metáfora se presta, no nos falta esta noche. Bostezos, risas impostadas, aplausos breves y enfáticos, de esos que calientan las palmas de las manos, un «¿A ti también te han invitado? Emocionante». El bullicio ramplón lo excluye de cualquier evento selecto en esta ciudad —en París moriríamos de vergüenza ante un despliegue de vulgaridad de este tipo—. Ellos creen que ser elegidos a dedo para formar parte de un *happening*, para conformar la comitiva de *Very Important People*, es tan moderno. Ojo, y yo creo que lo moderno resulta una delicia, pero aviso de que las fiestas ya no son lo que eran.

En realidad, estamos aquí por otros asuntos. No os creáis que no adoro bailar; del ballet a Broadway, estas piernas han volado y temblado de pura extenuación. Hace demasiado calor, todos sudan y se insinúan. Mi estimado y caballeroso Dominique, la otra parte interesada de este relato, me tiene admirada en su capacidad de adaptación a las técnicas de seducción; las artes amatorias no siguen los mismos patrones en cada época, por mucho que simplifiquemos y nos ciñamos al romanticismo de folletín. O al sexo por el sexo. Pero claro, Dominique es un superviviente. No minusvaloremos sus más de cien años vampíricos de aventuras que harían temblar de placer a cualquiera. Ha conocido seducciones de altura y de bajura. Los terapeutas *yuppies* se deleitan con su «inteligencia inter e intrapersonal» (en unos años, otro mengano pondrá este concepto en el mapa como «inteligencia emocional»).

Apostado en un estratégico rincón entre la penumbra de las mesitas reservadas y la cegadora pista de baile, Dominique, alto y de físico poderoso, nuestro famosísimo fotógrafo de *socialités* y de moda, viste un pantalón de cuero negro y una blusa de seda del mismo no-color. Como exquisito dandi dieciochesco original, su levita azul marino de lana fina, abierta en un faldón de estilo frac, se abrocha con corchetes, disimulados tras los botones decorativos dorados. Unas botas hessianas ribeteadas de cuero azul completan su conjunto. Dominique está a un paso del look *Blade Runner*, la película cuyas escenas se proyectan en bucle en la pantalla del club. O eso piensan los que le admiran esta noche, quizá sugestionados por el tema de este *happening*: la Inteligencia Artificial. Como si eso existiera y, dado el caso, les interesara que existiese.

Sus acompañantes eternas son dos chicas tan despampanantes como

impresionables. Le siguen a todas partes, como las cortesanas de una reina rococó. Le abrazan por turnos, acarician sus mejillas, sonrían a la concurrencia. Los mirones no alcanzan a entender quién es la presa de quién: el dandi de sus señoritas, o las gatas salvajes del caballero. Dominique atiende a su pareja de espigadas y andróginas señoritas, envueltas en sendos bustieres de ante y tul superpuesto y vestidas con un pantalón de pinzas y de tiro alto y con una falda lápiz *midi*, respectivamente. Ambas hacen equilibrios sobre unos fabulosos zapatos de tacón de aguja acharolados. Peinan su corte *à lo garçon* como hombres de negocios poderosos, abusando del gel fijador y con ligero tupé. Una pareja para alabar, desde luego. Su pareja de vampiresas fieles.

—Dominique, cariño, te noto inquieto. ¿Qué te preocupa? —pregunta Valérie, una de sus enigmáticas acólitas.

—Sí, cuéntaselo a tus niñas —insiste Antoinette, la otra acompañante.

—Sueño cosas que no quiero que sepáis —replica Dominique, misterioso y preocupado.

Sin despegar su mirada de la puerta de entrada al local, Dominique roza sus labios con los del *rouge* intenso de Valérie.

—Deja pasar el pensamiento como pasa la nube por el cielo, dirían en mi clase de hatha yoga. Oh Domi, no puedo entender que no hagas yoga ni pilates. ¡Es increíble! —apostilla en tono caprichoso el cincuenta por ciento del tándem sensual, Antoinette.

Desde luego, no son estas chicas quienes restan paz al fotógrafo. Para el caso, sí, está muy serio, turbado. «Gina, Gina, Gina», piensa Dominique.

En la multitud divisamos a dos chicas más: Gina y Christine. Estas hace horas que entrelazan sus manos. En el desfile, en el *backstage* del desfile, en la limusina que las ha conducido de su sueño de modelos hasta esta fiesta de moda, se han comportado como chiquillas corriendo por un campo de girasoles. Todavía no se han percatado de que siguen cogidas de la mano, aunque atravesando otros gigantes luminosos, los rascacielos de Manhattan primero y, bueno, estos otros girasoles escandalosos, los invitados a LA fiesta, encantados de conocerse a sí mismos en este club y esta noche. Giran y giran alrededor de sus soles, sus reyes y reinas del mundo de la moda, ansiosos por arrancarles su favor. Ya os lo he dicho, echo de menos a la gente con estilo.

No, no, no. Respecto a la falta de estilo, no me refiero a Gina —a Christine tal vez sí, para qué os voy a mentir—. El estilo es una manera de vivir. Es lo que cada mañana te empuja a comerte el mundo. El estilo le da sentido a todo. Sin este, ¿quiénes somos? Nadie. Ni con un vestidor a rebosar de ropa y de nombres de diseñadores en sus etiquetas.

Gina tiene ese algo singular. Y punto. Empero, los chicos de la puerta del club Vertigo las han dejado fuera porque su indumentaria de *preppy girls* no era lo suficientemente cara ni *cool* para pagarles el precio de la entrada. Qué sabrán los porteros de Nueva York de clase y de estilo. Así que Gina y Christine han probado suerte en esta parte de la ciudad, y esta fiesta secreta de Hudson les ha abierto sus

brazos. Dominique y Gina, por fin juntos, destinados a encontrarse. Un destino, no obstante, que solo conoce y persigue con avidez mi protegido, mientras que su Gina aún es feliz en su ignorancia.

¡Una fiesta! Una más de las que ocupan nuestras noches, pero de las primeras para la modelo Gina. La chica está emocionada. Gina y Christine desconocían el *dress code*: ciencia ficción. Años luz de los atuendos futuristas, son el vivo ejemplo de las ricas aristócratas del Upper East Side neoyorquino, tal como el diseñador para quien han desfilado pretendía. Un jersey de cachemira hasta los pies y un vestido de gala de satén las delatan. Ay, y las botas camperas y ese sombrero a lo Gran Gatsby de Gina.

Se abren paso entre el nutrido grupo de álguienes y de donnadies. Me ocupo después de los álguienes, si no os importa. Solo observaré que de ellos es el reino del lamé y del satén. Los donnadies, por su parte, han elegido en masa el blanco y el plateado como colores de cabecera. ¿Es siempre espacial la Inteligencia Artificial? Hasta tres personas se han decantado por disfrazarse de cometa Halley, que nos honra con su paso este año. No puedo decir lo mismo de los pelucones empolvados de tiza naranja con los que rinden homenaje a su cola cometaria. Cardin, Courrèges y Rabanne podrían congratularse por las decenas de minifaldas de vinilo, viseras de plexiglás y gafas Eclipse que dominan el paisaje. Hay geometría y poliéster hasta la saturación visual.

En medio de esta escena que se me hace como un videoclip de Russell Mulcahy —aunque no suena *Video Killed the Radio Star*, lo que resultaría tan extremadamente oportuno—, las dos modelos continúan avanzando mano con mano, ambiguas, seductoras, tímidas.

Y un atractivo dandi de negro las persigue con los ojos fijos en ellas.

Los que suenan, divinamente, son los Talking Heads.

Watch out, you might get what you're after.

Cool baby, strange but not a stranger.

I'm an ordinary guy. Burning down the house...^[2]

—¿Me esperan aquí, señoritas? —Dominique deja a Valérie y a Antoinette e intenta acercarse a Gina saliéndole al paso. Sonríe, se siente fuerte. Escucha los pensamientos de los donnadies. Ojos verdes, mentón y pómulos tallados por la belleza misma, hombros torneados, manos de largos dedos. Seduce a hombres y mujeres con un simple toque en el hombro. La multitud se abre a su paso y muere por un beso del vampiro fascinante. Mira a su alrededor. Gina ignora que continúa paso a paso hacia él y que, en cualquier momento, sus rostros se encontrarán.

Hold tight wait till the party's over.

*Hold tight we're in for nasty weather.
There has got to be a way. Burning down the house...^[3]*

Un caballo árabe (sí, ciencia ficción de la buena) montado por una rockera teñida de rubio platino y de negro azabache y enfundada en un mono de malla de metal y plástico que no deja nada para la imaginación se interpone en el camino recíproco de Gina y Dominique. El precioso animal relincha y todos se vuelven locos, aplauden a rabiar, toc-toc-toc, cascos contra los azulejos pulidos de porcelana de la pista de baile, ohs, ahs. Una vez repartidas las sonrisas y los pétalos de rosas blancas, el *deejay* presenta a la medio rubia oxigenada y mete el vinilo de 7 pulgadas de *French Kissin' in the USA* a sus 45 revoluciones.

Es entonces cuando la detestable criatura aparece entre Gina, Dominique, el caballo y la rockera. Esta es una fiesta por invitación. Si no has recibido tu ficha de dominó del doble seis dentro de una cáscara de huevo reparada a la japonesa, no debes estar aquí. Por tanto, no entiendo cómo se ha colado Manfred. ¿Qué retorcida mente se acordaría de mandarle un huevo sellado con barniz de oro, un símbolo de la belleza de las heridas, de la imperfección, a un tipo marcado por profundas cicatrices? El *kintsugi* no es para los monstruos, no me hagáis reír. Manfred Hass, conocido como Hass, el Odio, un malvado, cruel y servil hombre de mediana edad, responsable de que se manufacturen las ideas, de llevar a la fábrica un diseño y replicarlo para que esté listo para llevar por toda alma posible. Manfred, el gran artífice de la maquinaria del *prêt-à-porter* y para muchos el gran traidor al arte de la aguja exclusivo, se encarga de hacer pagar a Dominique una viejísima ofensa. La de la maldición de su señor Yuri Upravleniya, el mago, el escapista, el Duque de Humo que hoy es un alto industrial de la moda. Maldito sea también Hass, porque se toma la venganza de su amo tan profundamente como la última cicatriz que desdibuja su torso.

Mi mente y un cruce de mis dedos anular y meñique ponen en alerta a Dominique, que rápidamente retrocede hasta las sombras. El purasangre se pone nervioso y sus admiradores empiezan a recular. Manfred Hass profiere unos agudos gritos de rabia que se confunden con el estribillo de la canción, que parece sonar aún más alta y acelerada, y también con los de la cantante, que no sabe controlar al corcel. El *deejay* está convencido de que la fiesta comienza a animarse, y jalea al público. Este, aterrado, que no animado, no puede estar más histérico.

Dominique y sus mujeres fatales escapan apresuradamente por el piso superior. Su última imagen del local es la de un caballo desbocado, rostros de pánico, tiza naranja en el aire. Vuelan las hombreras, se esparcen las lentejuelas espaciales y se corren las máscaras de pestañas. Definitivamente, a la naturaleza salvaje no le gusta lo artificial. A mí, Vera, por el contrario, sí. Dame artificio y te daré sueños.

Dame además la forma de que Manfred abandone su persecución. Ese tipo se afana en alcanzar a Dominique. Nunca lo dejará en paz. Nunca nos dejará en paz.

Las dos modelos continúan sus pasos lejos del escándalo del caballo, la rockera y las lentejuelas, hasta dar con el reservado de la fiesta.

—Nena, ¿has visto un fantasma? Estás más pálida que un neón desgastado de Queens.

Una suerte de guarda de entrada al reservado pasa la palma de la mano por delante de la cara guapa de Gina, que aún anda por su propio espacio exterior. La modelo parece despertar de una mala sesión de hipnosis. Christine la ha arrastrado hasta allí y la sujeta por los hombros cual madre protectora.

—Lo que veo por aquí son muchos vampiros. Dejadme pasar, que vengo sedienta del Concorde, chicos —avisa la carismática cantante y modelo Grace.

—Oh, Grace, ¡no esperaba encontrarte aquí! —responde Christine la supermodelo.

—Ni yo tampoco a mí misma, *my darling* Christine. ¿Dónde está ese marido tuyo, de gira otra vez? Que no toquetees tanto el piano y que te sobe más a ti, que luego una sabe las cosas que pasan. Al mío me lo llevo de gira siempre.

—Pero tú eres la Jones —afirma Christine.

—Y él, el Joel —reafirma Grace. La altísima negra de pómulos de acero pide una copa a gritos y a chasquidos de dedos al tiempo que camina con paso marcial hasta la barra del fondo.

Alerta el guarda de la familiaridad de las chicas con los álguienes, no quiere impedir su entrada al reservado de la fiesta privada. Han venido los que dan fuerza y sentido a estos eventos, los que los periodistas necesitan para entonar en sus crónicas sociales la palabra «glamour». Los álguienes, recordemos: el lamé y el satén. Sin embargo, aquí dentro a lo más contamos alguna chaqueta metalizada. La gente de la moda no se tiene por seguir tendencias ni códigos, más que los suyos propios, claro.

Mira, en cambio, a toda esa gente del cine que no falla a un evento, Richard, el *sex symbol*; Rob, el rompecorazones y todos los del Brat Pack. Creo que Giorgio los podría adecentar un poco. Por muy guapo que seas, una mano de diseño conviene para remontar un poco el glamour de Hollywood. Por los dioses, estos adolescentes eternos solo se fijan en los peinados. ¿Qué tal ese tinte pelirrojo creado por el peluquero de las estrellas, Liuciani, para Molly, y toda esa laca? Me consta que esos cardados le pasarán factura a la capa de ozono. El año pasado, la humanidad entró en pánico cuando desvelaron que habían descubierto un agujero en la capa de la atmósfera que nos protege de morir quemados por el sol. Terrible muerte a la que no quisiéramos exponernos ninguno de los de mi raza vampírica.

Los humanos se han consolado cardándose el pelo más que nunca, duplicando la producción de artículos plásticos (y he ahí la fiebre por los Osos Amorosos, la Muñeca de fresa y el hula hoop, que los rusos han vetado porque les resulta un insoportable ejemplo de la vacuidad del imperialismo capitalista americano) y

dándose al arte callejero a golpe de espray. Este último acto de preocupación por el medio ambiente es la especialidad de otros miembros de mi selecta estirpe. Ya me he despedido de Jean-Michel y de Keith. Se marchan. Prefieren divertirse un poco con el aerosol y los paseantes nocturnos incautos del Meatpacking District. Me gusta que Jean-Michel tenga como musa de su *graffiteo* a esa estrella del pop que no duró ni un día en su empleo del Dunkin' Donuts. Está destinada a ser la artista femenina más importante de la historia, y vender roscones glaseados de colores no le pega a una rebelde con causa que se atreve a autorizarse como una virgen y una chica materialista al mismo tiempo.

Los personajes que más me interesan comparten velada conmigo. Bebemos vino blanco sin burbujitas y nos conocemos desde siempre. Nosotros inventamos las revistas de moda como vosotros las entendéis. Nosotros convertimos la mentira en verdad y la verdad en un juego. Nosotros os amamos y queremos ser correspondidos sin excepción.

Diana & Dick, Moira, Iris y servidora somos colegas de traspase. Más que nada para poder ser testigos fiables para la posteridad de lo que ha sucedido, sucede y sucederá en términos de tendencia. Por descontado, unos cuantos temen nuestro juicio, y no me extraña. Si no nos enteramos de qué se ha creado, de qué ha pasado, lo ideamos, y es automáticamente lo que llena la calle. De ahí que ni a los modistos, las modelos, los críticos ni los paparazzi se les ocurra agasajarnos con burbujas. Es de mal gusto airear demasiado un buen vino y una buena novedad.

La feliz novedad por fin se aproxima a nosotros, y se llama Gina Mann. ¡Oh, nuestra Gina, la niña que tan bien conozco sin que ella sepa de mí! Es preciosa, cándida y el ochenta y cinco por ciento de los habitantes de las ciudades civilizadas se la llevarían a la cama. De inmediato, Diana y yo sentimos que se nos acelera el corazón. Debo participaros que somos hermanas gemelas, y las gemelas nos compenetramos en intuiciones, aunque yo le lleve ventaja a Diana, puesto que no me propongo adivinar el futuro, sino que ya lo conozco. En este sentido, la visionaria es ella, pues su intuición y su olfato para lo especial son reales. Asumo que me gana a original y a irreverente. En absoluto: ¡miento! Cuando nació el descaro, ahí estaba yo. Y qué narices, fui yo quien puso en su camino a Avedon, y a este feliz y chisposo par de colegas que son mi hermana y Dick estoy por ponerles en bandeja a la mejor modelo de toda esta década excesiva, la de 1980.

De rebote, estoy segura de que Moira va a fichar a Gina, o ya nunca podré confiar en su pericia como *scouter*. Una agencia importante debe manejar el futuro de la próxima supermodelo, que dejará a su modesto representante, y será la agencia de Moira. Como una de las hijas hilanderas de Zeus que hilan, ovillan y cortan las vidas de los humanos, nuestra Moira ha regalado al mundo a todas las caras publicitarias desde los años sesenta. El *allure* de las modelos se debe a lo que su *booker*, el fotógrafo y el equipo de estilistas de ropa, maquillaje y peluquería tramen. Queremos a alguien con personalidad y a la vez a la chica camaleónica que se adapte a cualquier

imagen. La línea entre lo bello, lo creíble y lo ideal se rompe por múltiples partes y por eso todo este tinglado funciona. Por eso, todo el mundo muere por dormir con una modelo. No aceptamos que, bajo las sábanas, la modelo es una chica más, como Jenny, la vecina del barrio. Apagas la luz... y la chica de barrio te hace aquellas cosas que te complacen, y que la modelo no te hará. No me pidáis más detalles, pervertidos.

La piel olivácea, los enormes ojos color avellana y una eficaz melena castaña que cae en torrente y en la que se reflejan las luces discotequeras. La figura delgada de extremidades largas y pechos redondos. Las caderas y las nalgas prominentes pero contenidas. Esa es Gina, la gacela que provoca de manera inconsciente, justo cuando la leona Christine nos saluda pizpireta y nos despierta de la ensoñación. En mi vida he visto melena rubia más enorme. Las *preppy girls* deben controlarse con el secador, ¿verdad?

—*Ciao tutti!* Estáis guapísimos, besos al aire para los cinco, muá-muá. —La felina Christine con pinta leonina al final es un encanto.

Moira, la directora de agencia de modelos que siempre luce un casquete rígido con velo moteado que oculta parte de su rostro, por miedo a mostrar su verdadera edad, fuma como un carretero. El halo la persigue desde los años cincuenta. Por cierto, colecciona boquillas plateadas con forma de pistola. Es estilosa hasta para encañonarse la boca.

—Tú eres la chica del chico del piano, ¿no? Qué pareja de americanos de *pedigree*. —Moira se dirige a Christine, ojea a las dos y da una calada.

—¿No nos presentarás a tu amiga, querida? Te vemos en las portadas cada mes, pero ella también nos parece adorable. —Quien insiste es Diana, y me digo que la quiero porque siempre se adelanta a mis deseos. Queremos que Gina entre en nuestras vidas y que nunca nada vuelva a ser igual.

Iris tiende la mano a Gina y la hace voltear como si diera un paso de baile.

—Incluso con este horroroso jersey que arrastras por los suelos estás maravillosa, ¿verdad Dick? —prosigue Diana.

—Absolutamente maravillosa —corroborra Dick—. ¿Qué haremos contigo, criatura?

Gina se ha quedado muda, busca con la mirada a Christine, más acostumbrada a estos *castings* improvisados, y la rubia modelo le susurra:

—Te quiero. Eres la mejor. Demuéstralo.

Nuestra bella protagonista ladea su sombrero.

—Gracias a todos. Me siento muy halagada.

Su voz es dulce y aniñada. Les ha conquistado. Me he emocionado. Lloraría si pudiera. Iris con sus enormes gafas redondas levanta los brazos hacia el cielo.

—Me cuentan que quieres ser modelo de verdad. Para tocar el cielo necesitas una agencia de verdad, la mía. ¿Te pasas por mi despacho mañana y nos ponemos de acuerdo, Gina? —Moira no se anda con rodeos.

—Ah, bueno, cla...

Diana y Dick interrumpen a Gina.

—Será por la tarde cuando tejáis el destino juntas, Moira. A mediodía vamos a organizar una sesión de fotos con nuestro fotógrafo preferido. Ahora mismo llamo a mi asistente —sentencia Diana. Dick asiente y Gina, qué remedio, también.

Christine da un respingo y abraza a su alucinada amiga. A saltitos, la calma:

—No te preocupes, que te acompañaré al *shooting*. ¿No eres fabulosa, mi mejor amiga?

—Que camine por el espacio, eso me gusta. Me inspiran las chifladuras espaciales de este club. —La idea del *shooting* parte espontáneamente de Iris, que habla poco, pero cuando lo hace, es como un mandato divino. Esto fluye.

—Estoy más que convencida de que caminará por el espacio sideral. A partir de mañana, tu vida va a cambiar. Recuerda mis palabras —digo con la ironía y la autosuficiencia que me caracterizan.

—Me hace muchísima ilusión, os lo prometo. —Palabra de Gina, la inocente.

—¿Quién es vuestro fotógrafo? —inquire Moira.

—¿Quién va a ser? Dominique Désir —contesta Iris.

—¿Se ha marchado ya? —Diana frunce el ceño.

—Con dos muñecas increíbles, sí, y hace un rato. —Dick fustiga a Diana.

Gina escucha «fotógrafo», «espacio», «fabulosa», «mañana», «agencia», como palabras aisladas, y cree que va a desmayarse en cualquier momento.

—No toleraré ningún comentario jocoso en relación a Dominique —advierdo a la pareja de editora de moda-hermana gemela y fotógrafo consagrado.

Diana contraataca:

—De dónde sacas tanta devoción por ese seductor, no lo sé. Ni idea de cómo ha logrado enamorar a alguien como tú, que eres tan fácil como una guerra nuclear.

—Qué ordinario que hables de nucleares después del desastre de Chernóbil. Diana, me siento decepcionada —le reprocho muy en serio. Mi hermana cree que mi protegido Dominique y yo somos amantes. ¡Demente!

—Chicas, que haya paz en el mundo. La Guerra Fría ya nos tiene con los pelos de punta. —Dick se tapa la boca para enfatizar su mofa.

—Dick, no le voy a permitir a mi hermana que me busque romances con hombres jóvenes solo porque yo fui la que se encaprichó de él antes de publicar esa foto de morritos Jagger de la que nadie se había percatado, porque las estrellas del rock eran zarrapastrosos antifashion en los años sesenta. Supéralo ya, Diana, por favor —explico.

Se hace la luz.

—Señores y señoras, señoritas y señoritos, monos, caballos y demás fauna y flora que puebla esta arca de Noé del futuro. Bella gente, neoyorquinos de casta y de adopción. Soy miss Sarko y esta noche es un chachachá, un bolero y un tango. Su-su-sú. ¿Estáis listos para mis ritmos calientes y para la frialdad de los robots?

La *deejay* celeberrima de la City silencia el conflicto entre hermanas para dar

paso a la *performance*. Con las notas de *Bésame mucho*, de Consuelo Velázquez, salen en fila india y entre ovaciones, como si visualizáramos al equipo ruso de gimnasia rítmica, unas extrañas amalgamas de hierros, cables y luces intermitentes, androides feos.

Previsible que las películas *Cortocircuito* y *La mujer explosiva* de mi amigo Hughes surgieran en este *happening*. Los robots igual suben y bajan el cuello al estilo de E.T. el extraterrestre como intentan bailar a lo *Billie Jean* de Michael Jackson. Van, vienen, tropiezan entre ellos. Incordian con sus luces. Emulan los guiños de ojo encendiendo un intermitente de su rostro de metal. Inteligencia Artificial, «bésame mucho, como si fuera esta noche la última vez. Bésame mucho, que tengo miedo a perderte, perderte después».

La Sarko cambia el romanticismo por la aguda queja del chachachá de *La engañadora*; ya había avisado. Los robots se vuelven locos deambulando en círculos y alargando sus brazos de acero y cables. Se oyen muchos ooohs. «Todos los hombres la tenían que mirar. Estaba bien formadita. En resumen, colossal». Ahí sigue la canción.

Los cinco observamos embelesados a nuestro nuevo fichaje. Gina ríe y juega a ser niña con Christine. El espectáculo de los androides las divierte. Con todo, percibo mentalmente a lo lejos una conversación que me divierte muchísimo más.

—Eres un fiasco, como *tailleur* y como marido. Te planto, me voy y aquí te quedas, don hombreras. Te voy a dejar seco. Me quedaré con todo. Tengo al mejor abogado de la ciudad, y quien más quien menos sabe que los diseños son míos. Míos. ¡Si sacas de esto medio millón de dólares puedes suspirar por esa boquita!

—¿Solo medio millón de dólares? Es decir, que cada uno de los dos polvos que se me han concedido en estos últimos diez años me cuestan... ¿250.000 dólares? Eres una furcia un poco cara, cariño.

Los dos diseñadores se enzarzan en una discusión que sube de tono. ¿Es ella La Engañadora que describe la canción de fondo? ¿Es él el que baila tango? Después de la desbandada del caballo en LA fiesta, atentos, ¡que vienen los caballeros! Esta noche nos está deparando momentos muy emocionantes. De dominio ya general, y no solo para mi placer personal, es que Madame X coge lo primero que tiene a mano, que es un pobre robot feo, y se lo estampa en la cabeza a Monsieur X. Podemos afirmar que la Inteligencia Artificial acaba de marcar el divorcio creativo, de egos y de dinero de una de las marcas de sport más consolidadas en Estados Unidos, XPort.

Con una gran herida en la cabeza, Monsieur X está fuera de sí. Medio Brat Pack de los chicos de moda de las películas acude a sujetar al iracundo creador, que no para de gritar a su Madame X:

—¡Te acordarás de cada minuto que vivimos juntos, zorra! ¡Te lo haré pagar aunque me muera en el intento! ¡Acabaré contigo, farsante!

Madame X desaparece casi en volandas, rodeada por algunos de sus, pongamos, colaboradores. Esta noche se ha desatado una nueva guerra, que presiento será poco

fría. Los ánimos están muy encendidos en el seno de XPort. Ni han sido ni serán el único par de diseñadores que separan sus caminos, así que tanta inquina me desconcierta. Por eso, algo me dice que detrás de este desencuentro se esconden otros intereses.

En estas fiestas o se hacen negocios o se rompen negocios. Hay demasiada sangre, así que es preferible que me vaya. A los vampyrus nos inquieta la sangre, pero somos dueños de un gran autocontrol. Y los decanos de los eventos tenemos un lema: el mejor momento para abandonar un sarao es justo al inicio. Ninguna bebida puede perjudicarte menos que la que no tomas, y ninguna hora de más será motivo de arrugas más que esa hora extra que te quedaste cuando sabías que tocaba largarse a casa.

Casi en delirio, mientras huye de la furia del pura raza en LA fiesta, Gina se ve a sí misma corriendo por la orilla de un río. Es de noche, y sus padres están dando un paseo, pero no los encuentra. Corre con lágrimas en los ojos. Los pescadores nocturnos intentan detenerla y se ofrecen a ayudarla, y ella solo corre. Corre y no entiende nada. Quizá si recordara su vida pasada, lo entendería: comprendería que el corazón de Gina, la modelo de los años ochenta, carga con los sufrimientos de muchos años atrás. De los días en los que conoció a Dominique.

PARTE PRIMERA
El principio: los descarriados

*Happy girlie you will see
I've got someone nice, oh gee!
Is he handsome? Yes, indeed!
Let me tell you this:
I've found a new baby, a sweet honey boy.
My fashion plate baby, has thrilled me with joy.
His new way of lovin' has made me his slave.
His sweet turtle-dovin' is all that I crave.
Sweetest kiss, what a kiss, full of bliss, can't resist somehow.*

*I've Found A New Baby, Ted Lewis
y su banda-Ethel Waters. 1925^[4]*

CAPÍTULO 1

Virginidades de la vida (Diario de Gina Mann)

Praga, 1917

Martes, 13 de noviembre. No puedo desprenderme de la pesadilla. Vuelve y vuelve, como si fuera una noria que gira sin pausa, lentamente, mientras se me va encogiendo el estómago por el mareo. En las vacaciones que solíamos pasar en familia en Karlovy Vary, adonde ya nunca más hemos ido porque los tiempos felices se nos olvidaron cuando papá murió, corría con mis hermanas por la orilla del río Teplá cada tarde. En avanzadilla iban nuestros padres, de paseo, cogidos del brazo y ordenando nuestros futuros. Mi padre deseaba para mí un matrimonio como el suyo, despreocupado, amoroso y dichoso, con un hombre al que yo quisiera y que me diera las alas que preciso, ya que mi carácter indómito y artístico —según mi padre— y poco dócil e indolente —según mi madre— requiere de la paciencia de una buena persona.

Cuando él nos dejó tras su larga enfermedad, también dejó un vacío inmenso en mis aspiraciones, y comencé a correr junto al río extrañando nuestros momentos familiares, cada vez más al atardecer. Embobada en mi pena, en una oportunidad la tarde cayó, sorprendiéndome entre juncos. Me asusté y seguí corriendo en búsqueda de una luz que me guiara hasta el sendero que conduce a nuestra casa colorida. Al pasar los minutos y toparme con la oscuridad más feroz, las lágrimas brotaron y, sin darme ni cuenta —lo sé por los pescadores que me ayudaron a calmarme y me acompañaron hasta casa— llamé a gritos y entre sollozos a mis padres, quienes ya no paseaban del brazo delante de mí, donde la oscuridad ahora reemplazaba su amor y su protección. Sueño con aquello cada noche desde hace cinco años y estoy exhausta.

Tantas cosas han cambiado que a veces no distingo la pesadilla del río de mi vida diaria. Mamá y la tía Elsa viven absorbidas por las apariencias y el deseo de figurar en sociedad. Mis hermanas les reportan muchas alegrías en ese sentido: son dos señoritas como Dios manda, delicadas, preciosas y obedientes. No refunfuñan cuando la doncella les aprieta el corsé. Todavía se dignan a usarlo, eso es del siglo pasado. Ahora me muero por ponerme esos vestidos holgados y por enseñar los zapatos. Me vuelve loca el detalle del cinturón que marca el talle alto y las faldas con vuelo. Sueño con comprarme unos botines ingleses de tacón bajo, horma estrecha y botonadura con ojales. Parecen tan cómodos y tan femeninos... Mamá me lo niega, porque dice que es ropa de mujer que se ensucia las manos trabajando, lo cual es un

escándalo por muy en guerra que estemos y por mucha austeridad que sea necesaria. Que solo falta que le pida un guardapolvo y un pañuelo para ponérmelo en la cabeza, si tan a la moda quiero ir.

La verdad es que nunca he conocido a nadie que viva más fuera de su tiempo que mi madre. Para ella creo que soy como una muñeca a la que peinar y maquillar, que le puede servir como objeto de trueque hacia una vida de lujo. Es todo una pesadilla.

Miércoles, 14 de noviembre. Hablando de pesadillas, mi regalo de cumpleaños ha llegado a primera hora de la tarde como un cubo de agua helada. Hoy cumpla mis diecisiete y soy muy infeliz. Papá, ¿dónde estás? Esto que me está sucediendo me confirma que no existen los ángeles de la guarda. Sería imposible que aceptaras que me entregaran en matrimonio de esta manera. Ni por encima de tu cadáver, dirías. Mamá te enterró hace tiempo, así que podríamos decir que será por encima de tu cadáver y te prometo que se me ha cruzado por la mente por un segundo que sería por encima del mío. Pero no me quiero morir. Mis hermanas me felicitan e incluso dicen que me envidian. Incomprensible que les resulte normal casarse con un hombre que te triplica en edad. No me interesa la experiencia, ni su posición. Quiero amor, solo amor.

«El amor viene con los años.» No conozco el asunto de primera mano, aunque las novelas de Jane Austen y de Emily y Charlotte Brontë me dan pistas de que la pasión es otra cosa. Renuncio a la rutina, a la costumbre, a la amistad. Lo abandono todo a cambio de la pasión y del arrebató. Si tengo que sufrir, que sea por amor y desamor, y no por tener miedo y por sentir asco de aquel a quien no amo. Me han anunciado que lo veré el sábado, que esperamos su visita para hacer las presentaciones oficiales y las declaraciones de intenciones. ¿Es esto como un tratado de paz o como acordar con el carnicero las piezas de ternera que necesitamos para los *goulash* de la semana? Ah no, ya: lo que está sucediendo es como lo del relato *La condena*, en el que el protagonista no sabe por qué su padre le desapruéba. Si tengo el placer de cruzarme por la ciudad con Franz Kafka le preguntaré por cortesía. Un poco de sarcasmo no me viene mal hoy.

Domingo, 18 de noviembre. «*Dobrý den*», saludó. Inmediatamente supe que quería huir muy lejos y muy rápido de ese salón. Mis hermanas, mamá y la tía Elsa habían pedido que se prepararan viandas que, sinceramente, no nos podemos permitir; la cocinera tardó una tarde entera en encontrar los ingredientes en esta Praga de escasez. En mi opinión, es una falta de respeto a tantas personas que están perdiendo a sus seres queridos en la Gran Guerra y que solo toman sopa de patata y zanahoria, y un poco de panceta de vez en cuando. En nuestra mesa había tantos tipos distintos de carnes, de encurtidos y de cremas dulces y agrias que hubiera jurado que

estábamos en el banquete de un zar. Estos vuelos no se corresponden con nuestra ascendencia alemana, ni tampoco con la checa. Quizá pretendían avenirse aún más con el invitado, un ruso tal vez acostumbrado a los ambientes de los zares, precisamente. El señor, pese a todas las atenciones, no demostró ningún interés ni simpatía.

Él solo me miraba a mí, su futuro trofeo. Fija y asquerosamente. Su nombre es Yuri Upravleniya. En ruso, su apellido significaría algo así como «manipulador». Mi hermana dice que estoy loca, que no lea tanto y que tire a la basura el diccionario, que es imposible que alguien tan distinguido cargue con ese apellido. Yo pienso que no me equivoco, ni yo ni el diccionario. Es veintiocho años mayor que yo, muy delgado y muy alto, hasta para mí, que soy una joven espigada. Su cabello es canoso y el color de sus ojos, negro. De sus mangas de camisa blanca sobresalía mucho vello.

Tiene un hijo, que podría ser mi pareja perfectamente, aunque por lo que se ve, el joven lo desprecia, quién sabe el porqué. Desde luego, mamá no preguntó. Yo me limité a sentarme a la mesa y a probar con timidez algunos platos, sin hablar. Pedí con todas mis fuerzas que tampoco me preguntaran nada. No pude comer demasiado, pues embutida en el cuello alto, el canesú y el corsé, sin contar las cintas, las puntillas y los volantes, tuve la sensación de estar en la trinchera.

Vive en París, que es donde nunca imaginé que estuviera el infierno.

Jueves, 22 de noviembre. No puedo irme de mi ciudad. Siempre he querido viajar, sí, y recorrer Europa, perderme por Londres, por París. No así, por favor. Anhele vivir una vida independiente, expresarme con mi ropa, como propone Anna Muthesius en su libro *El vestido de la mujer*; no ser como todas, sino como yo. Mi padre aplaudía mi vocación de escritora o tal vez de bibliotecaria. O de actriz ¡Sí, de actriz! Interpretar a muchas personas diferentes y pasar por sus trances y por sus amores. Qué culpa tengo de ser hija de un loco por el arte, y de haber nacido en la ciudad de la cultura.

Estoy segura de que París es maravillosa, pero ¡echaré tanto de menos estas calles! Hoy he salido a escondidas y me he paseado por Praga. He permanecido sentada cerca de mi lugar favorito, la Torre Daliborka, en el Castillo. Fue levantada en 1496 y se utilizó como prisión hasta hace unos cien años. La denominamos Daliborka en honor al recluso más famoso y romántico, a la par que primero, que moró y murió aquí, Dalibor de Kozojed. La leyenda reza que el joven fue condenado por prestar su ayuda a unos siervos que se habían levantado contra los nobles, quienes los trataban de manera cruel. Encarcelado, Dalibor aprendió a tocar el violín para entretenerse hasta que se dictara su sentencia. Su música melancólica le hizo popular en la ciudad, y mucha gente acudía a escucharle y a traerle comida. Sus captores le dieron muerte para acallar este apego de los ciudadanos de Praga a su violinista.

Daliborka también ha inspirado a muchos literatos a escribir novelas de fantasía.

El golem, en la novela de Gustav Meyrink, pasa la noche de Walpurgis aquí. Un poco escalofriante, pensar que he podido estar rodeada de vampiros toda la tarde. Bueno, al final tampoco creo en criaturas sobrenaturales.

Lunes, 26 de noviembre. No he sabido ni una palabra más de mi supuesto prometido. Pido cada noche, antes de irme a la cama, que se arrepienta, que no me quiera, que pierda cualquier interés en mí. Al mismo tiempo, me pregunto si tendré libertad de movimientos en París, si me será permitido visitar los museos, si podré ver las obras de Alfons Mucha para navegar en la nostalgia de lo mío. Los míos. ¿Echaré de menos a mis hermanas? ¿A mi madre, a mi tía? Se me forma un nudo en la garganta porque no sé a ciencia cierta qué responder a esas cuestiones. Es terrible descubrir lo poco que me une a esas personas a quienes tengo por familia. Nos separan muchas ideas, un gran espacio sordo.

Martes, 27 de noviembre. Esta misma tarde, a las cuatro para ser exactos, me han comunicado que debemos empaquetar algunas pertenencias porque viajamos a París, con el fin de elegir mi ajuar. Mamá y tía Elsa me acompañarán de casa de moda en casa de moda y de anticuario en anticuario para confeccionar los vestidos que preciso en aquellos círculos y los muebles y enseres de calidad que debe poseer la esposa de un duque. Por Dios, me produce náuseas la idea de convertirme en duquesa.

Conociéndome y considerando que soy capaz de urdir un buen plan para zafarme del compromiso, todas las mujeres de la casa, chapadas a la antigua, han decidido sacrificarme como a un faisán en honor a un rey. Perdón, en honor a ellas mismas y a su propio bienestar. Ellas permanecerán en Praga viviendo como la reina que yo nunca me sentiré. Soy muy desgraciada, y no cuento con el tiempo ni con los medios para poder escapar de este destino negro. A lo mejor morir no sea tan mala idea. Iré a París y veré qué puedo hacer para librarme de esta tragedia. Que Dios se apiade de mí.

CAPÍTULO 2

El perfecto cicerone

A finales de 1917, la jovencita Gina Mann se vio obligada a abandonar su ciudad y las caras que tanto amaba. Su madre y su tía la trasladaron contra su voluntad hacia un oscuro matrimonio acordado. El trayecto desde Praga hasta París les deparó numerosas sorpresas, en general, desagradables, y más teniendo en cuenta el carácter provinciano y evasivo de la realidad de las dos hermanas y tutoras de Gina, su madre y la inoportuna y entrometida tía Elsa. De conformidad con nuestra protagonista, debo decir que este par de alcahuetas nunca me cayó bien. Su final, despeñadas con su Citroën Traction Avant en el vacío de un precipicio de la Riviera francesa, me pareció tan trágico como merecido. Prometo que no tuve nada que ver con eso, de verdad.

No estoy muy segura de lo que les cruzaba el pensamiento cuando creyeron que, valga la redundancia, cruzar una Europa en guerra les reportaría placeres turísticos inigualables; a cambio, la Gran Guerra solo las obsequió con paisajes de desolación, arrasados, trincheras y más trincheras, controles de documentos y los «señoras, no van a poder avanzar desde este lado. Es peligroso». Sorpresivo para burguesas amantes de la moral y los privilegios de la reina Victoria y en absoluto inesperado de un conflicto que acabaría solo un año después con un terrible balance de diez millones de muertos y sesenta millones de heridos. ¿Por qué me reprocháis que piense que el ser humano es estúpido?

París tampoco las recibió con fiestas solemnes ni con acordeones románticos. Ni siquiera cuando se hubieron acostumbrado al gris de la ciudad en guerra se sintieron, como habían anticipado, las respetables damas que solo una ciudad culta puede entender y cuidar. La misma Gina, más conectada con el mundo que sus familiares, se veía de lo más anticuada, por su forma de vestir y por su inocencia, digna de haber estado encerrada en una estrella lejana durante sus diecisiete años. Cómo iba a sobrevivir en ese escenario y, sobre todo, cómo se las iba a arreglar para cambiar su destino inminente, estaba por ver. Al principio, por su ligera vena pesimista, propia de ciertos pueblos del norte de Europa —cosas de la poca luz solar durante gran parte del año— intentó convencerse de manera aplicada y constante de explorar su potencial de resignación. No encontró ni trazas de este: no sabía resignarse porque no quería hacerlo. Pero, una vez más, el destino le salió al paso y le abrió su mano y su corazón para avanzar por vía segura. A este tipo de sucesos, nosotros los vampiros les encontramos mucha gracia. Ver venir los acontecimientos aburre ni os imagináis cuánto, así que es un divertimento delicioso ser espectador de cómo los humanos

reciben y manejan los pequeños destinos propios que hallan en su camino.

Bien, Gina rezó porque se le concediera el tiempo necesario para urdir el plan de liberación de lo que ella llamó «su matrimonio de inconveniencia» y otra revolución se lo otorgó. En Rusia acababa de empezar un movimiento político y social que desmontaría la sociedad injusta y feudal de los zares. Con el pueblo y sus ánimos al rojo vivo, Yuri había dejado París para viajar a San Petersburgo (conocido como Petrogrado en esos años, un nombre tan horrible que prefiero ignorar) y proteger su extenso patrimonio, fruto de someter a muchos infelices, desde luego. Gina estaba en París, sin el yugo de su captor por un tiempo indefinido. Benditos deseos que algunas veces hasta se cumplen.

Su madre y la tía Elsa patalearon unos cinco minutos por el hecho de tener que permanecer más tiempo de lo esperado en la ciudad. Después, se frotaron sus manos enfundadas en largos guantes hasta el codo y se ajustaron sus sombreros de paja con plumas soñando con agotar la cantidad indecente de dinero asignada por Yuri para completar el ajuar de su prometida. Recorrerían las mejores casas de moda y establecimientos parisinos y comprarían y comprarían sin escatimar. En definitiva, eran expertas en el derroche más ofensivo. En esas salidas diarias, Gina conoció a fondo la ciudad, que es la mejor manera de trazar un plan si una quiere convertirse en fugitiva. Se juró bajo la Torre Eiffel, la construcción más alta del mundo, que viviría su vida a su antojo; se confesó con los venerados del Panthéon en la iglesia de Santa Genoveva, en especial con Voltaire, Victor Hugo y Émile Zola, reclamándoles inspiración en la lucha contra la opresión del poderoso; se emocionó en la catedral de Notre Dame con el romance medieval del monje Pedro Abelardo y su alumna Eloísa, un enamorado a quien el tío de ella castró para romper su amor; imaginó los duelos para defender el honor de las damas que tenían lugar en la fabulosa Place des Vosges; se santiguó bajo el Arco del Triunfo y pensó que el horizonte resultaba infinito y lleno de posibilidades contemplado desde el nacimiento en forma de estrella de los bulevares planificados por el barón Haussmann; el maravilloso Art Nouveau del Grand Palais y del Petit Palais y la pulcritud de la iglesia del Sagrado Corazón le hicieron olvidarse de las barricadas por un instante. De hecho, las torres, cúpulas y agujas que dominaban los cielos parisinos parecían temblar a la espera de otro terrible bombardeo, por lo que su belleza tenía cartas de ser tan efímera como la euforia de Gina.

Ciertamente, seguía siendo un lugar donde los últimos avances en locomoción y costumbres quedaban patentes pese a la carestía. Sin embargo, hubo algo que golpeó aun más la sensibilidad de la chica del norte: por las calles de París circulaban, en su mayoría, mujeres. Mujeres que conducían tranvías y coches, mujeres que trabajaban en los oficios considerados masculinos. Mujeres que habían guardado sus sombrillas y vestían prácticas gabardinas llamadas trincheras porque imitaban uniformes militares, y que incluso llevaban camisas y corbatas como los hombres, faldas lisas de línea trapezoidal y botas altas con cordones. Mujeres que se comportaban como

personas integradas socialmente, capaces, fuertes y sacrificadas, y no como elementos decorativos o serviles de los hombres. Gina conectó en ese preciso momento con el pulso de la ciudad y supo que era una de ellas.

Por su parte, nuestras dos casamenteras codiciosas se lamentaban de que muchas importantes casas de modistos (perdón, de *couturiers*, para ser más exacta y que nadie me eche los perros por mi desconsideración del noble oficio de diseñar y coser. El arte de inventar atuendos se diferenciaba del de ejecutarlos como modisto), de que muchas *maisons de couture* habían cerrado sus puertas con el cartelito de «contienda en marcha»; circunstancia, opino, más que convincente para ello. Mientras que Madeleine Vionnet seguía sin actividad, la *maison* Worth, pionera de la alta costura, continuaba en boga bajo la batuta de los hijos del diseñador. Con todo, desmereciendo a la distinguida clientela, madre y tía no podían soportar ponerse en manos de un inglés, o de sus medio-ingleses descendientes: ellas necesitaban el pedigrí de un *couturier* francés de pura cepa que creara un vestido nupcial digno del desmayo de todo el Imperio austrohúngaro. Qué desgracia, por favor, que al imperio le quedara tan poca vida como la que tendría el vestido de novia de Gina. Para ellas, me refiero.

Para Gina, cada taller de modisto o *couturier*, sin diferencias, le reportaba una admiración, curiosidad y felicidad insólitas. Los cinturones bordados, los tejidos originales, las mangas ajustadas, esa fiesta para sus sentidos no fue nada en comparación con un descubrimiento superior. Mucho se hablaba en París de la sombrerería de una tal Coco. Había conquistado a todo el mundo con sus creaciones, y también estaba revolucionando el armario de las mujeres pudientes con prendas de estilo masculino de punto, muy cómodas. Faltaba poco para que tomara el número 31 de la Rue Cambon como su cuartel general de *couturière* en París, cuando ya triunfaba en sus tiendas de Deauville y Biarritz, pero en esos momentos Gina solo tuvo ojos para sus sombreros. Pidió adquirir unos cuantos, de ala con lazos y cintas, y también un original sombrerito que ocultaba casi totalmente su cabello, y un casquete de color naranja. Le encantaban los sombreros tanto como le gustarían después.

No podía ser de otra manera, y el trío de mujeres, tras unos meses investigando por la ciudad, asistió a la reapertura de la *maison* Poiret, el rey de la moda, *lemagnifique*. El de las formas cónicas en las blusas *abat-jour*, los toques exóticos y el lujo oriental que tanta pasión habían despertado en las representaciones de los Ballets Rusos años atrás. La tía Elsa observó que pese a la excentricidad de los colores y la reputación teatral y caprichosa del diseñador, valía la pena que todos supieran que su sobrina contraía matrimonio con un atuendo firmado por el gran Poiret. Si la princesa rusa Bariatinsky se vestía de Poiret, Gina no podía ser menos.

Algo puede suceder cuando una decisión es unilateral; es decir, cuando no se considera la opinión del creador: que rechace el encargo. Y así mismo sucedió: Paul Poiret, pendiente de su escuela de artes decorativas y enamorado de los estampados maravillosos de seda y piel, admitió sin ambages que le hastiaba la idea de crear un

soporífero vestido blanco. Y, en medio de esta escena trágica, sucedió también algo cómico: Gina no pudo contener la risa. Le pareció fabulosa la energía de los argumentos de Poiret, todo gestos y voz alta. En un primer momento, cuando percibió la risa velada de Gina, reinó el silencio. La tía Elsa desplegó su abanico con un movimiento «tapaboca» de vergüenza máxima. Gina miró a su madre y después al diseñador. Este la miró de vuelta, abrió la boca y rio. Rio y rio. Gina empezó a reírse abiertamente. Su madre y su tía desplegaron sus abanicos y se cubrieron la cara.

Media hora después, Poiret y Gina ojeaban juntos revistas de moda, sin la presencia indeseada de las dos señoras, que habían sido enviadas al saloncito contiguo por orden del creador.

—Por unos cien francos al año puedes suscribirte a esta maravilla del arte bien titulada *Gazette du Bon Ton*. Aquí puedes ver mis creaciones dibujadas por mis grandes amigos Paul Iribe y Erté. ¿No son atemporales, refinadas y exquisitas?

Gina pasaba las hojas, maravillada.

—Desde luego, solo puedo estar de acuerdo con una frase que leí no recuerdo dónde: «La contemplación de la moda femenina no es un placer inferior al placer de contemplar otras formas de arte».

—*Ma petite chérie*, usted me cae bien. —El diseñador estaba encantado con tener una discípula que festejara su talento.

—Creo que también he visto las ilustraciones preciosas de sus amigos y también de Barbier en unas revistas americanas llamadas *Harper's Bazaar* y *Vogue* —prosiguió Gina, dejando a Poiret atónito.

—Cierto, cierto —asintió él—, pero si usted se fija, el *Bon Ton* es más artístico, que por eso es parisino y francés.

Gina sonrió.

—Claro que sí.

—Dígame usted si no me equivoco: una señorita que aprecia y conoce las formas elegantes de los dibujos...

—Es que los prefiero a los de las Gibson Girls. —Gina interrumpió al diseñador sin reprimir su emoción—. Por muy abiertas de actitud que sean, ese modelo de belleza que prima capas de cabello ondulado recogido sobre la cabeza y una figura exagerada de reloj de arena me parece muy inasequible para la mujer.

—Cierto de nuevo —el creador movió la cabeza, sorprendido—, aunque lo que quería decir es que...

—¡Perdón, le he interrumpido! *Je suis desolée!*

Poiret lanzó una carcajada y terminó por fin la frase.

—Una chica tan decidida no se casa tan joven ni con cualquiera. ¿O sí? Además de que su visible falta de emoción al respecto me sugiere que el matrimonio no es de su elección.

Gina bajó la mirada.

—Soy yo la que digo ahora que es cierto. Es un matrimonio de inconveniencia.

—¿Los llaman así? —dijo el diseñador—. Qué dolor. París es la ciudad de la libertad, y esas cosas no debieran celebrarse aquí.

—Mi prometido es un duque ruso.

—¿Y qué piensa hacer con ese ruso, *ma pétite*?

—Evitar que tenga algo que ver con mi futuro. No sé cómo, pero planeo romper el compromiso.

Gina se tapó la boca, pues de repente se dio cuenta de que estaba desvelando un secreto y podían traicionarla. El diseñador la reconfortó.

—No seré yo quien secunde esas prácticas antiguas y contrarias al amor.

Gina lo tomó de las manos y susurró un «gracias» que conmovió a Poiret. Este, firme, resolvió:

—Esto es lo que haremos: aceptaré el encargo de cara a la galería, vendrás cada día a que te pruebe (porque no trabajo sobre maniqués, sino sobre el cuerpo de mis clientas) y cuando no haya madres ni tías en la costa podremos planear tu escapada. Ah, disculpa si te tuteo, es preciso si vamos a ser íntimos amigos.

—¿Lo dice de verdad? —Gina estaba feliz.

—Tutéame, *pétite*.

—Te pregunto si me hablas en serio o se lo dirás a mi madre apenas salgamos de aquí.

—¿Por quién me tomas?

—¿Por un amigo?

—Nos hemos entendido. —Sellaron la conversación con las manos apretadas—. Ahora contemos a esas dos señoras que Poiret tiene en mente un traje de novia chispeante para ti.

Poiret caería en la fatalidad una década más tarde, clausuraría su *maison* y moriría en la miseria antes de finalizar la Segunda Guerra Mundial, pero para Gina, para mí y para Dominique, quien comparece a continuación en la historia, sería un genio siempre recordado. Y el espíritu protector de los soñadores.

De todos modos, Paul Poiret no fue el perfecto cicerone al que aludo en esta parte de mi narración. Supongo que, como lectores perspicaces, la mención a Dominique, por entonces un vampiro inexperto aunque siempre un ser distinguido y culto, aviva vuestra intuición.

En el vaivén de construcción del hipotético vestido de novia, más similar a un lujoso vestido de noche que a uno de altar, pasaron dos meses, y seis desde que Gina y sus parientes llegaron a la ciudad. Los rumores de armisticio eran fuertes, a pesar de que los hombres seguían cayendo por enfermedad, frío y ataques en las zanjas donde se mantenían atrincherados. El ritmo ciudadano continuaba invariable. No obstante, las señoras de Bohemia no daban tregua a las compras y a sus días de ocio. Esa mañana caminaban las tres; las mayores ataviadas con conjuntos de faldas holgadas en las

caderas y más estrechas en las rodillas, blusa de cuello alto con encaje, blusón y fajín a juego, zapatos de lazo y sombrero con pluma; y la joven con blusa abotonada del mismo color de la falda, que caía drapeada con bolsillos profundos que imprimían volumen en las caderas, cinturón fino coordinado con el minicuello y los puños de la blusa y su casquete naranja de la sombrerería de Coco. Ah, y esos botines de tacón bajo, horma estrecha y botonadura con ojales que tanto deseaba, según escribió en su diario. Por los alrededores del Boulevard Saint-Germain, la humedad del río Sena y la tranquilidad de los *quais* de la orilla izquierda las alcanzaban sutilmente. Se dirigían a un anticuario que les habían recomendado, emplazado en el Quai Voltaire, donde comprar objetos para la casa de los futuros esposos. Gina no tenía ningunas ganas de este tipo de compras, e insistió en ir en dirección contraria para conocer primero la Rue du Dragon. Allí le había contado Poiret que podría transportarse mentalmente a la Edad Media y a los siglos XVII y XVIII, que esos tiempos se veían en las casas, habitadas antaño por pintores flamencos y por un joven Víctor Hugo, a quien ella misma se había encomendado a su llegada a París.

Tuvieron que usar un estridente timbre para que el propietario de la tienda de antigüedades acudiera a abrir la puerta, bastante angosta. Desde fuera, el lugar no daba esperanzas de lujos, y la tía Elsa dudó de si entrar en un principio. Cuando hubo entrado, sin embargo, el oro y los materiales nobles la embriagaron hasta la médula. Para ella y su hermana, aquello debía de representar un hábitat ideal. Tras informar al monsieur propietario de sus intenciones, el señor requirió ayuda.

—Por favor, Dominique, ¿puedes venir un segundo a atender a estas gentiles señoritas?

Una voz profunda respondió desde la trastienda.

—Por supuesto, monsieur. Estoy en un minuto con ustedes.

El dueño de esa voz, un hombre alto, elegante, de sonrisa fácil y labios carnosos, iba vestido de manera sencilla. Un traje con chaqueta larga de cintura alta y solapas de muesca ancha, pantalones estrechos con vueltas y camisa con el cuello duro de puntas redondas, sin corbata. Un parisino en sus treinta y pocos que parecía no haber pisado jamás un campo de batalla, qué extraño. Las señoras se mostraron complacidas por la elegancia y, confiadas, no pusieron inconveniente a que una ruborizada Gina acompañara al ayudante del dueño a echar un vistazo a la trastienda mientras el propietario las agasajaba con todo tipo de preciosas piezas. El oro les nubló la vista.

Dominique cogió la temblorosa mano de su acompañante en una presentación que suponía el inicio de la perdición de ambos. Fugaz para el ojo ajeno y eterno para ellos, su piel contra piel fue la chispa que encendió todos los incidentes que estais leyendo. Una vez camuflados entre esculturas y candelabros, Dominique advirtió una reveladora emoción en su interior inerte. ¿Quién era ella y por qué le hacía perder el control? ¿Por qué, en especial, no podía acceder a sus pensamientos? ¿Por qué su olor no excitaba su ansia de vampiro, sino su deseo carnal? ¿Por qué se sentía atraído por

sus labios, por la curva de su cintura, por los rizos castaños que el casquete naranja dejaba al descubierto? ¿Qué había en esa delicada humana que demandaba su protección, su cariño, su presencia?

Gina no se sentía menos trastornada. Los ojos verdes de Dominique la obligaban a no apartar la mirada de él. La hipnosis era tan inevitable que hasta se preguntó si aquel hombre le había robado la voluntad, algo que ni tan solo el Duque de Humo, su prometido y mago célebre por esfumarse sin trucos, no había logrado mover ni un ápice. El tacto de su mano la había quemado literalmente, y quería fundirse en un beso con él, al estilo de sus lecturas de las novelas de las Austen. De pronto, comprendió que esa angustia profunda que le bloqueaba la garganta y el pensamiento respondía a ese deseo incontenible de estar con otro al que los poetas llaman amor. Amor a primera vista en el que nunca he creído, pero que puedo afirmar que se dio entre esas paredes esa mañana de 1918. Dominique encontró la razón para ser inmortal, para que su penosa eternidad como vampiro cobrara sentido. Gina se encontró a sí misma, supo que aquel era el hombre con quien quería pasar el resto de sus días, el que podía ver en ella a la mujer llena de deseos e inquietudes.

El tiempo que pasó entre esa proclamación y la salida de las mujeres de la tienda resulta relativo si consultamos a las partes. Para las compradoras y el vendedor, sería de una hora. Para la emocionada pareja, la conversación sobre mitología, simbolismo, arte impresionista y la Teoría de la Relatividad que le granjearía al físico Albert Einstein el Premio Nobel tres años después podría haberse alargado por tiempo indefinido. Ella escuchaba con admiración las explicaciones del cultivado ayudante como si en cada palabra le dieran una llave que abría la puerta a una nueva realidad. Él tejía con cada historia un lazo invisible e indivisible con su amada, desde ese mismo momento y hasta que acabaran los días.

—Puedes volver cuando quieras. Te esperaré para que descubramos más historias ocultas en estos objetos. —Dominique la seguía mirando fijamente. Observaba sus labios, sus dientes perfectos, el repentino sonrojo sobre su piel blanca, el latido de sus venas en las muñecas y en el pecho bajo la blusa, su cintura fina.

Gina creyó saborear el calor de la boca de Dominique.

—Te lo agradezco, pero no sé si podré. Me vigilan de manera bastante estricta. Lo que sí debes saber es que nunca olvidaré nuestro encuentro.

CAPÍTULO 3

Reflejos

Dos días después de esa despedida a priori definitiva, Gina relató a su amigo creador Paul Poiret el encuentro con Dominique y las sensaciones fulminantes a consecuencia del mismo. A partir de ese momento, el diseñador añadió el título de casamentero a los de encubridor y confidente. Claro que, a todas luces, había un abismo entre su manera de promocionar a la pareja y la de la madre y la tía de la chica. Desde ese día, también, el tiempo que Gina pasaba en los talleres de costura se redujo a una tercera parte. El resto de la escapada diaria, en la que se la suponía probándose su vestido de novia, consistía en tomar un coche privado de la *maison* que la acercaba al Quai Voltaire. Al cabo de cuarenta y cinco días exactos, la madre y la tía Elsa se quejaron de que el vestido tardaba una eternidad en confeccionarse y de que no estaría listo para el retorno de Yuri a París. Este seguía en San Petersburgo, por suerte, pero no podía tardar en regresar. Su ausencia se prolongaba mucho. Como duque, defendía sus propiedades de la expropiación revolucionaria. Como mago, atendía a audiencias entregadas a sus trucos de escapismo arriesgado. Gina sintió pánico. Las visitas habituales a la tienda de antigüedades le habían creado una falsa ilusión de que los planes dispuestos para su futuro estaban suspendidos en el tiempo. No obstante, Yuri no daba señal alguna de tener que volver a París pronto, aunque el inmenso cambio en las circunstancias, o dicho de otra manera, que Gina se hubiera enamorado, involucraba a Dominique en el propósito de la joven de evadir el compromiso.

Gina fue recibida por un alegre Dominique, de nuevo en la trastienda del anticuario. Había preparado una muestra de inventos que estaba seguro que haría las delicias de su joven preferida. La chica lucía más pálida de lo normal bajo su sombrero de paja con lazo verde, y él intentó bromear porque atribuyó su nerviosismo a lo clandestino de la situación.

—No te preocupes, que no me van a movilizar al frente a estas alturas. Europa ya está demasiado rota y humillada como para luchar por nada. Pronto acabará la pesadilla de la guerra. ¿Te ha ocurrido algo?

—De hecho, sí. Hay algo que tengo que confiarte. —Gina se atragantó y Dominique tuvo que buscar un vaso de agua.

—Es decir, que ya confías en mí y puedo entrar en tu alma —tentó Dominique, el vampiro.

De la respuesta de ella sabía que dependía toda su vida. Gina se quedó en silencio unos segundos y respondió.

—Creo que eres consciente de que mi alma es tuya.

Dominique se arrodilló ante ella y enlazó sus manos con las suyas.

—Te amo profundamente y nunca te dejaré, Gina.

Se incorporó, la abrazó por la cintura y retirándole el sombrero, la besó. Por la mejilla de Gina, una lágrima se deslizó y humedeció los labios unidos de ambos.

—¿Qué te ocurre? Dime si alguien te ha hecho daño.

—Dominique, te amo —el tacto del primer beso de su vida seguía en sus labios y la confundía— y no quiero que pienses que te he engañado cuando te cuente esto.

—¿Hablas de ese matrimonio al que te obligan a ceder?

—¿Cómo sabes que me obligan? —Gina sintió un alivio instantáneo.

—Un anticuario nunca deja el pasado en el aire. Investiga cada detalle para que este cobre sentido en el presente. —Aún abrazados, él continuó hablando con dulzura —. Si no deseas ese destino, lo burlaremos juntos.

—¿No me juzgas por engañar a mi prometido? ¿Qué estás pensando, Dominique?

—El amor no se juzga, se consume, se lucha hasta el final si es verdadero. Eres mía, yo soy tuyo. No hay nada más que considerar. Si viene un ladrón a robar lo que me pertenece, daré la cara —aseguró Dominique.

—Dominique, ¿no podemos hacer eso! Mi familia moriría de la vergüenza. Por si fuera poco, él es un duque muy poderoso y me da miedo.

—¿Miedo? ¿Me retará a duelo? —preguntó mi protegido con sarcasmo.

—¿Los caballeros todavía se matan así en esta ciudad? Eso es muy antiguo... y no soportaría perderte. Huyamos —propuso de pronto Gina.

—¿Huirías conmigo? Te protegeré con toda mi ira, te lo prometo.

—Desaparecería contigo donde fuera. Nada me ata a esta existencia más que tú —Gina sonaba muy decidida, como buena enamorada.

—Déjalo a mi cargo, Gina. No podrán con nosotros.

En verdad, Gina no creía en su suerte por haber tropezado con el amor y con aliados tan devotos contra la amenaza del duque ruso. Un viaje que parecía encadenarla a un matrimonio amargo la había traído hasta un puerto totalmente distinto. Y aquí pasaba las mañanas con su inteligente y despierto enamorado, que parecía recién salido de la Ilustración, pues su saber enciclopédico no tenía igual — me aburro si no ironizo—. En aquella pequeña tienda de antigüedades, con Dominique pudo por fin conocer de cerca el cinematógrafo, un invento de Louis Lumière que permitía registrar escenas y proyectarlas. La conmoción provocada por la espectacularidad y la crueldad de las historias de la película *Intolerancia*, de un director llamado D.W. Griffith, le duró a Gina días y noches enteras. No menos espectacular resultó el contacto con la música grabada. Su padre había comprado un Graphophone de manivela y cilindro, pero Gina nunca había tenido la oportunidad de tocar ni de disfrutar de un gramófono. El Pathé que le mostró Dominique, además,

era una preciosidad con bocina en forma de flor y relieves Art Nouveau. ¡Y cómo sonaba! Bailaron y se robaron besos entre las notas del *Arabesco n.º 1* de Debussy, y escucharon el *Claro de luna* y *El preludio de la siesta de un fauno* mientras miraban juntos fotos de la conquista de los casquetes polares, que el anticuario atesoraba en sendas cajitas forradas de papiro.

—Hace diez años que Robert Peary llegó al Polo Norte y ocho que Amundsen consiguió la misma hazaña en el Polo Sur —precisó Dominique.

—Pero nosotros no encontramos la paz ni dentro de nosotros mismos.

—Gina...

—Es verdad, Dominique. Qué perfecto sería todo si la sombra de Yuri no planeara sobre nosotros como un buitre que espera que la vida abandone a su carroña.

—La perfección no existe.

—¡Tú eres perfecto!

—En absoluto, Gina. Soy un ser imperfecto y con fallos, y siempre seré así, de manera inmutable.

—No sé cómo te atreves a afirmar eso, si te faltan muchos años para vivir y evolucionar.

Dominique arqueó las cejas y dejó escapar un silbido que hizo reír a Gina.

—Al menos te hago reír.

—¡Porque eres perfecto!

—Y tú, estimada Gina, eres adorable. —El cumplido estaba lleno de sensualidad de caballero y de doble intención de vampyrus.

Otra visita furtiva al taller introdujo a Gina en la faceta que me mostraría la pista determinante para encauzar el futuro de nuestro galán, el porqué de que sea fotógrafo. El mediodía ya era caluroso en París y Dominique había corrido unas gruesas cortinas oscuras. Gina no se explicaba por qué debían permanecer enclaustrados como murciélagos.

—No me gusta que me llames murciélago —rio Dominique—. La razón de esta oscuridad es que hoy vas a asistir a otro milagro de la técnica visual.

—¿La fotografía? —se apresuró a decir Gina—. ¿En serio sabes manejar una cámara?

Dominique no podía confesarle a Gina que había tenido a Niépce y Daguerre, los padres de la fotografía, como amigos cercanos, puesto que eso había sucedido casi cien años antes.

—He aprendido y es fascinante. Según el principio de la cámara oscura de los griegos clásicos, proyectamos una imagen que es captada por un pequeño agujero sobre una superficie determinada.

—¿El encuadre?

—Vaya, Gina, veo que te interesa. En la proyección, reducimos la imagen y la

guardamos en la película sensible a la luz que forma parte de la cámara.

—Es magia. Cosa de dioses.

—Sin duda, la fotografía más preciada que nunca se tomará con esta Kodak Brownie será la tuya. —Dominique preparó la caja para inmortalizar ese momento.

—Tengo una condición —replicó ella—. Que me dejes hacerte una a ti después.

Dominique, el cazado en su propia trampa, no podía eludir la condición, aunque con ello compartiría su secreto con Gina. Ya inventaría alguna historia técnica para justificar la sorpresa.

—Disparemos entonces.

—¿Disparar, más guerras? ¡No! —Gina frunció el ceño.

—Disparar es presionar el obturador para capturar la imagen, en la jerga de los fotógrafos.

—De acuerdo. —Una risita tímida delató el rubor de Gina—. Disparemos.

Gina posó como una verdadera modelo de Poiret, con su mano derecha sujetando su sombrero sin ala, que lucía ladeado, y su mano izquierda en el aire imitando a una bailarina de ballet. Se desabrochó la blusa y dejó a la vista su cuello terso y pálido. Movi6 de lado a lado sus caderas y cambi6 los pies de posición algunas veces con la intención de ofrecer su mejor perfil. Dominique disimuló como pudo su turbación. La piel de Gina le llamaba como un marinero que divisa tierra. Sin embargo, no se trataba de ansia. Dominique no mataba humanos, solo sobrevivía con la sangre de animales. Nunca se le había pasado por la mente tener que someter a una persona y mucho menos convertirla en alguien de su especie. ¿Era esa la llamada del vampiro? ¿Sentir que evoluciona y que puede consumir los fluidos y las energías de alguien? Con certeza no era ansia. Ella era su motivación, el amor. Lo que necesitaba era saciar el deseo de poseerla como mujer. La voz de Gina le sorprendió.

—Es tu turno, Dominique. ¿Por qué no posas con ese gorro militar húngaro?

—¿El chac6 de húsar que era uno de los disfraces preferidos a finales del siglo XVIII? Compruebo que me escuchas con atención cuando te cuento las historias de las piezas antiguas que corren por aquí.

—Por supuesto. Adelante, que voy a disparar. Por cierto, casa a la perfección con la *Sarabande* de Haendel, si me concedes el placer de escuchar la pieza.

Gina miró por el visor con la música sobrecogedora y solemne de fondo y, en un momento inicial, solo divisó un fondo negro. De repente, algo se reflejó en el pequeño encuadre. Un extraño espectro de largas uñas y colmillos, de piel mortecina y ojos brillantes se transformó en un gato persa negro de ojos amarillos.

CAPÍTULO 4

Huida

A los vampiros, buenos y menos buenos, se nos ha castigado con la frialdad y el vacío, pero destacamos, entre lo que la masa tiene por monstruos, por numerosas gracias. A saber, nuestro aspecto externo real está bien maquillado tras un porte magnífico. Somos bellos, atractivos y seductores. Sumemos un bagaje cultural privilegiado que premia a quien conversa con nosotros. Algunos, los veteranos como yo misma, aunamos poderes inimaginables frente a cualquier criatura, por muy diabólica que sea. Entre esos poderes, los vampyrus podríamos destacar el control del ansia, algo que vence a otros vampiros dueños de la bestia de sangre. Acabemos la ecuación con nuestro valor fundamental: que somos los mayores expertos en persuasión entre todas las criaturas vivas o muertas. Así que cuando Dominique convenció a Gina de que la Kodak Brownie necesitaba película nueva, aun cuando ella la comprobó y aseguró que estaba lista para su uso, el vampiro, aquel a quien en realidad Gina había conocido en su apariencia verdadera y en su forma animal, estaba actuando. Después de aquello, Gina nunca más pensó en lo ocurrido en su primera sesión de fotos, de las muchas que compartiría con Dominique en las décadas siguientes.

Corrían los primeros meses de los locos años veinte. Al fin nos habíamos librado de la negrura bélica y la vida se volvía por momentos eso, loca. Adiós a la guerra, pero no a las humillaciones que bullían entre vencedores y perdedores. Europa requería unas reparaciones tremendas por tanta destrucción, y las obras públicas ofrecieron trabajo para todos y para todas. París se reconstruía por todas las esquinas con el dinero de Estados Unidos. En la otra parte del Atlántico, los norteamericanos aprovecharon la ruina de la Vieja Europa y se convirtieron en los reyes de muchas industrias, como la del entretenimiento. Gina y Dominique, desde París, soñaban con visitar el Harlem neoyorquino para escuchar jazz en vivo, y por el gramófono de la trastienda que casi se había afianzado como su pequeño hogar —el monsieur hacía la vista gorda si Gina conseguía que sus parientes llenaran la caja registradora del viejo propietario— rodaban en los surcos de pasta las melodías de George Gershwin y las voces de Bessie Smith y, más tarde, de Josephine Baker. De América también arribaban noticias tan impactantes como que se había conseguido transmitir voz humana por el aire, en las ondas de radio. Nuestros enamorados estuvieron impacientes y excitados por experimentar la magia de la radio durante el tiempo que el invento tardó en conquistar las vidas de los parisinos. Precisamente, Dominique y Gina estaban sentados ante su aparato cuando Baker, que ya rondaba por París, habló

para los micrófonos radiofónicos:

«Aquellas cosas que amamos de verdad permanecen dentro de nosotros para siempre, guardadas en nuestros corazones mientras vivimos».

Escucharon a un periodista llamado Ernest Hemingway, y oyeron decir que otros americanos de buena pluma como F. Scott Fitzgerald publicaban novelas extraordinarias. Ya veis, el mundo parecía ser un lugar bello y habitable otra vez. Al menos, yo misma fui muy feliz y me divertí hasta desmayarme. Aunque lo del baile os lo describiré luego, si podéis esperar un poco, porque lo que ocurrió en esos meses constituyó un vuelco de los fuertes en esta historia y tenéis que saberlo.

Si los americanos eran omnipresentes en el panorama cotidiano, los rusos también contaban mucho en París. Su revolución había empujado a muchos al exilio, y algunos de ellos, modistos minuciosos, trabajaban en los talleres de bordado que procuraban telas a las casas de moda. Gina trabó amistad con un bordador de San Petersburgo en una de sus visitas habituales a la *maison* Poiret. Ese día, los demonios reaparecieron en el horizonte. Su nuevo amigo compartía origen con su prometido y, al parecer, conocía muchos detalles de las andanzas de Yuri Upravleniya, apodado, como sabéis, el Duque de Humo.

Cargando en su pecho las historias escalofriantes que le había confesado en su mal francés aquel ruso, Gina subió al coche privado y pidió al chófer que pisara a fondo el acelerador. Deseaba llegar, volando si era preciso, a los brazos de Dominique cuanto antes.

—Vienes, me enamoras y te vas cada día —la saludó Dominique—. Un momento, ¿estás bien, amor mío?

Gina temblaba como las hojas de los árboles del Bois de Boulogne en otoño, o como si se hubiera caído por la borda del malogrado *Titanic*.

—¡Yuri va a regresar uno de estos días!

Ambos se quedaron quietos, cara a cara, congelado el ademán de abrazo de bienvenida.

—Era algo que sabíamos que ocurriría tarde o temprano, querida mía. Cálmate. Siéntate aquí y cuéntame cómo te has enterado.

Gina se desprendió del abrigo con cuello de piel bicolor y del *cloche* de fieltro y se dejó caer en una poltrona. Dominique se acomodó junto a ella y la tomó de las manos.

—Hay un bordador de San Petersburgo en el taller de monsieur Poiret. Se ha sorprendido de que la casualidad nos haya conectado. Se dice en su ciudad que Yuri está prometido con una joven de Praga que le espera en París, y todos sus conciudadanos lamentan el cruel destino que le aguarda a ella. Según sus familiares, que se quedaron en la ciudad, Yuri ha partido hacia aquí, dejando sus propiedades al cuidado de sus esbirros, gente comprada entre los revolucionarios más sanguinarios.

—¿Qué más te ha contado ese bordador? —La cara de Dominique empezó a acusar la rabia.

—Yuri ha enterrado a dos esposas. Las malas lenguas aseguran que su beso es mortífero y que las envenena poco a poco, sin desearlo. El Diablo habita en él.

—Gina, esos son cuentos que bien podrían haber escrito Pushkin o Gógol.

Dominique, el vampiro, desplegando cinismo respecto a la existencia del mal: un alarde de ironía que no me hace la menor gracia.

—Dominique, te prometo que ese hombre tiene algo muy extraño, algo que me asusta.

—Discúlpame, te escucho.

—Con su primera esposa, a quien dicen que amó apasionadamente, engendró un hijo varón. Sus primeros años fueron felices, hasta que descubrió que ella le engañaba con otro. Se volvió loco de celos y buscó al amante para retarlo a duelo, un duelo que nunca tuvo lugar, porque el otro desapareció sin dejar rastro.

»Se cuenta que Yuri usó sus mañas de prestidigitador para acabar con él. Desde ese momento, se tornó controlador, manipulador, inquisitivo e iracundo. La confesión de su propia esposa de que no le amaba, le trastornó. Ella murió un mes más tarde, envenenada.

—¿Se quitó la vida?

—Dicen que fue Yuri, como venganza. Fue un beso mortal. —Gina tenía los ojos como platos—. Su hijo quedó bajo la custodia de sus abuelos maternos, y le odia. Tanto es así que mantiene un pleito contra su padre para quedarse con el patrimonio familiar. De hecho, eso ya lo sabía.

—Pero Yuri volvió a contraer matrimonio —observó Dominique.

—Los rumores son que cada cierto tiempo debe ofrecer el alma de una esposa de acuerdo al pacto que trabó con el Diablo, hasta que una mujer le corresponda con su amor verdadero y rompa su maleficio.

Dominique se incorporó.

—¿Un pacto con el Diablo? ¿Eso te lo ha contado también ese bordador? ¿Qué historias son esas?

—Amor mío, no hay mago, prestidigitador ni escapista que logre completar los trucos de Yuri. Su magia no es de este mundo. Desaparece entre humo, se libera de cadenas, hasta dicen que deja de respirar y resucita. Corre el rumor de que ha pactado con el Maligno, y de que a cambio debe presentarle esposas que le amen.

—Esa mujer no eres tú y, desde luego, es difícil que conquiste el amor de una dama que se casa con él por la fuerza o por interés.

—Dominique, estoy más asustada que nunca. —Gina se acurrucó entre los brazos de su amado.

—Querida mía, ha llegado el momento de hablar en serio de nuestra huida. —Dominique se calló y se sumergió en la preocupación de que su rival fuera un siervo de Satán.

Yuri Upravleniya no era una visión agradable, con esas cejas puntiagudas y pobladas encima de sus ojos negros, vacíos de pupilas e iris. La madre de Gina y la tía Elsa le dedicaron una bienvenida ceremoniosa y llena de halagos a la que el duque hizo caso omiso. Al preguntar por Gina, las dos alcahuetas respondieron que estaba en su última prueba del vestido nupcial. Ninguno de los tres sospechó entonces que ya no la verían más. O mejor dicho, uno sí que la vería, aunque no sospechara que antes la perdería de vista por un tiempo.

Para beneficio de nuestros enamorados clandestinos, Yuri se había mantenido muy ocupado en los años posteriores al compromiso con Gina. La Revolución rusa amenazó con privarle de sus posesiones y de su influencia en su San Petersburgo natal, así que allí se marchó a plantarle cara a cualquier desharrapado —en sus propias palabras— que se atreviera a oler un gramo de su oro y a poner su mugriento pie en uno de sus palacios o tierras. Y cuando al fin hubo establecido algunos tratos y tejido nuevas ententes con los revolucionarios, ya con la mirada puesta en su regreso a París, la guerra civil entre bolcheviques y antibolcheviques lo mantuvo en la cuerda floja. El Duque de Humo un día era rojo y otro era blanco; se aliaba con los que nacionalizaban y con los que colectivizaban según se sucedían los acontecimientos. Era de esperar de un sujeto malvado y codicioso como Yuri Upravleniya que sacrificara a quien fuera necesario en pro de su estatus y sus riquezas, conseguidas por los medios más rastroseros. Mientras sus compatriotas buscaban justicia para un pueblo empobrecido, él hacía acopio de poder, de alianzas y de más dinero. Así que en el momento en que nació la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y que el panorama parecía haberse apaciguado, el duque se resistió a dejar su bastión hasta que pudiera asegurar que no perdería su fortuna. Desde 1918, el secretario de Yuri llevaba cinco años enviando y recibiendo cartas a la madre de Gina como única vía de comunicación entre los poco probables esposos. La tía Elsa se encargaba de leer en voz alta esas misivas impersonales en reuniones que Gina odiaba y que sus dos tutoras disfrutaban. A esos cinco años de amor para Dominique y Gina y de descuido imprudente de Yuri respecto a su compromiso siguieron dos años más en los que el escapista y mago recorrió la nueva Rusia con sus trucos, por orden de los nuevos dirigentes, a quienes era mejor complacer que contradecir. El tiempo es un bien precioso para forjar una bella historia de amor y, en este caso, el tiempo para Gina y Dominique fue un regalo generoso donado por la revolución, las guerras y la ambición humanas. Ese tiempo había terminado.

La primera vez que salían de su nido de amor en la trastienda del anticuario era también la salida definitiva, porque implicaba escapar. Gina no debía regresar al palacete donde ya pernoctaba el Duque de Humo. Con la excusa de visitar las barcas decoradas por monsieur Poiret para la Exposición Art Déco, escrita en una nota que un recadero entregó a tía Elsa, Gina y Dominique ganarían tiempo para intentar ocultarse. Nuestra joven había hecho su particular maleta trasladando, uno a

uno, algunos vestidos y enseres a la *maison* Poiret los días anteriores, y mi protegido obró de igual forma con un arcón cuyo contenido más valioso era la urna de la tierra donde fue enterrado y desenterrado aquel mes de marzo de 1778. Los de nuestra raza no podemos separarnos de este humus esencial. Una vez decidido el destino, el *couturier* cómplice había prometido remitirles sus pertenencias.

La Exposición Art Déco nos dejó a todos de piedra. ¡Cuánto lujo, cuánta opulencia, cuánto detalle, cuánto esplendor! ¡No me la perdí, por supuesto, y me habría quedado allí para siempre! ¿Qué más podemos desear sino vivir entre diseños, arte, color? Aquello fue absolutamente fabuloso. Poiret, antes de su quiebra, revivió los días de sus fiestas magnificentes y decoró tres barcasas. La primera era un restaurante de lujo; la segunda, un taller de costura, y la tercera, una boutique de perfumes, muebles y complementos. Nada más y nada menos que los ámbitos donde era un maestro. Camuflados entre el gentío que abarrotaba la explanada de Les Invalides y las entradas del Grand y del Petit Palais, Dominique guio a Gina hasta un coche que perfiló la orilla derecha del Sena, atravesando el Jardín de las Tullerías, y que se detuvo en una de las puertas de servicio del ala oeste del Museo del Louvre. Ubicado allí el Museo de las Artes Decorativas, no tuvieron ningún problema en entrar para cumplir con un supuesto encargo de su creador amigo. La estrategia de burlar a los vigilantes con el fin de permanecer dentro del Pabellón de Marsan fue, por supuesto, obra de un vampiro: perfecta. De esta manera, nuestros amantes pasaron su primera noche juntos velados por el mobiliario barroco francés, porcelanas y por los reflejos de los cristales de René Lalique. A esta velada solo podría igualársele la visita al hermano mayor de este museo, el Victoria and Albert de Londres, el más importante de artes decorativas y diseño del mundo.

De hecho, os iba a contar cómo resolvieron viajar a Londres y me he adelantado. Ups, impaciente de mí. ¿Estais impacientes vosotros por saber si en su primera noche Gina y Dominique sucumbieron a la pasión?

—Eres tan tierno cuando me besas en la frente —suspiró Gina—. ¿Por qué nunca me permites que yo también lo haga?

—Querida mía, solo te puedo cautivar yo —replicó en tono serio Dominique.

Gina levantó una ceja, como solía hacer cuando sentía que le tomaban el pelo. Dominique aclaró su postura.

—Ese beso me proporciona todo tu cariño y tu fuerza para que pueda seguir viviendo. —Al fin y al cabo, nuestro vampiro estaba siendo sincero.

—Lo dices como si necesitaras mi energía y me la robaras. En cambio, cuando me besas me siento aún más fuerte.

—Nuestro amor será eterno si lo alimentamos así.

—Entonces, amado Dominique, besa mis labios —Gina sonrió coqueta.

—Besaré cada milímetro de tu piel si me concedes la felicidad de ser mi esposa.

Estaban rodeados de tantos cristales valiosos y piedras preciosas que no creeréis si os digo que el anillo que Dominique entregó a Gina anuló la gracia del entorno e hizo enmudecer a nuestra chica. En realidad, ese anillo de oro con una sola piedra de aljófar de tono ocre-tierra engarzada pertenece a mi familia. Se lo entregué a Dominique al rescatarlo de la tumba y darle la bienvenida a mi estirpe, y él debía dárselo a la mujer que perpetuara la suya. Gina no reaccionaba:

—¡Oh, Dominique, claro que sí!

Se abrazaron y besaron. Dominique la cogió en volandas y la hizo rodar tanto que ella pidió que parara entre risas mareadas.

—Conviene que bajemos la voz o nos descubrirán —advirtió Dominique.

—Siempre tan sensato, mi futuro marido. ¿Cuándo nos casaremos?

—Imagino, Gina, que el quid de la cuestión más que cuándo es dónde.

—Sí. He pensado que podríamos irnos a Berlín. Allí conozco a unos amigos de mi familia... No, espera, mi familia está fuera del caso. —Nuestra joven se entristeció—. Podemos coger un barco hasta América, Australia o Nueva Zelanda. Son tantos los que emigran que nunca nos encontrarían en las listas de pasaje.

—En barco —dudó Dominique—. El mar nos dejaría pocas opciones para escapar si el Duque de Humo nos encontrara a bordo. Sería nuestra tumba.

—¿Tú también le temes, Dominique?

—No, amor mío, solo intento que nuestra estrategia nos permita estar desaparecidos de su radar el máximo posible.

Mientras mantenían la conversación, paseaban por una sala en la que sobresalían los exquisitos utensilios de tocador reales. Gina se concentró por un instante en la caja dorada de una polvera.

—Mira, hay una inscripción.

—¿Qué dice?

Dominique bajó de su nube, literalmente, pues estaba calculando si podrían volar hasta Londres en lugar de embarcarse por mar. Louis Blériot ya había podido cruzar el Canal de la Mancha en un monoplano.

—¿Dominique, me estás escuchando?

—Perdona, amor mío.

—¿En qué pensabas?

—En que tal vez podríamos volar a Londres.

—¿Volar, por el aire? ¡Me da mucho miedo, querido! ¿Por qué no tomamos el barco?

Dominique carraspeó.

—Será en barco. ¿Qué me querías enseñar?

Gina supo que su amante estaba muy preocupado e intentó bromear.

—En esta polvera está inscrito: «Sé de un sitio al que podemos huir, donde te enamorarás tan dramáticamente que desearás morir».

Nada más pronunciarlo en voz alta, se percató de que el mensaje resultaba

bastante tétrico. La noche pasó entre silencios y la intranquila vigilia del vampiro.

CAPÍTULO 5

Tres

No había amanecido en París cuando los fugitivos cruzaron nuevamente la puerta trasera del Pabellón de Marsan y se subieron a un coche H6B Tulipwood Speedster, guiado por dos adustas y andróginas chicas. Yo las había escogido personalmente como séquito de Dominique. Él ya hacía tiempo que había traspasado su mayoría de edad, pero era ahora o, más exactamente, a partir de entonces cuando mi protegido necesitaría tener su propia escolta y compañía. En 1925, Dominique Désir Du Plessy estrenaba su estirpe personal. Mis elegidas, Valérie y Antoinette, tenían ciento setenta y cinco años y la apariencia de dos jovencitas de veinticinco. Peinando sus cabellos de color azabache a la última moda, con un corte bob en el que la melena tres cuartos apenas tapaba las orejas y se levantaba en la nuca, causaban un poco de respeto tanto por su belleza gélida como por su porte irreverente. Nada en sus ojos sugería calidez ni compasión. Ni falta que les hacía. Eran modelos, cómo no, modelos de camino a un desfile privado en casa de Coco. De la exsombbrero y corriente superestrella del diseño de moda, Chanel.

—Os agradeceríamos que agachaseis las cabezas hasta que abandonemos París —dijo Antoinette, después de las presentaciones de turno.

—Nosotros somos los agradecidos —dejó caer Gina, a pesar del recelo inicial que le provocó tanta familiaridad entre las chicas guapas y su prometido *bis*.

—¿Adónde nos lleváis, Valérie? —inquirió Dominique.

—Viajamos a Biarritz, hacia *chez* Coco.

—¿Coco? ¿Mi sombrero favorita? —Gina se ilusionó como una niña.

—Gabrielle *Coco* Chanel, la creadora revolucionaria, está tramando algo con Jeanne Lanvin y con Madeleine Vionnet en su casa del País Vasco francés —aclaró Valérie un poco antipática, en su línea.

—¿Las tres juntas? Se comenta que son rivales —insistió Gina—. Además, Dominique, ¿no íbamos a Londres?

—A la gente le encanta pensar que los genios son unos desgraciados que no soportan a la humanidad, cuando en realidad disfrutan mucho con los de su mismo talento. —Valérie ignoró el comentario de Gina.

Antoinette soltó una carcajada.

—Valérie, tú sí que eres genial. Pobrecitos mediocres. El único sufrir de los genios es tener que soportarlos.

Dominique tranquilizó a su prometida.

—Es mejor que nos refugiemos unos días en Biarritz y esperemos a que nuestros

pasajes estén listos. Después volveremos a París y continuaremos hacia Calais.

Durante el trayecto hacia Biarritz, Gina gritó, aunque sus acompañantes vampiros ni se sobresaltaron.

—¿Qué es eso, por Dios?

Dominique lanzó una mirada terrorífica a Valérie a través del espejo retrovisor, para que zanjara el asunto de las risitas recurrentes, y pasó su brazo protector por los hombros de Gina.

—Son fuegos fatuos —señaló Dominique—; la inflamación de ciertas materias, en especial de fósforo, que se elevan de las sustancias animales o vegetales en proceso de putrefacción y que forman llamas que se ven andar por el aire. Se suelen ver en zonas pantanosas o en los cementerios, por eso se dice que son duendes o almas que han escapado del Purgatorio y que regresan para que recemos por ellas. O también que son las almas de los niños que murieron sin ser bautizados.

Antoinette intentó ser un poco amable.

—Debe de tratarse de una buena señal. Los vascofranceses creen que esas llamitas acompañan a los caminantes buenos y los avisan de los peligros.

Valérie ironizó.

—Es eso.

Gina se había dormido, apaciguada por el beso de Dominique en la frente.

Cuando despertó, vio a tres figuras bastante características en el porche de una casa de campo.

—Somos tan irresistibles que las tres *couturières* más importantes de Francia salen a recibirnos —dijo Antoinette.

A la izquierda, Jeanne Lanvin, discreta y refinada madame vestida siempre de negro y ajena a toda fiesta. De entrada sombrerera, empezó a diseñar para su hija y su ropa de niñas resultó tan elegante y exquisita en bordados y estampados, que las madres y otras niñas bastante más crecidas demandaron sus servicios. A la derecha, Madeleine Vionnet, celeberrima por el corte al bias, los drapeados y los vestidos que se ceñían o caían de forma tan natural que las mujeres parecían esculturas en movimiento. Entre las dos, la anfitriona, Coco, responsable de la imagen de una mujer liberada de la incomodidad gracias a los trajes de punto y de tweed, a las blusas holgadas o a los pantalones acampanados.

—Bienvenidos —saludó la dueña de la casa, mientras las otras dos ladeaban la cabeza con amabilidad—. Tú debes de ser Dominique.

Este besó el dorso de la mano de madame Chanel y le agradeció la hospitalidad.

—Con nosotras estaréis bien protegidos —aseguró la creadora.

—¿Viajáis sin equipaje? —Vionnet entró en la conversación, tomando del brazo a una Gina tan impresionada que no acertaba a saludar.

Valérie asintió y, con Antoinette, se acercó a madame Lanvin para felicitarla por

el nuevo perfume que acababa de comercializar. Era la primera que lanzaba una división de fragancias en una casa de moda. De manera reservada, mi gran amiga Jeanne les preguntó por mí, puesto que esa reunión fue uno de esos asuntos históricos que ningún libro puede atestiguar y que me atribuyo sin modestia.

Esa misma tarde, mientras diseñadoras y modelos preparaban un desfile privado para la clientela de la zona, los dos enamorados conocieron el paseo frente a la playa y los afilados acantilados de Biarritz. Gina vio por primera vez el mar, en este caso el azul grisáceo del Atlántico, y pensó que nada era comparable, ni siquiera el profundo Danubio de su ciudad, a las olas espumosas y a las corrientes del agua inacabable, y que perder el alma en sus aguas no sería una tragedia, sino el romanticismo llevado a su máxima expresión. Ese fue uno de los pocos pensamientos que Dominique pudo leer en la mente de Gina y le puso de mal humor. La muerte quedaba fuera de toda imaginación.

Otra visión nueva e impactante fue la de las chicas luciendo pijamas de playa abiertos y receptivos al sol. Los vestidos de cóctel y de baile eran generosos descubriendo brazos y piernas, por lo que el bronceado se convirtió en la última moda. Bajo el punteado playero de sombrillas de seda y de rayón, de atrevidos dibujos, las mujeres lucían bandanas en el pelo y trajes de dos piezas estampados, y los hombres llevaban bañadores de una pieza con cinturones de colores. En otras playas, desde San Sebastián a Malibú o Palm Beach, la invasión de los pijamas dejaba a las ciudades como sitios sosos y grises comparados con la fiebre por las rayas y los motivos florales y orientales.

En el Casino de Biarritz, los sombreros panamá, las camisas de sport y los pantalones de franela con cinturón conformaban el paisaje, mientras que las señoras seducían desde sus sombreros de paja y los vestidos sin mangas que se combinaban con medias brillantes y zapatos de trabilla con hebilla. Gina y Dominique se sentían ciudadanos y corrientes. Poco preparados para la costa, ella vestía una blusa con cuello camisero de escote de pico y mangas largas sobre una falda con pliegues finos y un *cloche* adornado con flores; Dominique llevaba pantalones con raya, suéter deportivo de cuello en uve y una gorra de visera. Aunque informales, la pareja no podía negar que seguía la moda de la ciudad. Biarritz era el glamour y *chez Coco* la genialidad que lo hacía posible.

Esa tarde, comprobamos lo que tantas veces repitió después mi hermana Diana: Chanel era una campesina y un genio. Los campesinos y los genios son los dos tipos de gente esencial y brillante, y ella era las dos cosas.

—Sé lo que vas diciendo de mí por ahí —bromeó Coco al ver a Gina entrar en la casa, colorada tras un día de sol y arena. La joven puso cara de circunstancias y Dominique sonrió.

—No sé a qué se refiere; le prometo que soy una gran seguidora de sus vestidos.

—¿Del vestido negro? —La diseñadora la siguió provocando, divertida—. Parece ser que te gusta más el trabajo de mi querida Jeanne.

Gina se ruborizó aún más.

—Tengo que admitir que me gusta mucho la figura de la *robe de style* de madame Lanvin, más que nada porque el estilo de pecho plano y caderas estrechas nos obliga a muchas a usar bandas sujetadoras que aprietan el pecho y fajas que comprimen las caderas.

Las diseñadoras miraron con ternura a la chica, y madame Vionnet tomó la palabra.

—Los llaman locos años veinte, y no podríamos movernos con libertad sin estar seguras de que nada que no deseemos se mueva, aparte de las cuentas, los chales y los flecos.

—La mademoiselle tiene muy buen gusto. Hacen una linda pareja usted y Dominique. —Era un cumplido de Lanvin—. Como veo que se siente tan identificada con mis vestidos, ¿por qué no desfila para mí?

—Siempre que hagamos lo mismo por mí —solicitó Chanel.

—Como por mí —concluyó Vionnet.

—¡Para las tres más importantes! No puedo dejarlas en evidencia.

Dominique sugirió que Valérie y Antoinette podían participar en el curso intensivo de desfilado de Gina. Al fin y al cabo, se trataba de una muestra para clientas, lejos de los acontecimientos sociales en los que se habían convertido los desfiles en esta década, cuando ya se intuía la fuerza del *márketing* al enviar a las modelos a lucir diseños a eventos como las carreras de caballos. Si las compradoras iban allí, hasta allí se haría el desfile. Una gran excepción a esta regla tenía que ver con un artista que creó trajes de manera excepcional: los pocos y exclusivos modelos del vestido *Delphos* de Mariano Fortuny se vendían en algunos grandes almacenes escogidos, y eran muy pocas las que pudieron hacerse con ellos. La túnica de seda plisada que caía de hombros a pies se tenía y plegaba según una técnica inventada por Fortuny que nunca nadie ha conseguido desvelar.

Los atuendos de nuestras tres creadoras también se expondrían en museos, como el *Delphos*, pero esa tarde caminaron por el saloncete imbuidos por el espíritu de la juventud, de las mujeres que se atrevían a acortar su cabello y sus faldas, que hacían carrera y abogaban por el amor libre: por la *garçonne* de la novela censurada de Victor Margueritte. Las mejores representantes, sin duda, eran Antoinette y Valérie, aunque el caminar y la postura que Coco enseñó a Gina (caderas hacia delante, hombros caídos, un pie delante del otro, una mano en el bolsillo y otra gesticulando) se reconocerán en sus andares magnéticos como supermodelo de los años ochenta. Sí, de la Gina que os he presentado en LA fiesta.

CAPÍTULO 6

Otro mundo

Yuri Upravleniya tenía los nudillos de la mano izquierda en carne viva. Había hecho desplomarse en ínfimos pedazos la cristalera art déco de una de las puertas del palacete parisino. Ni así podía saciar su ánimo de hacer daño. Gina no estaba en la ciudad. Nadie conseguía dar con su paradero, porque nadie, excepto yo misma, sabía dónde se escondía. Dominique y Gina seguían a salvo en Biarritz. Lástima que la pareja me desobedeciera y marcara París con su pista previa a su embarque hacia Londres. Gina se empeñó en complacer a Poiret para asistir al ballet de la Ciudad de la Luz antes de partir, y Dominique, confiando en su fuerza, se unió a la inconsciencia de su amada. París suponía exponerse al demonio y a la opinión pública. Fue su ruina y mi fracaso como protectora.

En 1925, lo moderno tenía que reemplazar a lo caduco. Eso ya avanzaba con las vanguardias a lo alto y ancho de Europa desde principios de siglo, cuando los artistas habían percibido el mundo con el cubismo, el futurismo, el dadaísmo y todo lo que supusiera un rechazo a lo viejo. «Lo que no rompáis os romperá, será vuestro amo», pronosticaba el poeta Louis Aragon, así que no hubo más remedio que aventurarnos con el surrealismo, liberando el deseo y la pasión inconsciente. Oh, la libertad del alma, del amor.

Biarritz no pudo detener las ganas de cambio de los amantes. Poiret los invitó, una vez llegados a París, a quedarse en el estudio de un americano cuyas fotos lo tenían fascinado. Por el taller de la calle Champagne-Première pasaban caras conocidas a retratar su ego desde la perspectiva surrealista de Man Ray. Y en el París bohemio de cineastas, fotógrafos, musas y *couturiers*, dos jóvenes enamorados e inconscientes vivieron los mejores dos días y dos noches de su vida. Y de las más peligrosas.

Os hablo de la primera vez que vi a Gina, cara a cara. Me la presentó Dominique en un acontecimiento multitudinario, arriesgándose con ello a mostrarse en la primera línea de fuego. Con motivo también de la Expo Art Déco, asistimos a la representación del ballet para la suite sinfónica *Scheherzade*, de Rimsky-Kórsakov. Gina vestía un traje de ensueño, ni más ni menos que su supuesto vestido de novia, en realidad el diseño confeccionado en los talleres de la *maison* Poiret que tantos meses de libertad le había proporcionado. ¿Blanco? En absoluto. El rostro un poco tocado por el sol de la costa sobresalía entre colores vivos para un vestido de noche con cuentas y estampado de jeroglíficos, inspirado en Oriente, a juego con una preciosa diadema. El Oriente que imaginaban en estos años evocaba culturas ricas y sensuales.

La locura por el exotismo venía de la mano, precisamente, del ballet, en concreto de la compañía de los Ballets Rusos de Serguéi Diáguilev, que había triunfado y sembrado la pasión por el colorido en toda Europa. Los decorados y el vestuario de las obras actuaban como un imán o una flecha de amor directa al corazón; una vez veías aquello, no podías pensar en otra cosa más que en África del Norte, Japón y China. ¡Eran escenarios para la seducción y la libertad! Gina y servidora nos dimos la mano y una sonrisa. Con Dominique intercambié un saludo y otra mirada reprobatoria. Qué demonios hacían ellos allí, en el Teatro de la Ópera, expuestos a todo París. Qué demonios.

Se sentaron, por fortuna, en una sección de la platea. El vestido de Gina no daba para discreciones y, sin embargo, el hecho de ser una completa desconocida en la sociedad parisina nos salvó de más disgustos. No pude atender a la espléndida representación, más pendiente como estuve de que alguien pudiera delatar a la pareja, que vivía su particular *Scheherezade* como el joven príncipe y la princesa de la historia. Los cuatro movimientos de la suite narran, inspirándose en *Las mil y una noches*, la historia del sultán Shahriar de Samarkanda, quien pensaba que como todas las mujeres eran por naturaleza infieles, convenía matar a cada esposa tras la noche de bodas. Al conocer lo que le esperaba, la sultana Scheherezade decidió contarle cuentos distintos cada noche al sultán, con el fin de distraerlo y posponer su destino. Gracias a esta estrategia y a la curiosidad de Shahriar, la sultana evitó la muerte. Desgraciadamente, el Duque de Humo no atendería a ningún cuento si los encontraba.

En su palacete parisino, Yuri Upravleniya pensaba repetidamente en el cauce de un río seco y pedregoso. Allí había sepultado a esa primera mujer ingrata que le había traicionado. Amor tornado odio en medio segundo, y una vida convertida en maldad en un instante. No se explicaba cómo él, famoso por escapar de cajas bloqueadas con enormes cadenas o urnas llenas de agua helada, aun esposado y con los bolsillos repletos de piedras, no había conseguido retener a una esposa y con ello retener su honor. Tampoco ahora podía asumir que su prometida, que no era más que una chiquilla a la que él había imaginado dócil y maleable para sus fines, hubiera huido con tanta facilidad, cuando nada se escapaba a su conocimiento ni a su vista. Lo llamaban el Duque de Humo porque tenía la capacidad de esfumarse de un lugar y reaparecer en otro. Sin explicación. Para acallar sus demonios, necesitaba el amor de una mujer. Pero ¿qué mujer podía enamorarse de tanta maldad? Alguien que permaneciera junto a él y debilitara su ira. No alguien que le abandonara, mucho menos por otro hombre. Definitivamente la chiquilla, Gina, era inservible para sus planes. Una inútil y traidora que podía acabar en el lecho de piedras de cualquier río.

En la Ópera, las imágenes de la música (no podéis perderos esta fabulosa obra, cuyo hilo conductor es una melodía llena de arabescos, de violín acompañado por arpeggios de arpa) y los movimientos gráciles y bellos de los bailarines bien podían llegar a emborrachar de emoción. Gina apretaba la mano de Dominique con lágrimas

en los ojos, y solo la soltó para aplaudir fervorosamente después del apoteósico movimiento final, el Festival de Bagdad. Ambos se sentían protagonistas de esas aventuras y, ajenos al peligro y a su clandestinidad, salieron al *hall* del teatro al terminar la función. Dominique ignoró mi señal de advertencia: el cruce de los dedos anular y meñique. No resultaba seguro que departieran con la gente a las puertas del teatro, y mucho menos que pasara lo que pasó. Una pareja tan atractiva compuesta al cincuenta por ciento por una bella joven vestida de Poiret debía ser fotografiada para los magazines de sociedad. Monté en cólera, lo reconozco.

Yuri alargó su mano huesuda a Manfred Hass. Le había hecho acudir a su despacho al final de la tarde porque le habían asegurado que era la persona más despiadada y eficiente a la hora de encontrar a quien fuera. Le señaló un sillón para que tomara asiento.

—Necesito que una fugitiva regrese a esta casa.

—Sí, señor. ¿Puedo saber de quién se trata?

—Es mi prometida. Hace cinco días que escapó. Nadie la ha visto y nadie sabe dónde puede haber ido.

—¿Tiene alguna imagen de ella? ¿Puede describirme su rutina diaria?

—Aquí tiene una fotografía. Sus parientes, a quienes puede también preguntar, dicen que solo dejaba la casa para visitar un taller de moda donde confeccionaban su vestido nupcial.

—¿Está seguro de que no ha sido secuestrada, señor?

—Nadie ha pedido un rescate, si a eso se refiere.

—Perdone, no quería ofenderle.

—No se preocupe. Vayamos al grano. Quiero que la encuentre y que me la traiga aquí sana y salva. Quiero ser yo mismo quien le dé su merecido.

—¿Sospecha que pueda estar con otra persona?

—Eso es evidente, señor Hass. Prefiero no hablar de ese aspecto ahora mismo. Ya comentaremos detalles si se da el caso de que nuestro negocio también suponga librarnos de algún otro traidor.

—Cuenta con ello, señor Upravleniya. No se arrepentirá de haber confiado en mis servicios.

La aparición de Manfred Hass en esta historia no fue una casualidad. Era un experto en localizar personas que no querían ser encontradas, y también en dar caza a sus congéneres. Sí, congéneres, porque siendo hijo de humana y vampiro, Manfred era un semivampiro que poseía nuestros poderes sin estar ligado a nuestras debilidades. Por esa razón, el dhampiro Hass se tomó el encargo de manera muy personal cuando más tarde supo que la fugitiva se había ido precisamente con Dominique. Daba igual adónde se dirigieran, pues Manfred Hass podía intuir a un vampiro incluso en su forma animal, y si no estaba presente, su grupo de

colaboradores haría el trabajo por él.

Gina me recordaría siempre como «esa vieja mañosa y maleducada que nos empujó fuera del teatro y nos metió en un coche». Las generaciones jóvenes pueden ser tan crueles y desagradecidas. Exigí a Dominique con la urgencia que contagia el miedo —o imagino que así es, porque no lo he experimentado— que recogieran sus pasajes y algunas de sus pertenencias básicas y que se despidieran de Man Ray, pidiéndole antes que escondiera las fotos que le había hecho a Gina y haciéndole prometer que, de preguntarle, diría que no les conocía. Rogué también que ninguno de los habituales visitantes del fotógrafo hubiera comentado que la pareja acompañaba a Man Ray en su taller. Rogué en general que Dominique y Gina fueran borrados de la mente colectiva.

Valérie y Antoinette condujeron a una velocidad insufrible hasta Calais. El Atlántico ya no engatusaba con su oleaje tanto como en días anteriores. El mar estaba tan bravo que a duras penas se podía caminar por la cubierta del barco. La noche cerrada, el mar exaltado y el terror de Gina arrastraron la ilusión de que el mundo era de ellos dos y que nadie podía interferir en su felicidad. Viajaban a otras calles, hacia otra vida, pero el peligro no se quedaba en la orilla. Así como la penetrante nota del violín personifica la suerte de Scheherezade, el ruido de las olas continuaba el latido agitado del corazón de Gina hacia su destino incierto.

CAPÍTULO 7

Quiero quererte mil años

*A*l principio, todo resultó fácil. Los ecos de esta Era del Jazz resonaban sin cesar por todo Londres. Nos quedaban pocos años para seguir quemando la mecha de la diversión hasta que nos explotara el cohete en la cara, en 1929. Eso significaba que Londres ofrecía mucho entretenimiento a dos personas que habían atravesado su peor momento, se habían encontrado y se habían rescatado la una a la otra. Además, Gina decía que la Catedral de San Pablo londinense era como si el Panthéon de París se mirara en un espejo, y por eso no se sentía tan lejos de casa.

Era muy fácil mezclarse con seres de este nuevo mundo que rugía, desperezándose de las agonías de la escasez. Ahora solo importaban las frivolidades. De acuerdo: además del esparcimiento, señoras y señoritas se reunían en sus salones y discutían sobre la igualdad entre los sexos y se arremangaban en pos de la emancipación de la mujer, ¡por fin! Y luego salían con sus pancartas y carteles a reclamar su derecho al voto, sin miedo a represalias ni a burlas amargas. Ya hacía muchos años que habían demostrado que podían trabajar fuera del hogar y hacer prosperar esa sociedad inmóvil en sus formalismos, así que no había marcha atrás.

Gina veía cada día en las calles de Londres a la mujer en la que siempre soñó convertirse: la que decide si se casa o no se casa, la que monta en bicicleta, la que juega al tenis, asiste a partidos de fútbol y rugby, practica deportes y va a la playa ignorando el qué dirán. Un paso más allá lo representaba el grupo de las que leían la prensa sensacionalista, bebían, fumaban y hablaban de sexo en público. Las chicas *flappers*, cuyos ídolos eran actrices bellas, sexy y carismáticas como Clara Bow, Gloria Stuart, Louise Brooks y Marie Prevost, equivalentes a las *garçonnes* como Antoinette y Valérie, mostraban sus *bobs*, su piel bronceada, depilada y perfumada, su maquillaje y sus pestañas postizas —que en tiempos de sus madres solo lucían las prostitutas— en el teatro, las carreras de caballos, eventos sociales de todo tipo y, en especial, en los bailes. Oh, sí.

Cada noche era fundamental bailar. Caer rendido. Morir con la música y amanecer habiendo movido todos los tendones. Los clubes se abrieron con la misma hospitalidad y familiaridad que se abre el jardín de casa para una barbacoa entre amigos. Todo se transformó en materialailable: piezas de música clásica, operetas, canciones populares. La locura, para que os hagáis una idea, podría compararse con el florecimiento de las discotecas y la música disco en la década de 1970. Yo misma participé en numerosos concursos de baile; algunos consistían en resistir hasta que toda la pista se rindiera al cansancio, al humo o a la embriaguez. Aprendí claqué,

charleston, foxtrot y tango americano. Reí sin parar cada madrugada. Me emborraché y besé a descuidados hombres y a mujeres de labios jugosos. Un momento, pero no estamos hablando de mí, sino de la pareja de prófugos. Lo que había prometido contar sobre mis bailes aquí lo dejo, por decoro.

Bien, mi nivel de acidez a principios de siglo todavía me permitía creer completamente en eso que llaman romance, y que es muy útil para cultivar el buen gusto, las fantasías estéticas y las historias mentirosas. Así que me afané en que Londres acogiera a los amantes y elevara su amor. De paso, contuve un poco mi ego y mis salidas nocturnas, pues estaba ocupada en guiar a Dominique y a Gina. Los amigos son aquellos que hacen que nos olvidemos de ser el centro del Universo. Menos mal.

Les conseguí alojamiento en el barrio de Bloomsbury, al oeste del centro de Londres. Era una zona de casas grises del periodo georgiano, dispuestas en largas hileras por calles rectas, rodeadas de placetas, pubs y restaurantes donde se tomaban sus pintas y sus pudding los editores y librerías de los establecimientos cercanos al British Museum. Pero era mucho más que eso. El distrito bautizó a un selecto grupo de intelectuales que retaron con sus ideas y espíritu al arte y a la sociedad de ese momento, y que cambiaría la cultura y los modales de los británicos. Nunca tomo decisiones al azar, y en ningún otro lugar y atmósfera quería que mis dos recién llegados desplegaran sus alas. No diré nombres, por supuesto, pero otro elemento determinante para adoptar Bloomsbury como base de operaciones fue la fraternidad. Muchos de los allí reunidos formaban parte de nuestra casta, hecho que simplificaba mucho nuestra supervivencia; algunas noches hasta salíamos a cazar juntos pequeñas alimañas que colmaban nuestro apetito y nos evitaban cometer sangrías humanas. De las personas solo nos servía su vileza: los zafios, que siempre han abundado por doquier, eran un buen menú diurno que nos contentaba con su energía deleznable.

Dominique se acostumbró a estas cenas improvisadas mientras Gina dormía. Charlábamos e ironizábamos como en los viejos tiempos, y nada parecía incordiarlos ni preocuparlos. Al fin mi caballero sensible y vampiro aprendiz, después de un siglo largo de andanzas, se dejaba ayudar, se dejaba querer.

Respirábamos comodidad y confianza entre amigos que compartían una misma voz, la pasión por la inteligencia, por lo bello y por lo auténtico, con narcisismo y una actitud autosuficiente. Lo que nos rodeaba solo aceptaba lo moderno, lo experimental, desde el comentario político y filosófico al sexo. Maravillosa ambigüedad, en la que podíamos deleitarnos con todos los placeres que un hombre y una mujer pueden compartir, sin hacer caso de los convencionalismos. Por descontado que Dominique no se mezclaba en estos conceptos de familia sexual — qué vampiro más reacio a su instinto—, mientras que sus dos acólitas y yo nos rendíamos a seres encantadores y admirables. Ellos, economistas; ellas, escritoras y pintoras. Yacíamos y consumábamos el sexo, nos enamorábamos durante unos días e intercambiábamos celos y promesas, quizá para sentirnos más emotivos o pasionales

a pesar de no tener un corazón que nos recordara esas sensaciones. Primaba la carne y el intelecto, tal y como prima y primará para mí y los míos.

Gina, sin embargo, todavía creía en el matrimonio. El placer carnal estaba reservado al compromiso romántico, aunque Dominique sufriera conteniéndose en un beso. La inocencia de Gina nos chocaba y nos excitaba por igual a todos. Los amantes castos sí que eran una novedad, como jurarse amor para toda la eternidad.

Los Woolf, Leonard y Virginia, habían fundado en la planta baja de su casa en Tavistock Square el negocio que definía su verdadero amor, la editorial Hogarth Press. Gina había conseguido un ejemplar de la novela que había publicado la dueña del lugar un año antes, *La señora Dalloway*, y deseaba conocerla más que otra cosa en el mundo, excluyendo su amor por Dominique, claro. Concertaron una cita en un día lluvioso para tomar el té entre galeradas.

—Buenas tardes, usted debe de ser Leonard. Me presento: soy Dominique Désir y ella es Gina Mann, mi prometida.

—Pasen, por favor. Son muy bienvenidos —respondió Leonard respetando la tradicional amabilidad inglesa. ¡*Politeness*, me hechiza, me desbanca, me gusta y me causa escalofríos, la *politeness*!—. ¿Desean tomar una taza de té? Llamaré a Virginia. Está escribiendo en el estudio de arriba.

Gina dio una vuelta sobre sí misma y levantó los brazos como si rogara a dios.

—No puedo creer que esté en medio de tanto arte. Nunca me acostumbraré a conocer a tantas personas excepcionales.

Dominique la miró, completamente enamorado.

—Recuerda que tú eres una de ellas. —La joven se aproximó y le robó un beso, miró el anillo que él le había regalado y le dedicó una sonrisa ensimismada.

Gina continuó con el reconocimiento del lugar y se fijó en un espacio en la estantería donde se apilaban libros polvorientos y manoseados. Las tapas de cuero desgastado olían a humedad y algunos se cerraban con el nudo de un lazo que cuidaba de que las hojas gruesas y sueltas no se desparramaran.

—Echo tanto de menos mi pequeña biblioteca, Dominique. Fíjate, estos títulos están ordenados por temática, igual que yo hacía cuando vivía en Praga.

—Déjame ver —se interesó Dominique—. *El vampiro*, de John William Polidori, *La muerta enamorada*, de Théophile Gautier, *Carmilla*, de Sheridan Le Fanu, *El destino de madame Cabanel*, de Eliza Lynn Linton. ¿Te gustan las novelas de terror, querida mía? —susurró en tono burlón. Cuán divertido es que los humanos se pirren por nuestro carácter misterioso y temible.

—Buenas tardes. —Una voz femenina eclipsó la respuesta de Gina. Virginia saludó a la pareja.

—Es un placer inmenso conocerla. He leído algunas de sus novelas y tengo que confesarle mi devoción —dijo una entregada Gina.

—Por favor, no tolero que alguien a quien seguramente doblo la edad me trate como una señora el doble de vieja —contestó muy seca la escritora.

Gina se sintió avergonzada y confundida. Tal vez habían importunado el retiro de la literata y habían amenazado su inspiración.

—Tomaremos todos té —recomendó Leonard.

—¿Son ustedes escritores? —prosiguió Virginia.

Mientras Gina permanecía callada y enfurruñada debido a la bienvenida extraña de la anfitriona (Dominique adivinó en su mente un «esta señora, al fin y al cabo, no es tan excepcional si se comporta como una caprichosa»), los hombres de la escena dulcificaron el ambiente y el té. Virginia observó a su admiradora. La conexión fue inmediata. El enfado de Gina, su actitud altiva y desinteresada, agradaron a la escritora y, aunque no bajó la guardia durante largos minutos, dando muestras de estar ausente con la conversación masculina como rumor de fondo, de nuevo alzó la voz.

—Gina, me gustaría enseñarte mi estudio. Gina y Dominique, ¿os apetece uniros a nuestro encuentro de la Noche de Walpurgis?

Gina no dudó, despertando de su ofensa.

—Eso deseo. Lo deseamos, ¿verdad, amor mío?

CAPÍTULO 8

¡Maldita!

Hasta la noche entre el 30 de abril y el primero de mayo —la esperada Noche de Walpurgis—, Gina visitó en multitud de ocasiones las oficinas de Hogarth y el estudio de Virginia. El hobby del matrimonio de intelectuales tenía todos los ingredientes del eterno hazlo-tú-mismo inglés. Leonard y Virginia Woolf eran dos artesanos que atraían a los escritores que les interesaban, y pulían y vestían sus obras para que el público las acariciara. Producían apenas un centenar de libros de forma manual, y Virginia pudo entrar en el mundo de T.S. Eliot y de Sigmund Freud gracias a su amistad con ellos. También allí había algo que le recordaba con miedo a su —ella pensaba— pasado reciente: Hogarth traducía a muchos autores rusos. Solo Virginia sabía el secreto de la pareja, y le parecía tan irreal y primitivo que lo único que podía hacer era empatizar con su nueva amiga.

Dos meses habían transcurrido desde el desembarco en Londres y el Duque de Humo formaba parte de una nebulosa lejana. Con todo, la sombra del prometido infame e ilegítimo ya pendía sobre Gina desde hacía diez años, un curioso y obsesivo no-noviazgo sostenido por la venganza y el desgaste mental de la ahora mujer de veintiséis años que no la dejaba descansar. Ella quería celebrar su boda con la esperanza de que su situación legal ahuyentara a su perseguidor. Porque, además, quería ser de otro. Definitivamente, anunciaron, Gina y Dominique se casarían. Tras la reunión de la Noche de Walpurgis, empezaría con todos los preparativos. Casarse en la noche de brujas, cuando comitivas de espíritus se pasean a placer, invocando el principio de la primavera, divertía al vampiro Dominique. No se tenía por un espíritu, que conste, pero la ironía de la ocasión era evidente.

Cuando Gina se lo contó a Virginia en confidencia, la escritora ofreció una alternativa a la ceremonia habitual e insistió en que debía tener lugar esa misma noche walpurgiana.

—Tengo que decir que sería un honor casaros entre nosotros, el Círculo de Bloomsbury. El ritual, como una iniciación a vuestra nueva vida.

—La verdad es que no me importa que no entremos a una iglesia, pero necesito que mi boda convenza a Yuri de que tiene que anular su interés por mí. —Gina parecía suplicar—. Ya no soy la hija de mi madre y no obedezco más que a mi propia voluntad.

—En ese caso, Hogarth es el mejor sitio para uniros. Invitaremos a Forster, a Katherine, a Dorothy, a Huxley, Lawrence, a Clive, a mi hermana Vanessa, a Lytton...

—¿Y el cura? —insistió Gina.

—¿A tu prometido le gustan los curas?

—No le he preguntado.

—Deberías entonces, querida —Virginia sabía por qué lo decía.

En realidad, un cura era la persona menos indicada para unir en matrimonio a un vampiro y a una humana. ¿Cómo iba un siervo de Dios a permitir que el alma intoxicada por la bestia hiciera suya la de una oveja de la fe? La ceremonia, tengo que confesaros, se posponía por ese detalle. Tenía que casarlos alguno de nuestros maestros, y para ser sinceros, no osábamos solicitar el favor. Un favor al que nunca accederían nuestros superiores. Otro gran error que pesaría sobre nuestra conciencia cuando la desdicha llegara.

Gina se sentó con Virginia.

—¿Puedo leer lo que estás escribiendo?

Virginia compartió su intimidad.

—Se llamará *El faro* y es otra novela, pero lo que me ocupa la mente y estoy pensando en poner por escrito es un ensayo.

—Me produce una curiosidad mortal, Virginia, ¡lo sabes! Me tientas.

—Quiero indagar y reflexionar sobre el doble trabajo que tenemos las mujeres escritoras e intelectuales para hacernos valer y para conseguir la atmósfera y los medios que nos posibiliten ejercer nuestro arte. Este es un mundo aún de hombres, y algún día las mujeres también manejaremos el poder social gracias al acceso a la educación.

—¡Es tan interesante! ¿Cómo titularás ese ensayo?

—*Una habitación propia*, como esta en la que estamos y podemos ser libres.

Está claro que Gina no disfrutaba de Londres desde la ventana de su casa ni desde el estudio de Virginia. Nuestra virgen tampoco era una mojigata ni una provinciana. Os habréis dado cuenta de que era un espíritu curioso e insaciable a la hora de amueblar su cabeza de rizos castaños. Se emocionaba, se entusiasmaba y se enfadaba con facilidad, y su sentido del humor gozaba de buena salud. Londres y París, metrópolis inacabables, se le habrían quedado pequeñas de haber envejecido, y no precisamente por aquello que escribió el Dr. Johnson: «Cuando un hombre está cansado de Londres, está cansado de la vida». Dominique y Gina salían mucho en esos días. Bailaban, desde luego. Recorrieron el museo más antiguo del mundo, el British Museum; contemplaron los únicos retratos existentes de las hermanas Brontë y de William Shakespeare, respectivamente, en la National Portrait Gallery, y visitaron el museo Victoria and Albert. Se divertieron de pícnic en Kew Gardens y en los prados de Hampstead Heath, bajaron en barca un breve tramo del Támesis desde Windsor, compraron discos en Covent Garden. Sus abrazos y besos se arremolinaban en cualquier parte; les daba igual estar en público. Solían olvidarse del entorno, como

dos adolescentes. Me cuesta admitirlo, pero había consentido tanto a Dominique que estaba pagando su inmadurez como vampiro.

Habiendo almorzado en el pub favorito de los escritores, Ye Olde Chesire Cheese, escondido en un callejón de Fleet Street, la pareja permaneció en un rincón camuflada tras dos jarras de ale. Gina procedía del país de la cerveza y, en cambio, nunca la había probado. La novedad le agradó, y también el sabor de los besos de Dominique —quien apenas se mojaba los labios— y la sensación de enajenamiento por el alcohol. Sus manos se escurrieron espontáneamente por debajo del suéter y de la camisa de Dominique y acarició su espalda ancha y fuerte, y su piel fría. Él esbozó una sonrisa y tocó con la punta de su lengua el paladar de Gina, que le correspondió apretando su boca contra la de su amante. Una mano de él subió por la parte interna del muslo y acarició el ligero hasta la cadera. Bajo el calzón de seda de color melocotón, ella notó cómo un calor desconocido hasta ese momento llenaba su pubis. Continuaron saboreando sus bocas por minutos y se compusieron cuando Dominique advirtió que otras personas se acercaban a esa salita. Cuán tirana resultaba la promesa de mantener la virginidad, si de día Londres se prestaba a todo, y de noche unían sus cuerpos vestidos entre las sábanas.

El aire húmedo los despejó en el paseo desde Monument, donde subieron los 311 peldaños para acceder al mirador, a Tower Bridge, el Puente de la Torre que se levantaba para dejar entrar y salir de la ciudad las mercancías de todos los rincones del Imperio Británico. Besos y más besos después, entraron en la Torre de Londres. La gran fortaleza que nos suena solo por su pasado como prisión y como escenario de la ejecución de dos esposas de Enrique VIII, también había albergado las Joyas de Corona, el arsenal, una casa de animales que se ofrecían a los reyes y la Casa Real de la Moneda. En compañía de un alabardero —los oficiales que custodian la Torre—, nuestra pareja escuchaba la historia de la Puerta de los Traidores cuando dos cuervos irrumpieron en la escena y les graznaron (el lugar también es famoso por estos pajarracos que tienen su propio cuidador, ya que la superstición reza que el día que mueran los cuervos de la Torre, desaparecerá la monarquía británica). Gina dio un paso atrás.

—No se asusten. Son de la familia, inofensivos —advirtió el alabardero.

Dominique miró instintivamente a su alrededor y supo que algo no marchaba bien.

—Gracias —correspondió mi protegido—. Será mejor que entremos en la capilla de San Juan Evangelista.

—Estoy seguro de que sabrán apreciar las raíces normandas de la iglesia. Nuestro pasado de orgullo —les comentó el vigilante real.

Gina buscó respuesta a su miedo en los ojos de Dominique y vio reflejada la misma preocupación. Una vez dentro de la capilla, ambos reconocieron que se sentían observados.

Al pie de la Torre y cerca del Támesis, dos individuos se apoyaron en un coche

negro. Detrás de la ventanilla, Manfred Hass fumaba un cigarro de aroma intenso. El humo huyó en tropel cuando Hass bajó el cristal. Él y sus dos hombres, que apenas diez minutos antes se habían transformado en cuervos, habían empleado incluso perros para dar con alguna señal del escondite de Gina. Habían mostrado su fotografía, descrito sus vestidos, hasta imitado su acento checo. Cuando Manfred buscaba, Manfred estrechaba el cerco, tendía la trampa y cazaba la presa.

—¿Es ella? —preguntó sin quitar ojo del salpicadero.

—Hemos estado muy cerca, jefe. Es ella.

—¿Está sola?

—No, de hecho no creará con quién la hemos visto, y en actitud excesivamente cariñosa.

—Un hombre. ¿Quién?

—Dominique Désir Du Plessy.

—No me digas. Mataremos entonces dos pájaros de un tiro. No los perdáis de vista.

—Sí, jefe.

Rememorar la Noche de Walpurgis contaba como una más de las excentricidades del Círculo de Bloomsbury. La noche de transición entre la primavera y el verano debían estar atentos por muchas razones: porque invocaban según los ritos paganos germanos a los dioses de la fertilidad y porque en torno a las hogueras en honor a Belenos, dios del fuego, salían las brujas para practicar sus hechizos y, en la mente de los cristianos, adorar a Satanás. Los romanos, además, creían que en mayo los muertos se mezclaban con los vivos y estaba prohibido casarse por si acaso una aparecida tomaba el lugar de la novia y uno acababa esposado con la muerte. En todo caso, si en alguna invocación eran expertos los intelectuales era en la del poder del whisky escocés. Ni siquiera pusieron objeción a que se celebrara una boda allí, ignorando la prohibición romana y la presencia de Satanás.

El olor a libros y a whisky envolvía a los novios. Todos habían bebido, comido y leído manifiestos. Se habían reído de las brujas. Sonó la música de Wagner para la primera parte del *Fausto* de Goethe antes de que Dominique y Gina se sentaran ante un atrio. Un reconocido psicoanalista —Gina creyó que era sacerdote— comenzó un improvisado discurso sobre la incertidumbre en la que nos sume el amor. Gina había entregado su anillo a Dominique para que lo recolocara en su dedo después de leer sus votos, y había comprado uno para él. Mi protegido estaba imponente vestido de frac, con pantalones de talle alto con raya sujetos por tirantes y chaqueta con faldones hasta las rodillas. Y pajarita y sombrero de copa de seda peinada, por supuesto. Gina había elegido un vestido de la firma londinense Reville and Rossiter: chifón de seda de color crema, un profundo escote de pico y talle bajo, cuentas de cristal, estrás y tachuelas plateadas. Como fleco de la falda se alineaban hileras de cuentas rematadas

por bolitas de hilos de seda plateados. Esa noche de brujas no llevaba sombrero, curiosamente. Cesó la música y vinieron las frases de compromiso.

Entraron dos últimos invitados. No, no estaban invitados. Entró Satanás. Era su noche y no le habíamos invocado, pero asistió a la boda. Nos pilló desprevenidos: Manfred abrió paso a Yuri Upravleniya y Virginia se levantó precipitadamente. Gina y Dominique se dieron la vuelta, perplejos.

—¡Yo te maldigo, Gina Mann! —Un Yuri colérico enfrió la sala. Avanzó hasta plantarse, como una torre infinita que tapa el sol, delante de los contrayentes y, ciego de ira, alzó su voz terrible como un tifón—. ¡Debes morir, maldita! Pero morir una y otra vez, para que tu alma adúltera y traidora no encuentre reposo. Que el mal te corroa, te condeno a morir cuando cumplas veintisiete años y a vagar indefectiblemente por el infierno. Después, renacerás a otra vida para pagarme tu pecado. Cada vez que vivas, no recordarás qué sucedió en tu anterior existencia. Por muy feliz que puedas ser, esa felicidad siempre se truncará con tu muerte repentina. No podrás romper el bucle. ¡Ese será tu infierno, Gina Mann, una felicidad incompleta!

—¡Atrás, demonio! —Dominique se interpuso entre el Duque de Humo y Gina, pero una fuerza invisible superior a él lo detuvo.

—¡Y a ti, traidor, garrapata, Dominique Désir Du Plessy, yo te maldigo también! —Nadie se atrevía a respirar porque la voz del prestidigitador los tenía paralizados—. Te condeno a seguir a tu amada en cada vida sabiendo que la perderás, tal y como yo la he perdido. ¡Ni toda tu inteligencia ni capacidades te servirán para hacer frente al dolor, y mucho menos para romper esta maldición que sello aquí mismo por orden del Altísimo Satán!

Dominique se precipitó sobre el Duque de Humo, quien lo neutralizó con un movimiento de mano veloz. Gina gritaba, fuera de sí, e intentaba librarse de Manfred. Valérie y Antoinette arrancaron de los brazos de Hass a nuestra chica, al tiempo que empujaban a Dominique hacia otra habitación, y Virginia y Leonard los siguieron. En la sala, los invitados creyeron que se trataba de una representación walpurgiana hasta que el Duque, Manfred y sus secuaces empezaron a golpearles para poder perseguir a los malditos. Sin embargo, los intelectuales, quizá estimulados por el alcohol, se enardecieron. Para cuando los agresores se hubieron escabullido de la escaramuza con los de Bloomsbury (algo que consiguieron hacer limpiamente como cualquier escapista y cualquier monstruo, eso sí) la comitiva de casi casados estaba de camino hacia Lewes. El caserón de campo de los Woolf en el sur de Inglaterra era la única y última esperanza para Gina y Dominique.

CAPÍTULO 9

Nada

No fue suficiente que la pareja intercambiara por fin las alianzas y las fijaran en sus dedos. Tampoco fueron suficientes las miles de caricias, besos y noches de pasión. Ni que Gina perdiera la virginidad y Dominique adquiriera su madurez como vampiro completo. El verano de 1927 no nos regaló veladas de baile, fiestas ni eventos sociales. Me mudé a Monk's House, la casa de los Woolf en Lewes, con el fin de estrechar el cerco en torno a mis dos personas predilectas. Cuatro vampiros tal vez sí resultaban suficientes para contrarrestar un ataque del dhampiro y su patrón el mago.

No obstante, nadie apareció en los largos días de paseos junto al río Ouse, que tantos recuerdos de su adolescencia traía a Gina y donde moriría ahogada Virginia, llenándose los bolsillos de piedras para no volver a su existencia de enferma. Algunas cosas o reviven o matan. Esas jornadas se acortaron en tediosos días de otoño, y tampoco sucedió nada. Aunque sabíamos que todo estaba sucediendo según el endiablado plan. Dominique confiaba en que mi fuerza pesara más que el hechizo de un humano. Con todo, yo dudaba de que Yuri fuera humano. O, mejor dicho, temía que no lo era. Todas las noches mi protegido y yo manteníamos la misma conversación: si el día del veintisiete cumpleaños de Gina ella mostraba signos de debilidad, yo desharía la maldición.

No podía hacer nada contra el mal invisible. Nada. De eso sí que estaba segura. Por suerte o por desgracia, por defecto o por exceso de poder, los asuntos íntimos de los vampirus son intransferibles: Dominique debía madurar su poder y resolver, si es que se podía contrarrestar, el peso de esa maldición que estaba en el aire.

Sí, Dominique todavía carecía de los recursos vampíricos y tampoco se había enfrentado nunca con un monstruo real, así que se negaba a creer en la maldición. Por lo menos Valérie y Antoinette, más experimentadas en maldad, me creían, y estaban listas para lo que iba a ocurrir. Miento: ninguno de los que estuvimos presentes estábamos preparados.

Mientras tanto, la alegría de Gina se desvanecía. Se tornó más taciturna y perdió el interés hasta en los escritos y las charlas con Virginia. La anfitriona se desvivía por ella, y también investigaba durante largos ratos en libros de brujería que sus amigos compraban en Europa. En una ocasión, Dominique solicitó viajar con esos amigos, e incluso ir al encuentro del Duque de Humo, pero la reacción de Gina fue tan desproporcionada que decidió no dejarla. Gina comenzó a usar amplios vestidos negros, sin un corte definido. Chanel y Poiret se habrían desesperado al echar un

vistazo al vestidor de la joven. Se dejó crecer su *bob* ondulado y rechazó maquillarse. Sus ojos grandes de color avellana se veían vidriosos, como si cientos de lágrimas estuvieran a punto de desplomarse de ellos. Sus uñas se quebraban con el mínimo toque, y los dedos de los pies le dolían, de tan amoratados. Dormía a veces con los ojos abiertos y padecía sonambulismo. Luego estaba esa sed. Bebía y bebía sin poder aliviarla, y sus labios se resquebrajaban y se llenaban de pielecitas afiladas que abrían surcos de sangre a la mínima. La sangre en la boca de Gina nos dolía a todos, y Valérie y Antoinette solían disculparse para salir al jardín, cazar y rebajar su ansia. La comida le producía náuseas, y los huesos de su columna se marcaban como queriendo traspasar la piel.

El 16 de octubre, un médico acudió a Monk's House. Revisó a la joven Gina de aspecto fantasmal. La auscultó y le tomó el pulso. Perfecto. Presionó sus ganglios. Perfecto. Comprobó la circulación sanguínea. Perfecto. Charló con la paciente sana. Diagnosticó que podría estar perdiendo la razón.

Después de la visita, Dominique propuso lo improponible.

—Vera, Señora mía, ¿alguna vez ha convertido a un mortal?

—Querido, cómo temía que me preguntaras eso. No estoy en condiciones de mantener esta conversación contigo, cuando ni has probado la sangre humana.

—¿Por qué, mi Señora? —Dominique se llevó las manos a la cabeza—. No deseo despertar a mi bestia de sangre si lo puedo evitar, pero usted es una vampyrus de casta y puede enseñarme en este caso.

—Te pido que te calmes, joven. Eres un aprendiz que empiezas a mostrar indicios de vampirismo a tus más de cien años. Es ahora, con Gina, cuando comienza a formarse tu verdad. No puedo revelarte el ritual del suspiro inmortal antes de que pases todos los estadios necesarios.

—Entonces, hágalo usted. Si Gina muere, tráigala de vuelta, como hizo conmigo.

—Dominique, Gina es tu sangre. Solo tú podrías cambiar su destino.

Dominique se arrodilló y rogó, suplicó.

—No te tortures y no me tortures, por favor —le pedí—. Nuestras leyes no permiten caprichos, y una violación de las normas puede llegar a pagarse muy cara.

—¿Qué podría pasarnos, mi Señora, si hacemos una excepción? ¿Por amor no nos dispensarían nuestros maestros? Si me matan, si muero, nada habré perdido, así que no me importa.

—Sabes que te quiero como a un hijo, Dominique, pero me temo que no te puedo complacer y que tendremos que afrontar esto juntos. Encontraremos la manera, o no podríamos autoproclamarnos seres superiores.

La sorpresa fue que al cabo de dos días Gina amaneció de muy buen ánimo. Desayunó con voracidad y tomó tres tazas de té seguidas. Buscó su cárdigan y su sombrero de paja y quiso ir a ver el mar desde los acantilados. Por descontado, le

concedimos cada deseo, y los días se iluminaron con idas y venidas, scones de dátiles y pasas con mantequilla y mermelada, vestidos bonitos y vaporosos y amor. Gina le dijo a Dominique que quería organizar una fiesta para su cumpleaños, después de hacer el amor. Así que la casa se movilizó para ella. Faltaba más.

Mi protegido y su corte de vampiresas estaban confusos, no os creáis. Por mi parte, veía muy claramente el futuro y, por momentos, también dudaba del poder del mago. Gina iba a cumplir los veintisiete. ¿Celebrarlos? ¿Sería la maldición una falsa alarma? ¿Desde cuándo la intuición de un vampiro se podía rebajar a la altura de la inseguridad de los humanos mortales? ¡Jugar con mi certeza! Solo podíamos mantenernos expectantes ante los acontecimientos.

Pusimos la mesa y mantuvimos encendida la chimenea. El lunes 14 de noviembre de 1927, Gina escribiría en su diario que lo pasamos estupendamente cocinando cerdo asado con salsa de manzana, acompañado de puré de patatas, guisantes al vapor y mostaza. A mediodía, sentados a la mesa, ella agradeció nuestro cariño:

—Doy las gracias por tener a personas tan maravillosas en mi vida. Por amar y sentirme amada, y que Dominique sea mis pies y mis ojos cuando no encuentro las fuerzas para continuar. Haberos conocido me llena de una felicidad que no puedo expresar con palabras. Sois mi familia. Os quiero.

Valérie arrancó un sentido aplauso y la seguimos. Entonces, Gina se puso la mano en el pecho y se derrumbó en la silla.

—¿Qué te pasa, amor mío? —Dominique la tomó por los hombros.

La rodeamos e intentamos averiguar de dónde provenía el dolor. Era como si una bala invisible la hubiera alcanzado de nuevo. La bala de plata de una maldición, ahí estaba. Mi protegido la cargó en brazos y subimos al dormitorio. Gina yacía en la cama vestida de ángel. Las manos le ardían y lloraba, y a la vez sonreía. Una profunda espiración desencadenó la catástrofe.

Los calambres hacían convulsionar a Gina, y su cuerpo se despegaba de la cama. Sus venas se habían inflado, y el correr de la sangre era claro y evidente a la vista. En ese momento, ella gritó con desespero que no sentía nuestras manos, que su piel había perdido toda sensibilidad. Cierto era que al tacto, los brazos de Gina resultaban ásperos y duros. De repente, Dominique se desplomó en la cama también. Los Woolf corrieron a traer agua caliente de la cocina —no sabían qué hacer—, y solo compartí la escena terrorífica con Valérie y Antoinette, mientras Gina nos abandonaba poco a poco y Dominique vivía en paralelo la agonía de su mitad. Morían juntos, aunque uno se quedaría porque, qué os voy a decir, era un inmortal involuntario.

La nota aguda del violín de *Scheherezade* —que nosotras no oímos— perforó de tal manera el sentido del oído de ella que tuvimos que sujetarla contra la cama para que no se arrancara el cabello. Dominique oyó el violín en la lejanía, extinguiéndose, y se quedó quieto mirando fijamente a Gina, para darse cuenta de que ella lo miraba también, pero que ya no le veía. Sus pupilas se cubrieron de unas finas telarañas de seda y sus pestañas se congelaron en sal. La desgraciada joven no paraba de gritar de

dolor, aunque al instante su voz también quedó sofocada por miles de picaduras de avispas imaginarias en la garganta. Dominique se retorció de impotencia y de dolor.

En última instancia, Gina dejó de respirar. Todos sus sentidos habían sido cancelados, y de la persona que nos amaba solo reposaba el cuerpo, duro, horrible, feo. La Gina que conocimos ya no existía.

Por un momento, Dominique también cerró los ojos. Nos alejamos por reflejo de la cama, de los dos cuerpos tendidos allí. Las dos *garçonnes* vampiresas me miraron, vigilantes, y se abrazaron a mí. Al abrir los ojos, Dominique salió disparado hacia la pared como si una fuerza sobrenatural le empujara. Atrancamos la puerta mientras mi protegido destruía todo cuanto tocaba, entre alaridos. El monstruo delgado, pálido y esperpéntico volaba por la habitación e impregnaba con su aliento fétido el aire. Se recogió como un ovillo en la alfombra e intentó cortarse con un vidrio. Lo detuvimos y logramos que volviera junto al cadáver frío y ya descompuesto de Gina. La cubrió con una sábana de lino que dejaba traslucir la figura de su esposa y la abrazó en la muerte.

V.D.

Duro golpe, el de la muerte. O buena suerte si lo considero desde el punto de vista vampírico, quién lo diría. De pérdidas, búsquedas y encuentros va esta historia. Sabéis ahora cómo empezó este despropósito que os narro (qué poco romanticismo profeso a veces) y tenéis que saber también que Dominique se alejó de Lewes el día siguiente a la tragedia. Se recluyó durante unas semanas en una mansión de la Bretaña francesa contigua a un camposanto. Allí trasnochó entre muertos y espíritus en pena, escribiendo sus pensamientos. De las cartas que recibí, ya de vuelta en París, creo que esta escenifica mejor que ninguna la transformación de Dominique. El vampiro que pierde su ingenuidad.

París, 3 de diciembre de 1927

Mi estimada y salvadora Vera,

Cuántas cartas de felicidad y júbilo, precedidas por tantas otras de decepción y de amargura, te tienen al corriente de mí, como siempre me has pedido. Cerca o lejos, nada puede romper este vínculo que nos une, y que es la única cosa de mi irrealidad que no sufre desgaste. No obstante, mis horas bajas han regresado y estas palabras son una súplica de salvación, de nuevo.

Ella ya no existe. Yo sí. Supongo que esa nada es lo más parecido a morir que sentiré nunca; como el moribundo que traga aguardiente tendido en la mesa en la que le amputarán la pierna y siente las llamas en su garganta, hasta el corazón, a la par del dolor abrupto y brutal causado por la sierra que le desmembra. Somos lo que recordamos. ¿Y lo que olvidamos? Eso nos asfixia más, porque ya nos ha corroído el entendimiento. Mi amigo Dumas padre lo contó a través de aquel personaje que fallece de amor al olvidar cumplir con sus necesidades básicas de humano y se da cuenta de todo ya como muerto, desde el otro lado, descifrando los misterios del dolor, en ese gran relato que sé que ambos adoramos, «Historia de un muerto contada por él mismo». ¿Recuerdas?

«Hay dolores que matan.

Y bien, la muerte o el olvido, ¿no es lo mismo? La una es la tumba del cuerpo; la otra, la tumba del corazón, eso es todo.

Dios permite que a veces una alegría suceda a las lágrimas, cierto; y cuando el corazón de aquel que prueba está demasiado vacío para llenarse solo, cuando la herida es demasiado profunda para cerrarse sin ayuda, envía al camino de aquella a la que quiere consolar otra alma que la comprende; porque sabe que se sufre menos sufriendo a dos; y llega un momento en que el corazón vacío se llena de nuevo y en que la herida cicatriza.»

Por desgracia, hace mucho que Dios me ha empujado a un lado del camino. Vera, no hay más alma que me comprenda y que llene mi corazón sin latido que la de Gina. Decenios pasaron y nos conocimos. La primavera. La vida. Sentir que mi errante destino tenía un hogar adonde llegar: Gina.

Ahora tendré que seguirla por toda nuestra eternidad. La suya, inconstante y extraña, cruzándose con la mía, previsible e inevitable. Estoy doblemente maldito, cadáver desolado y estúpido.

El pasado jueves sangré por la nariz. No daba crédito a ese pequeño milagro humano. La superchería cuenta que es señal de que algún familiar está agonizando o ha muerto. Los más optimistas afirman que la sangre nasal es la prueba de que estamos enamorados, porque rebosa vida. Lejos de sonreír por lo desafortunado y la mordacidad del suceso, incluso muy lejos de verme sobrecogido y extrañado, te confieso algo que te enervará, y por ello te pido perdón: intenté quitarme el aliento.

Suicidio es un término risible para un vampiro, pero así es: quería desaparecer. No probé animal durante días y noches; abrí el cofre que contiene las agujas de hierro y acero que se clavan en el corazón. No pude. No por mi causa, sino por ella. ¿Cómo abandonarla a su suerte, a renacer, vivir y morir? ¿Cómo rendirme sin pasar cada una de sus vidas con ella y dar con el antídoto para la maldición? ¿Cómo resignarme a ser vencido cuando su alma es la mía y no puedo acabar conmigo porque no hay nada dentro de mí?

Estuve en Montmartre, Vera, y por primera vez me alimenté con sangre humana. La bajeza de mi ansia me torturó durante días. El sabor fuerte, áspero, caliente, el impulso precipitado de su fuerza en mi organismo, la energía psíquica de personas que merecen el castigo que me resistía a aplicar hasta ahora. Por insólito que parezca, sentirme como un monstruo me ha devuelto la serenidad. Querida Vera, cuán horrible es ser vulnerable. Guíame con tu experiencia valiosa. Enséñame a modelar al monstruo que habita en mi ser enamorado. No me dejes caer, sosténme en los años que necesite para reencontrar a Gina, por favor.

Tu Dominique, que te estima.

Dominique Désir Du Plessy

Así lo hice. No me he despegado de su lado en estas décadas en las que más locuras han sucedido y que de buen seguro me entretendré relatando después. Ahora deseo llevaros de vuelta a los días presentes, los años ochenta en los que Gina y Dominique se reúnen. Siempre en medio del caos, pero eternamente juntos.

PARTE SEGUNDA
Vive como si no existiera el mañana

*Gentlemen take polaroids
They fall in love, they fall in love*

*Breathe life into me
Spin me round
And I'll just sit and wonder why
Just a foreign town with a foreign mind
Why is everything so cut and dried?*

*Gentlemen Take Polaroids, Japan,
Gentlemen Take Polaroids, 1980^[5]*

CAPÍTULO 10

Disparo, desmayo

El picaporte del portón corredizo ha cedido. No es muy temprano, aunque la humedad en esa zona del Meatpacking District es tan insoportable como la de los *quais* parisinos. Flota en esa enorme capa de nebulosa que, aunque acaricia la cara como un algodón de azúcar, viene impregnada también de un hedor a matadero, del olor característico de las piezas de carne colgadas en hileras de los almacenes contiguos que dan nombre a esta zona del *downtown* neoyorquino. En estas calles con nombre propio, pocas almas piensan en otra cosa que no sea la carne; es el lugar preciso donde comerciar con ella, en los mercados para los restaurantes del SoHo y de Little Italy, y en las esquinas, donde transexuales proclives a los fetichismos más curiosos son presas de otros peculiares depredadores. Donde los camellos reparten agonía y el crack es la nueva peste, a la par del SIDA.

Dominique puede percibir la presencia de algunos congéneres. Durante la noche, una lluvia insistente y fría ha borrado los rastros de sus festines sangrientos. Pero él sabe que suelen pasearse con socarronería por Manhattan, capaces de los actos más sublimes, como los lemas de los graffitis del Lower East Side que su primo Basquiat ahora exhibe en los museos más burgueses, y que vende por millones de dólares. Y también de las andanzas más macabras y retorcidas.

Esa corriente húmeda y decadente le fuerza a cerrar los ojos. Tres años en la Ciudad, atrapado en una serendipia continua, le han conducido hasta este almacén. Años sumados a más años de agonía buscando el antídoto contra la maldición. En esta nueva vida de Gina todo será diferente. Ha sido un camino desolado, crudo y abandonado como este distrito que Dominique creía que culminaría en la fiesta que tuvo que dejar la pasada noche. Ella, ¿vendrá? Dominique ha buscado de forma incansable a Gina durante tanto tiempo estos últimos años, y ha estado al borde de conseguir que sus mundos colisionen tantas veces. Me detendré a contaros los fascinantes detalles de su epopeya más adelante. Por lo que ahora respecta, serendipia, dilúyete en esta niebla asfixiante y podrida de muerte. ¿Gina vendrá? Es ambiciosa, y tiene reputación de profesional. No puede faltar a esta sesión, su plataforma al éxito masivo. Tiene que venir.

Queda momentáneamente deslumbrado al cruzar el umbral. Su ayudante ha calibrado cada detalle del *set* y la iluminación del estudio aplaca la angustia de Dominique y le saca una sonrisa. Ni rastro del polvo ni de los tonos ocres callejeros: aquella nave industrial tiene un aspecto immaculado, casi aséptico. Incluso los ventanales están impolutos, ajenos al efecto de la bruma. Hoy fotografían el primer

paseo espacial de una mujer, Svetlana Savitskaya, tal y como sugirió Iris anoche, y la fantasía futurista del *atrezzo* resulta sexy, estrellada, plateada y glacial. Vaya, así es la sonrisa de Dominique.

No hay modelo, periodista o diseñador que no le desee. Su porte aristocrático, su elegancia y sus modales distan de la confusión y del libertinaje de las maneras en los clubes, las reuniones exclusivas de los lofts y los almuerzos de los talleres de moda. Y está en la cima.

Se saluda profusamente con James, su ayudante, quien ha osado, en un impulso de fotógrafo junior, presentarse con la Polaroid 8x10. Dominique adora estos arrebatos creativos. Sabe que James haría lo que fuese por tocar y experimentar con la misma película que su idolatrado Paolo Roversi; lo que el chico no sabe es que un día el propio Dominique le recomendará como mano derecha de su amigo Paolo, íntimo de juergas en la vieja París.

Por allí corretean irritadas Salma y Patricia, las reinas del estilismo y del maquillaje de las editoriales cuché y de las pasarelas. Revisan y manosean nada menos que treinta piezas, increíbles diseños exclusivos de Betsey Johnson, de Sybilla o de Galliano que a primera vista amateur no se diferencian de los trapos de un dólar de Chinatown. Pero son ejercicios de corte y confección sutiles, perfectos, excéntricos y vitales. Esos dos burros lustrosos rozan los cien mil pavos. En estos años, hasta los inevitables *jeans* de marca ganan estatus a golpe de billete. Los modelos no llegan.

—Chica, los días del Studio 54 y del Mudd quedaron atrás, pero estas crías no se pierden una —musita entre dientes Patricia, alias Pat, confundiendo las palabras con el humo de su cigarrillo.

—Pues a mí tanto *bootleg* me aburre a morir. No sé qué le ven a todos esos perdedores que se cuelan en los clubes. Dame un buen antro underground y lo dejo todo —se carcajea Salma.

Una extraña y talentosa pareja, la de estas dos. Una treintañera oriental y una treintañera negra. Una, media melena lisa, y la otra, larga cola de caballo con una colorida bandana que le cubre media frente. Gafas de pasta a lo Buddy Holly por un lado, y gruesos labios de eterno color rosa claro *nude* plateado, por el otro. Salma es delgada y Pat, redondita. Lo curioso es que, entre tanto color, tienen en común que ambas visten de negro. Salma y Pat personifican el dicho de que en casa del herrero, cuchillo de palo.

En ese momento, otras risitas irrumpen en el *set*, causando el revuelo de un huracán de segundos que arrasa con los brillos y la paz del estudio. Salma abraza de manera instintiva los vestidos colgados en el burro, cigarrillo en la comisura de los labios, y Pat pone los brazos en jarras.

El visor de Dominique, quien está jugando con el botón obturador de la cámara, le devuelve la imagen entrante de un individuo grueso vestido con ropa ancha, gorra de béisbol, zapatillas Converse, collares y anillos dorados XXL y unas gafas de sol de

lentes escandalosamente grandes y reflectantes. Presume de unos auriculares supra-aurales a juego con un maletín de vinilos que parece pesar. Alardea, además, de las dos modelos que se cuelgan de sus brazos robustos, como si fueran dos complementos llamativos extra de su *street style*. La pupila de Dominique se dilata como si hubiese recibido un cañonazo inesperado de luz, aunque no despega el ojo del visor. Porque la serendipia llega a su fin y su cámara apunta a su objetivo, a Gina.

El trío pasa de largo. De repente, el *deejay* recién importado del club del caballo pregunta dónde puede montar su cabina. «En el espacio tiene que haber música, ¿o pensabais hacer esta sesión de fotos sin cuatro buenos plásticos? Será que no.» Que se cuestione y se conteste a sí mismo resulta práctico, porque el resto del equipo no pierde ni un segundo en comenzar la sesión. No hay tiempo para más *clubbing*.

—Tienes una piel estupenda, para haber estado pendoneando por los bares toda la noche. Soy Pat, un placer, divina.

—Me ha dicho Christine que si te rocías la cara con agua fresca y después aplicas leche con una bolita de algodón, la inflamación del contorno de ojos y los poros dilatados desaparecen —cuenta Gina entusiasmada.

—Sobre todo si tienes, ¿cuántos? ¿Diecinueve, veinte añitos, divina? —Pat acaricia las facciones de la modelo, buscando sus mejores proporciones. Piensa que es perfecta.

—¡Tengo veintiséis, pero gracias! —concede Gina a sus admiradoras.

Salma se da la vuelta, se mira con Pat y se ponen a reír.

—¿Qué marca de leche es esa, por favor? Conozco a mucha gente que se bañaría diez veces al día en ella —grita Pat.

—Tú incluida, Pat, aunque tal vez tenga efecto blanqueador, y eso no te gustaría —bromea Salma.

—Encima tendría que abusar del colorete, como tú, Salmy.

—¿Cómo es eso que siendo una modelo veterana no nos habíamos cruzado nunca? —sigue Salma.

Christine interviene en la conversación:

—Digamos que tiene toda la experiencia de la veterana y que es su momento de convertirse en supermodelo. Sus padrinos así lo creen. Y sus padrinos son la gente de la moda más importante de esta ciudad, los que han montado este *shooting* solo para ella.

Pat ha limpiado el rostro de Gina con una loción, y lo masajea con una perlada y cítrica crema hidratante. Mientras coloca discos de algodón empapados de té de ginseng frío sobre los ojos de la modelo, aprovecha para limar y esmaltar en azul índigo las uñas de sus finas manos. Al corrector y base de maquillaje, añade sombra azul pastel sobre el párpado móvil, y dos sombras más oscuras de la gama de azules, ópalo y cobalto, en el arco del párpado fijo y en el extremo externo del ojo. Dibuja las cejas, riza y carga con generosidad las pestañas de máscara negra. En los labios, carmín marrón canela metalizado. Brochazos de colorete en tono chocolate sin

mesura.

—¿Su padrino es el bombón de la cámara? —Pat mira a Dominique.

—¿James? Es más afín a la moda masculina —Salma guiña el ojo a Gina.

—Salma, por favor, hablo de su jefe —apunta Pat—. El espécimen masculino que miramos y miramos y ni nos creemos que exista.

—No tengo el placer de conocerle, porque es tan maleducado que ni nos ha saludado al entrar —les rebate Gina, molesta con el atractivo Dominique.

Christine le lanza una mirada reprobatoria a su amiga. Piensa que ese carácter no le conviene, si quiere agradar a todo el mundo y ser la top del Olimpo. Sin embargo, la espontaneidad de Gina no se traga esos cuentos. Donde hay honestidad, hay poesía. Por mucho que se enfaden, no quiere perder sus buenos modales.

Pat defiende a su hombre ideal.

—Divina, no se lo tengas en cuenta. Está concentrado en que todo salga bien. Mírale, un fotógrafo entre objetivos y focos. La iluminación es la tercera parte del éxito de sus fotos, y del tuyo. Es tan encantador. Ya verás que te fascina.

—A Pat y a mí a veces nos gustaría ser modelos, aunque fuera para que nos acariciara y besara al menos con su cámara. —Salma suspira al estilo de una princesa Disney. Ambas estilistas estallan en carcajadas, y Gina y Christine se contagian.

Pat usa las tenacillas calientes para crear ondas naturales en la melena castaña de su modelo, y se la ahueca a golpes de secador. Salma ayuda a vestirse a Gina con el primer atuendo de la sesión. Las estilistas achuchan a la chica, cariñosas.

A Gina le importa poco lo que sucede a su alrededor. Se balancea con sensualidad, vestida como una diosa moderna, mientras juega en la alfombra de baile en la Arcade instalada junto a la máquina de café, donde sus nuevas dos amigas y su colega de profesión cuchichean sobre hombres. La noche ha sido fructífera en diversiones y caras, todas interesadas en ella. Ahora le apetece darle la espalda al mundo. Sin embargo, cierta energía en el ambiente la incomoda. No ayuda a la calma ese ritmo machacón y repetitivo de *Robotico Rejecto* que su estrenado amigo *deejay* mata en los platos. Sobre una base techno, una voz robotizada para la ocasión predica a gritos:

Robotul a venit, Roboul cel vestit, Robotul nemurit. El este foarte scump si e facut din plumb. Aveti grija de el, de aceea e mititel...^[6]

El estribillo, en *loop*, es en rumano. Qué agobio. También le molesta la presencia del fotógrafo. Lo mira de reojo y no puede soportar que Dominique compita en arrogancia con ella. En un arranque de ardiente frivolidad, se aproxima a él con paso firme y caprichoso de pasarela, posa su mano sobre el hombro perfecto del fotógrafo, que sigue disparando pruebas de luz, y se planta delante de este en actitud desafiante,

con las caderas adelantadas y los hombros hacia atrás. Defecto profesional o pose. O inseguridad elevada al cubo. El equipo de la sesión les observa como si asistieran a un pase de una película en Cinemascope.

—Oye, ¿tú eres alguien? ¿Quién te has creído que eres para ignorarme, el divo de la fotografía de moda? Lo digo por avisar a Avedon, que te ha cedido el puesto. —La Gina inocente se ha perdido en LA fiesta, porque la que hoy ha venido al *shooting* parece su álgter ego *femme fatale*.

Al darse la vuelta Dominique y mirarla fija y pacíficamente a los ojos, un escalofrío recorre el pecho de Gina hasta tal punto que no puede mantener su postura corporal y pierde el equilibrio. El ajustado mono de lúrex color azul Klein y unos *stilettos* de doce centímetros en amarillo neón no permiten esconder emociones, como tampoco amortiguar el tacto de una mano firme y fría que la sujeta por la cintura.

—Miss Mann, cómo podría ignorarla. Su percepción es equivocada: la admiro y la respeto, y estoy convencido de que formaremos un gran equipo hoy y aquí.

Dominique emplea un tono enigmático y suave. Toca con los dedos la espalda de la modelo para darle estabilidad. Ella recorre sus facciones puras y sus labios proporcionados y masculinos, y se separa de él, desconcertada. Las palabras no salen de su boca. Solo necesita que la abrace, pero ¿por qué?

—Ah, vaya, un caballero andante —pronuncia con el sarcasmo que sirve para escurrir el bulto—. Ya sé quién eres: un tipo de lo más desperdiciado. —Levanta la voz para que todos la acompañen en su risa infantil y esquiva—. Te haces el interesante porque sabes que puedes conseguir los favores de cualquiera. ¡No cuentes conmigo!

—Puede ser —duda Dominique con expresión melancólica. Por su mente, otra voz similar a la de la canción de fondo le recuerda que la verdad no es necesaria cuando está en juego sobrevivir al amor. Deja que Gina se aleje, aunque no despegas sus ojos de los de ella. Comienza la sesión.

Gina ha lanzado sus dardos, ante la atónita mirada de los compañeros de *shooting*. Sorprendente y contradictoriamente, parece disfrutar mucho de las fotos. Se muestra solícita y dócil con el fotógrafo: sonrío, se contonea, posa escondiendo el pecho y exagerando hombros y brazos hacia delante —con esa postura creará escuela.

Shoot. Disparo. Shoot. Disparo. Shoot. Tres atuendos después y recostada sobre un diván de piel violeta con un vestido drapeado en muselina rosa ballet de la colección Ángel Caído, del genio inglés en boca de todos, Gina siente que no puede respirar. Dos minutos más tarde, abre los ojos. Los fríos dedos de Dominique se posan en su cuello, reanimándola:

—No has perdido el conocimiento. Voy a traerte un poco de agua.

Christine, Salma y Pat se vuelcan con Gina.

—Amiga, no has dormido apenas.

—No es eso, es que me mareo.

Pat tiene una hipótesis mucho mejor:

—Te has enamorado.

Gina se revuelve y se levanta del diván.

—Acabemos con esto de una vez, por favor. Estoy bien.

—Bebe un poco, tranquila. —Dominique le acerca el vaso a los labios—. No estoy acostumbrado a que las chicas se desmayen por mí tan rápido... —Gina hace ademán de enfurecerse—. Vale, vale. Intento que te relajes. —La toma del brazo y ella se rinde.

—Perdona. Me comporto como una niña. ¿Empezamos de cero? Hola, me llamo Gina Mann. Encantada.

—Por siempre tuyo. El placer de conocerte sigue siendo mío.

De fondo, los suspiros de princesa siguen su curso, al igual que la sesión.

CAPÍTULO 11

La mujer más famosa sobre la faz de la tierra

La embriagadora Emma Bovary fue retratada por el escritor Gustave Flaubert como una adepta y voraz lectora de revistas de moda. En sus tiempos, consumida por el aburrimiento y pensando en sus amantes, madame Bovary recibía, por encargo, periódicos en los que venían ilustrados los modelos que triunfaban. *Le Mercure Galant*, *Le Cabinet des Modes* son las bisabuelas de las fabulosas revistas con fotografías a todo color que hoy podemos también recibir por suscripción o comprar en cualquier esquina. La mayor diferencia entre esos periódicos de espíritu artesanal y nuestras glamurosas ediciones radica en la diversión. Nunca minusvaloremos la fuerza cómica, el ingenio y la corrosión potencial de un equipo de mujeres al mando de una revista a priori superficial. La única gente superficial que me gusta es la inteligente.

Moira y su nueva protegida desde hace un par de días, Gina, salen del ascensor en la planta 44. Un logo gigante de la revista más preciada de América les da la bienvenida. En blanco y negro, el amplio espacio diáfano reluce, y las paredes están coronadas de sonrisas de portada, de impresionantes instantáneas de Nueva York y de un par de portadas ilustradas de la revista de Andy Warhol; el dibujo de Nick Rhodes, en particular, me hipnotiza. Según se mueven por el pasillo entre las minioficias abiertas de la redacción, ven reflejadas en el suelo sus piernas y la ilusión de la modelo.

Moira es informada de que tendrán que esperar para poder revisar el trabajo final de la sesión de fotos espacial. Resulta que Diana y Dick cuentan los minutos en un típico embotellamiento neoyorquino, y su retraso es tiempo más que suficiente para que las visitantes —Moira y Gina— alternen con la flora y la fauna periodística de la moda. Ácidas y aterciopeladas como un helado de vainilla con arándanos, la cuadrilla de chicas disfruta de la ausencia de la autoridad de su editora de moda para explayarse a gusto sobre los temas del sumario del mes.

Desde tiempos inmemoriales, y bien que os lo puedo asegurar, en su mayoría, las féminas de la pluma de tendencias hablan sobre comer o no comer, vestido, pantalón, tacón alto o bajo, cosas que les gustan mucho, cosas que detestan (mucho), el cierre del número del mes y las fechas de entrega de los reportajes, y de la extrañeza que les causa el género masculino. Por supuesto, incluyamos en el grupo de lo que place mucho el ser invitadas a la presentación o la fiesta del personaje que más da que hablar. Quien no esté enamorada de Tom Wolfe en esta revista que levante la mano.

La periodista rubia considera una pesadez imperdonable que este año se hable

mes tras mes del futuro y del espacio. A su parecer, desde la década de 1960, los humanos quieren estar en cualquier parte excepto en el aquí y ahora. Ni los gurús, ni los hippies, ni siquiera los punks han conseguido que no deseemos vivir en un mañana ideal o alienados. Los signos de los tiempos son inescrutables. Los hombres, pues, también lo son. Para muestra, un botón:

—¿Os cuento la apasionante historia con mi último ligue? Un titular: Hombre obsesionado con el clítoris me hace retrato robot en cuatro días y seis orgasmos, para despedirse por fax porque tiene la certeza de que nunca encajaremos —dice la periodista rubia.

La periodista morena le recrimina que un titular de revista a duras penas incluye cuatro palabras y, solo a veces, un subtítulo.

—Ya sabes que me gusta flirtear con el léxico. Es mi gran amor —responde la periodista rubia.

Ríen al unísono y se desata la destrucción masiva. La rubia continúa el aquellarre.

—¿Recuerdas aquel reportaje que publicamos sobre tipos peligrosos? Lo pasamos en grande dándole forma a aquella clasificación de prototipos de hombres: el Sargento, el Calimero, el Nevera, el Jeta. No me cabe duda de que mi especialidad pendula entre el hombre Dr. Jekyll y Mr. Hyde y el Bailarín, ¡Un pasito adelante...

—¡Y dos pasos atrás! —Su colega morena completa la frase.

Gina no puede evitar intervenir en la conversación.

—¿A qué os referís con esos apodos? Es un reportaje un poco cruel.

—De eso nada —le corrige la morena—. Hay hombres controladores, quejicas, fríos, caraduras que guardan intenciones perversas. Nosotras somos víctimas de su crueldad, así que por una vez que seamos un poco brujas con ellos no hay expiación a la que debamos someternos.

—¿Nunca has maldecido el día que un Jekyll y Mr. Hyde entró en tu vida? —insiste la rubia.

La modelo niega con la cabeza. En realidad, no ha tenido muchos novios ni pretendientes tormentosos. O eso cree ella, sin ánimo de avanzar demasiados pormenores de esta historia. La periodista rubia, por el contrario, repasa su currículum de conquistas fallidas.

—Mi peor error se lo atribuyo a aquel adulator con un lado muy oscuro que me dijo: «Me pones intelectualmente cachondo». El piropo más irresistible venía, por desgracia, del hombre más truculento.

—Ni tan solo era guapo, por lo que supe —indica la periodista morena.

—La belleza física no lo es todo —responde la rubia poco convencida—, según parece.

La morena sella el despropósito.

—Por lo que a mí respecta, si no me entra por los ojos, te aseguro que no entra por ninguna parte.

Las periodistas morena y rubia se cohíben cuando se dan cuenta de que la

modelo, a quien creen esperando para un *casting*, viene con Moira y es la misma chica de las fotos que ha traído James, el ayudante del fotógrafo más guapo de su lista de bellos y altamente deseables. Es decir, de Dominique Désir Du Plessy. Nombre encantador.

Dos periodistas más se unen al grupo e improvisan una tertulia mañanera de café. La chica de las gafas que se nota que hoy no ha logrado ajustarse las lentillas, puesto que luce ojos más enrojecidos que una servidora cuando se pone nerviosa, no se corta al preguntar.

—Siento criticar el tema espacial. Estás estupenda en la editorial, mucho, mucho.
—Moira sigue la conversación desde una distancia prudencial, muy consciente de que Gina está por acabar en el centro del círculo de ávidas informantes—. Pero dinos, ¿de verdad saltaron chispas y estrellas en el set?

Estoy pensando que cuando se enteren de la trifulca en LA fiesta entre los diseñadores de XPort, este flirteo les va a resultar un soso entremés.

Gina se porta bien y contesta:

—Bueno, tardé un poco en acostumbrarme al ambiente. No vayáis a creer que no soy una profesional.

El grupo ruge, entre la complacencia y la asombrosa inocencia de su víctima.

—No nos referimos a eso. James ha dejado caer que a su jefe le causaste una profunda impresión.

Moira se tapa la boca y tose. Su chica modelo estrella se ha puesto colorada, gesto que la delata ante las depredadoras redactoras.

—¡Di-os-mí-o! —grita la periodista de las gafas—. ¡Entonces es cierto! Un fotógrafo y una modelo se hacen ojitos. ¡Info fresca!

Gina se acaba de dar cuenta de que está en el foso de los leones e intenta zafarse, pero ya es tarde.

—No le conozco de nada. Me intimida. Se cree por encima del bien y del mal.

La periodista morena continúa con el acoso y derribo:

—Sentirse intimidada no es una buena forma de empezar a querer a alguien.

—¡Quién ha dicho que le quiero! Voy a creerme el sambenito de que las periodistas de revistas de mujeres son unas chismosas —dice Gina con gracia y arqueando una ceja. Moira aprueba este giro en la actitud de su *protegée*. Bien por ella, ha tomado las riendas de la situación.

Las periodistas se turnan en sus alabanzas sobre Dominique Désir. Es guapo, educado, talentoso, culto, se apellida Deseo y no se le conocen pareja ni vicios consumados. Quizá sea un *playboy*. Quizá tenga un amor imposible. Quizás esté dedicado a su profesión y rechace carne y emociones. Esta última consideración queda automáticamente desechada por el grupo de jóvenes mujeres, tan ambiciosas profesionalmente como deseosas de ser reinas de un hogar. Todo el mundo adora la imagen de una familia feliz desde los años cincuenta. Nada nuevo en la motivación de encontrar a un príncipe azul o, mejor dicho, *cool*.

Yo pienso que todo es nuevo. Al menos todo lo que cada cual hace por primera vez. Por ejemplo, ser famosa. Enamorarse. Sufrir. Vivir. Morir.

Los tres jinetes del Apocalipsis devuelven la calma, en el fondo histórica, a la redacción. O sea, que han conseguido llegar por fin Dick y Diana, y el tercero en concordia a quien han invitado al examen de las fotos del *shooting* es John, el editor más terrible entre los terribles, que maneja la lista de lo que está *In* y de lo que está *Out*, es decir, aquel que te sube al Empire State para en cierto momento empujarte y disfrutar viendo cómo te engulle el vacío. A pesar de los pesares, la nación y el mundo le deben a este triunvirato su estilo y debemos rendirles la pleitesía que merecen.

En el despacho de visionado de fotos, cuyas paredes están forradas de imágenes, los expertos confirman que han encontrado un diamante. Habían visto los contactos, pero las copias positivadas de gran tamaño lo corroboran: las fotos de Gina son magníficas. Diana y Dick se reconocen en el buen ojo para estos lances, y John se queda mudo por un momento ante la expectante mirada de la supermodelo del mañana. De repente, abre su boca de dientes blanqueados y cual predicador sermonea a la modelo:

—¡Píntate los labios para morir en público! En dos semanas, serás la mujer más famosa del planeta, pequeña, y tengo que advertirte que de todas las caras del poder, la de la fama es la más tóxica. —John el terrible no se muerde nunca la lengua. Qué fastidio.

—Oh, John, no la asustes. Gina, sabes que estoy aquí para ti. —Moirra la tranquiliza—. Prométeme que no despegarás esos tacones del suelo. Van a quererte, y también te odiarán, pero nunca olvides que creemos en ti. Todos necesitamos a alguien que crea en nosotros. Si no te cuidan, este negocio puede destruirte. Yo soy ese alguien.

Diana participa en las alabanzas.

—¡Qué regalo para los ojos! Quiero verte en las marquesinas de Times Square, en las fachadas de los grandes almacenes de Londres y París.

Dick coincide con Diana. Gina da las gracias repetidamente y aprieta la mano de su agente:

—¿Qué va a pasar ahora?

Diana se adelanta:

—Cuando este número inunde las calles, y tu *composite* esté en todas las revistas, despachos de compras de las empresas y agencias de publicidad, me temo que conocerás a más taxistas de esta ciudad, desgastarás más zapatillas Adidas y te aplicarás más bálsamo de labios que Lauren Hutton.

«Exactamente», me digo.

—Lauren es un icono de la moda, Diana —precisa Gina, llena de dudas por la comparación con la *top model* de los setenta. Dick se dirige a la recién proclamada supermodelo.

—Ya es hora de que comiences a creértelo, o no te va a dar tiempo de digerirlo — sugiere Dick.

—Vaya, gracias por el consejo, Dick. ¡Es que no sé ni cómo tomármelo! Sois muy amables —concede Gina.

—No permitas que tus nervios te traicionen —continúa Dick—. En una profesión en la que te pagan y te admiran por mostrarte cada día como alguien diferente, descubres muy rápido a los amigos auténticos. Son las personas que cuando haces incluso lo imposible por actuar y no logras dejar de ser tú misma, te quieren, no las que te admiran o te envidian.

Unos toquécitos en la puerta y una periodista morena a continuación se disculpa. Alguien llama por teléfono a Gina. Es personal.

—¿A mí? ¿Quién me llama aquí?

Moira se cruza de brazos, mientras John inquiera a Diana.

—Puedes cogerlo desde mi mesa —ofrece la periodista morena, que aprovecha para obtener más información valiosa.

—¿Sí, diga?

—Buenos días, Gina. Espero que estés bien. Soy Dominique.

Silencio.

Dominique sonrío, paciente y divertido, al otro lado de la línea. Se pasa los largos dedos por su pelo lacio y negro y marca su planta del pie desnuda sobre el parquet de su apartamento.

—Antes de que preguntes, de acuerdo, sabía que a esta hora estarías en la redacción. Ya que tu *booker* se ha resistido a darme tu número, me alegro de que la periodista haya sido tan eficiente. Háblame, por favor.

—Disculpa. No es mi mañana más locuaz. No soy gran aficionada a las sorpresas, y desde hace dos días y dos noches mi vida se ha convertido en una gran feria.

—No exageres. En cualquier caso, desde la noria, el cielo se ve en primer plano. ¿Te importaría que te acompañara en tu vuelo?

—¿Qué quieres decir? —En realidad, Gina no puede contener su emoción.

—Me encantaría invitarte a cenar, Gina. Parece que no te he causado una buena primera impresión y creo que podríamos cambiarla.

—Ah. ¿Por qué?

Las periodistas rubia y morena están pendientes de cada gesto de Gina. De pronto, oyen la carcajada telefónica de Dominique. Gina se da la vuelta y las fiscaliza, un poco molesta.

—¿Te estás riendo de mí? —Gina refunfuña—. Prefiero salir con Boy George que con un creído como tú.

Es imposible que Dominique se rinda, sin que hablemos de guerras.

—Habíamos firmado la paz, creo recordar. Quiero salir contigo porque me interesa conocerte. Puedo cocinar para ti, abrimos una botella de vino y charlamos.

—Perfectas circunstancias para una velada en tu picadero. —Gina alza la voz y

las informantes aguzan el oído—. Podría acceder a tomar un café en un bar, pero ¿por qué iba a ir a tu casa? Yo no soy una de esas chicas a las que convences cada noche.

—Cada noche no charlo en mi sofá con alguien que me cautive. Sé preparar un buen café, por si te sirve. Ven.

Nadie se resiste a Dominique Désir.

—Eres un cínico.

Nadie, excepto Gina Mann.

—Quiero conocerte sin compartirme con nadie en un bar. Por cierto, también quiero que me conozcas. —Dominique arrastra las palabras con su voz profunda. Cada sílaba roza la cara de Gina. La modelo pierde voluntad palabra tras palabra. Dominique persiste—: Prometo que me mantendré a una distancia prudencial de 1,75 metros. ¿Te parece correcta? Podemos negociar la separación física adecuada.

—No me haces ni la mínima gracia. Voy a colgar.

—No lo harás. Ven.

Gina encaja el auricular en la base del teléfono. Se le dispara la respiración.

—Cuando la cita es para la satisfacción del cazador y no para la tuya, es mejor no ir. Perdona si meto las narices —susurra la periodista morena.

—¿Pensáis que es un Sargento, un Bailarín o un Jekyll y Mr. Hyde? —ironiza Gina, siguiéndoles el juego.

La rubia y la morena se crecen y pronuncian al unísono:

—¡Es un maldito sueño de hombre!

—Y yo una chica difícil. Por eso se empecina —Gina frunce el ceño.

—Mira detrás de ti, Gina. El piloto verde de llamada entrante parpadea. Si no me equivoco, el cazador vuelve al ataque.

—¿Qué apostamos? —provoca la rubia.

Gina descuelga.

—Redacción, dígame.

—Dame una oportunidad. Antes de condenar al reo, concédele el beneficio de la duda y el juicio. —Gina podría jurar que Dominique le habla al oído y toca su oreja con sus labios carnosos.

—Ahora eres tú el que está exagerando.

Más silencio.

—Saldré contigo.

—Mañana, a las ocho, mandaré un coche a buscarte donde me digas. —Dominique roza los dedos del pie con la madera brillante del suelo y sonrío.

—De acuerdo. Ahora tengo que dejarte. Estoy muy ocupada preparándome para ser la mejor modelo del mundo.

CAPÍTULO 12

Tú y yo

En algún lugar del Manhattan más rico, un hombre de treinta y cinco años camina descalzo sobre mullidas alfombras marroquíes. A su imagen y semejanza, en el apartamento confluyen las antigüedades, las obras de arte, el papel de seda pintado a mano en las paredes, las telas con *prints* animales y el rock'n'roll. Toma su bajo eléctrico vintage, un Hofner Ignition Violin, y enciende su amplificador Vox Ac30 de 1963. Cuatro *slaps* después, deja el instrumento sobre el sofá de terciopelo verde y rebusca entre sus vinilos de Haydn, Berlioz, Mahler. Entre Ruth Brown, Woody Guthrie, Smokey Robinson, The Clash. Se decide por *Tusk*, de Fleetwood Mac. Cómodo en sus pantalones Jumbo azul marino de pana y su suéter marinero con escote barco a rayas en blanco y negro, se derrumba sobre una silla de cuero azul celeste y acaricia el enorme jarrón de porcelana china. Se pierde en el amarillo vikingo de la pared opuesta, para adentrarse en la sensualidad de la *Sonia de Klamery* pintada por Anglada Camarasa.

En algún lugar del Downtown, una mujer se recoge sus cabellos brillantes en una coleta alta, se tornea las caderas sobre los vaqueros Wrangler y se abrocha el botón superior del cárdigan de color fresa, a juego con los calcetines de tipo calentador. Intercambia cuatro frases y una despedida cordial con su compañera de apartamento y se sienta al piano de pared Petrof. Arranca *Claro de luna* de Beethoven, varía al *Preludio n.º 4 en mi menor Op. 28* de Chopin y acaba por escoger que suene *Purple Rain* de Prince en el tocadiscos mientras prepara un pastel de queso como el de su madre y el de su abuela, a quienes adora. La receta de las Mann de Brooklyn. Es una cita, pero presupone que no habrá nada de malo en llevar el postre a una cena. Atraviesa el salón y se queda de pie ante las fotos y los cuadros reunidos de manera irregular en la cabecera del sofá gris marengo. En la pared de ladrillos, un par de espejos con marcos barrocos, la lámina de los dibujos de Picasso cuando estuvo en la escuela de arte de la Lonja de Barcelona, Coco Chanel fotografiada por Cecil Beaton, un detalle de *Las tentaciones de San Antonio* de El Bosco, en el que una pareja vuela a lomos de un pez, Magritte, Warhol y George Grosz. La portada del periódico que duerme en la mesa de metacrilato transparente capta su atención. Se pierde leyendo:

Nada podía hacer sospechar que el dueto en lo profesional y en lo personal, cuyos éxitos sucesivos les han reportado una fortuna estimada de doscientos

millones de dólares, pasaba por un período de esterilidad creativa. Al parecer, sus disputas en el taller, según sus empleados, han sido constantes este pasado año, y se corresponden, según sus más allegados, con una caída en picado en su relación matrimonial. Está por verse si esta decadencia se refleja en la nueva colección de Monsieur y Madame X, cerebros de XPort, que desfilará, si no hay contratiempos, la próxima semana en el marco del Binomio en la Moda, un evento para marcas bicéfalas en lo creativo. Sin embargo, será Madame X quien presente los diseños, a falta de saber si su ya expareja asistirá al acto.

El futuro de XPort también está contra las cuerdas, al igual que el de otras marcas de moda que están siendo adquiridas por un comprador anónimo tras entrar en quiebra por sorpresa.

Dominique no puede concentrarse en la lectura de *Azul casi transparente* de Ryu Murakami. Está cansado de la crudeza, del nihilismo. ¿Cuántas mujeres ha habido? ¿Cuántos intentos? ¿Cuál es la parada donde apearse del vacío? La única es Gina. El tiempo corre, es inasible, no sabe cómo pararse y procurar que la historia respete sus horas, discurra por el cauce natural. Es real, no hay tiempo. Debe poner en marcha todo lo necesario para definir el remedio contra la maldición. También la desea, aunque es momento de autocontrol. Necesitará alimentarse antes de esta noche para evitar tentar a la mala suerte del ansia cuando esté con Gina.

Sí, saldrá y de paso comprobará si Manfred ronda por allí. Ese desgraciado tendrá más motivos para hacerle daño cuando reconozca a la mujer que vuelve loco a su rival. El talón de Aquiles del fotógrafo es la modelo despreocupada y ajena a la rabia que despierta en ese animal obsesionado con descubrir y eliminar a Dominique. La discreción es la garantía de que Gina se mantenga a salvo.

Gina baila como una adolescente *Love Is a Battlefield* de Pat Benatar. La letra de la canción le va como anillo al dedo:

*There's no way this will die
But if we get much closer, I could lose control
And if your heart surrenders, you'll need me to hold
We are strong, no one can tell us we're wrong
Searchin' our hearts for so long
Both of us knowing
Love is a battlefield^[7]*

Incluye en su romanticismo incurable coleccionar sombreros. Cloches, fedoras, Homburgs, bombines, de estilo turbante, boinas. Se prueba una pamelita con el ala

ribeteada en piel. El apartamento huele a típico *cheesecake* neoyorquino y se siente feliz. Esta noche puede ser perfecta. ¿Un hombre tan galante cocinará para ella? Pescado al horno, unas copas de vino. Se sienta a su escritorio y manosea las hojas de una carpeta de dibujo. En su diario, Gina escribe y además plasma en dibujos lo que siente. Le gusta imaginarse compartiendo salita con Virginia Woolf y charlando sobre *Una habitación propia*, de sus espacios creativos. Dibuja a Dominique, unas velas, unos labios rojos que se mueren por besarle. Prefiere no acostarse con él. Es su primer encuentro. Bueno, ahora que cae, tal vez sea el único. ¿Estarán en vibración el uno con el otro? No debería adelantarse a los acontecimientos. Tal vez den un paseo por su barrio, tomen el último café y regrese a casa. Qué será, será.

Gina se sube al Bentley Mulsanne de lunas tintadas que ha mandado Dominique engalanada en una falda de tubo roja hasta los tobillos, chaqueta de esmoquin corta a la cintura en terciopelo negro, una blusa romántica de seda blanca y encaje y zapatos de tacón con lazo. Se ha maquillado en tonos verdes los ojos, y sus labios son puro fuego. La coleta ha pasado a ser lateral. El chófer se mantiene en silencio todo el trayecto desde Tribeca hasta Park Avenue North. ¿Qué hace una chica como ella en un lugar como este, y qué hace con un *cheesecake* casero? Acceden por un garaje desde un callejón de atrás y el ascensor dorado los conduce a la planta 29. El conductor está muy pendiente de las personas que les hayan podido ver. Es una orden de Dominique. En el fondo, Gina creía que su cita bajaría a recibirla.

Al salir del ascensor, directamente en el *hall* del apartamento, Dominique la espera vestido con un traje de pantalón ajustado y chaqueta de corte moderno cerrada con cremallera, jaspeados en gris y blanco, sobre un fino suéter negro de cuello de cisne. El dandi extiende la mano, pero Gina le entrega el pastel de queso. Veinte segundos más tarde, la modelo se da cuenta de que su galán esperaba su mano, y ambos se ponen a reír. Dominique solo puede leer la mente de Gina cuando se trata de sentimientos, no de actos imprevisibles.

No huele a pescado. De hecho, no huele a comida, a cena, a nada. El paseo por el apartamento es un juego de colores atrevidos mezclados con sumo gusto. Los libros de la biblioteca se aprecian vivos, pues sus cantos desgastados, algunas hojas que amarillean y sus cubiertas de piel revelan que Dominique los ha leído con fervor. Las ediciones de clásicos de Victor Hugo, Voltaire, Michel de Montaigne en francés han sobrevivido a muchas lecturas y a muchos años.

—Podría jurar que estos libros son primeras ediciones. Es impresionante. —Gina reconoce la belleza.

—Son herencia de familia. Pequeños tesoros por dentro y por fuera. Te presto los que quieras.

—¡Me daría miedo que se me cayeran en el metro! Tampoco leo tan bien en francés. A ti se te ve más resuelto...

—Soy francés —sonríe Dominique.

—He ahí la cuestión. Y sin un acento que te delate. Mi familia tiene raíces

alemanas, y yo nací aquí. Me defiendo en varios idiomas, pese a que no me libro del acento. —Gina está cómoda en su piel.

—Siempre he sabido que eres inteligente.

—¡Soy una chica sencilla! Mi casa es mucho más humilde que la tuya.

—Sencillo no equivale a simple, en ocasiones. ¿Ya vas a invitarme a conocer tu casa?

Gina acepta la broma. A punto está de aceptar también la autoinvitación. No puede reprimirse y pregunta:

—Siento mucha curiosidad. ¿Has cocinado?

—Más o menos.

Dominique le muestra el carpaccio de buey con rodajas de limón y virutas de queso parmesano, la mousse de patata con chalotas caramelizadas y los tomates al horno con tomillo y orégano, ya dispuestos en la mesa.

—Si la dama está hambrienta, estaré encantado de abrir el Romanée-Conti que he conseguido especialmente para este momento.

—Un vino tinto francés de la Borgoña. —Gina se sorprende de saber el dato de manera espontánea.

—Me alegro de que disfrutes de lo sofisticado.

—De momento, estoy disfrutando mucho contigo —dice Gina con seguridad.

En la mesa, Dominique apenas toca los manjares. Se regocija especialmente viendo cómo Gina sorbe con delicadeza las gotas de limón que se deslizan por sus dedos, cómo saborea entre exclamaciones la carne y corta con esmero el tomate. El dandi gourmet hace rodar la copa de vino por la base y mira a los ojos a su invitada.

—Me encanta comer y me encanta cocinar. La pasión más erótica es la culinaria. —Gina se arrepiente de haber dicho eso de inmediato. Intenta desviar el tema—. Tú apenas comes.

—Suelo cenar poco, no te preocupes.

—Yo me deleito con esta carne cruda y tú seguro que con la de ciertas humanas. —La invitada quiere acorralar al anfitrión, y al anfitrión todo le parece una broma irónica. El anfitrión no baja la guardia.

—Me gustan las mujeres. No lo niego. Sin embargo, querida Gina, las apariencias engañan. Nos amparamos en los estereotipos para defendernos de los extraños que pueden invadir nuestro espacio vital, para sentirnos seguros y que nuestras emociones no nos hagan cuestionarnos. Esa barrera de protección, a la vez, nos impide amar a esos desconocidos.

—No amamos a cualquiera —responde Gina.

—Desde luego que no. ¿Cómo saber que alguien es distinto si no nadamos en aguas turbias de vez en cuando? —Dominique sabe de lo que habla.

Gina se aproxima a Dominique. Se relame los labios del dulzor del pastel de queso y le ofrece una ración generosa y cremosa con la cucharilla.

—Me comprometí a mantener las distancias, Gina.

—Pero yo no.

Ella se sienta en el regazo de su gourmet, que entreabre la boca para probar la crema de queso azucarada. Dominique aparta la cucharilla y rodea a Gina con sus brazos.

—Un postre delicioso. —Dominique no puede creer que tenga a Gina tan cerca. La desea. La ama. Es suya.

—¿Este? —Gina posa las manos en sus pómulos y le besa.

La inquietud recorre la piel pálida de Dominique, que reacciona.

—Te acompaño a casa.

—¿Y te quedas allí conmigo?

Gina se inclina y sus pechos rozan levemente el torso de Dominique. Los besos continúan, se suceden los pequeños mordiscos, se apura el postre cremoso de los labios de ambos.

—Tengo una reputación que desmentirte, Gina. Te llevo a casa.

Las pupilas de él se dilatan. Ella cierra los ojos y esboza una sonrisa. Le abraza. Él la besa en la frente suavemente.

—Mañana estaré en tu puerta a las diez —promete el fotógrafo—. ¿Saldrás a saludarme?

—Lo haré. —Gina le devuelve un último beso rojo en la boca y sigue con sus preguntas de novia de instituto—. ¿Cuándo es tu cumpleaños?

—¿Vas a regalarme otro pastel? —Dominique ríe—. El 28, si no recuerdo mal.

—El mío, el 14. Soy tu mitad.

En algún lugar de Tribeca, ya ha pasado la medianoche. Una pareja muy guapa se besa apasionadamente en una escalinata de piedra. El hombre alto y moreno no cede al arrebató de la joven castaña, que repite varias veces (mi pobre Gina desconoce ser víctima de su maldición, y no de la mala memoria):

—Siento como si te conociera de otra vida.

CAPÍTULO 13

Amanecer y ocaso

Pongamos en mente en este instante ese par de días al año cuando, en Nueva York, amanecer y ocaso pretenden tocarse, cuando el sol besa el cemento neoyorquino anclándose a pie de calle, en el horizonte. Sucede exactamente el 28 de mayo y el 12 de julio y, por suerte o por desgracia, Gina y Dominique pueden vivirlo sin pasar por el trance de *Lady Halcón*, la película que estrenaron el pasado año y que me angustió sobremanera. La trama juega a convertir a Michelle Pfeiffer en un majestuoso halcón de día, y a su amado, en caballero. De noche, él es un lobo y ella, su dama de carne humana. Menudas maldiciones imaginativas, cuando yo solo creo en el amor a primera vista que nos hace sentir poderosos, que no perdidos, aunque dejo a vuestro entendimiento que os puedan parecer románticas.

El ocaso de un ser amado es una muerte en vida: la desaparición de Gina es la desesperación de Dominique. Porque, para un muerto en vida, ¿qué es el ocaso? Un viaje a los infiernos de su monstruosidad. Un vampiro enamorado siente que su deambular por las tinieblas se diluye como gotas de sangre caliente si es salvado por el amor: es su último hálito de humanidad, su breve y pesado amanecer. Sin Gina, Dominique, el espectro, se reduce al animal hambriento, sobre todo, de su amor.

En este nuevo amanecer, sin embargo, Dominique necesita que Gina le permita entrar en su corazón —como a un VIP se le abren las puertas de un local exclusivo, el permiso es la manera por la que un vampiro se congracia con su objeto de deseo—. Aquí el juego de la conquista está ganado de antemano. En el apartamento de Gina, reposa desde las diez de la mañana una ramo de lilas malvas que grita tácitamente que el amor de Dominique pertenece a la modelo. Un segundo mensaje de tarjeta insiste: «Cierra los ojos. Enamórate. Quédate ahí». El fotógrafo ha recurrido al místico Rumi, y Gina le corresponde según el sol se despega del pavimento, trepa por los ventanales de los rascacielos y se escurre para cumplirle al horizonte.

Debe de ser de muy buena educación acercarse al apartamento del caballero a agradecerle personalmente el detalle. Se sube nerviosa a un taxi atesorando entre sus manos una de sus lilas malvas. Bajo una chaqueta de tela vaquera con cremalleras asimétricas y mangas de jamón, Gina viste cuerpo transparente de encaje y una larga falda de terciopelo, como si una heroína romántica victoriana, de luto, se hubiera reencarnado en ella. Este encanto gótico se ha popularizado en mayor medida en las ciudades europeas que por estas costas americanas. En la luz rojiza de Nueva York, la silueta lánguida y negra de la modelo parece flotar, cuando Dominique la recibe en sus brazos con un gesto de admiración absoluta. Ella recorre la nariz recta y

proporcionada de él con la flor frondosa y suave y une sus labios con los de Dominique sin mediar palabra. El calor y la humedad duran largos minutos, porque resulta un imposible detener tanto deseo. Los labios rojos de Gina acarician los dientes y la lengua de Dominique, y este le ofrece la poca vida que le hace humano. Están tan cerca el uno del otro que duele. Ha transcurrido una eternidad.

Camina por su apartamento con su amada encadenada a su cuello y sus caderas hasta llegar a un gran dormitorio, la tiende sobre una colcha en blancos y dorados que a su vez proyecta su luz en las paredes de papel pintado con trazos violeta y nota cómo sus lenguas se encuentran con violencia y cómo Gina enhebra sus largas uñas en su pelo. Por un solo segundo, despega su cara de la de ella para mirarla a los ojos y adivinar que les une un deseo más fuerte que ellos mismos.

Desliza la cremallera de la chaqueta y siente la pulsión bajo el encaje y los pequeños espasmos en el abdomen de Gina. Ella le levanta el suéter de punto con trenzas en relieve, desde la cintura hasta la cabeza de Dominique, y libera su torso y su espalda para poder besar y lamer cada rincón del cuerpo del hombre que más ha deseado en su vida. Él aspira su olor a melocotón y succiona breve y exquisitamente el cuello y los hombros de ella, mientras escucha los latidos de su corazón y percibe el torrente de su sangre precipitándose, explotando, por toda su piel.

Dominique la desnuda aturdido por el calor que ella emana, pese a que una fuerza superior a él controla su naturaleza: la pasión. Gina respira de manera agitada y entrecortada, con su figura desnuda hundida en la colcha y la visión de un hombre también despojado de toda prenda completamente sumido en la excitación.

Yacen de lado, cara a cara, las yemas de los dedos repartidas por todos sus poros. Dominique acaricia con manos firmes los pechos y los muslos blancos de Gina, y recorre con su dedo corazón el pubis de ella, alcanzando la ternura de su vagina y adentrándose en lo más delicado de su ser. Gina le responde mordisqueando su cuello y apretando entre las manos la parte baja de su espalda, sus nalgas y su cintura. Siguen comiéndose los labios mutuamente como si persistiera el sabor a crema y a azúcar de su primera cena, entrelazan sus piernas y pies y presionan sus cuerpos y sus sexos. Gina pone sus manos en los brazos de Dominique y aprecia su envergadura, al tiempo que él roza con la lengua sus pezones y abre con cuidado sus piernas para sentir su calor y humedad. En una décima de segundo, ella abre los ojos y le pide que la penetre. Tomándola por las caderas, él obedece. Un placer indescriptible les obliga a moverse, a jadear y a gemir. Cae el sol acelerado por la línea de bajo exaltada de *Disorder*, de los Joy Division.

Ian Curtis ha desaparecido hace pocos años, pero sus pensamientos cantados resuenan con los de un Dominique en trance. Ambos se preguntan si estas sensaciones pueden convertirles en seres normales, si su espíritu sigue con ellos y si a quien esperaban para que les guiara de la mano se pierde en la emoción.

—Uh-hu, eso es una declaración de intenciones. —La sensual Valérie provoca sin pudor desde su *rouge* intenso y sorprende a Gina escribiendo pensamientos con barra de labios en el espejo gigante del baño unisex del club de esa noche en Nueva York —. Estoy segura de que a Dominique le va a encantar el mensaje —prosigue la vampiresa con su marcado acento francés.

—No te pregunto si conoces a Dom, porque parece que sé la respuesta — responde Gina.

—No te irrites, que todas sabemos que el fotógrafo es tuyo. —Valérie suelta una risotada mientras Gina abandona enfurruñada el lavabo, tropezando con Antoinette, que también ríe ruidosamente.

Nunca hay ojos suficientes para retratar todos los movimientos de la modelo maldita, aunque por suerte esta noche de *clubbing* se prevé más tranquila y menos odiosa, sin la presencia de Manfred o de cualquiera de sus trampas. No le voy a echar de menos. Con todo, las noches de un vampiro siempre conllevan movimiento y travesuras. La oscuridad es nuestro hábitat natural, y no la desaprovechamos.

Las dos francesas, en la sombra y cohorte de Dominique, están llamadas a proteger a Gina de su propia suerte —Antoinette prefiere llamarlo «karma», aunque Valérie siempre la recrimine y la corrija por ello: Gina no se merece morir; nada de malo ha hecho para que le sea rebotado como castigo kármico—. De momento, las acólitas de Dominique dejan marchar a Gina del baño. Esta noche necesitan un poco más de acción, más allá de ejercer de niñeras de Gina Mann.

Tras una de las puertas sin pestillo, asoman dos larguísimas y delgadísimas piernas que siguen el ritmo del *Nightporters* del grupo de David Sylvian, Japan. Es la banda fetiche del DJ. Más allá de las piernas, aprecian un hilo de voz que ronronea, entre aspiración y aspiración:

Here am I alone again... A quiet town where life gives in... Here am I just wondering... Nightporters go, nightporters slip away...^[8]

De repente, la puerta se abre y la chica atrae a sus espectadoras con el dedo índice.

—A los guapos siempre hay que concederles sus deseos, ¿verdad Antoinette?

Antoinette replica:

—Porque los feos no tienen derecho a nada, y si son feos solo ellos tienen toda la culpa.

Antoinette y Valérie se dan cuenta de que la bella, apenas mayor de edad, no está, por decir, sola. Sobre los muslos despliega, dentro de un maletín, tiras de negativos fotográficos. Es una modelo que lleva a cuestras sus sesiones de fotos, y las instantáneas no reveladas vienen con premio: las más variopintas drogas, en las tiras, listas para transportarla a otros mundos que no son de fantasía editorial.

—Ser modelo, el negocio feo de las mujeres bellas. —Valérie se lleva la mano a

la boca con malicia—. Nuestra Gina al menos no caerá en tal desgracia. Me parece de héroes que crea en el amor en medio de esta frivolidad.

La modelo jovencísima, de nombre Marie, tiene facciones exóticas —el último grito en la industria, mostrar bellezas étnicas—, y no para de morderse el labio superior.

—*Est-ce que vous voulez...* —invita Marie a sus nuevas amigas.

La escena se refleja en el espejo presidido por el

TÚ Y YO: MODA, SEXO, RISAS, AMOR.

—*Est-ce que vous voulez...* —repite.

A toda prisa, irrumpe en el lavabo una cincuentañera en mallas y tupidas pestañas postizas. (¿A quién más que a una *booker* de una famosa agencia llena de jefes *playboys* se le ocurre salir embutida en un corpiño en uve con mangas abullonadas?!)

—¡Aquí estás! —grita a su Marie—. A ver, ¿de quién es todo ese display de sustancias? ¿Cómo le ofrecéis estas cosas a una chiquilla? —pregunta a las dos francesas andróginas.

—Nos va a disculpar usted, pero la chiquilla se lo está pasando bien por sus propios medios, no por los nuestros, precisamente —rebate Valérie de forma impertinente a la hipócrita *mánager* de modelos que, por lo que indica su achispado comportamiento, ya debe de haber compartido con su chiquilla la mitad de las tiras hace rato.

El ambiente comienza a cargarse. Antoinette y Valérie sienten como una picazón invade sus manos y un regusto amargo les colma la lengua. Su respiración se ralentiza y sus pieles brillan. Marie se sobresalta cuando de la yema de sus dedos gotea un poco de sangre, viene del labio. La *booker* arranca un trozo de papel del dispensador e intenta parar la pequeña hemorragia, traspasando algo de fluido caliente y afrodisíaco a sus manos. La confusión congela el momento.

En menos de un segundo, Antoinette prende a la *booker* por la muñeca e hinca sus afilados colmillos ante el pavor de esta. Se mantiene en silencio, presa de la mirada fascinante de la vampiresa, que clava sus pupilas inyectadas en sus ojos de pestañas exageradas. La *booker* se desmaya y Antoinette se apodera de su cuello, donde permanece unos minutos largos chupando todo lo que ese cuerpo y mal espíritu pueden dar. Valérie las observa, al tiempo que consuela entre besos que rebosan sangre a la joven de larguísimas piernas, absolutamente embelesada con su salvadora. Su alimento ideal son esas gentes débiles de espíritu y chupópteros emocionales. Resulta un mal menor para la humanidad perderlos de vista. Sí, guardadme el crédito de esta última frase también, por favor.

Cuando la *booker* divisa su última luz y Valérie y Antoinette están listas para compartir la belleza triste de la modelo Marie, se presenta algo inesperado en su noche perfecta.

De la nada, surge un murciélago que se convierte en una mujer imponente y se lanza contra el trío de féminas, Marie y sus captoras. Las vampiresas francesas bufan enfurecidas y empujan a la intrusa, que sale despedida, choca contra el espejo y lo deja reducido a añicos. El mensaje de Gina anda desparramado por el suelo, como una premonitoria calamidad. Marie es atacada por decenas de cristales que abren sus venas a las tres vampiresas que se pelean por poseerla. La intrusa es una azemán, una cazadora agresiva que rejuvenece su belleza gracias a la sangre de sus víctimas. La Dorian Gray de los vampiros, pero sin retrato.

Antoinette y Valérie retroceden y permiten a la depredadora que robe su botín. Saben que nada puede detenerla porque de ello depende su vida. La azemán se arrodilla, arranca un dedo del pie de la chica y sorbe con fruición el líquido rojo que brota. Quizá por generosidad o por hermandad, se separa de la víctima, mira a las vampiresas y desaparece convertida en murciélago, tal como llegó.

Inmediatamente antes de que se enfríe la sangre de la jovencísima y exótica Marie, Valérie y Antoinette acaban con su vida de una vez.

Mañana faltará una modelo en el desfile de la temporada, el de XPort. Qué infortunio. Y qué lavabo, hecho una pena.

CAPÍTULO 14

El desfile

Si no supiera lo que va a ocurrir hoy estaría tan intrigada como vosotros. O no. Ayer por la noche me divertí, francamente. No puedo decir lo mismo de Dominique. Estaba tan ofuscado con sus acompañantes que hubiera jurado que podría haberles retorcido el pescuezo a Antoinette y a Valérie. Muchos pensaréis, y lamento confirmaros que es erróneo, que nuestra casta muere con una simple quebradura de huesos. No es así. Tampoco escribiré una guía de instrucciones para que acaben con nosotros, así que me reservo los métodos. Si Gina hubiera visto algo de lo sucedido en ese urinario de pésima decoración chillona dos minutos después de perpetrar su graffiti de espejo, Dominique estaría en este momento tomando medidas contra sus francesas. Por supuesto, Gina se sentiría terriblemente decepcionada viendo su pequeña obra de arte romántica por los suelos. No te preocupes, Gina, Dominique conserva su polaroid mental del mensaje.

A decir verdad, a mi predilecto lo persigue una nube de preocupación más amenazante que las travesuras de sus amigas. El tiempo es un traidor que no da tregua, y nuestro enamorado siente el peso de la maldición muy cerca. ¿Dónde está, cuál es el antídoto? Caza para aplacar tu desesperación, Dominique, aliméntate de los vampiros psicológicos para aliviar tu rabia y no dejar entrever ni el mínimo instinto. Dominique, tienes que matar para poder pensar en la vida de Gina, en la manera de que burle su destino implacable dentro de demasiado poco... tiempo.

El tiempo, el tiempo, el tiempo.

Las horas. Las lágrimas que no podemos llorar. Y la amargura de herrumbre en la lengua. ¿Habéis probado la sangre humana? Ese sabor metálico, en concreto de hierro, que también contribuye a darle ese color rojizo, nos ataca como vuestra saliva os avisa del apetito. Yo prefiero el metal a las babas, cómo no. Oh, por todos los seres, hacer el amor con Gina no es suficiente para el ansia de Dominique. La angustia es mala compañera del autocontrol, y qué decir: a estas alturas, con un Dominique ya maduro como vampiro, el rito de sangre remedia la preocupación y reporta fuerza. No somos bestias, pero tampoco somos santos. Ni ganas. Antoinette y Valérie se divierten. Yo me entretengo. Que viva la herrumbre. Dominique caminará por el Village antes de acudir al desfile. Algún *folkie* trasnochado querrá tocar para él un par de canciones con su guitarra pintada con corazones psicodélicos y su sombrero *cowboy* de fieltro.

Qué poco acertada estoy. Dominique anda demasiado frustrado estos días y se dirige al corazón del Nueva York más salvaje: al East Village. Greenwich y sus ecos

sesenteros le importan un comino. En esas calles mugrientas se apilan los vagabundos y los enganchados al crack robavidas, y las escenas son tan brutales que cualquier película de terror que hayamos disfrutado hace nada, como *Alien*, es entretenimiento de palomitas comparada con las calles más temibles de Nueva York. La policía ha bautizado la Avenida D como el mayor centro comercial de la droga del mundo y por Rivington Street uno de estos camellos desalmados desaparecerá de este escenario cruel por obra y gracia de un potencial cliente —eso cree— muy insatisfecho y muy rabioso: Dominique Désir Du Plessy. El impecable, delicioso, furioso y hambriento Dominique.

«Estas sabandijas sin entrañas —piensa nuestro pálido galán, cuyo rostro se ha transfigurado en facciones más huesudas y pupilas dilatadas y amarillentas— se contentan con la desesperación de muchos incautos. Si hay algo que odio es sentirme como un vil animal chupasangre, pero aún detesto más a las alimañas que gozan con el dolor ajeno.»

Un recoveco en el patio trasero de un edificio le sirve para desnucar de un golpe seco y desangrar a su víctima gracias a la breve incisión en la carótida; nos gusta la sangre limpia. Del fulano solo brillan ahora sus fundas dentales doradas. Los espectadores involuntarios, sentados en un «viaje» infernal, no distinguen lo real de su paranoia y, pese a todo, aprovechan para acercarse al cadáver y sustraer sus ropas caras, su gorra, sus pulseras insultantemente ostentosas, su pistola y toda la mercancía, el trofeo más valioso. Mientras los vivos murientes acometen sus necesidades y Dominique se ajusta el cinturón de la gabardina de pana marrón Weatherbee y aprieta el paso para alcanzar el coche donde le espera su chófer, Manfred Hass se deja ver. El dhampirode Yuri Upravleniya, el manipulador y controlador Duque de Humo, a quien hemos perdido la pista desde hace mucho tiempo, enseña a la luz sus espantosas cicatrices y su abundante vello, que lo acerca más a un hombre lobo que a un semivampiro vengador.

Dominique se para en seco y aprieta los puños.

—¿Te he asustado, bicho insignificante? —La voz gangosa y ronca de Manfred nunca es apetecible al oído, ni su imagen a la vista—. ¿Dónde crees que vas tan rápido? ¿No te han enseñado que después de ensuciar, debes limpiar el desastre? ¿O es que te han enseñado más bien a no ensuciar, aunque siendo una rata inmundamente infectas todo lo que tocas y por donde pasas?

—Apártate de mi camino. Te advierto que no estoy de humor para tus majaderías, Manfred. —Los ojos verdes de Dominique son de un amarillo solar. Sabe que es mejor evitar al dhampiro que dejarse distraer.

—Majadería me suena a siglo pasado, que es donde debiste quedarte, en el cadalso, para ser más exactos. A ver si modernizas tu vocabulario. —Hass sigue provocando.

—¿Qué quieres? ¿Matarme? Mira, hoy me siento generoso: te doy mi cabeza si me confías el secreto que tu jefe tiene guardado en una chistera, probablemente.

Dominique no debería haberse puesto en evidencia otra vez preguntándole por el antídoto a Manfred. Su debilidad es la fuerza del enemigo (el agudo Sun Tzu lo escribió en su *El arte de la guerra*). De todos modos, a Gina le queda un año para cumplir sus veintisiete, y Dominique sigue atando los cabos para burlar la muerte maldita. Al preguntar, confunde a su enemigo y tal vez siga acumulando pistas. Ningún intento es en vano.

Manfred parece sufrir un atoramiento en la respiración, de tanto reír. Este tipo es repulsivo. Si estuviera allí y si se me permitiera participar, le arrancaba cada uno de los pelillos de sus orejas puntiagudas, después de los ojos. Zigzagueando, Dominique desaparece convirtiéndose en un majestuoso gato persa smoke gris-negro de ojos grandes y amarillos. Hass maldice y maldice y le propina una patada a un indigente que mendiga unos dólares.

—Si este desgraciado necesita el antídoto, es que ha encontrado ya a su princesa renacida —pronuncia en voz alta el odioso.

Dominique constriñe sus nudillos en el coche. Su debilidad ha destapado la existencia de Gina, y ahora Gina no solo es una condenada a muerte, sino también vulnerable al asesinato. Para colmo, Madame X, que celebra el estreno de su colección sin Monsieur X en el desfile más esperado, ha invitado a Gina a cerrar pasarela, una situación en la que está expuesta sin remedio.

—Por favor, acelera.

Dominique propina un puñetazo al asiento de piel beige de su Bentley Mulsanne y se disculpa a continuación con su chófer. No es digno de un dandi perder los estribos.

Este no es el primer desfile de Gina Mann, desde luego. La supermodelo ha pisado muchas pasarelas en los últimos años, pero en estos días su demanda se ha multiplicado por cien, como vaticinamos Dick, Diana, Moira y yo misma. Sin embargo, Gina es el ser menos abocado a la pretensión del universo. Ni vestida para una editorial espacial se le subiría la fama a la cabeza cual nave a propulsión. Lo único que coloca allí, en la cabeza, de hecho, es uno de sus románticos sombreros; y dentro de ella, están, por este orden: Dominique, sus inseguridades, las cosas comunes que le gustan y las creativas. A Gina también le gustaría ahorrar para viajar a Praga y contemplar la ciudad desde la Torre Daliborka del Castillo. Es un sueño que tiene desde que era adolescente.

De adolescentes está lleno aquel *backstage*. Estamos de acuerdo, es lo habitual en un desfile de moda. Chicas frescas sin signos de chascos de la vida en la cara y en la chepa. Las jóvenes se mueren de admiración sincera por las tops, y en este desfile adoran a las increíbles Yasmin LeBon, Elle, *el Cuerpo*, Renée Simonsen y a la Porizkova. Paula, de catorce años, y Freya Sophia, de dieciséis, también rodean a Gina como *groupies* encantadoras.

—Tengo que saber qué hacer en la vida; dicen que siempre la cago —le cuenta Paula a Gina, como quien busca consejo en un gurú hindú.

—¿Por qué dices eso, si eres muy joven y puedes equivocarte y rectificar cuantas veces lo creas oportuno para aprender? —responde Gina.

Paula tiene unos hermosos ojos verdes en medio de una carita suave y bronceada. Debajo del maquillaje, se le notan unas cuantas espinillas en la frente, y su pelo castaño claro, ahora recogido en un moño, suele desbocarse tanto como su madre afirma que ella misma hace.

—No dejes que nadie ordene la mente de una chica creativa. Las mentes cuadrículadas ven el mundo en blanco y negro. Tú tienes color, brillas. —Gina concluye el consejo con un beso en su mejilla, y Paula sonrío y la abraza.

Las tres modelos se funden en un abrazo de hermanas, y Freya Sophia pide un último consejo antes de vestir el primer conjunto de XPort:

—¿Es fácil llegar a lo más alto?

—Si lo es, que no lo sé —calcula Gina—, supongo que también es muy fácil caer a lo más bajo.

Dominique arranca de los brazos de las jóvenes modelos a su chica y la besa. Surgen, como las hormigas gigantes de un hormiguero africano, alcachofas de micrófonos y flashes por todas partes; el tornado de paparazzis acorralla a los inseparables amantes del momento. Gina no es de las de *kiss and tell*, de las que se llenan la boca y el bolsillo por las exclusivas procedentes de contar sus proezas sexuales y romances a la prensa. En ese aspecto, no va para nada a la moda, como muchas de sus colegas. Y no hablo de su amiga Christine, que tiene el consorte más famoso de América, por lo que no le queda más remedio que vivir ante la cámara. Por su parte, el consorte de Gina, que es hombre de manejar cámaras más que de sonreír ante el objetivo, ya está nervioso, pues sospecha que entre los fotógrafos indiscretos pueda haber algún esbirro de Manfred y se mantiene serio y malhumorado, controlando sus ganas de echarlos a empujones del *backstage*. Un timbre que avisa que el espectáculo comienza en diez minutos lo salva de traicionar su caballerosidad impoluta.

—Te estaré viendo y cuidando desde primera fila. —Dominique el protector se resiste a soltar la cintura de su chica.

—¡Esto va a ser divertido, bello! —Gina lo besa en la mejilla y se deja llevar hacia su *box*, en el que están dispuestos sus cuatro atuendos en su perchero y un exhaustivo montaje de polaroids que describen cada uno de sus looks: las estilistas la ayudarán a vestirse y desvestirse a la velocidad de la luz.

Pululan precisos y alterados los estilistas, los artistas de la peluquería y del maquillaje, los *bookers* que charlan con el director de *casting* de modelos, el productor, el escenógrafo y el regidor que se encargan de la coreografía y del orden de salidas a pasarela, de la iluminación y de la música. Cualquier esfuerzo es menor si se trata de llamar la atención de la prensa, de los compradores, de ser recordado, de

seducir, de emocionar y de causar un pequeño caos de corazones en los breves veinte minutos que esta pantomima dura. Seis meses de trabajo que vuelan en veinte minutos de paseos y flashes, dos veces al año para las temporadas de otoño-invierno y primavera-verano, a lo que el *prêt-à-porter* nos condena. En Nueva York, París y Milán, como mandan los cánones... Si no fuera porque estamos en julio y Madame X ha decidido saltarse todo el calendario, las normas y el respeto a la competencia para presentar sus creaciones porque no puede soportar que especulen sobre su futuro ahora que el cincuenta por ciento de XPort ha sido abandonado en la cuneta como un perro. Monsieur X no duerme ya en su cama ni tampoco mete mano en sus patrones, en el caso de que tales patrones representen al talento de la parte femenina de la marca, por descontado. En cinco minutos lo comprobaremos, y estamos ansiosos. Muy ansiosos. Tanto los amigos de la prensa, que salivan pensando en los titulares de mañana, como los colegas de diseño, que pronostican el fin de la marca. Hienas rabiosas acicaladas con relojes caros y grandes.

Por todas estas apreciaciones, este está destinado a ser un *hit* entre los desfiles de la década. Ni os cuento lo encantados que estarían Poiret y Worth de presenciar estos *shows*, de imaginar que setenta y ochenta años después de sus pinitos teatrales para mostrar sus creaciones, los desfiles podrían alcanzar cotas circenses. En cambio, Coco definiría esto como una ridiculez de mal gusto. Suspiremos por los años ochenta, años ángeles o años demonios. En mi opinión, no debemos penar lo de esta década. Antes nos vencieron y escandalizaron los desfiles de Dior, Rabanne, Quant y Kenzo, o Mugler y sus seis mil personas reunidas en el Zenith de París como si asistieran a una fiesta de fin de año, y Versace arrollando en la piscina del hotel Ritz con sus VIPs en primera fila. Y aquí seguimos, esperando el próximo susto y la próxima ovación, que algo nos alborote y dé un vuelco al espectáculo de siempre. Mi recuerdo más reciente, una tarde que gocé con pasión, es para el primer desfile de Comme des Garçons. Ay, estos japoneses saben cómo impresionar con lo mínimo. Quién más se atrevería a enseñar prendas sin ninguna forma, en negro, con modelos caminando sin gesticular según la música más cacofónica que he escuchado. Moda de posguerra nuclear, así la llamaron, entre el repudio y la euforia. Los ochenta y su color, color, color, y sus prendas ajustadas para destacar cuerpos atléticos, frente al negro —desde luego, no hay color más difícil de entender que el negro, aparte del gris—. Nos volvimos locos. Locos como hoy.

Todas las compañeras de Gina ya han soportado una larga sesión de peluquería y maquillaje en la zona de belleza del *backstage*. El *beauty look* que ha creado Pat consiste en un juego de sombras de ojos naranja claro en la parte interna y lagrimal del párpado móvil, y fucsia, para alargar el extremo externo del ojo. La línea inferior se realza con lápiz azul vivo y se abre la mirada con abundante máscara de color negro. Para los labios, un rosa neón mate, el mismo tono del colorete. Las chicas lucen un moño, con volumen gracias al peinado previo en *frizz*.

La primera modelo salta al ring. Un pie delante del otro, una danza casi marcial.

Una leve sonrisa. La canción *Shot by Both Sides*, de los Magazine, pospunk inglés para el sport americano. Y así, una chica tras otra desvela las intenciones de la creadora de XPort con cada *look*.

*This and that, they must be the same
What is legal is just what's real*

Forros polares en gris y en rosa.

*What I'm given to understand
Is exactly what I steal*

Mallas y pantalones cortos.

*I was shocked to find what was allowed
I didn't lose myself in the crowd*

Chaquetas de béisbol.

Shot by both sides

Cinturones anchos con calentadores.

They all sound the same when they scream

Bodies elásticos de licra.

*«Why are you so edgy, kid?»
Asks the man with the voice*

Tacones con chándal.

One thing follows another

Sudaderas de cuello ancho copadas con cazadoras de piel con hombreras.

You live and learn, you have no choice^[9]

—Quienes tienen estilo comparten algo.

—¿Qué es, querida hermana...? —me cuchichea Diana.

—La originalidad.

—Que brilla por su ausencia, como su monsieur, ¿cierto?

Estoy sentada en la *frow*, la *front row*, la primera fila del desfile reservada para quienes más influyen sobre el éxito de la colección. A mi derecha, Diana y Dick; a mi izquierda, Dominique y Moira. Morimos del aburrimiento. No me puedo contener, porque no me da la gana:

—La historia está llena de mediocres apuntalados sobre genios anónimos.

—Monsieur X no me parece un nombre sin nombre —comenta Dick muy acertadamente—. Estos diseños son un intento absurdo de recrear algo que otra mente más lúcida habría dibujado sin caer en los tópicos de los últimos cinco años. No sé por qué Madame X ha roto su alianza profesional, si iba a caer en desgracia creativa. Podría haberse ahorrado al marido, pero no al diseñador.

Sí, la separación de XPort resulta misteriosa, por no decir poco inteligente.

—Exacta...

Los gritos que proceden de varias filas atrás se acercan, al estilo de una marabunta, cortando a Diana en la conversación. Entre los breves y discretos aplausos que cercan a Madame X sobre la pasarela, ahora cogida de la mano de Gina y con el resto de sus modelos desfilando a su alrededor, varias voces emergen con brío y enfado.

—¡Plagio, plagio! ¡Los diseños no son tuyos! —chillan las voces alternándose y acusando a Madame X.

—¿Qué narices pasa aquí? —se queja Diana.

—¡Esas piezas son de Monsieur X! —continúan las voces, aproximándose en manada a la pasarela desde las filas de atrás. Dick y Diana pasan de la indignación a la preocupación. Los sujetos que chillan no tienen pinta de predicar el pacifismo—. ¡Vergüenza! ¡Plagiadora! ¡Copia barata! —La manada se rebela y el ambiente se caldea. Lo nunca visto en un desfile.

—¿Dónde está la pieza número trece? —inquire un rebelde antiMadame X a pie de pasarela.

Una diseñadora descubierta por su trisdecafofia o pánico a que figure el trece en cualquiera de sus manifestaciones será la portada de todos los noticieros del mundo entero. Un novelista se sentiría chocado porque cualquier realidad superara la ficción. Pero aquí está la prueba de que los dichos se cumplen y de que los novelistas quizá no necesitan expresar su imaginación en ocasiones.

Últimamente me lo paso muy bien. ¡Vivan los ochenta! ¡Viva el escándalo! Es tal la presión atmosférica del lugar que nos vemos obligados a correr. Moira, Diana y Dick se apresuran a abandonar la sala, pero yo espero. Allí mismo se juran venganzas, se propinan puñetazos (y se enseñan los colmillos). Esto es un campo de batalla inesperado. Como en LA fiesta, Madame X vuelve a escapar custodiada, las

modelos huyen con sus zapatos de tacón en la mano y agradecen que la ropa deportiva les permita agilidad de movimientos. Mi hermana lleva razón: ¿qué está pasando aquí? ¿Madame X ha usado los patrones de su exmarido y excolega sin su consentimiento y Monsieur X ha enviado a sus partidarios a boicotear la presentación? ¿Cómo saben estos chiflados gritones que Madame X evita el número trece, como los hoteles supersticiosos de Nueva York, sin planta decimotercera?

Y lo que más me inquieta: ¿por qué los bandos que se pelean son vampiros? ¿Qué tienen que ver los vampiros en esta trifulca de diseñadores?

Gina permanece, perpleja, en medio de la escena sin saber qué hacer. Desde una salida, diviso lo peor que podría divisar. A lo lejos, Manfred Hass señala a Gina y se besa los dedos en cruz mientras contempla a Dominique, que intenta alcanzar a su amada para librarla de la mole violenta. Aviso a mi protegido con el cruce de dedos anular y meñique y me llevo a Gina a toda prisa, sin tregua para esperar a su amado, como no para de pedirme. Por si no tuviéramos trabajo con la pelea entre vampiros, dos sicarios de Manfred se abalanzan sobre Dominique, valiéndose de la confusión. Qué manía: tanto vampiro suelto en la escena y el dhampiro solo insiste en eliminar a Dominique. Uno de los secuaces de Manfred enarbola un palo de hierro y el otro sujeta una especie de cinturón de cuero entre las manos. Dos seguidores de Monsieur X se apartan, espantados por las armas de los cazavampiros. Dominique piensa obsesivamente en seguir a Gina, así que la fuerza colosal de su pensamiento y de su cólera ataca a sus matones antes incluso de que les ponga las manos encima. El primero muere empalado por su barra de hierro, sujeta entre dos mesas repletas de cepillos y secadores en el *backstage*; el otro es ahorcado con su propio cinturón y con un calentador de lana metido en la boca. Por fortuna, Gina no ha visto nada. Dominique sale a nuestro encuentro.

Nos afanamos a escabullirnos por un destrozado *backstage*, donde seguidores de Madame y de Monsieur X libran una batalla de sofocaciones, extremidades partidas, cuellos desgarrados y espejos rotos ensangrentados. Desde 1860 no presenciaba el inicio de una caza vampírica. Desconozco la causa, el origen de este enfrentamiento, pero lo averiguaré. A pesar de que me disgusta, los míos se comportan como volcanes dormidos que, una vez despiertan en su rugido, causan una ola de destrucción sin igual. Nueva York, 1986. Muchos van a morir.

CAPÍTULO 15

National freaks

Las oficinas de Moira parecen la centralita de los locales de apuestas para las carreras de caballos. Los periodistas quieren testimonios, opiniones, carnaza, dos días después de la debacle del desfile y doscientos kilos de noticias publicadas al respecto, también a posteriori. Apabulla la cantidad de puntos que ofrece el hecho para convertirse en noticioso, ya veréis: una crítica de moda de una colección insípida; una crónica rosa sobre la gente guapa que se congregó allí y sobre la relación del momento, la de la supermodelo Gina Mann y el fotógrafo Dominique Désir; un escándalo de plagio en el mundo del diseño (qué raro, vaya pues); actos vandálicos en un local del Midtown; un reportaje sobre boicoteadores de eventos de moda y sobre bandas oorganizadas; una crónica de sucesos de dos hombres brutalmente asesinados; un balance de la posible quiebra de una marca líder en la sección de Economía; unas imágenes en exclusiva de lo más jugosas para alimentar los medios sensacionalistas. Todos ellos, como monstruos que persiguen a la chica, quieren un pedacito de Gina, que hable, que se queje, que llore, que divague. La nación espera que sus *freaks* les traigan su ración diaria de desgracias y de fascinación.

«Oscar de la Renta tenía mucha razón cuando acuñó la expresión “Fashion Victims”.» Ningún titular resumiría mejor lo que pasó ayer en el desfile de XPort.

«El dueño del local demandará a la marca, aunque no sabe a quién denunciar con precisión, puesto que la sociedad entre Madame y Monsieur X, que compartían el diseño y la gestión de XPort, se ha disuelto.»

«Se sospecha que el asesinato de dos hombres, uno atravesado por una barra de hierro y otro asfixiado, era el objetivo de la banda que provocó los enfrentamientos que causaron graves desperfectos y se saldaron con diez heridos, tres de ellos en estado grave.»

«“Malditos Fashion Victims” define muy bien el sentir de los famosos que fueron evacuados del desfile, en estado de shock, y que se han lamentado del bajo nivel cultural de los asistentes.»

«Gina Mann cerró el desfile posiblemente más desastroso de su carrera. Por suerte, pudo alejarse a tiempo acompañada por el guapo y reconocido fotógrafo Dominique Désir, con quien se la ve a menudo. Fuentes cercanas han confirmado que son pareja.»

La selección de información me pone la piel de gallina, o algo similar, si mi organismo me lo concediera. Moira se niega a aceptar ninguna revista, periódico o programa más en su agencia.

—Ni una llamada más o exploto —declara—. Por si fuera poco, el cinismo nos matará: XPort ha convocado una rueda de prensa. ¡Una rueda de prensa! ¿Para explicar qué, que nos han engañado y encerrado en un corral de peleas de gallos?

—Bueno —la corrige una de sus asistentes—, pretenden leer un comunicado y responder a un par de preguntas previamente seleccionadas. Una rueda de prensa conllevaría el riesgo de avanzar la segunda parte del Apocalipsis que inauguraron hace un par de días.

—Pues no me apetece —suspira Moira cigarrillo con boquilla de revólver en mano.

—Puede ser interesante —continúa su asistente.

—Tal vez debiera recordarte la diferencia entre la gente interesante y la gente figurante. —Moira espira humo por la nariz, que es señal de que está enojada—. Los interesantes te alegran la existencia por su forma de pensar original y entretenida. Por eso buscas su compañía. Los figurantes son ovejas de pasto que puedes obviar con facilidad.

—Ya sé, ya sé: «Rodéate de gente que te llene la cabeza de cosas buenas y no de cosas malas o, peor, que te la vacíe».

Moira y sus asistentes recitan la frase al mismo tiempo y acaban riéndose de las enseñanzas de esta.

Dominique se cuela entre los vigilantes a las puertas de la agencia, disimulando su preocupación ante los paparazzi y las cámaras de televisión que se agolpan allí, detrás de unas gafas de sol Vintage Levrier Ken.

—Vera, necesito hablar contigo.

—Querido, tranquilízate, Gina está bien. Por lo que veo, el que no anda demasiado fino eres tú. Vamos a tu despacho, Moira, ¿de acuerdo?

Moira asiente y aspira su quinto cigarrillo en una hora.

—Quiero que Diana nos mande muy lejos, que nos encargue un editorial para que podamos desaparecer de Nueva York una larga temporada, Vera.

—Dominique, el caos no es tan grave. Eran vampiros, no de los nuestros, pero vampiros. Esta conspiración no se dirige a vosotros. No tengo idea de quién quiere cargarse XPort, pero detrás de esta caza hay alguien muy astuto y con muy mala entraña.

—Pero el acoso de Manfred sí que nos afecta. Ya sabes lo que ocurrió la última vez que Hass se dedicó a asediarme para que descuidara a Gina. Esto no ha hecho más que empezar. Sabe que Gina ha regresado, y se asegurará de que no pueda salvarla. Me desconcierta, me domina la ansiedad. Tal vez aparezca Yuri, después de tanto tiempo ausente de nuestras vidas. Solo deseo matar, hacer daño. Me estoy perdiendo. Concédeme tiempo y espacio, aunque sean postizos. Dame la calma de saber sana y salva a Gina y poder contrastar mis hipótesis sobre el antídoto. Ayúdame...

—¿Tienes hipótesis sobre lo que podría romper la maldición de Yuri?

—Por lo que he vivido intentando reencontrarme con Gina, hay ideas que debo aclarar, sí.

Solo Dominique puede llevarlas a buen término.

—De acuerdo, entiendo. Se me ha ocurrido una historia preciosa que podríamos disparar en Japón. No habrá Manfred que os pueda perseguir hasta el Lejano Oriente, te lo prometo. Se lo sugeriré a Diana y lo organizaremos con Moira y el equipo. Ahora ve con Gina y preparaos para no dejar rastro.

Llaman a la puerta del despacho, están televisando la pseudoruada de prensa de XPort en *prime time*, como tiene que ser.

—TENÉIS QUE ver esto. Bienvenidos al *show* más grande del mundo.

Asistentes, secretarias, *bookers*, alguna modelo, Moira, Dominique (a regañadientes, antes de marcharse) y yo nos congregamos frente al televisor. Lo que vemos es todo lo contrario a lo que mi amigo Bryan Ferry llama «gente In». Los periodistas y los empleados de XPort, entre los que destacan unos esforzados y consternados relaciones públicas, han caído del grupo de los que están a la última y son copiados por sus bailes, sus vestimentas, sus romances. Lo único que mantienen en común con los modernos es su manera de decir tonterías. La encargada de leer el comunicado no levanta los ojos del papel:

«Queremos hablar de moda, de la fascinación por la estética, de su influencia, de arte y creatividad, de la ilusión que despierta, de los grandes nombres que la dignifican, los diseñadores, las modelos, los fotógrafos, los periodistas. Queremos hablar del negocio de la moda, de los empresarios que intentan encontrar el equilibrio entre la creación y la rentabilidad. En esta coyuntura de respeto a la industria y a sus clientes, XPort desea que el replanteamiento de su marca, bajo la batuta de un solo diseñador, en este caso Madame X, sea considerada.

»Lo que sucedió al concluir el desfile es, según Madame X, un vil acto de boicot que ella misma piensa llevar a los tribunales. Niega con rotundidad cualquier acusación de plagio y así lo demostrará ante el juez».

—Completemos el discursito con «Queremos hablar de los ambientes elitistas, los explotadores de sueños, los mediocres y arribistas, la decadencia tras el declive o el olvido de quien estuvo en la cima...». ¿O no? —Moira tampoco se distingue por tener pelos en la lengua.

—Nos ha quedado muy claro que Madame X no es el genio creativo, sino el genio de las finanzas. Y donde hay dinero, no siempre hay arte —afirma una *booker*.

Moira sigue con la reflexión sobre el futuro probable de XPort.

—La *intelligentsia* sacará provecho de este cataclismo. No me sorprendería que estuvieran detrás de la guerra entre partidarios de Madame y Monsieur X. Ya sabemos que son como los depredadores de los documentales de animales, hermosos y al acecho, hasta que su presa trabe su propia trampa.

—No me convence que a ellos les interese comprar XPort. Tienen la producción de películas, han entrado en el negocio del videoclip y MTV les adora —razono—.

Pero ¿de verdad creéis que el holding francés que está aprovechando el fracaso de muchas *maisons* de lujo para comprarlas una a una adquiriría una marca americana?

—Tú misma has mencionado a Bryan Ferry —contesta Moira—, y como canta en *Same Old Scene*, nada es eterno y una buena oferta lo compra todo. Pocos sobreviven a lo mismo de siempre, al poder.

—Moira, tu interpretación de la canción es sin duda de lo más filosófica.

—Y real, querida Vera.

—¿Nuestra *intelligentsia* parisina haciéndose con XPort y con Christian Lacroix? —le reprocho, y sigo pensando que los vampiros no se corresponden con *holdings* ni con *intelligentsias* de la moda.

—Vera, a veces puedes ser muy pedante. El sport algún día será valorado no como alta costura, pero sí como un elemento imprescindible en la moda —apunta Moira.

—Estaremos allí para verlo, querida.

Los periodistas levantan atropelladamente manos y brazos cuando se acaba de leer el comunicado. Se escucha un rumor en la sala y subimos el volumen del televisor. Otro relaciones públicas coge el micrófono para anunciar que no habrá ronda de preguntas y respuestas. Reconozco a ese tipo, es uno de los vampiros más duros del ambiente de la Comunicación de Nueva York. Madame X ha contratado al mejor y más sádico de los profesionales de la imagen. Los periodistas se quejan a grito pelado. Apuesto a que la audiencia televisiva debe de estar rezongando en su frustración por el coitus interruptus de lo que prometía ser un buen *show* de ataques de la prensa y rechazos de golpes por parte de los relaciones públicas. Sin embargo, esta guerra entre colegas de profesión se va a quedar en tablas. Antes de cortar la retransmisión, escuchamos con claridad cómo una periodista abuchea al relaciones públicas vampírico:

—¿Sabes qué? Que te puedes morir e ir al cielo si quieres —le increpa la periodista.

—Eso es una ironía, cariño.

CAPÍTULO 16

Más es más y mejor

En la moda, en la Historia y en la vida, nos sorprendemos cautivados por el espíritu de una época, el *zeitgeist*. A los creadores les gusta pensar que son los que mueven los hilos de este espíritu y, sin embargo, el *zeitgeist* está por encima de ellos, debo decir que muy pocos lo manejan, y casi todos beben de una innovación y van añadiendo sus aportaciones, para bien o para mal. Por algo un punto de inflexión es una circunstancia en singular, o sufriríamos una redundancia absoluta de artistas autodenominándose puntos de inflexión. Nada de inflexiones, en plural, pobres humanos anodinos.

Mis *zeitgeists* preferidos se caracterizan por dos cuestiones fundamentales: la libertad y la abundancia. De ninguna manera puedo reconciliarme con las caras lavadas de la era victoriana ni con su moral pacata y absurda (si hablamos de su literatura, podría hacer una concesión. Está bien, más de una. Oh, Oscar Wilde, Charles Dickens, Arthur Conan Doyle... Bram Stoker me fastidia un poco; *Drácula* nos pinta un poquito feos). Amo los años de la Belle Époque, los locos de la década de 1920, los juveniles sesenta y estos ochenta del exceso. En lo que va de siglo, nos liberamos del corsé, bailamos y vimos flotar a los maravillosos ballets rusos, enseñamos las piernas y el pop nos hizo gritar. Vivimos en perpetua revolución y algo me dice que el resultado de ello es esta adoración por el dinero, por más fiestas, por comprar más cosas. En esta década, más es mejor y demasiado nunca es suficiente.

El estatus se compra también con dinero, la avaricia es la nueva religión ochentera. Por favor, no se puede estar más poseído por el *zeitgeist* de los ochenta que en este aeropuerto, esta mañana de camino a Tokio. La extravagancia divide a las clases. Los políticos se han encargado de retocar los impuestos para que los ricos se enriquezcan y los pobres sigan deseando gastar a manos llenas, cuando lo único de lo que pueden llenarse es de odio a los que derrochan. Los ganadores de hoy se llaman *yuppies*, felices de su materialismo, de su egoísmo, de colgar trajes de Armani en su vestidor, relojes Rolex en su muñeca y mocasines Gucci en su equipaje. Jóvenes, urbanos, profesionales. Dominique y yo nos daríamos un festín fabuloso a costa de tanta envidia y vanidad. Pero es demasiado temprano para un desayuno tan contundente, ni siquiera imagino cómo los japoneses pueden tomar arroz, sopa de miso, algas, pescado, *pickles*, *umeboshi* a estas horas. Veremos qué opina el equipo al respecto; al caso de tantos *yuppies* y al caso de la inmersión en la cultura japonesa que les espera.

Nos las hemos ingeniado para que Dominique y Gina desaparezcan durante un

mes largo por el país en el que nace el sol, el Nippon Koku, como lo describió su príncipe Shotoku en el año 607. Extraño decir que yo no lo presencié. Por mucho que deteste en ocasiones mi eternidad, me alivia no ser tan vieja y, a la vez, qué increíble sería haber vivido el momento en que Shotoku, regente de Japón, saludaba a la vecina China en una carta: «El Emperador del país donde nace el Sol saluda al Emperador del país donde se oculta el sol. ¿Cómo se encuentra?». La misiva los hermanaba como países de igual importancia, ambos elegidos por el astro rey. Habría tiempo para pelearse.

Bonita metáfora aparte, nuestra estilista Salma se queja de la presión que ha debido soportar en las últimas treinta y seis horas, sol arriba y sol abajo. Un *shopping* completo para una historia en tres editoriales temáticos implica un esfuerzo digno de conseguir el sueño americano. Ha seleccionado los atuendos, ha llamado a las casas de moda, les ha pedido la cesión y el envío de las prendas y de los complementos, ha contratado un seguro de viaje con cobertura total por si acaso la ropa, las joyas o los zapatos son extraviados o dañados y, como dirían los seres humanos comunes, ha hecho las maletas. Eso sí, tal vez todos estos *yuppies* carguen en sus bolsas modelitos de marca, aunque los seres comunes y corrientes dudo que abran su equipaje y puedan enseñar Chaneles diseñados por Lagerfelds, Kamalis, Gaultiers y, por supuestísimo, Kansais, Miyakes, Kawakubos y Yohjis. Ojalá las ropas de los japoneses retornen a Japón en perfectas condiciones.

Pat y Salma se acomodan en sus asientos de clase *business*, junto a sus ayudantes y junto a James. En primera clase viajan Dominique y Gina. El equipo está preparado para relajarse en el avión durante las siguientes catorce horas de vuelo hasta Tokio.

—A los que nos envidian por estar continuamente de viaje les mandaré mis facturas de la masajista y de la esteticista que me ayuda a luchar contra mis arrugas prematuras. También que les carguen en cuenta la factura de mi terapeuta cada vez que un novio se larga con otra.

Salma está bastante cansada, y eso repercute en su naturaleza optimista. James, por su parte, está a punto de evadirse del mundo de los conscientes, pues su pánico a volar le obliga a tomar Diazepam, el medicamento más de moda en los últimos diez años. Hay quienes prefieren este calmante al sexo salvaje. Ya veremos cuando salga al mercado dentro de un año el rey del botiquín de la gente AAA —agobiada, angustiada, apenada—: el Prozac. De momento, Salma no consume ni para calmarse ni para animarse. A Pat no le hace falta ninguna ayuda química, tampoco. Es una soñadora nata. No existe nadie que vea la vida en más colores que la maquilladora superstar. O casi.

—Creo que ya estoy rozando las nubes. ¡Kevyn Aucoin!

Pat se lleva teatralmente las manos a la cabeza y se lanza a los brazos del maquillador de las estrellas. Sí, del máster de ver la vida en colores.

Kevyn llegó desde Luisiana a Nueva York hace dos años con su porfolio de polaroids bajo el brazo: una selección de maquillajes de su trabajo en un centro

comercial. Llegó, fue descubierto por Vogue y se ha pasado sus primeros cinco años de la veintena maquillando a las modelos de portada retratadas por Meisel. ¿No es una genialidad? En estos días, los directores de revistas no pueden vivir sin él. Si no habéis visto la portada de Cindy, no habéis visto nada. Y por si nos cabe alguna duda de que estamos ante un maestro, ha resucitado la línea de cosméticos de Revlon, Ultima II, e ¡incluye maquillaje para todo tipo de pieles: blancas, negras y orientales!

—Kevyn, Kevyn. ¿Vamos al mismo sitio?

—Pat, qué alegría verte. Estás guapísima.

—Tus ojos, que adoran a las mujeres. Desde que dijiste que el maquillaje solo ayuda a destacar la belleza que cada una de nosotras lleva dentro, y no a tapparla, todas mis clientas me hablan de que la belleza está en el interior.

Kevyn y su eterna sonrisa abrazan a Pat.

—Si sois felices, ya me doy por bien pagado —replica Kevyn—. Y entonces, ¿vais a Tokio?

—Y para largo —le cuenta Pat—. Hemos preparado tres historias y hay un montón de trabajo por hacer. Me imagino que tú estarás muy ocupado por allí. Si tienes un hueco, podemos ir a tomar unos sakes. También tengo curiosidad por visitar el karaoke box del hotel.

—Claro, podríamos cantar —ríe Kevyn.

«Señores viajeros, ocupen sus asientos, por favor.» La azafata indica con amabilidad que la tertulia debe aplazarse hasta que el avión alcance la velocidad de crucero. Pat y Kevyn se dan sendos besos de mejilla y se desean un buen viaje.

Dos que ocupan la primera clase comparten los auriculares de un discman Sony D-100. Se miran a los ojos furtivamente y ella emite unas risitas seductoras.

—*Slave to Love*. Pero ¿cuántos orgasmos caben en una sola canción? —susurra Gina.

—¿No te estarás dejando sugestionar por la película?

—No, Dominique. Sabes que *Nueve semanas y media* no me gustó demasiado. Los críticos la están dejando a la altura del betún, y mira que Kim está impresionante.

—La banda sonora me atrae más que el erotismo de mujer poco segura de sí misma —comenta Dominique, con ironía.

—¿Te estás metiendo conmigo, Dom?

—Me estoy perdiendo contigo, cariño.

—Pero sin esclavitudes, ¿de acuerdo? —Gina le guiña el ojo.

—De acuerdo. Bueno, solo unas pocas, de las que no duelen. De las que nos gustan. —Dominique percibe que Gina está excitada. Puede que se pierda con ella, sí, pero en el minúsculo baño del avión.

Al cambiar de canción en el discman y sonar *Das Model*, de Kraftwerk, la conversación también cambia.

—No te he visto demasiado asustada con tu éxito repentino, Gina.

—Eso es porque estoy contigo. No sé qué haría si tuviera que enfrentarme a todo

esto sola. Es de chiflados. Se me acercan hombres y mujeres y me confiesan que me adoran. Me da vértigo. Espero pasar más inadvertida en Japón.

Dominique suspira, deseando que fueran dos desconocidos.

—Me temo que no tendremos tanta suerte. Tu recibimiento será el de una superestrella.

—¿Cómo es posible? Nunca he estado en Oriente.

—Tu cuerpo desde luego que no, pero tu imagen se ha incrustado en las retinas de todo el planeta. ¿O no eras la modelo más famosa del mundo? —Mi protegido sigue ironizando—. Por eso te pregunto si estás asustada.

—No era consciente de ello hasta que me lo has dicho. —Gina duda—. ¡Dominique, me estás poniendo nerviosa!

—No hay necesidad, cariño. No ha nacido fuerza humana que pueda separarte de mí. —Por un momento, Dominique cierra los ojos y hace como si tragara saliva.

—A veces me pareces tan cursi como un dandi del siglo XVIII, caramba —bromea Gina—. Y dime, caballero, ¿ya has estado en Japón?

—Sí, señorita. En unas cuantas ocasiones. Te gustará.

—¡Viajar como Marco Polo por la Ruta de la Seda!

—Más o menos. Tengo entendido que hoy el paisaje ha cambiado un poco. Se ha sofisticado, por decirlo de alguna manera. Por ejemplo, este discman, este invento magnífico, es japonés —continúa Dominique— y el desarrollo tecnológico y financiero de los últimos treinta años ha conducido al país al mayor crecimiento económico de su historia.

—¿Por qué siempre eres el mejor cicerone del mundo? He leído sobre la burbuja económica y sobre la especulación inmobiliaria. —Gina concuerda con Dominique—. Los precios son desorbitantes. ¿En serio que creen que esta prosperidad les durará para siempre?

—¿No es eso lo que creemos todos en todos los países, que el lujo nunca se acabará?

—Y yo que pensaba que los japoneses eran los reyes del zen —rebate Gina.

—Del zen y de la cultura del trabajo.

—Dominique.

—¿Sí?

—Al final me bajaré de este avión asustada.



El aeropuerto de Tokio es otra sucesión de *yuppies* y de hombres de negocios de ojos rasgados y modales exquisitos. Casi un centenar de admiradores ciegan con sus cámaras a una despistada Gina, que recoge los regalos de sus seguidores con timidez. El más inquietante es el *God Jesus*, un robot muy popular por aquí que responde a todas nuestras dudas de mortales, ejerciendo de Dios. Una vez dentro del coche que los traslada a un pueblecito cercano a la metrópolis, revisan la selección de peluches

con la que chicos y chicas nipones reconocen la belleza castaña de Gina: son representaciones en verde y amarillo de virus. Enfermedades. La cultura tiene estos detalles encantadores o, mejor dicho, la diferencia cultural. En mis tiempos, regalaban abanicos o flores. O, qué sé yo, bombones. Hoy te regalan el virus del sarampión.

El equipo de moda tiene su base de operaciones en esta aldea de mil habitantes. Salma y Pat, que ve perdida en el horizonte tukiota a lo lejos su oportunidad de cantar con su ídolo Kevyn Aucoin, se lamentan por el aislamiento. Sin embargo, este aislamiento es intencionado; cuanto menos previsible resulte el paradero de fotógrafo y modelo, más margen de movimientos y mayor seguridad tendrán ante la eventual amenaza del dhampiro odioso.

Las cosas provincianas no me hacen soñar, es cierto. También me quejaría si estuviera en la piel de las estilistas. Con todo, Gina está maravillada con el entorno. Su casa, tradicional, tiene los suelos de madera, tatami en el pasillo y esteras de paja en las habitaciones. En la parte trasera, una pequeña terraza, el *engawa*, con jardín, da a un riachuelo. Las paredes, de madera, están cubiertas de papel, y los arreglos florales, fruto del arte del ikebana, se encuentran en cada estancia.

—Aquí podría ser eternamente feliz —observa nuestra modelo.

Los encargados de la casa, un matrimonio de mediana edad amable y servicial, explican en su inglés elemental que, justamente, habitan en el pueblo en el que se desconocen la miseria y la infelicidad. El equipo escucha la historia entre exclamaciones de incredulidad y parece que entran en la tranquilidad del ambiente del lugar, por fin.

—¿Y si todos fuéramos felices, solo felices? —James pregunta a Dominique.

—Dice Satán que si el hombre tuviera que escoger entre la eternidad de la pasión o de la dicha, elegiría vivir la pasión sobre la tierra a la inmortal felicidad en el cielo —le responde su jefe.

—Nunca estamos satisfechos —aprecia James, un poco triste.

Satisfecho, siempre he odiado la palabreja. Estar satisfechos, eso es para las ovejas. ¿Por qué los humanos se conforman con sentirse satisfechos pudiendo ser felices? El filósofo clásico Epicuro apuntó que los placeres que no contentan al alma o las necesidades básicas del cuerpo son vanos e inútiles, porque a la larga solo acarrearán dolor, ya que se pierden fácilmente. Seres cobardes, si eligen sentirse satisfechos a ser felices aunque solo sea por unos instantes. La felicidad tiene mucho de demoníaco, según nos han enseñado. Quizá por eso la deseamos intensamente.

Los días pasan y el termómetro no muestra piedad. El calor de agosto es propicio para darse largos baños en el río, paseos por el pueblo y para que todo el equipo evite a Gina y a Dominique en estas actividades aburridas y las cambien por días de compras y noches de copas en el Tokio excitante de los anuncios relampagueantes y las calles sin numeración.

Dominique y Gina son el vivo retrato de la felicidad. Mientras el calor, las tareas

de localización para los *shootings* y la producción de las sesiones están en manos de los ayudantes de estilismo y fotografía, la única imagen en la que piensan es en la de su pareja. Les ha atacado el virus de la dopamina, la química de Cupido y la imperiosa necesidad de estar con el objeto amado. Los humanos estudian las razones para el amor, mientras que el amor va por su cuenta. Entre Dominique y Gina, todo son roces, caricias no planificadas, miradas que contemplan que el otro es una obra maestra, de una belleza inigualable, preguntas que solo se responden en afirmativo y no hacen nada más que estar. Estar con el otro basta. Son felices en su mundo. Se cuidan, se dan de beber y de comer como se consiente a un niño, aman sus cuerpos y olvidan sus mentes con un sexo constante, siempre en el punto de ignición.

—Este suelo no me inspiraba demasiado, y sin embargo, es un lugar maravilloso para hacerte el amor. —Han pasado la tarde adentrándose en sus placeres, y parece que no tienen motivos para parar. El primer juego se ha saldado con una felación lenta y una apasionada y dominante penetración sobre el tatami.

—Parece de todo excepto mullido.

Dominique acaricia los labios de Gina con una bolita dulce de arroz. Tumbados en medio de la habitación desnudos, los paneles están levemente descorridos y dejan transitar la brisa. Descansan, pecho contra pecho, tras haber gozado. Para un vampyrus enamorado, el sexo con su otra mitad no implica alimentarse. Un vampiro y una humana, una humana y un vampiro. El ansia no es más fuerte que el deseo en estas circunstancias. De todas maneras, queridos, no os fiéis: es la única excepción. Si alguna vez os revolcáis con un vampyrus o vampiro, tened por seguro que os robará más que el orgasmo. Os robará el alma, hasta la última gota.

—Estas bolitas son deliciosas. ¿Te apetece una?

Gina juega con el dulce encima de la nariz y la boca de Dominique, pero este se lo arranca caprichosamente de la mano y recorre con él uno de los pezones de su chica, para a continuación lamer los restos de azúcar de su piel.

—Prefiero otro dulzor. Te quiero, Gina.

Ella mira su propia cara reflejada en las pupilas verdes de él.

—Yo también te quiero, Dominique. Te quiero tanto que por momentos me siento ridícula.

—¿A qué viene eso? Tú eras la que me calificó de irresistible. He ahí la cuestión. No puedes resistirte.

—¡No lo hago, tonto!

—Te amo. Lo siento, salió el dandi otra vez. Estoy loco por ti.

—¡Me vuelves loca! ¡Te quiero!

—Ven aquí.

Dominique dirige sus manos hacia los muslos y las caderas de Gina y se incorpora para tomar los pies de ella en su regazo. Acaricia y besa cada uno de los largos y perfectos dedos, mientras masajea los talones. Gina se estremece y cierra los ojos. Los besos en una alternancia seca y húmeda ascienden por la cara interna de las

piernas de Gina y se posan en su sexo. Ella mueve rítmicamente las caderas y disfruta de más orgasmos continuados.

La lengua en los pezones de Dominique ataca el placer de él hasta hacer que se rinda también. Ella muerde y succiona el cuello y los hombros de su amante, ambos de rodillas y frente a frente, al tiempo que da calor y más humedad con su mano al sexo masculino. El tacto es suave y preciso, morboso y apremiante. Gina goza a horcajadas sobre Dominique. Unen sus bocas en un suspiro profundo y placentero. El sol rojo e inmenso cruje en el Lejano Oriente.

CAPÍTULO 17

Un antídoto se consigue partiendo del veneno

—*M*e ha dejado porque dice que no le quiero.

—¿Le quieres?

—No.

—Nadie es antídoto de la soledad de otro.

Estas películas japonesas son capaces de atormentar a cualquiera. Los diálogos son tan profundos y tan generosos en silencios que vapulean el estado de ánimo más desprendido en tres minutos. Desde luego, todo en Japón es sorprendente para el equipo, que llora a moco tendido con este filme que están viendo en un minúsculo cine americano del barrio de Shibuya. Es una de las únicas escapadas en conjunto tras dos semanas de paz forzada en el pueblecito feliz. Un antídoto. La palabra destila maldición para Dominique. Ese antídoto que debe deducir.

El trabajo no da oportunidades para pensar. Ha comenzado su maratón estilística. Durante el día, el espectacular Tokio ha ofrecido su *skyline* para la primera editorial. Gina se ha mezclado en el barrio de Harajuku con viandantes modernos, que lucían las combinaciones más extremas y extravagantes, y otros que portaban kimono tradicional. Delante del santuario Meiji Jingu y en el parque Yoyogi, los discretos pero muy curiosos locales se han acercado para fotografiar el bustier rojo de plástico con forma de torso femenino de Miyake que Gina ha vestido con alegría. Es obvio que la historia quiere reflejar el contraste de vanguardia y folclore nipón. Valga puntualizar que no siempre el ayer fue mejor, por cierto. Si el bustier realza las formas naturales sin complicaciones, el proceso de ajustar un kimono a las modelos ha resultado ser un verdadero dolor de cabeza para las estilistas. Las obras de arte se deben hacer desear. ¡Maravillosos kimonos, que me hacen desvanecer de la admiración! Alguna vez puedo contaros cómo fue mi primera ceremonia del té ataviada con mi Iromuji kimono. Sí, en aquellos tiempos...

Antes de regresar a Nueva York, el equipo se enfrenta a dos viajes más al pasado y al presente japoneses. En cuanto a los diseñadores del país, ambos tiempos cabalgan juntos. El mismo Miyake hizo crecer sus primeras ideas a partir de las formas de un kimono, que mantiene un espacio entre el cuerpo y la tela, y esta voluntad de despegar el tejido del cuerpo, tan a contracorriente de lo que creamos en la actualidad en Occidente, la vemos en la ropa asimétrica y suelta de Kawakubo y Yamamoto que tanto escandalizó en las pasarelas de París, y con la que Gina será fotografiada en los jardines zen de los templos de Hase y Kenchoji, en la ciudad de Kamakura. Está previsto que unos luchadores de sumo la guíen de la mano por el

bosque de bambú de Hookoku-ji hasta el Buda sedente. A los pies del Buda, Salma ha decidido que se disparen dos imágenes que representen esta oposición entre las hombreras de un traje de ejecutiva poderosa y un vestido que recree el espíritu de la belleza de lo incompleto, el sabi.

El resto de los días finitos y estupendos en el país se dedicarán a otra ciudad, Nikko. El mausoleo de Toshogu me parece un emplazamiento ideal para la exuberancia, dícese de los atuendos de Kamali, Gaultier y por supuesto, Kansai, que nos dejó a todos fuera de combate gracias a sus diseños para el *Ziggy Stardust* de Bowie. Me temo que a los devotos visitantes de los templos sintoístas y budistas no les gustará tanto el espectáculo como a los atrevidos peatones de Harajuku. No siempre el pasado y el presente se tienen que entender. Y ahí van estilistas y ayudantes, fotógrafo y ayudante, modelo y fotógrafo, cargados de maletines y maletas bajo un sol de justicia, retocando el maquillaje cada cinco minutos, peleándose con la luz, planchando los vestidos sobre improvisadas tablas en bancos de piedra, sonriendo al borde de la extenuación y comiendo sushi en las pocas pausas que se permiten para conservar el alma de cada foto. El glamour es esa cosa tan imperfecta.

Algunos mares más al oeste, dos noches antes de coger su avión de vuelta a la realidad, en Nueva York no se habla de otra cosa. Muertos y más muertos en circunstancias estrambóticas y muy creativas. Recibo una llamada inesperada de mi protegido. Somos dos voces en cada parte del mundo. Ya le echaba de menos, porque hace un mes que no nos vemos.

—Dominique, justo leía las últimas informaciones sobre esta aberrante situación que está borrando a XPort del mapa. ¿Cómo estáis, querido?

—Encantado de escucharte y deseoso de verte, mi Señora.

—Haz el favor, Dominique, si todavía te diriges así a mí cien años después me haces sentir un vejstorio.

—Bromeaba.

—Y yo también, querido.

—¿De qué van esas informaciones? Asómbrame. —La ironía es el denominador común habitual en nuestras conversaciones.

—Tres tiendas de XPort han sido destrozadas y saqueadas mediante la técnica curiosa del alunizaje.

—Que es como un abordaje pirata, pero conduciendo un deportivo. Espero que al menos no fuera un Cadillac. —Reímos a carcajadas con la ocurrencia de Dominique.

—Las oficinas de XPort en el sur de Manhattan fueron alertadas de la colocación de bombas, aunque las tres veces se trataba de una falsa alarma.

—Un agosto muy caliente —responde Dominique.

—Lo peor de todo es que nuestros congéneres son los responsables de estas

tonterías. Han sobrepasado los límites del ensañamiento. Casi afirmarí­a que han inventado nuevas formas de matar o de morir, segú­n el punto de vista. ¿Te acuerdas de aquellas capillas de las iglesias primigenias de Roma, en la Via Appia?

—¿Las de los frescos que describen de manera muy realista los martirios de los santos?

—Sí, querido, aquellas pinturas que hasta a mí me asustan por su crudeza no son ni pizca de grotescas en comparaci3n con lo que est1a viviendo esta ciudad en sus adentros. Son vampiros. Estoy investigando qu3 y qui3n ha irritado a nuestros similares. O, m1s bien, qu3 miseria los mueve a comportarse as3 en nombre de XPort.

—Por eso te llamo, Vera, porque estoy muy preocupado. Volver, en tales circunstancias es lo que menos deseo en este momento. ¿Has tenido noticias de Manfred? ¿Contribuye Hass a todo este lío acaso?

—Soy consciente de ello, Dominique. No obstante, no puedes burlar m1s al destino. Debes mirarlo a la cara o el tiempo te vencer1a —resoplo—. Manfred anda de cabecilla de grupos que agreden a otros por el puro placer de hacerlo. El muy infame est1a furioso porque no tiene pista conocida sobre ti ni sobre Gina. A veces dudo de si tienen algo que ver con Madame X ni con Monsieur X; ser1a que el mal aprovecha la coyuntura para expandirse. De lo que sí que estoy segura es de que Yuri no est1a en Nueva York.

—¿C3mo podemos entretener a Hass para que me deje el camino libre para encontrar el antídoto? ¿Azuzamos contra 3l a cualquier grupito de escoria con ganas de bronca que encontremos? Ya desvarí­o —baraja Dominique.

—Te repito lo que Jane Austen escribi3: «Enloquece cuantas veces quieras, pero nunca desfallezcas». Querido Dominique, te recomiendo que dejes de pensar en la enfermedad cada d3a de tu vida, que no conviertas cada d3a en un suicidio, sino que te concentres en la vacuna para estar feliz mañana.

—Tu consejo eterno, Vera: haz y no digas, podr3as morir mañana.

—As3 es, querido.

La primera medida de Dominique a su aterrizaje en la Ciudad es convencer —sin demasiado esfuerzo por su parte— a Gina de que recoja sus sombreros, su piano y sus recetas de su piso de Tribeca y se mude con 3l al apartamento de la planta 29 de Park Avenue North. El ascenso desde el sur de Manhattan a la parte m1s boyante coincide con la omnipresencia de la modelo en la vida pú­blica de los norteamericanos de a pie. Gina aparece en vallas de Times Square, protagoniza cameos en series de televisi3n (estuvo estupenda en *Corrupci3n en Miami*), es la cara de marcas de cosm3tica, recibe proposiciones de divos de la mÚ­sica moderna. Cuanto m1s emocionada y feliz se despierta la supermodelo cada d3a, m1s taciturno e iracundo vive cada jornada el fabuloso fot3grafo de celebridades. La felicidad suele parecer verdad vista desde fuera.

El infierno de los primeros años tras la maldición y la muerte de Gina se perfilan como un recuerdo fresco. La peor de las angustias para Dominique. No le cabe duda de que si en algún momento de su existencia pudo reflexionar más sobre los antídotos contra esa maldición fue en esa época. ¿Matar al que maldijo? ¿Reunir a los espiritistas de la Ilustración con el fin de recuperar el espíritu de Gina? ¿Viajar al Amazonas a la búsqueda de una tribu experta en despertar del Más Allá? ¿Morir?

Morir. No puede morir. Cree llorar, pese a que ni una gota puede caer por sus mejillas.

Si por lo menos pudiera experimentar algún signo de humanidad. Solo debe continuar pensando y buscando el remedio para que Gina se quede en esta vida con él. Mientras maquina alternativas oscuras, su amor está intacto.

—Haz y no digas: podrías morir mañana —balbucea Dominique.

Mis modernos amigos, interesados en lo que os cuento,

Los años que siguieron a la muerte de Gina no son misteriosos. Aprovecho que mencionamos la pena de Dominique para detallarlos. De paso, podréis comprender la inquietud de mi vampiro pese a su éxito en los actuales años ochenta. Para narrar las aventuras de nuestra pareja necesito comenzar con otra confesión que me deslucе a vuestros ojos: me considero poco hábil con las matemáticas. Cualquier persona es mejor haciendo números que Vera Dempres. Otras capacidades me adornan y, de vez en cuando, la lógica se congancia conmigo. Estoy segura de que vosotros entenderéis enseguida que una persona que murió en 1927 y que en 1986 ha cumplido otra vez los veintiséis años esconde un misterio o es un fantasma. Si nos referimos a Gina Mann, oh fijaos, sé el resultado de la ecuación. Por una vez me cuadra la matemática. Gina fue condenada a morir a los veintisiete años, cada vez. Y cada vez significa que en los años intermedios entre ese 1927 y el ahora de 1986 ella existió.

La maldición se cumplió y así como Gina murió y vagó por la nada, regresó a una nueva vida. Lo había determinado el Duque de Humo y sucedió. Gina nació y creció por segunda vez en su mismo cuerpo, aunque su alma era ligeramente distinta. ¿O vamos siempre a ser las mismas personas independientemente de nuestras circunstancias? ¿Qué hay de nuestra opinión cuando comentamos que a aquel «se le ha agriado el carácter desde que le pasó esto otro» o «se nota que está enamorado, qué amabilidad la suya»? Nuestra chica, renacida en los años treinta, tenía los mismos cabellos castaños ondulados, enormes ojos de color avellana y la figura de reloj de arena agacelada, pero ahora ya no acicalaba su juventud como una alegre de los años veinte, sino con prendas cómodas que se combinaban para poder vestirlas en ocasiones diferentes. El bolsillo no alcanzaba para ampliar el ropero, así que las chicas y mujeres jugaban con los accesorios, con los cinturones, botones de fantasía, lazos. Y esas hombreras que parecían de uniforme, pero que en realidad habían puesto de moda las películas de Hollywood.

De hecho, recuerdo la década de 1930 como una mezcla de utilitarismo y de glamour. Vino un alud de problemas políticos y económicos, fueron años huecos, de entreguerras, desempleo, invasiones y conflictos nacionales a los que la moda respondió de dos maneras: la práctica, con la ropa de trabajo y los trajes influenciados por el estilo militar, y la escapista, con vestidos y trajes típicos de princesas y príncipes viviendo en el país perfecto su vida perfecta. Los que habían perdido su fortuna en el crack económico de 1929 abandonaron la exclusividad de la alta costura y empezaron a comprar reproducciones; es decir, que las *maisons* vendían los derechos de algunas creaciones a otras casas de moda, y, con esta licencia, se producían varios modelos más baratos. Señores y señoras, antes de la Segunda

Guerra Mundial asistimos a la gestación del *prêt-à-porter*, vista como la manufactura en masa o la democratización de la moda para unos, y la vulgarización de la moda para otros. Qué queréis que diga, algo tenía que hacer la industria de la moda para mantenerse a flote frente al paro, la caída de la demanda y la atmósfera depresiva. Y lo que hizo fue... soñar. ¡Extravagancia! ¡Trajes de noche con generosos escotes en la espalda! ¡Por fin podíamos usar el Kestos, un sujetador que realzaba los senos sin oprimirlos y ofrecía copas definidas! ¡Sartas de perlas! ¡Estolas de pieles! ¡Plumas de avestruz! (pobre Fred Astaire, que era alérgico a ellas y sufrió en silencio los atuendos de su pareja de baile, Ginger Rogers) ¡Sombreros de copa y sombreros de formas imposibles que se llevaban calados! ¡Bolsos de mano estrechos tipo sobre! ¡Sandalias de plataforma de corcho! ¡Zapatos de cuña!

Gina renació en un pueblecito próximo a Berlín, aburrido y abrumador, que desde luego estaba a años luz del cuento de hadas cinematográfico y del cromo y vidrio de los rascacielos que se construían esos días en Nueva York, y muy cerca de las prendas simples. Dominique esquivó lo mejor que supo estos años treinta, glamurosos y ruinosos a la vez, y otra guerra mundial, incluso más dolorosa que la primera. Durante el conflicto, se racionó todo, desde la comida a los metros de tela para la vestimenta. Lo dicho: ni plisados ni encajes. Una vida austera y sobria, y un vampiro ensimismado, enfadado y desesperado.

Tal vez os preguntéis por qué no ayudé a mi protegido, por qué no le concedí o le mostré la manera de utilizar sus poderes en aquel momento fatal de la muerte de su amada. Sabed que los vampiros que no son de cuna se hacen. Cuando encuentran la razón de su existencia, empiezan a desarrollar sus instintos, sus capacidades, su carácter. Mucho me temo que el carácter de Dominique se ha moldeado como uno de esos vidrios soplados, a fuego. Recordad que debe definir su camino, por mucho que el destino sea exactamente el destino. Y al destino le es indiferente dónde crezca Gina, porque su final es con Dominique. No obstante, bajo la sombra de la maldición, muchas cosas pasaron desde los dorados años cincuenta a los exagerados años ochenta.

PARTE TERCERA

That Lady Is a Vamp

*When I'm alone
And the teardrops start
I realize it's true
I'm all dressed up
With a broken heart
And still in love with you
I'm still in love
I'm still in love with you.*

*All Dressed Up With a Broken Heart, Peggy Lee
with Dave Barbour and his orchestra, 1948^[10]*

CAPÍTULO 18

Decepción

(Diario de Gina Mann)

Berlín, 1947

V **Viernes, 14 de noviembre.** Destapemos las cartas, que ya van 17 años. Larga vida a esta desesperada y aburrida chica de ciudad, harta de casi todo. Cuando no eres ni vives como todo el mundo, todo el mundo no te puede entender. Las ruinas de esta ciudad después de la peor guerra que la humanidad haya padecido esconden muchas ganas de vivir. Claro, la gente se enamora de sus expectativas; ¿qué más nos quedaría sin ideales? Sin embargo, no me conformo con un vestido de novia de Norman Hartnell, igual al de la princesa Isabel de Gran Bretaña en su boda con el teniente Felipe Mountbatten. Los cuentos de hadas no me van en absoluto. Me identifico totalmente con el estilo Corolle, la nueva silueta que ha creado el modisto parisino de nombre Dior y que no acaba de gustar a los más conservadores, a la gente gris. Me da lo mismo si lucir una figura de reloj de arena me obliga a ceñirme el corpiño. La minicintura y el pecho alto son la sensación entre mis admiradores del club. No creo que me oigan cantar tanto como me ven balancearme. Estoy entusiasmada por conocer a monsieur Dior y a sus colegas en París. Eso sí que es un regalo de cumpleaños.

Al fin podré salir de este ambiente deprimente y descarado y moverme entre satenes y tules drapeados. Cantaré invitada por el mismísimo Fath en una de esas fiestas cuya fama alcanza nuestros oídos, desde la Francia elegante a la Alemania sinvergüenza. ¡Brindo por mí!

Martes, 25 de noviembre. Querido diario, de acuerdo, tienes razón, te tengo apartado, no escribo mucho, pero debes ser comprensivo, porque sabes que paso las noches en vela de club en club. No me llaman «oveja negra» por nada. Tendría que haber nacido en Irlanda antes de que empezara este siglo y hubieran celebrado mi nacimiento, porque ahora ser la oveja negra de la familia implica que me califiquen de diablo disfrazado de corderito. Igual lo soy, no nos engañemos. Lo peor de esta disidencia es que piensen que soy una mala influencia para la prosperidad de la granja, o sea, la familia. La última vez que hablé con mis padres se presenta como un eco muy lejano.

Puedes amar a una persona y no entenderla. Puedes entenderla y que no te

despierte ningún cariño. Pero no puedes decir que amas a alguien cuando intentas cambiarle porque no le entiendes. He aquí el dilema de mis progenitores: querían casarme bien, cuando yo bien quería perder de vista a cualquier tipo que me encerrara en una cocina.

Huí, me bebí todo mi dinero, algunos amantes se hacen cargo de mí. Yo digo que los míos, en cambio, se cargaron mi inocencia a cañonazos. Diario, ya ves que mi ánimo no ha mejorado. Te dejo de momento, a la espera de recuperar el optimismo.

Miércoles, 26 de noviembre. ¿A que no imaginas qué hice anoche? Dejé a un hombre plantado. ¿Que no es una novedad? Depende. Suena muy de película, y me encanta. Hace unos días, a la misma hora, un mensajero empezó a traerme lilas malvas. Cada noche me he recreado con los mensajes decimonónicos de sus notas: «Te he encontrado y te recuperaré», «Deseo llegar a tu corazón y que lo abras de par en par», «He estado muerto sin ti». Debo confesar que al principio me confundió, y estaba segura de que era otra estratagema de ese acosador empalagoso, Diego Williams, el *playboy* más famoso de Europa (eso dice él). No obstante, el tono resultaba misterioso, demasiado literario y entregado para un hombre simplón y encendido como Williams. Me atreví a contestarle de vuelta, porque me intrigaba saber qué cara tenía el conquistador. En el último momento, me lo cuestioné: ¿Una cita a ciegas? Es solo lo que dos desean y no desean ver. Por lo tanto, no aparecí. Él firma como Dominique. Un francés. *Oh là, là, très romantique!*

Si alguien encuentra mi romanticismo, agradeceré aviso. Probablemente duerme en el cementerio de las decepciones.

Jueves, 27 de noviembre. Mi diario, me marchó. Voy a París, a actuar en esa fiesta de la *maison* de monsieur Jacques Fath. Me regalarán vestidos, adulación y gloria. No sé si volveremos a vernos, diario. Mi plan radica en dejar a la chica que te escribe y en renacer como una mujer independiente. París será mi Meca y te aseguro que pienso triunfar cantando. Voy a ser una estrella de verdad.

CAPÍTULO 19

Envidia y glamour

«Nada hay tan desagradable y pedante como los juicios de un hombre sobre otro.» Frase para dar idea de lo que supone la envidia, interpretada por el humanista del Renacimiento Erasmo de Rotterdam. Este filósofo y teólogo fue un tipo bastante interesante. Supongo que alguien que sea capaz de formular expresiones como «Caérsele el corazón a los pies», «Llorar lágrimas de cocodrilo» o «En el país de los ciegos, el tuerto es el rey» lo es. Si encima todas estas citas pueden describir la vida de una persona, imagino que el filósofo es el más agudo observador de la realidad. Cada una de estas frases resulta ideal para recapitular esta segunda vida de nuestra Gina.

Gina Mann era, con diecisiete años, la cabaretera más renombrada de Berlín a finales de los años cuarenta. Se había escapado de casa, a los quince años, rechazando el influjo de unos padres asfixiantes y acartonados en unas costumbres clásicas, y había llegado con lo puesto y un hatillo a una ciudad que por fuera aparecía destrozada como víctima de la Segunda Guerra Mundial, pero que por dentro continuaba ofreciendo diversión. Sin embargo, Gina sentía que su existencia estaba del revés, que las ruinas que abarrotaban su interior la ahogaban más que los escombros berlineses.

Una ciudad en la que cada noche regía el toque de queda solo daba la opción de dormir en los cabarets, únicos locales abiertos donde los mismos soldados pasaban sus guardias al calor del alcohol y de las canciones insinuantes (mejor pongamos picantes). El hambre obligó a Gina a buscar también cierto calor humano y, a riesgo de que descubrieran que dormía entre bambalinas, se presentó a una de las chicas que bailaba casi desnuda en el pequeño antro. Esa bailarina solo tenía dos años más que Gina, y se conocía la historia de nuestra chica de memoria, ya que era también la suya. Así que se hicieron amigas inseparables, como un Huckleberry Finn y un Tom Sawyer, los chicos de las novelas de Mark Twain. Y ya se sabe que los amigos comparten felicidades, aunque en este caso yo las llamo supervivencias: la bailarina introdujo en el ambiente a Gina, quien comprobó que tenía talento para cantar, y también para seducir. Ambas compartieron lo que les daba de comer y para vestir, esto es, a oficiales alemanes, a hombres de negocios del contrabando y algún que otro artista despistado pero que dispusiera de rentas. En parte, eran mantenidas, como las *demimondaines* —las cortesanas, vaya— de la elegante Belle Époque. Pero cuando los pretendientes ya no son aquellos caballeros distinguidos, tampoco podemos pretender que sus amantes sean señoritas de sociedad de época. Gina y su amiga no podían ocultar su necesidad de sustento, y amaban por dinero. Por eso, en su segunda vida, el romanticismo se había convertido en un lejano recuerdo para Gina Mann, en

estos tiempos la *femme fatale* más popular de Alemania.

Alemania, Alemania, qué locura de guerra, qué sinsentido de fanatismo fascista, de peste extendida a cada rincón de Europa. El título de la película más emocionante estrenada antes de esta guerra, *Lo que el viento se llevó*, se ajusta muy bien al drama que puso el mundo en pausa entre 1940 y 1945. Los días después de la destrucción fueron como retomar las esperanzas como si nada hubiera ocurrido. Con la salvedad de que el racionamiento chocaba de bruces con cualquier nostalgia romántica. Los nazis habían intentado trasladar la alta costura a Viena o a Berlín, pero el presidente de la Cámara Sindical de la Costura, Lucien Lelong, jugó divinamente sus cartas para que París siguiera siendo el centro del universo en este sentido. Con el fin de que la creatividad no fuera también aplastada por las restricciones, mis queridos franceses, y en concreto, el maravilloso escenógrafo monsieur Bérard, ideó un Teatro de la Moda. ¿No había tela ni medios para recuperar los desfiles? Estupendo, mostraría los vestidos y complementos donados por las *maisons* en una versión en miniatura, sobre 170 maniqués de alambre. ¿No es espectacular? La industria de la moda francesa resucitaba y tenía admirado al mundo, desde el Pabellón Marsan del Museo del Louvre —sí, el mismo donde pernoctaron juntos Gina y Dominique antes de huir en 1925—. Primero se expusieron los modelos allí y tal fue su éxito que el Teatro de la Moda giró por Europa y desembarcó en Nueva York en 1946.

Gina y su familia, como miles de otras familias europeas, se habían empobrecido por culpa de la violencia, cosa que no significaba que los Mann no gozaran de un buen bagaje cultural. Los progenitores y sus tres hijas habían viajado un par de veces a Berlín al firmarse la dura paz. La posguerra había estimulado un fuerte interés por el teatro, el cine y la música, y no quisieron perderse obras de Tennessee Williams ni de Bertolt Brecht. A la casa familiar arribaban además revistas que enseñaban obras espléndidas que causaron sensación, como los filmes *La bella y la bestia*, de Jean Cocteau y *Los niños del paraíso*, de Marcel Carné. Gina y sus dos hermanas quedaban también fascinadas por las ocurrencias de una *couturière* muy imaginativa llamada Elsa Schiaparelli. Se trataba de una aristócrata italiana que se había casado con un conde venido a menos contra la voluntad de sus padres, había escapado a Nueva York, había ideado modelos originales que enloquecieron a las estrellas de Hollywood y que había recalado en París, sin más oficio que su sentido surrealista y su amplísima visión creativa. No sabía de agujas, aunque con el ánimo de Poiret, el *couturier* que también ayudó a Gina en París, en su primera vida, la Schiap, como la apodaban, desarrolló piezas de museo. En las revistas de los años treinta y cuarenta publicaban un zapato de tacón convertido en sombrero, unos guantes con uñas doradas, un vestido que parecía raído, bisutería hecha con plástico, aspirinas o plumas de gallina de Guinea, dibujos de langostas, barras de labios o insectos bordados. Ella era una artista acompañada por artistas, y en sus excentricidades colaboraron algunos como Dalí y Picasso. Schiaparelli se presentaba como *shocking*, pues ella misma se reconocía sorprendente. Y a Gina la valentía y la creatividad le encantaban. Habría

querido ser una Schiaparelli, pero claro, quién no.

El mismo año que concluyó la Segunda Guerra Mundial, Gina decidió ser un poco Schiap y mudarse por su cuenta a la ciudad, a Berlín, y sin informar a sus padres. En los cabarets todavía se escuchaba swing, pero este ritmo se apagó y dejó más espacio al jazz y al blues. Nuestra *femme fatale* no tuvo que empeñarse mucho para contagiar autenticidad. ¡Qué dulce y extraordinaria cantante era Gina Mann! Susurraba, engolaba la voz, se transformaba en un minuto en una gatita ronca y en el siguiente minuto en una furiosa dama despechada.

Esto último, por cierto, no cabía fingirlo.

El barón Von Bismarck, no el padre, sino su apuesto y joven hijo, pagaba el alquiler de Gina, sus besos y sus cariños, con los lingotes de oro de su adinerada familia. El hombrecito era encantador, a la par de un vendedor de humo nato. Quien no lo conociera caería en la falacia de pensar que contribuía a levantar el negocio familiar con su esfuerzo, que se las sabía todas en asuntos de negocios mineros. Él, sin embargo, era un ejemplo de que de tal palo, no sale la misma astilla. Apostaba en el juego, conquistaba a las mujeres y engañaba a toda la sociedad excepto a su madre, que tenía planes para él. Había que rentabilizar a ese hijo guapo y gandul. ¿Cómo se amortiza malcriar a un hijo?, os preguntaréis. Casándolo con la heredera de una fortuna mayor. Sí, esas alianzas de los tiempos de María Antonieta que se estilarán ahora y hasta que la humanidad se extinga. Desde luego, Gina la seductora pensaba que tenía el corazón de aquel embustero profesional apretado en su puño y que lo manejaba igual que a sus otros pretendientes. El autoengaño es una basura que acaba por apestar, y que nos molesta como si cargáramos con un fajo de paja impregnado en estiércol. Ahí llegó Von Bismarck hijo con su ramo de rosas rojas —pésimo gusto—, su fragancia a musgo revenido y su declaración de amor, y Gina quiso creerle. Le creyó porque la *femme fatale* se había enamorado del mentiroso.

No tardó nuestra cabaretera en visualizarse como la Cenicienta del cuento tradicional recuperado en Alemania por los Hermanos Grimm, aunque con unos zapatos Delman de ante con aberturas laterales, y no con unos de cristal. Me perdonaréis, pero qué memez sería caminar con los pies embutidos en dos copas de cristal; estaréis de acuerdo conmigo. La Cenicienta se quedó compuesta y sin Delmans, porque el medio hombre le anunció su compromiso con otra, insistiendo en que podían seguir siendo íntimos amigos. A Gina no le dio tiempo ni a pensárselo, puesto que la madre Von Bismarck le pagó con una visita en la que cordialmente la invitó a cerrar la boca sobre la doble vida de su hijo, a cambio de conservar su techo y sus vestidos. El hijo Von Bismarck nunca más giró la llave de esa puerta y arruinó así la confianza de Gina en el amor.

Las rencillas se dan en las mejores familias. En la de Gina, en la de los Von Bismarck y, por supuesto, en la de la moda. Las noticias procedentes de París ese

1947 contrastaban con las andanzas de los grandes creadores. Las clientas de Cristóbal Balenciaga eran fieles a su genialidad y a su discreción desde hacía ya una década. La mayoría podíamos hasta desmayarnos ante sus modelos perfectos. Con Balenciaga, la belleza estaba asegurada. Aun así, había lugar en el podio de los dioses para un desconocido, y lo ocupó, de la noche a la mañana, Christian Dior. No estoy muy segura de a quién adorábamos más, si a Cristóbal o a Christian. Y al fin, los cuchicheos se los ganaba Jacques Fath. Primero, porque antes y durante la guerra, el aristócrata monsieur había servido a clientela alemana, y de manera secundaria, porque sus vestidos con lazos, fruncidos, en tonos violetas, grises, corales y champán, resaltaban las curvas femeninas y conferían a la mujer el *sex appeal* y el glamour de una superestrella. Fath fue acusado de colaboracionista y de escandaloso. En el fondo, la envidia es el deporte más y mejor practicado del mundo, caramba.

Fuera o no un *enfant terrible*, mi amigo Fath se pirraba por las fiestas, y bien sabemos los presentes en ellas que organizaba unos eventos divertidísimos y soberbios. ¡Oh, ESAS fiestas! El nuevo año estaba al caer y Jacques Fath visitaba Berlín para recabar ideas. Su fiesta de fin de año tenía que ser la más sonada de París, la ciudad del amor. Sentado a una mesa cercana al escenario, Fath y su comitiva descorchaban botella tras botella de *champagne*. «Un cabaret berlinés, qué temática más excitante para recibir 1948», pensó.

—*Meine Damen und Herren...* —El presentador vestía de frac, impoluto, aunque para mi gusto, había abusado de la loción fijadora de cabello—. Les presento a nuestra pequeña gran *Crown Jewel*, joya de la corona —arrastraba pretenciosamente las vocales—: Mademoiselle Gina Mann, la cantante más famosa de Berlín y de Alemania entera. ¡Increíble, magnética, *göttlich*, adorable! Ella está muy triste esta noche, echando de menos a su amor. Consuélenla.

El maestro de ceremonias guiñó el ojo al público y desapareció tras el telón brillante.

—*Guten Abend*, esta canción se llama *Stormy Weather* y está dedicada a todos los infieles malos de la ciudad.

El público rio y silbó la ocurrencia de Gina.

Arrancaron las primeras notas del clásico de jazz popularizado por Lena Horne, y Gina adoptó una pose de modelo, con una pierna adelantada a la otra y los brazos en jarras. Fath la miraba deslumbrado por su actitud, por su voz y por su elegancia. De hecho, la cantante portaba un vestido corpiño sin tirantes con el talle muy ceñido y falda hasta los tobillos con una abertura lateral pronunciada. En la cabeza, un rodete o moño alto trenzado, y en los pies, sandalias de puntera abierta. El conjunto en color azul medianoche se complementaba con unos guantes negros cortos, y Fath pensó que lo podría haber diseñado él mismo.

—No hay nada más cabaret berlinés que su cabaretera favorita —murmuró Fath a su mujer, que le acompañaba—. Quiero que Gina Mann lleve a París el pedazo de Berlín que necesitamos —continuó, mientras su mujer asentía y le prometía que más

tarde pediría a Gina que asistiera y cantara en su fiesta.

Entre verso y verso de la canción, que había dedicado a los traidores del amor, Gina reflexionaba en voz alta e increpaba al público:

—Señor, ¿es usted infiel? Señorita, ¿cree en el amor? Una vez le pregunté a mi mamá: *Mutti*, ¿por qué tenemos una parte de atrás que no nos vemos? Y mi mami me contestó: *Töchterchen*, para que nos apuñalen a gusto.

Se carcajeó con amargura y siguió cantando y hechizando a sus admiradores.

¿Os acordáis de Erasmo de Rotterdam? Bueno, pues en ese momento me vino a la mente otra frase suya: «Tener ojos en la nuca». Eso deseaba Gina. Erasmo, qué tipo más interesante.

CAPÍTULO 20

Messieurs

Tiempo después y en otro espacio, Dominique caminaba a paso ligero en dirección a los grandes almacenes La Samaritaine, prodigio de su añorado Art Déco. Debía atravesar de punta a punta el distrito parisino de Les Halles, un enorme mercado de abastos que acostumbraba a sufrir monumentales aglomeraciones de hombres, animales y plantas, pero de poquísimos vampiros. Él no estaba por allí por gusto ni, entenderéis, para comprar pavo y chirivías, sino que se había citado con nuestro amigo Irving. Sí, Penn, el fotógrafo de moda que hizo de esta disciplina un arte, visitaba por primera vez la ciudad. Dominique deseaba conocerlo fervientemente.

Ensimismado en la imagen mental de las fotografías teatrales en blanco y negro de su colega de profesión y procesando todas las preguntas que quería hacerle, pasó por delante del n.º 51 de la Rue de Montmorency, la casa más antigua de París, siguió por la Rue Étienne Marcel y torció por la Rue de Turbigo. Su intención era dar un rodeo por la iglesia de Saint Eustache para no tener que cruzar Les Halles y su bullicio (y olores, no, por favor). La iglesia gótico-renacentista era su favorita, majestuosa y bella, y albergaba las almas de su familiar el cardenal Richelieu, de Molière y de la marquesa de Pompadour, que había sido una personalidad ilustrada y estilosa, y también una enemiga de la familia Richelieu, esto es, de su familia. En la puerta principal de Saint Eustache, una voz gangosa le despertó de sus cavilaciones.

—No te atreverás a entrar en un lugar santificado, supongo.

¿Cuántos años habían pasado desde que había perdido de vista al dhampiro Manfred Hass? ¡Pues ahora lo tenía pegado a su cogote!

Decidió no enfrentarse en plena calle a Manfred, puesto que quería pasar desapercibido. Los vampiros no vamos presumiendo de copete ni de poderes ni de nada. Con todo, me temía que siendo un vampiro a medio enseñar, Dominique se equivocara y organizara un desaguisado en público.

«¿Qué querrá este desgraciado ahora? ¿Matarme? ¿Cazarme? Yo, de ser él, me cuidaría. No hay nadie que desee ajusticiarle más que yo —pensó Dominique—. Hallaré el momento y el lugar, Hass. Aunque no te haré desaparecer, sino que confesarás cuál es la salvación para Gina, incluso si tengo que arrancarte la lengua de cuajo para que hables.»

El vampiro más animal ocupaba cada vez más el ánimo de Dominique. Para su conveniencia, mi protegido se zafó del brazo de Hass y empezó a correr a zancadas, adentrándose en la multitud que compraba, regateaba, tocaba el género y mordía furtivamente peras y manzanas. Casi todos los puestos eran de mayoristas, y la gente

de a pie que no era comerciante gustaba de pasar la mañana curioseando, ante el fastidio de los vendedores. Dominique bajó la calle como una exhalación y se paró delante de la Fuente de los Inocentes para tomar perspectiva de la situación. Entonces vio a una jovencita castaña que asía el brazo de un hombre de mediana edad. Sonreía a su acompañante y le colocaba en la boca una cereza madura. Se sintió completamente golpeado por la imagen, que borró de pronto las que tenía de Penn en la cabeza. Divisó a Manfred a lo lejos, sofocado por la persecución y con los ojos inyectados en sangre, y reinició la huida corriendo ya por la más despejada Rue de Rivoli, donde despistó al dhampiro.

Dos meses atrás, Gina había triunfado en su noche berlinesa-parisina de fin de año y ahora ya paseaba por París como una gran dama, auspiciada por los messieurs de dinero. No en vano, se había convertido en íntima amiga de uno de los messieurs de la moda, el elegante y mundano Jacques Fath, y los caballeros se rifaban su amistad. Había aceptado quedarse en los apartamentos de su nuevo amante, a quien le encantaban el *champagne* y las cerezas —que no las fresas—. De vez en cuando, su casado benefactor se atrevía a pasear a su conquista, y a Gina la complacía hacer cosas de pareja comprometida, como recorrer los puestos de frutas de Les Halles y visitar los talleres de alta costura para encargarse unos cuantos vestidos a cuenta de su falso esposo. La redecilla de macramé que recogía esa mañana su cabello castaño dejaba escapar con mucha gracia un consistente tupé ondulado. Se había desprendido de los guantes para calibrar la fruta y movía los hombros para recolocar las hombreras de su chaqueta entallada. Su caballero y ella habían comprado una bolsa de cerezas y alcanzaban el cruce de la Rue du Pont Neuf con la Rue de Rivoli cuando advirtieron que una chica parecía haberse metido en líos.

—¡Desvergonzada! ¡Todos ahorrando en telas y tú con esa falda capada y saltándote el racionamiento! Miradla, metros y metros de tela y enaguas. ¡Dejémosla con lo que toca!

Cuatro mujeres tiraban de la falda de vuelo de la pobre chica, cuyo único pecado era lucir la última moda, el New Look que había consagrado a Christian Dior. En lugar de la figura de hombros cuadrados y falda recta que permitía ahorrar en tejidos, como dictaban las leyes de guerra, Dior había roto con todo y proponía otra figura de hombros redondeados, cintura minúscula y faldas amplias y plisadas, como la corola de una flor. Estaba a la vista que la ruptura de las reglas con esa Colección Corolle hacía poca gracia a muchas mentes estrechas, y las mujeres estaban machacando la flor-falda de la chica.

Antes de que, por petición de nuestra cantante, el amante de Gina interviniera en el ataque, un guapísimo caballero separó a las mujeres de su objeto de odio y puso paz. Gina observó al galán salvador, Dominique, y él le devolvió el gesto con una sonrisa, para perderse a continuación entre la gente y entrar en los almacenes La

Samaritaine.

Bastante turbado, enamorado y eufórico por el acercamiento con Gina, Dominique se sentó con Irving en la terraza acristalada de La Samaritaine, a la vista de los tejados y las torres de París. El americano tomaba un café solo y amaba el silencio que a través del cristal convertía la ciudad en una pintura realista. El vampiro veía el rostro de Gina reflejado en ese ventanal. Ese rostro que había desaparecido bajo una sábana de lino el fatídico día de su cumpleaños en 1927.

—Me inspira el sitio, bien elegido para un encuentro, Dominique. Me permites que te llame por tu nombre de pila, ¿verdad? Ya sabes que los americanos, y mucho más los de Nueva Jersey, somos directos.

—Faltaría más, Irving. A veces, pienso que tanta ceremonia no puede hacernos bien. Siendo tan correctos, cuando perdemos los papeles aún parecemos más agresivos. En cambio, si uno vive diciendo lo que piensa, no necesita de explosiones de carácter para hacerse entender.

—Y sin embargo —señaló Irving—, los americanos se mueren por el glamour europeo.

Dominique le rebatió.

—Ahora ya lo habéis importado, y se llama *star system* de Hollywood.

Ambos rieron y se contaron sus planes. Lo único que podía despistar a la mente de Dominique del recuerdo de Gina era su pasión por la estética.

—*Vogue* me ha enviado aquí a documentar la locura por el que llaman Dios de Oro. ¿Qué sabes de él?

—¿De Dior? —confirmó Dominique—. Precisamente, he separado en la calle a unas mujeres que querían despedazar la falda de una chica que se paseaba con el New Look.

—Pues muy bueno tiene que ser Dior para levantar esas pasiones —sentenció Irving, como excelente observador— Las editoras de moda llevan un año conmocionadas con la visión de la moda de Dior.

—Lo es, es inmenso, genial —dijo Dominique—. Eso sí, nada desbancará la perfección de Balenciaga. Es el único que domina la confección de una prenda de principio a fin, y que sabe cómo conseguir que una prenda sea holgada y favorezca a una mujer. En sus desfiles he presenciado lágrimas, te lo prometo, Irving. Balenciaga siempre dice que sus clientas no tienen que ser bellas para lucir sus vestidos, sino que cuando se ponen sus vestidos, son aún más bellas. Tienes que ver su manejo del violeta, del rojo, del negro.

—Emocionante —suspiró Irving, admirado por la cultura de su acompañante—. Es español, ¿no?

—Sí, se llama Cristóbal y nació en Guetaria, un pueblo costero cerca de San Sebastián. Ha traído a Velázquez, a Zurbarán, la estética taurina y las bailaoras a París, pero sin un ápice de folclore.

—Definitivamente, Dominique, le tengo que conocer. Estoy impresionado.

Dominique estaba entusiasmado de compartir opiniones con un colega.

—Aunque, como digo, nadie se iguale a Balenciaga, tienes que conocer también a Dior.

—Por él te preguntaba, sí. Nos hemos desviado del tema.

—Abrió su taller hace dos años, y en su primer desfile, el pasado febrero, cientos de personas se agolparon a las puertas de su *maison* curiosas por ver cuál era el cambio radical que los rumores habían extendido por París. Yo fui invitado y nunca he presenciado nada igual.

Irving interrumpió a Dominique.

—¿Por los vestidos?

Dominique asintió.

—Y por el espectáculo. Modelos caminando rápido y balanceándose, cruzándose en el desfile. Las modelos actuaban, y a los vestidos ya no los clasifica con un número, sino que les pone nombre. Y fueron noventa vestidos, con sus nombres. El primero, el traje Bar, fue un terremoto para los que vimos el desfile.

—La directora de *Harper's Bazaar*, Carmel Snow, dijo que con este New Look, Dior pasó de ser un desconocido a ser un icono en un día —comentó Irving.

—Y además, es un buen tipo. No solo admira y reconoce a Balenciaga como su maestro, sino que le ha animado a no cerrar su *maison* después de la muerte del compañero de Cristóbal. Balenciaga está profundamente deprimido. No es un buen momento para él —precisó Dominique.

—Vaya, messieurs con altos sentimientos. ¿Cuándo vamos a ver al buen tipo, entonces?

—Cuando gustes, Irving. La *maison* Dior está a punto de lanzar colección. Podrás ver con tus propios ojos lo que te estoy contando.

Al salir de los almacenes, Dominique observó con atención las inmediaciones. Ni sombra de Manfred. Gina tampoco estaba, por desgracia. Gina. Estaba preciosa, como siempre. Más mujer, quizá la percibía menos inocente. Pero le volvía loco de igual forma, le obsesionaba su compañía, poder hablarle, mirarla, besarla. Hacerla suya y que nadie más la tocara.

Unos días después, en la Avenue Montaigne número 30, el buen tipo, afable y sensible, Christian, charlaba con una guapa cantante alemana que le había presentado el marido de una de sus clientas. No podía confesarlo, pero prefería la amante a la esposa: Gina estaba deslumbrante. En menos de dos horas, Dior mostraría al mundo su falda *envol*, un nuevo giro de tuerca en el manejo de los volúmenes y la forma femenina. Como era habitual en el creador, había estado enclaustrado en su casa de campo cerca de Fontainebleau sin querer recibir a nadie, deprimido y en pánico ante la tarea de inventar una colección. El proceso creativo, para quien no se lo imagine, resulta aterrador hasta que fluye el arte y se rompe el maleficio de la página o el lienzo en blanco.

Estudiada la lección y cosida la nueva colección, era el momento de pasar el

examen de los compradores y críticos de moda. No sin antes, como era de rigor, consultar a la adivina personal de monsieur Dior, madame Delahaye. No existía decisión o desfile que Christian no sometiera a los consejos de las cartas del tarot.

A Gina le pareció más mágico que esotérico, y por un momento creyó que la sesión formaba parte de la sofisticación del mundo de la moda. Con todo, se dio cuenta de que el asunto era de una relevancia absoluta. Sentado a una mesita redonda ante madame Delahaye, la adivina repartía las cartas. Detrás de monsieur Dior, sus modelos, que le adoraban, sus íntimos amigos y Gina escuchaban con respeto.

—Piensa una pregunta, querido Christian —solicitó madame Delahaye—. Baraja y dame una carta.

—La emperatriz —anunció Dior.

La adivina trazó un dibujo con diez cartas más y se dispuso a aconsejar al creador.

—La nueva forma de los vestidos deleitará a las damas. Muchos te odiarán, pero debes cruzar el Atlántico y enseñar estas formas. —Madame se calló un segundo—. Las ganancias deben fluir como un río, ¿por qué no cobrar periódicamente de las licencias? ¡Vuela, vuela, como la colección Envol!

Aplaudieron emocionados y las modelos rodearon a Dior para felicitarle. El buen tipo era un gran hombre de negocios, y planeaba imponer en América las tasas por licencia, que le aportarían cobrar un porcentaje cada vez que alguien reprodujera un modelo suyo. Madame Delahaye le avanzó el éxito de su plan.

Gina salió al salón del desfile y ubicó su silla. La sala, decorada al gusto del creador, invitaba a sentirse como una reina. Las paredes estaban tapizadas de gris Trianon, y sobre ellas descansaban espejos enmarcados en dorado. Los muebles lacados en blanco, las arañas de cristal, las sillas con respaldo de rejilla, las telas de Jouy, los medallones Louis XVI, las puertas de cristal con cuadrados biselados... Aquello era un palacete francés, pero no uno desierto y sin vida, como las salas de mobiliario del Museo del Louvre, sino una casa que olía a flores frescas, encargadas a la floristería Lachaume. Aquel espacio coqueto y delicioso que tanto apreciábamos crecería en pocos años y ocuparía hasta cinco edificios. En 1948, Gina tenía suficiente con disfrutar del salón original. ¡Un desfile de la *maison* Dior! Su ambición se estaba haciendo realidad. Se acomodó cruzando las piernas bajo su voluminosa falda y, al quitarse los guantes, uno acabó en la silla de al lado. La mano de Dominique recuperó la pieza de terciopelo y la extendió a su dueña. Gina levantó la vista y, por su mirada, sé que se alegró de ver de nuevo al galán defensor del New Look.

—Muchas gracias —dijo usando su tono más gatuno—. ¿Nos hemos visto en alguna parte? Encantada. Gina Mann.

—Dominique Désir, encantado. —Acarició su mano desnuda—. Creo que su cara me suena. Es demasiado bonita para ignorarla.

Gina eludió el comentario, aunque el joven le gustaba y debía de ser rico, imaginó.

—Es posible. ¿A qué se dedica usted?

—Llámame Dominique, por favor.

—Dominique...

—Soy fotógrafo.

—Ajá. —De pronto, Gina recompuso su falda y volteó la cabeza con desdén—.

Creo que esto va a comenzar.

—Mi silla es justo esta. —Dominique percibió el desaire de ella y se ofendió—. ¿La molesto acaso?

—Oh, no me importa. Puede ocupar su sitio, qué le voy a decir. Siempre que no me inoportuné con piropos de seductor barato. Sé reconocer a un hombre con el corazón roto a millas de distancia.

Gina volvió a tratar de usted a Dominique. En el fondo, lo que la fastidiaba era que fuera fotógrafo; fotógrafo, un artista sin fortuna seguramente. Un hombre tan guapo y tan fracasado, qué desilusión.

Dominique la miró con extrañeza y respondió malhumorado. Ni siquiera Gina Mann tenía derecho a burlarse de él. ¿De veras era ella la mujer que había nublado su entendimiento? ¿Aquella arrogante con los mismos ojos de Gina, pero con el corazón confundido?

—¿Un hombre con el corazón roto, yo? A quien reconozco es a una mujer desesperada.

Gina miró al frente, al vacío y respondió con desgana.

—Mala combinación, monsieur Dominique. No encajamos.

CAPÍTULO 21

Zazou

No hace falta que os diga que ese desfile de Dior, aun con nuestra pareja emponzoñada, obtuvo aplausos gigantescos, y el siguiente, y el siguiente. El lapsus entre 1947 y 1957 se caracterizó por una constante revolución en la manera de realzar y cambiar la figura de las mujeres. Que si las líneas en forma de A, o en forma de Y, o en forma de H, por Dior; o el vestido saco, o el semiajustado por delante, o el cuello desbocado y las distintas mangas (melón, tres cuartos), por gracia de Balenciaga. Las damas nos volvíamos locas ahora marcando hombros, ahora marcando cinturita, que si ahora marcando caderas, mejor enseñando pierna, ya no hay hombreras y ahora descubriendo hombros redondos, o al final liberándonos de las prendas entalladas sin marcar absolutamente nada. Y eso pasó en muy poco tiempo: los creadores reinventaban cómo lucíamos cada seis meses, y todos se escandalizaban y pataleaban y se emocionaban y se atrevían a seguir sus designios. Nosotras queríamos sentirnos diosas, guapas, elegantes, y Dior y Balenciaga agitaban sus tijeras mágicas.

Para los hombres, la vida era un poco más anodina. En la moda masculina primaba la elegancia, se deshacía del estilo uniforme militar. Trajes de botonadura simple o de rayas diplomáticas con botonadura cruzada, pajaritas chillonas, corbatas con pasador y mis elementos favoritos: no tenéis ni idea de lo emocionantemente erótico que era cruzarse con un caballero con su sombrero Homburg ladeado, su pañuelo en la solapa y unos pulidos zapatos Oxford, relucientes como el peinado engominado. Qué guapos, qué ridículamente atractivos. No os apuréis, porque el aburrimiento estaba a punto de terminar, gracias a unos jóvenes americanos que empezaron a calzarse botas de ante de puntera estrecha y afilada, zapatillas deportivas y pantalones de trabajo vaqueros, y que escuchaban una música endiablada llamada rock'n'roll.

Mientras los humanos cocinaban sus revoluciones sociales con la música y la indumentaria, Gina y Dominique jugaban al gato y al ratón. ¿Quién era el gato y quién el ratón? Los de nuestra casta no nos acobardamos, pase lo que pase. Analicemos: Gina escribió en su diario que dejó plantado a Dominique en Berlín. Él la cortejó por carta esperando conseguir una cita, pero la cantante nunca apareció. Mi protegido regresó a París con el plan de abordarla en la fiesta de Jacques Fath, pero la cabaretera no estuvo sola ni un segundo. Ni siquiera al presentarse como Dominique en el desfile de *chez* Dior, Gina se acordó de que su pretendiente francés en los tiempos de Berlín se llamaba exactamente igual. ¿Quién era el gato y quién el ratón? A priori, ella tenía los puntos para parecer la depredadora, mas no subestiméis la

fuerza de un depredador de verdad, el vampyrus.

Bien, habían coincidido, nunca por casualidad, en cada reunión y en cada fiesta de París. En los desfiles de las *maisons* exclusivas, en las cenas de hombres de negocios y de artistas plásticos y escritores, en los homenajes que los creadores organizaban cuando las estrellas de Hollywood los visitaban en sus talleres parisinos. Pero Gina le odiaba, y Dominique esperaba su turno como un carnívoro listo, irritado e impaciente vampiro, pero listo. El mundo temía la Guerra Fría recién inaugurada, y vivíamos esperando que los países del Este y del Oeste se lanzaran sus bombas atómicas en cualquier momento; Dominique y Gina se resistían a su destino de la manera más idiota. De todos modos, Ellie Wiesel ya dijo que lo contrario del amor no es el odio, sino la indiferencia, y Gina Mann pensaba en Dominique el fotógrafo a todas horas.

Dominique Désir se relacionaba con otros fotógrafos muy respetados que publicaban historias hermosas en las páginas de las revistas de moda. Era amigo de Irving Penn, y mi hermana Diana, que en esos tiempos ya llamaba mucho la atención trabajando para *Harper's Bazaar*, le había presentado a Avedon, Dick para los amigos. Por si necesitaba más glamour, Dominique solía ser invitado a las cenas íntimas de monsieur Dior, con el diseñador de los zapatos de la *maison*, Roger Vivier, y el ilustrador René Gruau, quien había inmortalizado en sus dibujos el New Look y los anuncios del perfume Miss Dior y de la barra de labios Rouge Baiser.

Si Dominique Désir Du Plessy, portador de ese nombre tan aristocrático, de esa sonrisa, de esos dedos de uñas cuidadas, de esa fragancia sutil y sensual, de esa educación y ese buen gusto pertenecía al círculo de las personas talentosas y ricas, tal vez se equivocaba y debía ceder a que la cortejara, pensaba Gina. Al fin y al cabo, si muchas modelos lograban casarse con lords y con barones, ¿por qué no podía ella subir socialmente? Las modelos de los años cincuenta parecían maniqués de cera, su apariencia era delicada y etérea, como si hubieran nacido con un collar de diamantes en el cuello. Las apariencias engañan: Dovima y Barbara Goalen, las mejores, no vieron perlas que digamos hasta que pisaron las casas de moda. ¿Era Dominique como aparentaba, rico y elegante, o un artista sin un franco? ¿Dominique la convertiría en una esposa respetable y perfecta o la hundiría más en su estatus de *femme fatale*, de la *vamp* que colecciona desechos? Tantas dudas empezaban a alarmar a Gina.

A su alrededor, todos parecían trepar y situarse en la nueva clase social, la clase media. El plan económico de recuperación de la guerra, conocido como Plan Marshall, hizo aflorar el consumismo. Se compraban coches, chalés adosados, electrodomésticos. Oh, humanos avariciosos, que presumían de ser quienes no eran. Comprar, comprar, comprar, aparentar, tener, cambiar de ropa varias veces al día, para salir por la mañana, para comer, para cenar. Las féminas se conseguían un marido para ser las esposas perfectas y que los esposos las pudieran mostrar como trofeos de golf. Encerraron en el armario a la mujer feminista que había trabajado

durante la guerra y animaron a sus maridos a trabajar de sol a sol para poder adquirir los últimos caprichos, calcados de la vida que veían en las películas. Gina quería vivir siendo admirada por sus vestidos, a juego con los complementos y el maquillaje, ser recogida en un gran coche que la paseara hasta los restaurantes caros, donde una criada le sujetara su chaquetilla bolero en el lavabo mientras se aplicaba polvos. ¿Y cómo era su realidad? La de un apartamento en el Marais que no llamara la atención, para que su no-marido la visitara de vez en cuando, recibir algunos regalos y un sueldo discreto de cantante de club, donde ni una miserable cigarrera ofrecía fuego en los lavabos.

Gina cumplió los veintiún años sin perder una costumbre que le hacía sentir mayor, la de beberse todo su dinero. Sobre todo cuando su amante la «traspasó» a su amigo como quien regala una pipa, y el amigo la invitó a dejar el Marais e instalarse en el Boulevard Saint-Germain. El París de las *maisons* de moda, en la orilla derecha del Sena, no tenía nada que ver con aquel cosmos nuevo. En la zona de la orilla izquierda, la Rive Gauche, Gina bajó a los infiernos —según ella— de la bohemia. Los jóvenes imitaban un estilo de baile americano que se llamaba jitterbug y se vestían con camisas de cuadros, tirantes y pantalones de pinzas y botas deportivas. Las chicas mostraban sus piernas desnudas bajo faldas cruzadas. Aún podíamos escuchar a los *jazzers zouzous*, músicos que llevaban unos trajes desproporcionados: pantalones de cintura alta hasta las costillas sujetos con tirantes, con pernera abolsada, chaqueta larga y enorme con solapas y hombreras, sombrero de fieltro de ala ancha y zapatos bicolors. Cierto es que estos *zoot suits*, a mi entender, solo tenían sentido emergiendo entre las notas chirriantes de un saxo y la bruma del tabaco de un club, pero me maravillaba verlos pasar por los bulevares y saludar a los intelectuales vestidos de riguroso negro que los escudriñaban parapetados en sus gafas de sol y sus boinas. La amalgama de estilos rebeldes me chiflaba —yo siempre he amado a las personas jóvenes, tuvieran la edad que tuviesen—. A fin de cuentas, entramos en el futuro si frente al convencionalismo de los burgueses se alzan voces inconformistas. Pese a todo, Gina sentía que se apartaba de su objetivo: cazar a un marido rico, a poder ser de la parte del río que había dejado, la orilla derecha.

Por eso, las veladas en los clubes la desquiciaban. Los aplausos sonaban a uh-uh-uh y se repiqueteaba el suelo de madera con los tacones. Sudor, y no la fragancia floral de *chez Dior*. Lo importante era no perder el halo, fumar con estilo, y a Gina se le daba estupendamente el cigarrillo y la ginebra. Le habían contado que Dominique aparecía en las mejores fiestas del brazo de dos chicas guapas y despampanantes, y que muchas mujeres se habían rendido a sus encantos durante las sesiones de fotos y los cócteles *chez Fath*. Queridos, estas noticias eran verdaderas. Dominique se bebía la voluntad de muchas incautas. A algunas las aprendió a gozar en varias noches de sexo. Cada cópula implicaba apurar un poco de la sangre caliente de la víctima, hasta

que restaba sin vida en pleno orgasmo. Otras chicas se mostraban tan odiosas que solo merecían un ataque frontal después del placer intenso. Las más despreciables eran pasto de varios mordiscos, pues Dominique las compartía con Antoinette y Valérie. El séquito del fotógrafo, la pareja de *vamps*, se encargaba de seleccionar y atraer alimento. Obviamente, Dominique no se molestaba en pensar en más mujer que en Gina.

—Dom, cariño, ¿desde cuándo vamos a antros como este? —Valérie se quejó con asco—. ¿Ya no te gustan las fiestas de Ópera y de Montmartre?

—Venimos de visita especial.

—¿Ah, sí? —gritaron al unísono Valérie y Antoinette. Las dos vampiresas se frotaron las manos a la espera de una noche de lujuria y sangre—. ¿A quién tendremos el placer de raptar?

Dominique sonrió, mostrando sus dientes perfectos.

—Esta noche me encargo yo del festín, aunque os aviso de que será en mi honor y autohomenaje.

Las vampiresas se carcajearon y se colgaron de sus hombros, acariciándole y frotándole las narices en el cuello.

—Cada día eres más malo, Dom. —Valérie lo besó brevemente en los labios.

Dentro del club, el trío se acomodó a una mesa con otros tres amigos destacables. La pareja de intelectuales formada por Jean-Paul y Simone charlaba y fumaba con la cantante Juliette Gréco. Sus vestidos negros, ellos decían, respondían a una manera de ver la vida existencialista, de preguntarse por el absurdo, de rechazar las creencias establecidas, y no casaban con el vestidito negro burgués de Chanel (venga, qué tendrá de malo la *pétite robe noire* de Coco. Existencialistas, yo me quedo con mi vestidito, lo siento). Pidieron vino y solo miraron al escenario, entre la humareda del local, al ser sorprendidos por el estruendo de los vasos contra las mesitas. Una señora ensombreada y maquillada en exceso pidió a la cantante que interpretara un tema llamado *Mambo italiano*. Otro tipo, más joven y visiblemente borracho, berreó que quería escuchar *Lili Marlene* con el acento de una alemana, como tenía que ser.

—Damas y caballeros, eso no podrá ser —dijo Gina, micrófono en mano y acariciándose la cadera de su vestido de color azul Bristol—. ¿No les parece demasiado típico?

La pequeña multitud la abucheó.

—Hagan el favor de guardar silencio. Respeten a la señorita.

Dominique se había levantado y exigía saber estar. Gina notó que se le erizaba el vello de la nuca. ¡Él! ¡Él, su velada obsesión estaba presente!

—¿Y si no callamos qué piensas hacer, gallito? —le recriminó el borracho del fondo de siempre.

—Es muy sencillo, monsieur, acabaré con su mala educación.

Con una mirada fulminante, el borracho se calló, al igual que el resto del público. Gina no podía creerlo. Un poco conmovida por el humo, la ginebra y la tremenda

atracción que sentía hacia el fotógrafo, cantó. Eligió, cómo no, *Fascinating Man*, el hombre fascinante, que solía interpretar Eartha Kitt.

*Fascinating man, ain't you got no gal to love?
Ain't you got no lovin' gal to love you?
Chase away those blues,
Got no time to lose,
Plenty other women you can choose!*

*Fascinating man, what you waitin' for so long?
Honey, don't delay, just give me one little sign,
Fascinating man, be mine!*^[11]

Dominique permaneció de pie, y ambos mantuvieron contacto visual, de esos contactos visuales que te dan envidia y mala entraña al mismo tiempo. Amor. Él se fue desplazando hasta la barra y, con cada paso, hipnotizaba más profundamente a Gina, a pesar de que todos los presentes creían que la cantante se había ganado el alma del hombre enamorado. La gente normalmente piensa que las que echan a perder a los hombres son las malas mujeres. Pues no: ellos no les van a la zaga. Un silencio repentino recorrió el local al terminar la canción, y aplausos rápidos y sonoros enlazaron *Fascinating Man* con la siguiente canción, *Love for Sale*, de Cole Porter. Los ánimos parecían apaciguados; la mente del vampiro subyugaba a la audiencia. Gina cantaba como poseída por la felicidad.

Un borracho truncó el éxtasis.

—Amigo, ¿buscas una dama para toda la vida o un drama para toda la vida? —Detrás de Dominique en la barra, el hombre ofrecía su particular visión de la situación—. Estas chicas de los clubes son mujerzuelas fáciles que solo sirven para la diversión. Las chicas decentes están en casa. Mi madre siempre me lo ha dicho: «Pierre, el hambre cógela donde quieras, pero a comer, a casa». ¿De veras te interesa esa cualquiera vestida de seda?

Dominique se dio la vuelta y miró a los ojos al borracho pendenciero. Como si unas manos lo estrangularan, el hombre sintió que se ahogaba y se agarró el cuello. De pronto, tomó aire, miró con pavor a mi protegido y huyó de la sala. Con el amor no se bromea.

El tercer encontronazo de la noche para Dominique resultó más preocupante. Estaba determinado a parar el tira y afloja con su amada. Ya no dudaba de sus actos ni perdonaba a las personas tóxicas. Hacía mucho que no huía de su condición de vampiro y había aprendido a vivir con el odio animal y con el ansia. Y si había algo que lo exasperaba era que cambiar el rumbo de Gina no dependía de él. Si ella no se enamoraba otra vez de Dominique, sus días contados aún se teñirían más de oscuro. La obsesión de Dominique pasaba por reconvertir a Gina en la dama que conoció en

la primera vida de ella. La ambición había corrompido el corazón de la chica.

De ahí que, cuando vio al *playboy* Diego Williams a la puerta del camerino de Gina, ni sopesara los riesgos. Williams era un industrial textil que frecuentaba las selectas reuniones y desfiles de las esferas de la moda. Solía coincidir con Gina, y el hecho de que nuestra cantante tuviera la reputación —real— de ser una mantenida, le animó a conquistar sus favores. El *playboy* de origen argentino había sido rechazado una vez sí y otra también y, por lo visto, la negación de Gina lo envalentonó de tal manera que Williams cayó en el acoso obsesivo. Son de esos a los que un «no» les viene como diez «síes». En conclusión, Diego Williams era un dolor de cabeza insufrible para todos. Dominique se abalanzó como un reflejo sobre el industrial y su enorme ramo de flores destinado a la cantante y los arrastró hasta la puerta trasera.

—Pero ¿qué hace? ¿Cómo se atreve? ¿Quién es usted?

Diego miraba hacia arriba, desde su escaso metro sesenta y su planta regordeta. Hacía ya un mes que acosaba a Gina con cartas de amor perfumadas, flores, chocolates y demás parafernalia de conquistador latino. La cantante nunca abría su puerta al *stalker*, al acosador, como ella lo llamaba.

—O te vas o te corto el cuello, amigo —amenazó Dominique. Se le unieron Valérie y Antoinette, encantadas de acorrallar a un infeliz en un callejón oscuro.

—¡Qué! ¿Está usted loco?

Williams sudaba como un gorrino, tropezó con un ladrillo y, apenas tocó el suelo, se levantó y corrió hacia un coche. Las vampiresas lo persiguieron, aunque el acosador logró subir al Bugatti Type 101.

Dominique había regresado al interior y estaba a punto de tocar la puerta del camerino de Gina.

—Dom —avisó Antoinette—. Espera, por favor.

—¿Qué pasa ahora?

Dominique se impacientó. Se había guardado demasiada adrenalina durante toda la noche. Demasiados borrachos, maleducados y acosadores que hubiera querido finiquitar se habían librado del vampiro.

—Tienes que saber que el coche en el que ha escapado ese infeliz es un Bugatti.

Dominique miró a sus *vamps* y frunció el ceño. El coche de Manfred. El monstruo. Con el rostro preocupado, empujó la puerta y se perdió en el interior, mientras Valérie y Antoinette volvían al callejón a vigilar cualquier movimiento.

—He oído forcejeos y gritos. —Gina lo saludó complacida con un beso en la mejilla—. ¿Está bien, Dominique?

—Mejor que nunca, gracias. Siempre que no se enfade conmigo.

—No me enfado contigo.

—Me tuteas, buena señal. Quizá te gusto un poco. —Dominique se aproximó—. Sé que muchos te quieren para ellos.

Gina resopló.

—Yo no les quiero a ellos. Por no querer, no me quiero ni a mí misma.

—Entonces no soy yo el del corazón roto —ironizó él.

—Odio que me llamen mujer desesperada. La mujer desesperada no dice «te quiero», sino «¿me quieres?», y te aseguro que me muero por decir «te quiero».

—Y por que te quieran, claro.

La cogió por la cintura y ella no se resistió.

—¿Qué tendré si salgo contigo? —ronroneó Gina.

—Esto. —Dominique le entregó un anillo de oro con aljófara—. Y a mí.

—No sé qué me gusta más —respondió ella, abandonándose entre sus brazos y besándole apasionadamente.

CAPÍTULO 22

Diamantes

¿*A* qué sabe el paraíso? En la televisión, la cajita de imágenes que nos ha tenido revolucionados desde que se comercializó en los años treinta, declaraban que el paraíso sabe a un beso. Siempre me han empalagado las opiniones de la masa, por mucho que los tres años de amor que siguieron desde el reencuentro de Gina y Dominique fueran dignos de ser cantados por los *crooners* (Dean Martin, Sinatra o Perry Como habrían dispuesto de material de sobras). Aun amando y siendo amada, Gina se remitía constantemente, más que a la TV, al sentido común del cine: la Monroe y la West confiaban en que el paraíso supiera a diamantes, y ella también sabía que la fortuna va más allá de los besos; Hollywood, el escaparate de sueños e ideas más implacable del mundo.

Decía que entre 1953 y 1956 Gina y Dominique construyeron una historia de película. En este guion, no obstante, la chica se había quedado tan marcada por las traiciones que no confiaba en su hombre. La chica ambicionaba fama y estatus. Qué drama. Los protagonistas del cine clásico americano o se amaban o se odiaban, y justamente estos extremos los hacían memorables. Gina amaba a Dominique ciegamente, pero el dinero la ensombrecía. El primer requisito a cumplir por mi protegido consistió en que ella viera desde su ventana los Campos Elíseos, y Dominique compró para los dos un impresionante apartamento en la Avenue Matignon, a un tiro de piedra, por descontado, de las *maisons*. La segunda promesa se refirió a la actividad del fotógrafo. Nunca, bajo ningún concepto, debía estar a solas con una modelo. Dominique prometió que así lo haría. Cuando precisaba sangre fresca, el gato persa de ojos amarillos reclamaba caricias a algún viandante en el Parque Monceau o en las riberas del Sena. Tercero, él debía presentarla como su mujer y no mencionar su pasado como cabaretera. Ahora pensaréis: «¿Por qué no se casaron entonces?». Porque ¿os hubiera descrito yo entonces a Gina como una *femme fatale*? ¿La Gilda de Rita Hayworth o la Kitty Collins de Ava Gardner eran mujeres simples? ¡Ninguna *femme fatale* se redime aun expiando sus pecados! Gina Mann era una *vamp* sin colmillos y no se ataba a nadie.

La tarde caía perezosa en la *chaise longue* de la Avenue Matignon. En uno de los fotogramas típicos de nuestros enamorados, Gina se desperezaba y jugaba con el anillo de oro con aljófar que lucía colgado del cuello con una cadenita, y Dominique revisaba negativos en una mesita junto al ventanal. La vida de pareja.

—Cielo, ¿qué me dirías si te pido que me invites a ese cine de Montmartre?

—Que no querrás ver algo que te recuerde a *Duelo al sol* ni a Brigitte Bardot en bikini...

—... por más que las revistas digan que el bikini es lo más impactante desde la

bomba atómica. —Gina completó la frase de Dominique y se puso a la defensiva—. ¿Tan extraño es que prefiera los musicales como *Cantando bajo la lluvia* o esa película italiana de Fellini, *La Strada*, con esa maravillosa música...

—... compuesta por Nino Rota —completó Dominique—. Ya sé que no estarás de humor para ver a rebeldes sin causa ni a princesas de vacaciones en Roma.

—Dominique, odio tu ironía. Y odio las historias edulcoradas.

Curiosamente, Gina odiaba los dramas sobre mujeres manipuladoras o traicionadas, y amaba los musicales, la evasión perfecta para la humanidad de la posguerra.

—No te molestes, amor mío, solo quiero que sonrías. —Dominique pensó durante un segundo—. Tengo un plan mejor para nosotros.

Gina se incorporó en la *chaise longue*.

—¿Tengo el vestido adecuado para ello? —replicó Gina guiñándole el ojo.

—Lo puedes conseguir allí mismo.

—¿Dónde? ¡Me estoy impacientando! —Gina se apresuró a sentarse en el regazo del fotógrafo y le rodeó el cuello con sus brazos.

—Allí donde se reúnen en París Grace Kelly, Ava Gardner, Elizabeth Taylor, Sophia Loren y Audrey Hepburn.

—Oh, cielo, ¡te quiero! ¡Sabes hacer feliz a esta chica!

—¿Me acompañarás a fotografiar los talleres de monsieur Givenchy?

Acarició con mimo la melena castaña de ella.

—¡Acepto! Y ahora habrá que celebrarlo...

Dominique miró cómo Gina se mordía los labios y la deseó.

—¿No vamos al cine? —sonrió pícaro.

—Fellini lo entenderá —susurró ella.

Dominique olió el escote y el cuello de Gina, marcando con su nariz recta un trazo por su piel y sintiendo el perfume a algodón. Besó sus clavículas y se despegó de súbito al notar el calor sanguíneo de la arteria carótida. Mordió su barbilla y después su boca. Ella abrió sus piernas y se sentó a horcajadas sobre él, lanzando al suelo su bata de seda. Desabrochó la camisa y la bragueta a Dominique y, mirándolo a los ojos, comenzó a moverse rítmicamente hasta que la *pétite morte* los obligó a gritar.

Y

Givenchy. ¡*Dji-vaan-shi!* Cuando lo pronuncias, vibra tu cerebro y te produce cosquillas en el estómago. ¡El gran Hubert de Givenchy! Una revista de decoración había encargado a Dominique un reportaje que documentara cómo era un taller de creación de moda y qué pasaba entre sus paredes elegantes. Nuestro fotógrafo visitaba por tercer día las entrañas del palacio de Givenchy, quien había aprendido el oficio con los messieurs Fath, Piguet y Lelong, y en compañía de los también nuevos creadores Dior y Balmain, además de trabajar para Elsa Schiaparelli, la sorprendente

Schiap. En el número 8 de la Rue Alfred de Vigny, sin embargo, los modos de Givenchy recordaban más al maestro Balenciaga. Hubert era amigo y seguidor de la filosofía de Cristóbal: honrar los tejidos y no sacrificar la comodidad y estilo de la persona por el diseño. Otra razón por la que Givenchy era adorado en la época de oro de los creadores de alta costura se debía a sus lazos con la era dorada del cine.

Los estudios de cine americanos comandaban las vidas de jóvenes y de viejos. La clase media compraba con el fin de imitar las historias del celuloide. Y las consecuencias de emular a las grandes actrices y actores se tradujeron en que por primera vez, el epicentro de la moda se dividió entre París y Estados Unidos. Los creadores diseñaban para las películas y las glamurosas actrices aumentaron la clientela de la alta costura. Dior vestía a la Dietrich y colaboraba con Hitchcock. Y en Hollywood surgieron diseñadores maravillosos como Jean Louis, Adrian y Edith Head para continuar el *allure* parisino en tierras americanas. Ay, aunque luego veréis que lo que parecía significar el renacimiento de la costura como se había conocido hasta entonces también la llevó a su casi muerte. Yin yang, blanco y negro, felicidad y desgracia: nada es para siempre.

En fin, que Dominique ya contaba con divinas imágenes de los bocetos de los vestidos, de las modistas cortando y cosiendo, de los bordadores mimando la pieza, de las planchadoras realizando su tarea con mucho cuidado, y sobre todo, del creador probándole el vestido a su clienta como el escultor que cincela amorosamente una escultura griega. Las clientas de Givenchy comentaban que, más que un *couturier*, Hubert era un creador de personalidad. Su amiga íntima, la actriz Audrey Hepburn, aprovechaba cualquier oportunidad para proclamarlo a los cuatro vientos y para estar en el taller. ¿Visualizáis los modelos que Audrey lució en la película *Sabrina*? ¿Y los de *Desayuno con diamantes*? —Por los dioses, ese vestido negro y las perlas—. ¿Y los de *Charada*? Hubert y Audrey, Audrey y Hubert. Es el efecto de las musas sobre los artistas. Audrey Hepburn sería de por vida la musa de Givenchy.

La musa de Dominique, Gina, hizo su aparición en el salón de visitas de la *maison* Givenchy con un traje de estilo New Look. Givenchy firmaba este conjunto de color ocre mate, de chaqueta ceñida con botonadura descentrada y falda de pliegues alternos de lana y muaré de seda. Se quitó la boina con pluma y los guantes. Dominique acudió a su encuentro —él llevaba chaleco corto sobre camisa, corbata y pantalones más estrechos hacia los tobillos— y la condujo de la mano a saludar a cada uno de los presentes, con especial énfasis en Audrey, Marilyn y Billy Wilder, el director de *Sabrina* o *La tentación vive arriba*, películas protagonizadas por estas dos actrices.

—¿Qué hacen estas aquí? ¡Te advertí que las quería a mil kilómetros de ti!

Gina tiró del brazo de Dominique y le increpó intentando disimular su ira. Y no, no hablaba de la Hepburn ni de la Monroe. Valérie y Antoinette charlaban con Hubert animadamente y Gina no las podía tolerar. Estaba convencida de que habían sido amantes de Dominique, si no era que todavía se veían con él.

Dominique se esforzaba por calmarla, sin suerte. Necesitaba a su corte para seguir investigando en la forma de despistar la maldición, para protegerla de cualquier ataque del dhampiro o del ausente Yuri, y para determinar si el antídoto contra su muerte fatal existía. Con todo, Gina no se lo ponía fácil. La obsesión de la antigua cantante por controlar a su amado restringía los pasos de Dominique en la búsqueda del remedio para los malditos. Que tampoco soportara a Valérie y a Antoinette dificultaba más lo ya de por sí casi imposible de vencer. Preso de cierto apuro, musitaba con dulzura palabras de amor a su chica, pero lo único que recibía eran otras palabras como desfachatez, egoísta, humillada, falso y vergüenza. «*L'amour*», justificaban las dos vampiresas en el corrillo de invitados que observaban a los dos amantes. Entonces, Valérie le hizo la señal a Dominique: cruzó sus dedos anular y meñique. Manfred Hass y Diego Williams fueron bienvenidos al salón, al tiempo que Dominique empujaba a Gina a otra habitación. Era un despacho de creación que, para su fortuna, no estaba cerrado con llave. Se avecinaba el final, ver a Manfred tan a menudo lo presagiaba. A finales de 1957, Gina volvería a cumplir sus veintisiete años. Dominique empalideció y por una fracción de segundo dejó entrever al monstruo de facciones duras y ojos de bestia. Estaba angustiado y enfadado. Gina se separó de él aterrorizada, se dio la vuelta y respiró con dificultad. Creyó que sus nervios la estaban trastornando. Al mirarlo, Dominique continuaba tan atractivo y magnético como hacía dos minutos. Ella se derrumbó, olvidando su ataque de celos.

—Dominique, perdóname, perdóname. —Se aferraba a su cintura con la cabeza sobre el pecho firme y ancho de él—. Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero.

—Yo también te quiero, amor mío. No llores. Te quiero, créeme. Eres mi esperanza, mi vida, mi sangre.

—Quiero creerte porque no podría vivir sin ti —respondió Gina entre sollozos.

Se besaron hasta quedarse sin aliento e hicieron el amor allí mismo, precipitados y enloquecidos, sobre los patrones de monsieur Givenchy.

CAPÍTULO 23

El fin de una época

Valérie y Antoinette se turnaron para mirar por el ojo de la cerradura. Controlaban sus risitas y se besaban en la boca mientras gozaban a medias de la escena de pasión de nuestros protagonistas. Esperaron sin quitar ojo a los vaivenes de los invitados, por si acaso pudieran sorprender a Gina y a Dominique. Las dos vampiresas les habían buscado una salida alternativa, para esquivar por quincuagésima vez a Hass, con el añadido de que Diego Williams también conocía a Gina y al par de *vamps*. Seguro que no se había librado del susto que se llevó en el callejón del club años antes. Desde principios de los años cincuenta, Manfred Hass negociaba las licencias de las *maisons* de moda con los grandes almacenes. El asunto de reproducir copias de los diseños iba viento en popa, sobre todo porque, como os he contado, las mujeres querían imitar a sus ídolos, y el eficiente sistema de manufactura americano servía al propósito del nuevo *prêt-à-porter*, o ropa lista para llevar, con rapidez. Dior y Balmain se unieron a la causa sin problemas, mientras que Balenciaga no quería ni oír hablar de ropa que se cosiera en serie. Madame Grès, otra *couturière* que vistió a actrices y mujeres de sociedad con sus creaciones sofisticadas, incluso tildó el *prêt-à-porter* de «prostitución» y es famosa por haber sido la última en subirse al carro.

Oh, la época de oro, oh, los creadores. La jerarquía de la moda como arte nunca más alcanzó estas cotas de excelencia. Los modistos podían destacar como creadores —algo impensable hasta la fecha— y los creadores ampliar su negocio. Queridos, teníamos tanto miedo. Temor a que la comodidad devorara a la elegancia. A no poder desmayarnos ante la visión de un atuendo. ¿Era este el triste destino de la moda si ganaba el *prêt-à-porter*? Echaríamos de menos a la *vendeuse*, la persona que lo sabía absolutamente todo de la clienta y la atendía pulcra y diligentemente en la *maison*. Después solo podríamos ir de *shopping* y sufrir ataques de ansiedad al ver cientos de vestidos colgados, uno tras otro, en perchas. No sobreviviríamos al renunciar a la ropa a medida por la ropa producida en serie. O sí. Lo que no mata, te hace menos exigente. Adoro exagerar, ya me conocéis.

La irrupción y triunfo del *prêt-à-porter* solo era una cuestión de tiempo. Los creadores necesitaban ampliar su cartera de clientas y ninguna nos negaríamos a vestir ropa tan maravillosa si nuestro bolsillo nos lo permitía. Al final, los diseñadores se comprometieron a crear varias colecciones al año destinadas a una discreta masa, es decir, a más clientas.

—La industria americana está preparada para producir a buen ritmo, monsieur Givenchy —explicaba el industrial textil Diego Williams al creador, bajo la mirada

del negociador de licencias Manfred Hass—. Fíjese en cómo vende ropa de calle y deportiva, y cómo triunfa facilitando a la juventud su ropa rockera, las camisetas, los pantalones vaqueros. No todo van a ser chupas de cuero, monsieur Givenchy. Necesitamos que grandes creadores como usted preserven la exquisitez y nuestros representados de varios grandes almacenes quieren apoyarle.

Como veis, las inquietudes de los consumidores, entre los que destacaban los jóvenes y sus tribus urbanas, fijándose en ídolos musicales como Elvis Presley, Johnny Ray y Bill Halley y en artistas rebeldes, trajeron nuevos vientos al mundo de la moda. La calle reclamó atención, la expansión se veía venir y, de repente, el Olimpo de los creadores se tambaleó.

—Por supuesto, lo pensaré, caballeros —les contestó Hubert, solícito—. Si me perdonan, me reclaman al aparato telefónico y parece importante. Vuelvo en dos minutos. Tomen una copa de vino, por favor.

Manfred y Diego se retiraron y monsieur Givenchy se acercó al despacho que hacía apenas diez minutos habían dejado Gina y Dominique. Un poco confundido por el desorden de sus dibujos, arrugó los labios y cogió el auricular.

—*Allô? C'est Hubert. ¿Cómo? Eso no es posible. Mon Dieu! Es una tragedia. ¿Ha sido en Italia? ¿Un paro cardíaco? ¿Cuándo será el funeral?*

Hubert de Givenchy cortó la llamada y se sentó en la butaca totalmente abatido. Hacía tres años, la leucemia había vencido a su maestro Jacques Fath. Aquel 29 de octubre de 1957, su amigo y compañero Christian Dior fallecía súbitamente. Era el fin de una época, sin duda.

La muerte de Dior y la amenaza del cercano vigésimo séptimo cumpleaños de Gina angustiaban demasiado a Dominique como para dar cuenta de la noticia del año: la puesta en órbita espacial del primer satélite con un tripulante vivo, la perra *Laika*. En órbita vacilaba él, pues la situación había ido a peor, y Gina interpretaba como posibles infidelidades las salidas de Dominique en busca desesperada de un remedio contra la maldición. Salían a comer, a cenar, al cine, de compras, y la exasperación crecía en ella como si un perro rabioso la mordiera un poquito cada día. La sensación de indefensión sumergía a Dominique en bucles de introversión y en excursiones a lugares bendecidos, como las iglesias y los panteones del cementerio Père Lachaise. Se arriesgó a cargar con agua bendita de Notre Dame y, ya en su apartamento, se la sirvió a Gina. Le pidió a ella que fuera a confesarse con un sacerdote. Qué creéis. Ella se negó.

—Hay errores que se reconocen a primera vista. Debo de estar ciega. Si tú andas con otras, no voy a ser la imbécil que se confiese con un cura para que te sientas mejor. —Gina desvariaba.

—¿Qué estás diciendo, Gina? ¿Cuántas veces debo jurarte que eres la única?

—Te amo, Dominique, pero a partir de hoy me compartirás con otros tal y como

yo te comparto con otras. Volveré a ser una romántica con máscara de titanio. Estoy cansada de que la gente disponga, consiga y pase de largo. No, he dejado de estar disponible. Basta.

—Amor mío. —Él intentó abrazarla, pero ella lo empujó.

—No eres tú quien me hace daño, es mi frustración. Los hombres queréis a una persona especial, y cuando la tenéis delante, huís.

Dominique estaba mortificado. Sabía que algo estaba poseyendo el alma de Gina, que no era ella quien hablaba en realidad. Durante las últimas semanas, París resultaba irrespirable. Flotaba algo en su atmósfera que le desconcertaba, y en un par de ocasiones había tenido la pavorosa impresión de ser observado por Yuri. No tenía la constancia de que el Duque de Humo estuviera en la ciudad y, sin embargo, presentía el peligro. Sus vampiresas controlaban los movimientos de Manfred Hass y lo mantenían informado de la posible llegada del mago. El ambiente cargado era la única señal de incomodidad. Nuestra chica continuó con su discurso deprimente.

—Dolor, desamor, duelo. Alguien llega, se va de repente y es como si dejara la casa patas arriba. Cada cosa que toca recolocar en su sitio después es una punzada en el corazón. Ya basta de amar a cobardes que me hacen sufrir.

Qué lástima que una mujer sea tan bella y tan complicada a veces. El teléfono sonó —los teléfonos siempre suenan en las circunstancias menos oportunas— y provocó que Dominique hiciera algo de lo que se arrepentiría para siempre: dejar sola a Gina.

—Valérie al aparato. Tenemos a Manfred. Dice que nos confesará algo. Ven enseguida.

Dominique miró a Gina.

—Gina, tengo que salir. Por favor, no te muevas de aquí. Necesitamos solucionar este malentendido.

No podía perder la oportunidad de recabar información sobre el antídoto.

—¡Como siempre, me abandonas! ¡Te odio!

Se encerró en el baño y se puso a llorar sonoramente. Dominique se afanó a arribar al lugar que su *vamp* había marcado para el encuentro, muy preocupado. En el patio trasero de la casa que Valérie le había indicado reinaba el silencio.

—Nos volvemos a encontrar, Dominique Désir Du Plessy. Maldito seas.

Dominique reconoció la voz de Yuri Upravleniya, el Duque de Humo. Como una aparición de ultratumba, el duque ruso emergió de una neblina, sin que un año de más se notara en su apariencia desde la última vez que se vieron, en 1927. Treinta años atrás. De manera instintiva, Dominique miró a su alrededor. Era una trampa.

—¿Qué quieres, Yuri? —le gritó.

—Que sufras. Todo lo inhumanamente posible.

—Me liberaré de tu maldición, salvaré a Gina, aunque tenga que matarte.

La risa amarga del duque resonó por todo el patio.

—Infeliz, vampiro de poca monta. ¿Cómo piensas matarme?

Dominique se elevó en el aire y embistió a su enemigo, pero entonces Yuri se esfumó. Rabioso, Dominique rodó desde las alturas y apreció una luz en la puerta de entrada al patio. Bajó y se aproximó: ahí estaba Manfred, empuñando una daga de plata. A sus espaldas, Valérie y Antoinette yacían como drogadas dentro de una red de caza confeccionada con espinas. El vampiro miró al dhampiro.

—¿Dónde está Yuri? ¡Cobardes! ¡Soltadlas!

—Maldito y ridículo vampiro, cada día me haces reír más —remarcó Manfred.

Dominique rechazó varias veces el ataque de Manfred. La hoja de la daga de plata resplandecía y le quemó en el par de ocasiones que le rozó. En un descuido, Dominique propinó un fuerte golpe a Hass y lo dejó medio inconsciente en el suelo. Mi protegido agarró la daga y cortó con golpes secos la red que tenía cautivas a sus vampiras. Antoinette y Valérie despertaron. Sus pupilas eran rojas y las uñas y los colmillos se habían afinado y afilado. Las figuras esbeltas eran ahora músculos brillantes que resaltaban bajo la piel verdosa y mortecina. Los tres vampiros en sus formas monstruosas originales se lanzaron contra el cuerpo del dhampiro y arañaron como panteras su torso, sus brazos y las mejillas. Con el espectáculo de la sangría, Dominique detuvo a sus acólitas.

—No le matéis. Solo él puede decirnos cómo salvar a Gina.

—Pero Dom, si no lo eliminamos, él vendrá a por nosotros —gruñó Antoinette.

—Obedeced. Venid conmigo.

—¿Qué hacemos con él, Dom? —insistió Valérie.

—Estoy seguro de que su patrón regresa a por él. Estoy seguro de que muy pronto podré acabar con el Duque de Humo.

Gina había permanecido en el baño, pero había abierto la puerta y colocado un vinilo mientras se llenaba la bañera. Dinah Washington, la Reina del Blues, entonaba *You're Crying*, la canción en la que se dirige a un amante diciéndole que volverá arrepentido. Nuestra cabaretera recordaba sus días en Berlín, los aplausos de los señores ataviados con pajarita y sus sueños truncados de ser una estrella.

«Qué inocente he sido —pensó—. Qué bello es el morir del sol, el fin de todo. Por lo menos, los héroes trágicos sí se consagran. Hay que morir para ser una diosa, como James Dean, Kerouac y Pollock. Yo también fui una artista, y si no me quisieron en vida, me recordarán en la muerte.»

A las doce de la noche del 14 de noviembre de 1957, Gina se hundió en la bañera y sacó la cabeza al instante, reconfortada. Sintió una paz infinita. Cogió una cuchilla con las yemas de los dedos y ceremoniosamente se abrió las venas de las muñecas, de arriba abajo, en vertical. Cerró los ojos, sumergió los brazos en el agua caliente y sonrió. La maldición se había cumplido por segunda vez.

Dominique cerró de un golpe la puerta del apartamento y corrió hacia el baño, fuera de sí. El tocadiscos giraba y la aguja rayaba el surco en blanco del interior. No

se oía nada. Se quedó petrificado bajo el marco de la puerta sin poder avanzar. El olor y visión de la sangre le mareó. Era la sangre de su amada, un fluido sagrado que no se atrevía ni a tocar. Rugió y bramó con todo su hálito, dio dos pasos, arrancó la cadenita con el anillo de oro y aljófar del cuello de Gina y la miró por última vez. Bajando por las escaleras del palacete, se detuvo y leyó la nota de despedida que ella le había dejado:

Pensé que eras el amor de mi vida. Sí, lo eras, pero a veces la vida es un desastre.

V.D.

Londres, 10 de abril de 1963

Bienquerida Vera, mi Señora,

Mi ahora buen amigo Yves, al que conocí mientras él fumaba, cabizbajo, en un callejón contiguo a la maison Dior el día del funeral del genio creador —a quien sucedía en el puesto—, me lo advirtió: «No podemos ayudar a quien no quiere nuestra ayuda». Gina nunca cedió en su segunda vida, ya sabe, estimada Vera. Encontrar a Gina sin vida, desposeída y vacía de sangre, con aquella sonrisa obligada, pero con los ojos cansados por las lágrimas vertidas por mí, arruinó mi confianza. Odio, aborrezco ser un vampiro. Detesto que Yuri siga ejerciendo su poder sin que mi condición de vivo muriente no sirva para apagar su fuerza. ¿De qué manera puedo desarrollar mi poder, mi dominio sobre ciertos seres y sobre las circunstancias que me rodean? La muerte no me es indiferente. ¿Es esta debilidad lo que un vampiro debe soportar? Quiero ser déspota, desinteresado, insensible y preciso en ignorar el dolor ajeno. Y no puedo. Gina se ha marchado y ¿quién es este vampiro que la espera? Nadie. Me duele ser, permanecer. A su vez, solo puedo existir para vengarme. He aprendido que solo cuando estamos preparados para entenderlas, ciertas cosas marcan nuestra vida. Así pues, me niego a perderla por tercera vez. He entendido que su destino está en mis manos, en mis pensamientos, en mi perspicacia, mi fuerza y mi valía como vampiro e incluso como bestia. Nadie me detendrá. Gina, te adoro, te añoro, te necesito.

Nada es gratuito, por descontado. Este duelo, esta impotencia. Mi pequeño gran salvador ha sido Yves. El propio Yves tuvo que sufrir la indiferencia y la incompreensión de la Casa Dior, a pesar de que había sido el mismo monsieur Christian el que lo había contratado como su ayudante tras ver sus bocetos. De pronto, a los veintiún años, recogía el cetro de su maestro con mucho éxito, hasta que se atrevió a desafiar lo establecido. Se inspiró en los atuendos de los beatniks de la Rive Gauche, los mismos que frecuentábamos nosotros en los cabarets y bares de jazz: cazadoras moteras de cuero y jerséis de cuello de cisne negros. Y llegó el escándalo. Nadie aceptó su mirada a la calle como nueva fuente de inspiración. En definitiva, nadie vio que se encontraba ante un genio que anticipa el futuro creándolo. Su enorme creatividad y compañía me han salvado de la enajenación después de despedirme de Gina una vez más. Gracias a Yves, la fotografía ha cobrado protagonismo en mi triste devenir; trabajamos juntos, retratar es mi pasaporte para investigar en todos los lugares posibles dónde se halla el antídoto contra la maldición.

Abandoné por ello nuestro París por Londres. Qué dejè vu, apreciada Vera. Con todo, durante mis tres años en esta ciudad, en la que están sucediendo cosas maravillosas e insólitas, mi oficio de fotógrafo está cada vez mejor considerado.

Londres es un torbellino que me ayuda a mantenerme lúcido, si bien mi lucidez tiene mucho de imbecilidad. ¿Los sentimientos de frustración no debieran pertenecer solo a los humanos? Entonces, ¿por qué me atormentan? ¿Por qué cuanto más rebusco en mi mente, más atento estoy a lo que vivo a mi alrededor, a cada señal, menos claras veo si se presentan pistas que me dirijan a romper la maldición? No veo el momento, Señora mía, de que me enseñe a traer ánimas a nuestro mundo, de que me instruya en el proceso de conversión a vampyrus, de que me desvele cómo otorgar el suspiro inmortal. Me urge reconocer la diferencia entre la sed de sangre y la sed de legar una nueva vida a otro. En efecto, estoy valorando, entre otras posibilidades, invitar a Gina a entrar en nuestra vida eterna. Amarga pero una para siempre. De su experiencia, ¿sabría averiguar si eso acabaría con estos dos malditos, nosotros, la pareja condenada, para convertirnos en dos almas gemelas vampiras? ¿Gina vampyrus sería Gina a salvo? Por favor. Pensar demasiado impide sentir más. Unos se enamoran y otros permanecen anestesiados, y ya no sé en qué grupo de estos transito.

Veo a Gina en cada cosa que observo, en cada persona que trato, incluso en cada víctima de mi ansia. Los efectos de la rabia y de la locura son invencibles, pero caminaré con ellos a cuestas, como esclavo encadenado que mira al sol y confía en que un día será libre. Los años que pasen hasta nuestro tercer encuentro no deben transcurrir en balde. Huelo el fin de la maldición. Sé que cuento con su presencia para desentrañar el misterio del mal.

Su fiel amigo, siempre,

Dominique Désir Du Plessy

«En el vacío, todos los objetos, sin importar su peso o tamaño, caen a la vez», reza el principio de caída libre de los cuerpos en física. Pobre Gina. Víctima de su propia infelicidad, de su inseguridad y de su cobardía, todas inducidas por la maldición. Pobre Dominique, un sin alma, pero en pena, maldito en su amargura. Quizá también como Dominique e Yves, el mayor genio de la moda del siglo xx, que se asomó al mundo en 1958 y transformó la moda en las siguientes dos décadas. Cayeron todos, sí, y después remontaron vuelo con miedo, con dolor, con brillo. Mano a mano, estos dos contribuyeron a hacerse grandes en las pasadas y cercanas décadas de 1960 y 1970 que desmontaron esquemas y sistemas. La pregunta era:

¿cómo podría remontar Gina y vivir? Mi protegido por fin entendería que no podía esperar a que la solución apareciera ante sus ojos, sino que en los años previos a un nuevo encuentro con Gina, resultaba fundamental aumentar sus capacidades y apurar las evidencias que le condujeran a anular la maldición de Yuri Upravleniya.

Las décadas de los sesenta y de los setenta fueron el revulsivo que necesitábamos. Cuando en los años cincuenta esos padres consumistas se consagraron a la elegancia y al conservadurismo, estaban abonando el terreno para que sus hijos rechazaran tanta obligación y tanta norma. Los jóvenes sesenteros querían alejarse de cualquier cosa que les recordara a la uniformidad de lo perfecto anterior, de sus progenitores. (Y eran muchos, porque después de la Gran Guerra número 2 los humanos se lanzaron a procrear.) Un ejército juvenil que se manifestaba contra la guerra —absurdo Vietnam— y abogaba por los derechos civiles de negros y por el feminismo. En una de mis décadas favoritas, como bien habéis leído, mientras otros hacían la guerra, nosotros hacíamos la paz y el amor, a través de la música y de las artes. Pop y revolución sexual, qué grandes promesas.

Los primeros seis años de este periodo HABÍA QUE estar en el ojo del huracán, en Londres. *Swinging London*, lo llamaron. Aquello era un balanceo, un torbellino, como me describió mi protegido, que eligió esa ciudad como punto de partida de la búsqueda encarnizada contra la maldición. Oh, queridos lectores, los suyos fueron años dementes. Cierto es que me preocupaba que perdiera la noción de lo justo y emprendiera una escalada de sinsentidos violentos, como el vampiro menos noble y carente de sensibilidad. Una madre debe permitir a su vástago que cometa errores si desea verlo convertido en alguien de provecho, por muy difícil que resulte morderse la lengua y las manos en el intento. Pensaréis que tengo temple y práctica en ese menester. De eso, nada. Me dolió presenciar cómo los acontecimientos endurecían el carácter de Dominique, cómo —ay, por qué— se llegó a divertirse en los aquelarres más sorprendentes. Pero también gocé con sus andanzas entre artistas que solo se parecían a sí mismos y a sus obras, todos esos héroes del pop de peinados con forma de hongo o engañadores de lo habitual, hombres maquillados que parecían mujeres o personajes que venían del espacio exterior.

Resultaba imposible que nos aburriéramos en las décadas de 1960 y 1970. Aún languidecía el Londres de faldas extracortas y colores a mansalva cuando sobrevino una recesión económica y el optimismo se tornó deseo de fundar una sociedad desde cero. Los movimientos de la contracultura nos hicieron soñar con un mundo de paz y amor. En San Francisco, un grupo denominado hippies regalaba flores a los soldados para que se apearan de la guerra, y su *flower power* también estampaba sus ropas, libres como ellos, lejos de las modas imperantes que decían que borraban la personalidad. Balenciaga, horrorizado con el panorama del triunfo de la moda de la calle, cerró las puertas de su *maison*. Muchos proclamaban que había muerto la alta costura, cuando en realidad renació guiada por el interés y el instinto de los que vivían la calle y no solo los salones de costura. Por primera vez las tendencias nacían

de las inquietudes de las masas, del cabello largo para chicos y chicas, de las joyas para chicos y chicas, de la naturaleza y los ideales de la gente. Y allí estaba nuestro Yves, Saint Laurent, tomando la antimoda para vestir a la moda, de la manera más genial, en las dos décadas más excitantes para la cultura popular del siglo xx. Y allí estuvo Dominique, retratando la historia y escribiendo nuevos párrafos de la suya propia, a la espera de que Gina renaciera y volviera a llenar sus días.

PARTE CUARTA

Muertos en vida

*And when the clothes are strewn
Don't be afraid of the room
Touch the fullness of her breast
Feel the love of her caress
She will be your living end*

*She'll come, she'll go.
She'll lay belief on you
But she won't stake her life on you
How can life become
Her point of view.*

Lady Grinning Soul, David Bowie,
Aladdin Sane, 1973^[12]

CAPÍTULO 24

Terremoto juvenil

—El mundo termina dando el beso de despedida a la persona equivocada. Enamoraos con los ojos cerrados, no miréis.

—Cuánta sabiduría. ¿Quién ha dicho eso? —Valérie inquirió a Antoinette desde su sillón, la cabeza bajo un secador de casco.

Antoinette sostenía una revista y esperaba impaciente su sesión de corte con Vidal Sassoon, el peluquero que había cambiado la cara a Londres, la ciudad que los acogía.

—Pues es una frase de un artista de Estados Unidos que expone billetes de dólar, botellas de Coca-Cola y latas de sopa. Se llama Andy Warhol. —Antoinette hizo una pausa—. Estoy convencida de que este tipo nos traerá algo muy bueno. Me gusta.

—Con que refresque un poco el mundillo artístico... —Valérie resopló—. Son muchas las cosas que están cambiando, y supongo que toda esta furia de lo popular también necesita su mesías, ¿no?

—Cualquiera creería que eres una intelectual —se mofó Antoinette—. La muerte de Marilyn Monroe hace dos años te impactó mucho más, no lo niegues.

Valérie protestó:

—Déjame decirte, señorita despeinada, que me afecta todo lo que estos estúpidos humanos inventan y destrozan. ¿O no me quejé al enterarme de que habían asesinado al presidente Kennedy? No me tengo por una frívola.

Antoinette asintió, le guiñó el ojo a su compañera y se sumergió otra vez en la biografía de Warhol, el pionero del Pop Art que unió publicidad, espectáculo y arte como negocio en películas, fotos, pinturas y carteles. En el salón Sassoon de Bond Street resultaba casi imposible conseguir cita, pero Dominique tomaba sus instantáneas esa mañana para ilustrar el trabajo del peluquero, y sus acólitas podrían cambiar de peinado por obra y gracia de las buenas conexiones del fotógrafo.

—Perdone, miss, que la haya hecho esperar —dijo con prisa pero dulcemente Vidal Sassoon. Era su frase más célebre, pues era bien sabido que algunas damas se desesperaban y lloraban por las largas esperas en la peluquería, que amenazaban con estropear la puntual llegada a cócteles y cenas—. Ajá, le sienta muy bien el *pixie* — para vuestra información: el corte popularizado por Audrey Hepburn, corto en la nuca y laterales y un poco más largo en la parte superior de la cabeza—, pero vamos a hacer que su pelo adore su cara preciosa.

Antoinette palmeó con coquetería y Valérie rio su comportamiento infantil. Las dos vampiresas tenían el cabello demasiado corto como para trabajarlo

geométricamente, en cinco puntas, como Sassoon había ideado acabando con la melena rizada de Grace, una modelo pelirroja que estaba siendo fotografiada en el piso superior por Dominique. Mi protegido destacaba en los *shootings* de moda. Con la precisión de un arquitecto, Vidal había adaptado el corte *bob* rematando las patillas en punta y la nuca en tres puntas más, a ambos lados del cuello y en el centro. Ya no era preciso dormir con rulos ni intoxicarse con toneladas de lacas porque el cabello respetaba la dirección del corte.

—El corte es suficiente para mantenerse guapa por sí misma en casa. No tiene que volver cada semana a por el *brushing* ni tampoco sufrir desenredándose el cabello, se lo garantizo —repetía Vidal a sus entusiasmadas clientas.

Ese era el Londres que se burlaba del inmovilismo del mundo. Mientras Nueva York y otras ciudades copiaban las modas parisinas, Londres solo se copiaba a sí mismo. La peluquería era una revuelta de piernas delgadas apenas cubiertas con una falda mini y vestidos de muñeca. Parafraseando a mi hermana Diana desde Vogue, todo deslumbraba por lo joven-joven-joven, como un terremoto juvenil.

Dominique y Grace reían. Congeniaron de inmediato. Las modelos ya no actuaban como maniqués inertes, sino que se movían en provocativas posturas y desprendían energía. ¡Vaya si desprendían energía! Las modelos levantaban pasiones y tendrían nombres como *Palito* (Twiggy) y *Gamba* (Jean Shrimpton, por lo de su apellido, Shrimp). ¡Y sexo! Fotografiar era como hacerse el amor, de fotógrafo a modelo y viceversa, y el papel de los fotógrafos de moda, he ahí David Bailey, y de sus cámaras fállicas ganaría peso en los siguientes años. La Rolleiflex 2.8F era el arma de seducción de Dominique; de lente doble y película de rollo de formato medio, portaba el espejo y el visor montados en la parte superior. A Dominique le encantaba el óptimo resultado de las imágenes y que era muy cómoda de transportar. Después de visitar el salón capilar más famoso de Londres, tenía encargos para conocer las últimas creaciones de los diseñadores del momento: Mary Quant, Barbara Hulanicki y John Stephen, alias el Rey de Carnaby Street. Ya hemos dicho que Dominique reía. Le satisfacía su profesión. Y le obsesionaba su objetivo: saber cómo liberarse del influjo negativo de Yuri Upravleniya. Mientras que su servidor Manfred Hass era conocido como un hombre de negocios en el mundo del *prêt-à-porter*, el paradero y ocupación del duque ruso se mantenían en un plano tan enigmático como sus trucos de escapismo de las décadas pasadas. El Duque de Humo tampoco envejecía, aunque sí que había dejado atrás su ocupación como mago para centrarse en otros asuntos de gente rica, en el anonimato. No vivía en París ni moraba en Londres, pese a disponer de sendos palacetes en estas ciudades. Pero tampoco podíamos recuperar su rastro en su patria rusa, cuyo régimen comunista no le convenía. Lo habían visto en las Islas Griegas, también en los países escandinavos. Al final, más que comentarios fiables, las cuestiones en torno a Yuri Upravleniya se convertían en bulos tan escurridizos como él. Tal vez Dominique no debía de cruzarse con sus maldades por un tiempo.

Cabe decir que en París todavía se cantaba *La vie en rose* de Piaf y se mantenía la estupefacción por el bikini, bautizado así por el atolón donde Estados Unidos ponía a prueba sus armas atómicas. No me extraña que los ingleses y sus *pop art* y *op art*, su osadía para ir dos pasos por delante, se ganaran el apodo de excéntricos. Que nunca falte un poco de excentricidad en nuestras vidas, queridos. La vida era de color de rosa en algunos aspectos en 1964, ahora que lo pienso. Tampoco critiquemos tanto a los franceses nostálgicos. A golpe de clic, en la sesión sonaban las canciones de Henry Mancini y Dominique inmortalizaba las cinco puntas de Sassoon en el perfil afilado de Grace. Mancini-maravilla. Sonaba el saxo de *La Pantera rosa* y *Moon River*, del filme *Desayuno con diamantes*. Sonó también la música de Nino Rota para *La Dolce Vita*. En el fondo, pese a lo agridulce de las historias del cine, el romanticismo seguía embriagándonos.

—Dominique, estás un poco chapado a la antigua —apreció Grace con su voz queda—. ¿Por qué no escuchamos a los Beatles? ¡O a The Kinks! ¡Ingleses al poder!

—Vaya, ¿sabes que la semana pasada conocí a John, Paul, Ringo y George? Estuvimos a punto de morir aplastados por una manada de chicas enardecidas —respondió Dominique.

—¿Conoces a los Beatles? Son todopoderosos. ¿Me los presentarás?

Dominique le sacó la lengua.

—Si me miras como una gata, quizá pueda arreglar algo al respecto.

—Tengo algo mejor, porque eres tú, solo por eso —contraatacó Grace la pelirroja—. Te acompañaré a ver a mis diseñadores favoritos.

—Gran idea, nueva compañera —aprobó Dominique.

Al concluir la sesión fotográfica, el recién inaugurado par se despidió del maestro Sassoon y se encontró con la agradable sorpresa de la nueva imagen de su séquito. Valérie y Antoinette estaban guapísimas. Peinados en casquete de formas pulidas y flequillos cortados en diagonal, su cabello brillaba como sus marcados rasgos.

—Estamos listas para irnos de compras —advirtió Valérie.

Las vampiresas y Dominique y Grace montaron en sus Vespas Grand Sport 160.

—Vamos aquí cerca, a Carnaby Street.

Grace susurró a Dominique algo al oído.

—De acuerdo, Antoinette. Nosotros os alcanzamos más tarde. —Dominique torció una sonrisa y sus dos vamps le miraron disgustadas y celosas. La modelo pelirroja les robaba la atención de su preceptor.

Lo que ignoraban las dos reconvertidas en chicas modernas era que Grace formaba parte de la comitiva londinense de los nuestros. No porque no supieran reconocer a otra *vamp*, sino porque aún no eran conscientes de la importancia que tendría Grace para luchar contra la maldición.

La Vespa surcó por la izquierda las calles desde el centro hacia el norte. Dominique ya lucía como un *mod* de pleno derecho. Nunca lejos de su imagen de dandi, los trajes de estilo italiano con chaqueta y pantalones rectos ajustados, el fular

y los mocasines de tacón bajo le sentaban de maravilla. La ciudad estaba llena de estos chicos y chicas vestidos de manera impecable que bailaban el frug, el twist y el pony, tomaban anfetaminas y se paseaban en sus scooters. La de estos modernos fue la revolución de los pavos reales, y hubo otros gallitos que los detestaban, por supuesto. A su paso por Camden, Dominique y Grace fueron increpados por un grupo de rockers, los enemigos naturales de los mods, que llevaban camisetas y cazadoras de cuero y se peinaban con tupés grasientos. Estuvieron a punto de derribarlos de la moto, pero una mirada furibunda y amarillenta de ambos vampiros les bajó los humos. Pararon delante de las puertas del cementerio de Highgate y se miraron con seguridad. El plan que tenían entre manos podía resultar decisivo.

Allí moraba la figura gris y demoníaca del Vampire, el vampiro de Highgate que acumulaba toda la sabiduría ancestral. El Maestro había reposado tranquilo desde el siglo XVIII, entre las tumbas de piedra y las enredaderas y abundante vegetación del camposanto del norte de Londres, alimentándose de zorros y de cuervos, y cuidando las almas allí enterradas. Era un ser pacífico y supremo que había sido designado como depositario de la historia y de las leyes de las generaciones: desde nuestros ancestros primigenios hasta los apenas conversos. Su aspecto tenebroso y horrible no tenía nada que ver con su esencia amable, huidiza y profundamente sabia. Grace podía contentarse por ser una de las escasas amigas del Maestro y, con su bendición; Dominique esperaba que el Vampire le concediera una audiencia.

Grace se redujo a un gato Ginger tom, pelirrojo, estilizado y de ojos verdes cristal, a la vez que Dominique se movía como el persa smoke de ojos amarillos, para no llamar la atención de vecinos y de curiosos chiflados (que, por cierto, años después organizarían una mediática y fallida caza de vampiros en Highgate). En el lugar se respiraba el silencio y el verdor. Los mausoleos y las construcciones victorianas exudaban un romanticismo gótico perturbador; «nada más bello puede darse en el mundo más allá de este jardín para los muertos», pensó Dominique.

—Estoy de acuerdo con ese pensamiento —compartió mentalmente Grace—. Todas estas personas importantes, artistas, y gente común me dan una envidia inmensa por poder descansar aquí.

—Ciertamente, me reconforta este lugar —replicó también de mente a mente Dominique—. Los cementerios de Montmartre y de Père Lachaise fueron mi refugio en París, pero nada puede compararse con esto. Te agradezco que me introduzcas en este mundo, Grace.

—Sé que tu caso será del interés del Maestro, y que eres un vampyrus necesario para preservar la gran clase de nuestra raza —aseguró Grace—. Espero que el Vampire pueda guiarte.

—También lo espero, también lo espero. —El dolor y la esperanza eran un eco en la mente de mi protegido.

Atravesaron la arcada majestuosa que daba acceso a la Avenida Egipcia y esperaron en las puertas del Círculo del Líbano. No se oía ni un grillo en la parte

Oeste del cementerio. Allí mismo recuperaron su forma humana y esperaron. De una nube de niebla espesa comenzaron a distinguir la sombra del Vampire. Se perfilaba perfectamente su nariz aguileña y su cabeza alargada, aunque el resto estaba cubierto por una capa que convertía la figura en un fantasma indefinido. El Maestro permaneció de esta guisa, sin mostrar su rostro ni salir de la nube. Cualquier humano tontorrón hubiera huido presa del pánico, y es que para no mentir, la visión difería bastante de la de una guapa modelo enfundada en un esmoquin femenino de Saint Laurent. Aquello aterraba. Cierto es que como vampiros estamos acostumbrados a los monstruos más inesperados. Con todo, preferimos que nos regalen la vista con lo mejor y más atractivo, y este no era el caso. En definitiva, dejando aparte este apunte superficial, la audiencia se había materializado, literalmente. Del ser entre la niebla surgió una voz suave y musical, hipnótica y deliciosa, y de repente, la fealdad les pareció belleza divina (¿la belleza está en el interior?).

—Querida Grace, cómo me alegro de tenerte por aquí.

—Me hace muy feliz verte también, Maestro —contestó complacida Grace—. Te presento a mi buen amigo Dominique Désir Du Plessy.

Antes de que Dominique pudiera saludar, el Vampire continuó.

—Ya era hora de que vinieras, Dominique. Llevo muchos años preocupado por ti. El tuyo es un caso extraordinario para los nuestros, ¡por los dioses que no existen y los demonios que tampoco!

Dominique se sorprendió y miró a Grace. Quizá ella había avanzado su historia al Maestro. El Vampire prosiguió:

—No te creas que necesito mensajeros para saber todo lo que nos sucede. Lo sé todo. Y sé que tú sí necesitas una respuesta.

—Así es, mi señor —habló por primera vez Dominique—. ¿Cómo es posible que un mago pueda poner en jaque a un vampiro? ¿Desde cuando los trucos nos pillan por sorpresa? ¿Por qué no se enfrenta conmigo? Ni le temo ni le evito. Deseo saber, mi señor, qué extraña energía nutre al Duque de Humo, que ni en siglos pasados hemos visto los de nuestra raza.

—No te equivoques, Dominique. —El Vampire le cortó, bajo la atenta mirada de Grace—. Tu problema es que subestimas a tu enemigo. El Duque de Humo no es solo un mago, sino una entidad superior sobrenatural.

Ese concepto resultaba novedoso para mi protegido. Un descubrimiento más para su aprendizaje de vampiro. De todos modos, los monstruos como Yuri Upravleniya nacían a razón de uno cada trescientos años, así que solo los vampiros más arcaicos teníamos conocimiento de su influencia. Mis protegidos nunca habían topado con este tipo de siervo de Satán.

—Aúna los poderes de monstruos diversos: de los vampiros, de los espectros, de los licántropos, de los ogros y de los seres mitológicos. Más que un mago, es un brujo y —suspiró el Vampire— si no ha acabado ya contigo es porque no le apetece.

Dominique agachó la cabeza y se pasó una mano por la frente.

—¿Me está sugiriendo que no puedo vencerle? Todos los monstruos tienen un talón de Aquiles, hasta nosotros...

—Te sugiero que aprendas a vencerle —contestó rápidamente el Vampire—. Comienza con Sun Tzu: «El arte de la guerra es el arte del engaño y, por eso, si utilizas al enemigo para derrotar al enemigo, serás poderoso en cualquier lugar a donde vayas».

—Me pregunto si el arte de la guerra es parte de nuestra sabiduría vampírica —apuntó Grace.

—Lo es —dijo el Vampire—. Por supuesto que lo es.

—Debo engañar a mi enemigo. ¿Cómo, mi señor? ¿Hay vías para recabar más información relativa a las entidades superiores sobrenaturales? ¿Cómo puedo saber si él nos controla y cuidar la retaguardia? El arte de la guerra requiere de preparación.

—Dominique, pregunta a todo aquel que esté condenado. —El Vampire daba pistas—. Observa cuáles son sus vías de escape, cómo sobreviven. Haz lo que tengas que hacer y aprende cómo los de tu alrededor subliman su existencia.

—Mi señor, déjeme decirle que es muy críptico. Soy muy consciente de que este asunto depende únicamente de mí, pero le agradecería guía y orientación. —Dominique, incisivo, presionaba al Maestro.

—¡No temas! —lo interrumpió el Vampire—. Tu dolor te impide dominar a tu primer enemigo, el miedo. Recuerda, utiliza a tus enemigos para derrotar al enemigo...

Dominique asintió, entre la resignación y la voluntad de focalizar en su desafío, y miró a Grace. En un instante, el Maestro y su nube se habían desvanecido entre las piedras de Highgate.



Dominique tuvo que esforzarse para seguir con el plan profesional del día, después de un encuentro tan intenso. No le quedaba más remedio, ya que era en su día a día donde se suponía que iba a dar con las pistas del antídoto. Así pues, Grace y él continuaron con las sesiones de fotos en las tiendas más famosas de la ciudad. Aparcaron la Vespa en Abingdon Road, en el barrio de Kensington, justo delante de la tienda BIBA. Toda la ciudad se había rendido al plástico, y en todas partes triunfaban los muebles de formas redondas, como la silla Pantón o los sillones hinchables. Todo era limpio, suave y frío como el poliuretano, además de mini, adaptado a los consumidores jóvenes: el Mini coche, la minifalda, ya sabéis por dónde voy. Por eso mismo, Dominique no esperaba, para su fascinación, que la boutique de Barbara Hulanicki tuviera un aire victoriano, y que la ropa estuviera dispuesta bajo luz tenue sobre muebles antiguos. Barbara era ilustradora y había iniciado su negocio vendiendo por correo con la marca Biba Postal Service con mucho éxito, porque sus prendas y accesorios eran originales, bonitos y baratos. Mezclaba estampados vistosos en tonos morados, lilas y tierra, blusones, sombreros

de fieltro que a Dominique le recordaron a Gina —en realidad, casi todo le recordaba a ella—, boas de plumas, minivestidos. Desde los años veinte y treinta hasta el pop convivían en aquel espacio. Dominique lo fotografió todo sobre el cuerpo delgado de Grace, y preguntó a la dependienta si no había visto a dos chicas altas con sendos cortes de pelo geométricos, a lo que la dependienta contestó que «sí, claro, se han llevado muchas cosas» y «espere, señor, como esas chicas vienen a montones. En Londres, no hay nadie que no lleve ese look». Las encontraría seguramente siguiendo su orgía consumista en la boutique de Mary Quant. Ahora la estructura del negocio de la moda estaba modificándose desde abajo; es decir, que chicas que habían empezado a coser abrían tiendas con sus prendas económicas y atractivas para otras chicas jóvenes o más adultas que deseaban verse jóvenes. Londres era de plástico y terriblemente infantil en este sentido: fijaos que las chicas iban vestidas de Lolitas y de muñequitas. La alta costura seguía en manos de hombres, pero en la calle mandaban las mujeres.

La siguiente parada era, por lo tanto, el número 55 de King's Road, en el barrio de Chelsea. A las puertas de Bazaar, la boutique de Mary Quant, había unas chicas entusiasmadas con sus compras, todo expresión gracias a sus ojos hipermaquillados y a sus pestañas postizas, y a sus boquitas de piñón en rosa pálido. Quant era la reina del mercado adolescente, gracias a su aguda observación de cómo iban vestidas las estudiantes de arte del barrio. Por las noches cosía modelitos para ellas, intentando que sus gatos siameses no se comieran los patrones de papel. En estos días había triunfado y su ropa se fabricaba en serie. Si fue ella o el creador francés André Courrèges quien inventó la minifalda ya es otro cantar que se ha discutido siempre. Bueno, como iba relatando, al marcharse las chicas, mi protegido divisó una Vespa Grand Sport 160 estacionada. En efecto, Valérie y Antoinette consumaban la vorágine de las compras allí.

—¡Dom, cielo, tenemos tantos regalos para ti! —gritó Valérie desde la puerta de Bazaar—. Tú nos dejás tiradas y en cambio nosotras te demostramos nuestro amor.

La vampiresa miró de arriba abajo a Grace, que fingió no escucharla y se lanzó a probarse minifaldas Quant cuando ella y Dominique entraron en la tienda.

Intervino Antoinette, sacando de las bolsas los presentes.

—Esto te alegrará, ya verás.

—Un amplificador de bajo VOX aC30. Os habéis lucido, cariños —concedió Dominique, tomando a sus seguidoras por las cinturas y despertando la mirada curiosa de muchas chicas a su alrededor.

—También hemos estado ya en Carnaby Street. Tardabais mucho, cielo —se quejó Valérie.

—Eres una consentida. —Dominique la besó en la mejilla—. ¿Qué estragos habéis causado por allí?

—Antoinette ha elegido unas cuantas prendas de John Stephen. Vas a lucir tan sexy como las estrellas del pop.

Dominique abrazó a sus chicas y recordó que debía abrir su mente a lo nuevo, vencer sus preconcepciones para derrotar a su enemigo, eventualmente. Las estrellas del pop eran los nuevos gurús. Los copiaban los hombres y los deseaban las mujeres. Por ejemplo, mi hermana Diana nunca me ha perdonado que fuera yo quien pensara antes que ella en publicar una foto de Mick Jagger, de los Rolling Stones, en el *Harper's Bazaar* de estos años. Estaba claro que los músicos lideraban el panorama, ya no eran artistas sucios y poco modernos, y teníamos que gritarlo a todos los vientos desde las revistas. De todos estos pequeños dioses que vestían a la última, había uno que Dominique quería conocer, un tal Pete que tocaba la guitarra en la banda mod The Who, y que había dicho que esperaba morir antes de hacerse viejo. Al fin y al cabo, la idolatría por la juventud en boga precisaba un eslogan, y Pete se lo dio. Y como el mundo es pequeño, diminuto, un pañuelo como algunos dicen, Dominique coincidió con Pete, aunque lo único que pudo aprender de no desear envejecer fue que la euforia de las anfetaminas y el rock resultaban demasiado agradables como para renunciar a ellos. Se trataba de un placer voluntario que no despistaría a la muerte de alcanzar a Gina en su próxima y tercera vida, en los años ochenta. Parecía que las drogas no despejarían dudas sobre el antídoto.

Pasaron los años y la euforia con ellos, la verdad. Los músicos continuaron con su reinado, eso sí, y los Beatles todopoderosos nos sorprendieron una y otra vez, reinventando nuestras ideas y forma de vestir. A ellos los vestía un colectivo llamado The Fool y también Pierre Cardin. Y es que en París, pese a que puede que hayáis interpretado que seguían en el pasado, volaban hacia el futuro. Escuchaban a Françoise Hardy cantar *Comment te dire adieu*, para empezar. Y a finales de la década de 1960, la humanidad pisó la Luna, y en la Tierra, un dhampiro de nombre Manfred Hass contribuía a difundir la moda espacial y futurista de Courrèges y Cardin en su propia odisea del espacio comercial. Hass se enriquecía con el negocio del *prêt-à-porter* desde mediados de los años cincuenta y se preparaba para su reencuentro con los malditos.

CAPÍTULO 25

París. Oh París. También Praga. 1968. Los estudiantes se levantaron contra el poder establecido y fueron acallados. Asesinaron al líder del movimiento por los derechos de los afroamericanos, Martin Luther King. El mundo se acababa y ni el pop podía salvarnos. Los humanos no se entendían en su planeta y sus esfuerzos se focalizaban en conquistar el espacio. Paco Rabanne construía vestidos de malla de metal o plástico. Veríamos la televisión en la Videosphere JVC, que emulaba el casco de un astronauta. Las joyas eran de plexiglás y los abrigos de PVC. La ciencia ficción poblaba nuestra cotidianidad, aunque nunca superara la realidad.

Stop.

Fantasía y más fantasía, pero en el mundo reinaba el descontrol. Tal vez, los únicos que aportaban un poco de orden eran mis estimados amigos: Moira, Diana, Dick e Iris. Moira se asentaba como descubridora de modelos. De su agencia habían emergido las chicas que modelaron los vestidos de colores a lo Mondrian y las primeras chicas africanas y asiáticas que Yves hizo desfilar con sus saharianas, sus blusas transparentes y su colección con motivos étnicos de África. Queríamos mucho a nuestro Yves. El tándem profesional de directora de revista y de fotógrafo, mi hermana Diana y Dick, trabajaban codo con codo en maravillosos editoriales de moda, e Iris sabía dónde encontrar lo que todo el mundo quería poseer: estilo. Hoy seguimos siendo los mejores, quién se atreve a contrariarnos.

La fantasía no casaba demasiado con Dominique. Al contrario de lo que opinaba el ya muy influyente Andy Warhol, el amor fantasía no era mejor que el amor realidad para mi protegido. No, la atracción más excitante no se produce entre dos opuestos que jamás se encuentran. Y mucho menos entre dos que se encuentran y se desencuentran constantemente. Para los humanos, la mayor treta de la vida es la muerte. La mayor jugada de la vida es vuestra muerte, para los vampiros.

Cansado de la ilusión plástica londinense y de destrozar bajos eléctricos y cámaras bajo el efecto de las anfetaminas, un poco aburrido de fotografiar mini, midi y maxifaldas —cuánta suspicacia ha levantado siempre la longitud de las faldas de las féminas, por favor. Lo inteligente no quita lo tonto—, Dominique y Grace, que en esos días se encargaba de la edición fotográfica en el *Vogue* británico, decidieron aceptar la invitación del guitarrista irrepetible Hendrix para asistir al mayor evento musical de todos los tiempos, según rezaban sus publicistas. Debían volar a Nueva York y conducir hasta las granjas de Woodstock. Del otro lado del Atlántico, les llegaban noticias de un grupo de jóvenes que también se habían cansado de tanto consumismo y de tanto optimismo vacuos, y que se reunían en comunas para vivir conforme a una única ley: la del placer. Protagonizaron en San Francisco y en Nueva

York el Verano del Amor, concentrándose para compartir paz y amor sin inhibiciones. Ellos rechazaban el apelativo de hippies. En realidad, lo rechazaban todo.

Aterrizados en Nueva York, Dominique y las tres chicas desentonaban entre tanta melena y tanto colorido. No se podía negar que eran europeos y poperos, por mucho que se hubieran dejado crecer el cabello y vistieran pantalones de campana. El espíritu motero, la libertad de las dos ruedas, venía con ellos desde Londres, y se consiguieron unas Hondas CB750 para viajar hasta la granja de Bethel. De hecho, cuando meses más tarde vimos la magnífica cinta *Easy Rider*, rememoraron la adrenalina de ampliar el horizonte y la imaginación. Los moteros de película exploran en las hipocresías de la sociedad del país y en la manera de evitarlas de la contracultura hippy. Al pasar por el pequeño pueblo de Woodstock, Dominique sintió que se dilataban nuevos horizontes en su mente, también. Miles de voces ajenas, poco descifrables, le atosigaban con críticas. Los pueblerinos odiaban que un festival atrajera hasta allí a miles de jóvenes indecentes que no apoyaban a su país como buenos ciudadanos norteamericanos. Las capacidades de mi protegido se desvelaban.

El murmullo mental se intensificó entre la multitud que se congregaba en el Festival de Música y Arte de Woodstock. Hacía un calor espantoso, húmedo y pegajoso. Las banderas arcoíris y los símbolos de la paz ondeaban por doquier y la gran comuna hippy se retorció libre y placenteramente bailando. El campo olía a marihuana y a flores, el humo se compactaba encima de los grupos de chicos y chicas que se dejaban llevar por los ritmos hindúes del sitar sin seguir ningún paso de baile determinado. Si la libertad fuera una imagen, elegiría aquella, mis queridos confidentes. Los ideales hippies solo contenían libertad: amor libre, paz, ecologismo y conexión a través de la música y las artes. Para mí, vestían de manera horrible, siento bajaros de la nube, pero admito que su pequeño mundo imitaba al paraíso.

—¿Hay algo más excitante y divino que esto?

A Valérie, la promiscua y hedonista Valérie, se le había abierto el cielo.

La *vamp* y su compañera Antoinette se miraron y, en un abrir y cerrar de ojos, se desprendieron de sus blusones y se unieron, con los pechos en libertad, a una veintena de compañeros de comuna, algunos completamente desnudos, sonrientes y abiertos a la vida.

—Cuanto más natural, mejor —sonrió Grace, disfrutando de la cara complacida de Dominique.

Como he comentado, los hippies vestían sin concierto. Pensaban que la moda era una mentira perpetua que uniformizaba y encarcelaba la personalidad. Así, cada uno tenía su moda, la no-moda, que aplaudía incluso ir sin ropa. Unas chicas de melenas largas, enmarañadas y adornadas con florecillas se acercaron a Grace y a Dominique.

—Bienvenidos a Woodstock. —Les besaron en los labios y les colocaron collares hechos con flores— Eres bello. Quiero compartir contigo mi anillo del amor — admiró una de ellas en Dominique. Se refería a la pieza de metal dorado con la palabra Love, en la que la O está torcida—. ¿Me das el tuyo?

Dominique sonrió incómodo. Le pedía el anillo de oro con piedra de aljófar de Gina, que él llevaba en su mano derecha.

—Quiero darte algo más personal aún. —Se zafó y le propinó un mordisco leve en el cuello. Ella reculó sorprendida. Mi protegido y Grace se carcajearon.

Las chicas condujeron a Dominique y a Grace hacia el centro de un círculo de danza, y pronunciando el mantra del gurú indio Maharishi Mahesh Yogi: «Disfruta quién eres, libertad y conciencia cósmica», se entregaron a la bienvenida intercambiando abrazos, besos y caricias libres. Dio la casualidad, si es que eso existe, de que los grandes héroes musicales de aquella masa, dícese los Beatles, los Doors, los Byrds, los Led Zeppelin y, sobre todo, Bob Dylan, que prefirió largarse a tocar al festival hippy inglés de Isle of Wight porque no quería actuar en su propio pueblo, rechazaron participar en Woodstock. Sin embargo, al medio millón de almas presentes no les faltó inspiración.

Pasaron la primera noche en calentura humana. Antoinette y Valérie se perdieron en la oscuridad para fumar marihuana y darse placer en una orgía lenta y desbordante de cuerpos. Bebieron juntas la sangre de una jovencita sin matarla, y continuaron con la de dos chicos que se ofrecieron a ser convertidos en el éxtasis del momento. Woodstock pobló América de juventud vampírica y sexual. Por su parte, Grace y Dominique conectaron con un chamán sentados ante una hoguera irritante, dado que el calor y el resplandor les eran insoportables. Sin camisa, con los torsos blancos y suaves cubiertos de flores y los brazos llenos de pulseras, la pareja de vampiros compartió con un grupo de humanos vestidos con caftanes, chalecos de ante con flecos, camisas de estampados psicodélicos y pantalones vaqueros el viaje guiado por el chamán. Repartieron como buenos hermanos el ácido en vasitos. Todos renegaban de las anfetaminas y abrazaban la dietilamina de ácido lisérgico, abreviada como LSD. Los Beatles, que fueron estupendos creadores de tendencias después de la época de las estrellas de Hollywood, patrocinaron la nueva droga para escapar de los límites de la conciencia esculpida por la sociedad. Cabe decir que espero que no os imaginéis ningún chamán amazónico ni nativo americano. Se me ha olvidado explicar que lo étnico representaba una religión para los hippies y, como tal, allí teníamos al predicador chamánico psicodélico, con sus dos trenzas, su collar amuleto y su maquillaje a lo egipcio. La psicodelia predicaba la manifestación del alma, y el ácido seguro que les abriría las puertas de la percepción. Antes de que os extrañéis, a los vampiros nos gustan las drogas, claro. Nuestros cuerpos solo contienen sangre, y cualquier elemento que altere y golpee el torrente sanguíneo nos eleva, refuerza nuestra naturaleza hedonista.

Bebieron a la vez el ácido y cerraron los ojos, al tiempo que cantaban una canción de Joan Baez. Una larga media hora y algunos breves discursos antibélicos después, Dominique sintió que sus pupilas se dilataban y que le temblaban las manos. A la vista de todos, las venas de todo su cuerpo bullían como pequeños corazones. Grace echó la cabeza hacia atrás y experimentó calor. Los chamánicos comenzaron a

describir sus alucinaciones. «Oigo el sonido de los colores —decían—. Son bellos y duros.» Unos se levantaron y salieron corriendo cogidos de la mano, gritando que amaban el mundo. Dominique se acercó al chamán y fundió su viaje mental con el de este.

—Chamán, veo días negros de mi pasado. Ondulan sobre sí mismos, en imágenes fluorescentes —precisó Dominique—. ¿Qué puedes ver tú en ellos?

Dominique intentaba ahondar en algún detalle que él no hubiera percibido sobre el comportamiento de Yuri, de Gina, de él mismo.

El chamán habló, entre ráfagas de tos.

—Te veo a ti y a una mujer que se ofrece a ti en el amor universal y único. —Tosió con vehemencia—. Pero ella desaparece y aparece, no puedo pararla.

Dominique había abierto los ojos, de un amarillo vivo.

—¿A quién tenemos que parar para que ella se quede?

—Debes hacer el amor, no la guerra. —El chamán dudaba. Tosió de nuevo y aclaró la garganta—. Ella te prefiere a ti y se quedará contigo. Aunque ella no sabe por qué se va. Así no puede elegirte.

Dominique entró en bucle. Sus alucinaciones le devolvían a Gina debajo de su cuerpo, gimiendo y cediendo a la pasión. Corría Manfred, con el semblante desencajado, por las calles de París. El rostro de Yuri se acercaba al suyo como los flashes de su cámara profesional. El chamán asió su brazo y alzó la voz:

—Nuestro hermano necesita ser sincero. Ella necesita saber. —Y tosió de nuevo.

En ese mismo momento, Grace cogió de la cintura a Dominique y se elevó ligeramente del suelo con él, volando hasta posarse en una zona más oscura, donde decenas de parejas dentro de tiendas de campaña materializaban el amor libre entre suspiros, gemidos y risas. Se mezclaron con ellos para acabar su *viaje* saciados de sangre.

Desde que Swami Satchidananda diera la invocación para arrancar los tres días del festival, la lluvia limpió los cuerpos exhaustos de sexo, compañerismo y arte de los hippies. No podían dejar de bailar con Ravi Shankar ni de entonar los himnos de Joan Baez. El segundo y tercer día, sin embargo, el rock iluminó la mente de Dominique otra vez. Creedence Clearwater Revival tocaba su tema *I Put a Spell on You*, Janis Joplin se dejaba el alma cantando *Piece of my Heart*, Sly & The Family Stone coqueteaban con *I Want to Take You Higher*, Pete y The Who se retorcían con *My Generation* y Joe Cocker volcaba su ira en *I Shall Be Released*. Todas estas composiciones aludían a maldiciones y a estados alterados de la conciencia. El Vampire le había dicho en Highgate que debía fijarse en las creaciones de otros que expresaran su manera de engrandecer su existencia. Tenía que hablar con los artistas.

Entonces, su amigo Jimi azuzó su guitarra y sonó el himno de Estados Unidos, metálico y desgarrado, para condenar la guerra en Vietnam. La masa bramó y Jimi, como siempre, hizo el amor a su guitarra hasta que ambos transmitieron el orgasmo a los que se reunían allí. Hendrix ponía punto final al Festival de Woodstock, así que

mis vampiros no podían perder más tiempo para poder hablar con todos los artistas. Se dirigieron a las caravanas de los músicos y se encontraron a Jimi y a Janis compartiendo canutos y whiskeys. Sobre el sofá, abundaban las telas de estampados psicodélicos y abalorios. Artistas coloridos. La caravana podía titularse «Esto es el espíritu del San Francisco hippy, no hay más». Vampiros y músicos dioses se abrazaron y se sentaron en comunión. El whiskey no les gustaba a los míos, pero no rechazaron las caladas de una hierba excelente.

En una fracción de segundo, Dominique visionó, igual que si se tratara de fotogramas, a Brian Jones de los Rolling Stones, a Jimi, a Janis y también a Jim Morrison de los Doors, inmóviles. Las drogas y el alcohol les privaban de sus cuerpos y les alejaban del mundo de los vivos a los veintisiete años. Brian ya se había rendido este mismo año, pero los demás morirían en el plazo de los dos años siguientes. He mencionado que la casualidad es una quimera y mi protegido reconoció en sus visiones (una nueva capacidad adquirida, junto a la de escuchar pensamientos ajenos) un tipo de maldición similar a la de Gina. Intercambió miradas con sus vampiresas e intentó establecer algún hilo común entre aquellos genios condenados a cumplir con el eslogan de Pete: morir antes de envejecer. Deseados, talentosos, orgullosos, innovadores, atrevidos, famosos, ¿qué demonio los castigaba?

—La tragedia es que son muy infelices. —Grace susurró mentalmente a Dominique—. Por eso crean, para no pensar. Cuando no están en un escenario, precisan evadirse.

—Gina también ha sido infeliz en sus dos vidas. De hecho, he sido su único motivo de felicidad —reflexionó Dominique—. Debo cambiar el rumbo de sus emociones.

Salieron de la caravana con el peso de la tragedia a sus espaldas. La nueva década llegaría pronto y, en 1970, la pérdida de los artistas psicodélicos se iniciaría con la tragedia total: el 10 de abril se separaban los Beatles. Todas las señales conducían a la esquizofrenia setentera.

CAPÍTULO 26

Schizo

Londres lloraba. Ni siquiera en un funeral se llora así. De hecho, la cultura anglosajona no se lamenta por la muerte, sino que celebra la vida del finado en sus ritos mortuorios. Me hubiera gustado que se emborracharan por mí y que comieran canapés a mi salud pero, claro, aparte de que los franceses sí que lloran a la muerte, a mí no tuvieron la oportunidad de enterrarme. En mi familia no se enteraron de que yo pasaba por ese trance de la noche a la mañana por gracia del amor de mi vida, un atractivo vampiro cuyo nombre y destino no vienen al caso. Londres estaba de luto. Los Beatles desaparecían para siempre, aunque cada uno marchara por su lado, creativamente. Diez años después, el asesinato de John Lennon borraría cualquier esperanza de reunión beatleniana, además de fulminarnos el ánimo de nuevo. Fue terrible, terrible. Dominique se encontraba en Nueva York y él os podría contar en qué paranoia nos sumimos en 1980. De hecho, nuestro fotógrafo pasó estos años entre las dos tierras más fructíferas en artes, Londres y la ciudad de Nueva York.

Solo las cosas más peligrosas le permitían sentirse vivo. Saber qué pensaban y sentían los humanos. Conocer el destino de los demás. Las drogas. La violencia. Porque en esos días la violencia reinaba en cada esquina. Las mujeres exigían sus derechos por las malas, el feminismo no daba tregua. Los activistas políticos tentaron al terrorismo. «Hey —parecían chillar todos—. Estamos aquí, en tus narices. Haznos caso. Tenemos derechos. Somos importantes. YO soy importante, soy un individuo que merece más. Lo conseguiré por encima de todo.» ¿Era esto la liberación o pura esquizofrenia individual? Las maneras de vivir anteriores no gustaban, pero todavía no habían creado otras nuevas. ¡El mundo estaba patas arriba! No me atrevo a compararlo con la furia de películas que se estrenaron, como *La naranja mecánica* o *Harry el sucio*, pero casi.

—Querida hermana, qué placer escucharte. —Diana me llamaba a menudo, y lo sigue haciendo, por provocar. Nuestro amor de gemelas es así—. ¿En qué andáis por Londres? ¡Echo tanto de menos Londres!

Diana reía con su tono agudo en su oficina neoyorquina, minimalista y ordenada, mientras terminaba su sándwich de mantequilla de cacahuete y su trago de whisky escocés.

—Por aquí, querida, abunda la purpurina. Se nos acabó el ir de punta en blanco. Fíjate que ahora lo que importa es el glamour —le contesté, a sabiendas de que era una respuesta retórica para una pregunta retórica.

—Por favor, hermanita, estoy perfectamente al corriente de esa locura por el

glam. Por eso mismo te llamo. —Os lo había dicho, ¿no? Ella no preguntaba, pedía —. ¿Qué es eso que escucho de fondo? Me aturde.

Subí el volumen, a propósito, para que la voz de la diva Shirley Bassey calmara a la fierecilla divertida de mi hermana:

*The magic morning
I'll awake and find you haven't gone
It's all I'm dreaming of
Maybe tomorrow
All the dreams I've dreamt will come true
But until then;
Love, where are you?^[13]*

Ella gritó desde el auricular.

—¡Por dios, Vera, con cuánto drama te las das estos días! ¡No seas aburrida!

—Me vas a hacer enfadar, Diana. Dime qué quieres y respeta a mi diva —le espeté. La impaciencia me obligó a encender un cigarrillo.

—Quiero que tu fotógrafo estrella se vaya corriendo al Marquee a retratar a David Bowie y a sus colegas. Van a grabar un concierto especial y tiene que estar en mi revista. Es un deber darle a la gente lo que va a desear, y va a desear o ser glam o ser funk —lo dijo de una tirada, sin respirar—. Lo del funk lo tengo bajo control. ¡Es divino! Imagínate todas esas pieles negras brillantes y soberbias, el pelo afro, el Black Power, luciendo trajes de colores claros y camisas con chorreras, a lo James Brown. Sexo y *gangsta* todo en uno.

—*Sex machines*, querida —comenté—. Y también llevan zapatos de plataforma.

—¡Oh sí! Esos enormes pies cargados por el diablo. —Diana fingió estar escandalizada—. El otro día una chica se quedó atrapada en un charco porque las plataformas se resistían a salir de él. Pesaban tanto que la pobre no pudo mantener el equilibrio y cayó de pleno en el agua. Plataformas, qué accidentes más cómicos.

—Lo que me extraña es que no le hayas dicho a tus lectoras que tienen mal gusto poniéndose eso —disfrutaba provocando a mi hermana.

—Vera, no te enteras de nada —se vanaglorió—. Ahora parece que el mal gusto está de moda. Es una liberación. El *kitsch* es la nueva sofisticación. La moda no está de moda, y opinar sobre lo que está bien o mal ponernos resulta fascista. —Soltó una carcajada—. Pero ellas no tienen que saber nada de eso, solo desear ser lo que ven en mis páginas.

Recapitulé.

—Entonces, quieres que el glam viaje a América.

—Si tenemos retro de principios de siglo, cabaret berlinés y pastiche de diferentes épocas, cabe un poco más de sentido bizarro. ¡Quiero glam en América, por supuesto! Tengo lista una sesión con ropa de Stephen Burrows y de Scott Barrie en

Nueva York. Dile a Dominique que me mande lo mejor de lo que se pongan los rockeros glam ingleses.

—Siento decirte que Dominique está fotografiando en París los diseños de Yves.

—¡Pues que regrese de inmediato a Londres!

—¡Diana!

—¿Qué pasa, Vera? Necesito esas fotos, y Dominique es el fotógrafo más rockero de todos. Ya visitará a su amigo Yves en otro momento.

—Eso lo decidirá él, ¿no crees? —observé.

—Venga, hermana. Yo misma le encargaré que vaya *chez* Saint Laurent más adelante. Todo lo que Yves hace es genial. Pero ahora pídele que vaya al Marquee. Si tú se lo pides, irá.

Diana tenía razón. Mi protegido seguía mis sugerencias, peticiones y consejos sin cavilar.

—Además, estoy muy triste —dejó caer Diana.

—Vamos a ver con qué me sales ahora.

—La Velvet Underground se desmembra. Lou Reed se va. Adoro a esos altivos vestidos de piel y de negro tocando *Femme Fatale* con Nico. Esta noche iremos al Max's Kansas City con Andy. Oh, nos faltará Edie...

—Viven muy rápido, los rockeros y las modelos, querida hermana —dije—. Aún me acuerdo de todos ellos en las noches del Quixote, en el Hotel Chelsea. ¡No hace tanto! Y nos van dejando.

—Te encanta fastidiarme, ¿verdad Vera? Si quieres hacerme feliz, tráete a Dominique de vuelta a Londres. Marquee. Glam. *Au revoir*, hermanita.

Diana colgó, y yo llamé a mi fotógrafo favorito (y el de media humanidad en aquel entonces).

Grace esperaba a que Dominique recogiera su equipo viendo la televisión, cómodamente sentada en el sofá Safari del apartamento londinense del fotógrafo. La fibra de vidrio y la piel de leopardo sintética discordaban con los dibujos absurdos y cotidianos del papel pintado *Vive la liberté*; una consigna revolucionaria en el londinense barrio de Chelsea. En un minuto, Dominique apareció en el salón y ambos se carcajearon con una escena de la serie *Flying Circus*. Los humoristas, llamados Monty Python, cultivaban un humor cirrótico y surrealista, de lo más británico.

—Estos tipos se convertirán en mitos —aseguró Dominique. Cargó con su Polaroid SX-70 y bajaron a buscar su motocicleta Guzzi V7 Sport.

En Wardour Street, en el Soho, parecía que habían aterrizado cuarenta naves espaciales, y que los alienígenas campaban a sus anchas buscando un cigarrillo, una pinta de cerveza o una barra de labios. El Marquee Club tenía fama de ser la casa de las más importantes estrellas del rock, o lo que es casi lo mismo, de los famosos con el estilo de vida más marciano que existía. Así pues, Grace y Dominique pisaron

Marte. Precisamente iban a asistir al alucinante concierto de David Bowie, el mismo que había puesto banda sonora —sin pretenderlo— a la retransmisión televisada del hombre caminando por la Luna. El caso es que David y su *Space Oddity* habían bajado a la Tierra en 1973 personificados en un álgido ego de Marte bastante disparatado, de nombre Ziggy Stardust, y nos iba a mostrar por qué se convertiría en un artista imprescindible e icónico para varias generaciones. ¿Genio? Los genios son personas que solo se parecen a ellas mismas en sus pensamientos y sus actos. Son personas que significan mucho en las vidas de otras personas y también en las de los vampiros. Son personas que incluso encarnan a un vampiro enamorado, como Bowie haría en la película *El ansia* diez años después de este concierto. ¡No os lo he contado! Sí: estuvimos muy de moda en los años setenta. Nosotros, los vampiros o, bueno, lo que la mente humana creía que somos. Vimos *Blackula* y *Drácula A.D. 1972* y amamos a Christopher Lee (un secreto: Bela Lugosi nunca estuvo muerto). La cola para entrar al Marquee también lucía de lo más vampírica, con esas chicas pálidas de labios rojos brillantes. Tal y como le había dicho a Diana, Londres rebosaba purpurina. En el área de acceso para prensa y artistas, Valérie y Antoinette intercambiaban puritos Petit Corona. Llevaban sendos vestidos cruzados de Diane Von Fürstenberg que destacaban sus figuras esculturales. Los fulares en sus cuellos, de un naranja casi eléctrico, se confundían con el color de sus cabellos, ahora teñidos y de corte escalado.

—No sé si vamos vestidos para el acontecimiento, Grace —ironizó Dominique, besando en los labios a sus dos seguidoras. El fotógrafo y la editora de fotografía de moda habían llegado con sus pantalones vaqueros de pata de elefante y camisas ajustadas de cuello ancho. Solo comulgaban con la tribu glam por los zapatos de plataforma.

—No te preocupes. —Grace le guiñó el ojo—. Valérie y Antoinette nos cubren muy bien las espaldas en el sentido estiloso. No hay en todo Londres nadie más genuinamente andrógino que ellas, ¿verdad, bellezas? —Las tres *vamps* se besaron también en los labios.

El Marquee olía a rock and roll. La corte glamurosa brillaba entre las sombras y los focos, y aparecía y desaparecía por el efecto del humo, un recurso popular en salas y conciertos. Divertía, en especial, no saber si teníamos delante a un hombre o a una mujer. A los vampiros nos da igual, de todos modos. Nos gusta el sujeto aparte de su sexo. Ahora todo indicaba que los humanos disfrutaban a su vez de la ambigüedad. Ellos y ellas se maquillaban y lucían como seres celestiales.

Dominique captó a Bowie con su cámara desde el *backstage* y moviéndose por el escenario junto a Mick Ronson, su guitarrista. David desgranó con su banda temas de sus discos *Aladdin Sane*, *Hunky Dory*, *The Rise and Fall of Ziggy Stardust and the Spiders from Mars* y *Space Oddity*. Versionó a los Rolling Stones y a la Velvet Underground. Para el delirio y el deleite de los que estaban allí en comunión, Bowie, perdón, Ziggy, cantó *Starman* enfundado en un top elástico y pantalón tobillero

estampados con rayas plateadas en diagonal, y botas a juego. Hasta el momento que salió al escenario maquillado con un rayo efectista sobre un ojo, que bajaba desde el nacimiento del cabello en la frente hasta la mejilla, y con un mono también a rayas de vinilo que se ensanchaba de las caderas a los pies, creando un *shock* visual entre un clown y un hombre del espacio. Kansai Yamamoto era el responsable de estos diseños. ¿Qué podía superar aquello?

Antoinette cruzó los dedos anular y meñique. A Valérie se le dilataron súbitamente las pupilas y siseó. Las dos *vamps* se trasladaron con rapidez a la primera fila, donde Dominique immortalizaba al genio de la música y Grace presenciaba el *show*. La pelirroja se molestó.

—¿Está justamente aquí, hoy? —murmuró a las otras vampiresas.

Dominique las miró de manera fulminante.

—Está con los Roxy Music, en una de las barras de bar. Más atrás. Puede percibirnos. Se le ve nervioso. —Antoinette les envió el mensaje a sus compañeros mentalmente.

«Ahora negocia con las boutiques para los *art rockers* —pensó Dominique—. Pues va a estar por Londres a menudo, entonces. “El arte de la guerra es el arte del engaño”, odioso Manfred. No te voy a dar el gusto.»

CAPÍTULO 27

Terrorist chic

Cayó la luz de los focos y se extinguieron los últimos *riffs*. Bowie hizo una señal a Dominique para que se dirigiera con ellos al camerino. Los cuatro vampiros desaparecieron en el humo y la oscuridad momentáneos.

—Ven a mis brazos. —Bowie atrajo a Dominique hacia él y este lo entendió enseguida. David era un humano especial, tenía un sexto sentido. Sabía que eran de otra raza—. No te dejes amilanar por enemigos secundarios.

Dominique no pudo leer su mente.

—Sé quién es ese Manfred para ti —prosiguió el artista—. Estos pasados quince años largos han sido tranquilos, ¿verdad? —Dominique asintió—. Pues me temo que la calma ha acabado.

Se sentaron en un sofá tapizado en terciopelo. David se prendió un cigarrillo y se sirvió un gin tonic. Sus ojos, de colores distintos, brillaban en consonancia con su pelo anaranjado.

—Estamos conectados, David. —Dominique miró al cantante de manera seductora y misteriosa.

—Tu perseguidor solo pretende despistarte para que no puedas conectar las pistas que te llevarán al antídoto.

David formaba anillos de humo con la boca.

—Entonces, ¿existe ese antídoto contra la maldición? —Dominique se pasó la mano por el mentón—. Me está costando aplastar a mis enemigos, pero siempre he sabido que hallaré un punto débil para que se derrumben. Y cuanto más tiempo pasa, mis ganas de venganza aumentan.

—Está más cerca de lo que crees, Dominique. Debes desarrollar todo tu potencial para enfrentarte a todo y reconocerlo —puntualizó Bowie, mirando hacia la puerta que se abría.

—Reconocerlo. —Dominique miró fijamente al músico y a continuación se fijó en la puerta y en la actitud inquieta de las vampiras, que charlaban con la banda de Bowie.

—He aquí el enemigo secundario —susurró David al oído de Dominique, para pasar después su brazo por el hombro de mi protegido.

Bryan y Brian, Phil, Steve, la modelo Amanda Lear y Manfred Hass se precipitaron entre risas en el camerino. Las cicatrices de Manfred se apreciaban menos en la cara, pero se notaban en sus manos. Seguro que sus brazos y su torso recordaban el ataque maniaco de Valérie y Antoinette, que lo miraban

despectivamente. El dhampiro posó sus ojos en Dominique sin articular palabra. Cuatro vampiros en la sala, en público. Le devoraba la rabia, pues no podía salirse de su papel de empresario exitoso. Los pantalones ajustados con raya le sentaban mal, y su falsedad intoxicaba más que el humo acumulado de los cigarrillos que fumaban todos sin cesar. Dominique aguantó la mirada de su enemigo secundario y levantó su vaso de tubo, a modo de brindis. Sonrió con malicia. Grace se colocó a su lado e imitó a Dominique. Antoinette, que cogía por la cintura a Mick Ronson, le observaba desde la izquierda; Valérie hacía lo propio desde el flanco derecho. Manfred se dio la vuelta y focalizó en los Roxy Music.

—Te lo he dicho —murmuró Bowie a Dominique—. Ese tío es secundario.



Siempre hay un antes y un después. Bowie hizo comprender a Dominique que había madurado. El vampiro se sentía más seguro, pues no solo era poderoso, sino que sabía cómo llevar su fortaleza hasta el final. Los tiempos eran también buenos para su humor. La cola de la década setentera se enfilaba a toda velocidad hacia una moral más dura y conservadora. Había que vestirse para conseguir dinero, fama y poder, y las gentes comenzaron a adorar más a Don Dinero y a querer ganar estatus. ¿Sabéis que algunas lenguas viperinas comentan que muchos hippies cambiaron el hi- por el yu- y gozaron convirtiéndose en los yuppies de los ochenta?

Dominique iba muy bien vestido, no exactamente para tener éxito, porque el éxito le besaba los pies. El efecto que habían causado en él los interminables años sin Gina parecía demoledor e irreparable. Sabíamos que ella había iniciado su tercera vida en cualquier lugar, y que su decimoséptimo cumpleaños estaba muy próximo, por lo que el encuentro de los dos enamorados era inminente. Sin embargo, mi protegido me preocupaba; ningún signo en él avisaba del apremio o de la ansiedad por coincidir con su amada. Sí, sí, aquel vampiro enamorado, frágil y temeroso de sí mismo que se llamaba Dominique era el vampiro más calculador e inteligente, más fuerte, además de un cotizado fotógrafo. ¿Le había apartado la experiencia, el saltar de compañía en compañía, de su misión personal e íntima?

En esos días, apenas me llamaba. Noticias de sus aventuras de sangre y de sexo llegaban a diario a mis oídos por bocas ajenas, puesto que me había comprometido a no conectarme con la mente de mi protegido durante un tiempo. Mi intención estaba clara: dejaría que aprendiera a cuidarse y, sobre todo, a enfadarse. La ira funciona mejor que el miedo cuando las cosas se ponen feas.

Abrí la revista por la mitad y reconocí el estilo de Dominique Désir Du Plessy al instante. Las imágenes de los héroes glam le habían dado una fama incalculable, comparable a la de fotógrafos tan arriesgados como Newton y Bourdin. Newton había fotografiado a Grace, y Dominique estaba muy impaciente por que les presentara. Eso sería más adelante. Vi sus fotografías de las supermodelos —ahora las llamaban *top models*— Jerry Hall y Pat Cleveland lujosamente ataviadas en los estilos

mandarín y ruso de Saint Laurent. ¡Si no lo hacía Yves, no lo hacía nadie! ¡Qué mente más increíble y qué noches pasamos en Marraquech con Yves! No me pude contener y llamé a mi protegido pródigo.

—Mi Señora —contestó.

—Ingrato —respondí—. ¿Cuándo vas a aparcar tus aventuras profesionales y a visitarme en Hampstead Heath? Por no decir tus otras aventuras...

—Mi querida Vera, si soy tu mejor alumno. Tal y como me enseñaste, hago —dijo un seductor Dominique.

—Me parece estupendo, pero me da igual —repliqué—. Tú y yo sabemos que ciertos comportamientos no son de mi gusto, y los has aprendido tú solito. Yo te he enseñado clase, discreción y justicia.

—Solo he encontrado la mejor manera de alimentarme, el mejor líquido caliente, en los peores humanos. Me divierto, eso es todo, Vera estimada.

—¡Dominique! ¿Has perdido tu alma? Odio a los vampiros arrogantes. ¿Te he enseñado yo esos modales? ¿Te crees superior porque sabes que puedes, porque ya no te muestras como un vampiro tímido, receloso y temeroso?

—Vera, por favor. —Dominique habló con calma e inteligencia—. Sé quién no soy sin mi otra mitad. No te preocupes. Me estoy preparando para la batalla cercana.

Levanté una ceja con el auricular en la mano. Dominique siguió hablando.

—Manfred está por todas partes. Londres está empezando a ser agotador, Señora mía.

—Llámame Vera.

—Eres mi Señora y siempre lo serás.

Reímos.

—¿Manfred es la razón de que no me llames? —pregunté.

—Creí que esperabas que llegara a mis propias conclusiones y acciones sin pedir tu consejo.

—No es un mandato absoluto, mi estimado Dominique. ¿Qué ha sucedido en esos encontronazos?

—Le he ignorado. He mantenido la cabeza fría. Me ha intentado atacar, pero ha salido dañado. Desde luego, como me dijo Bowie, hay algo de secundario en sus poderes de dhampiro porque, por mucho que me intenta herir, no lo consigue.

—Muy interesante —asentí.

—En realidad —Dominique habló con su voz profunda—, me preocupa que haga daño a Gina, más que a mí o a las chicas. Él solo existe para distraernos. Me enfurecí cuando Manfred me juró que encontraría a Gina muy pronto y que no permitiría que nos conociéramos.

—No creo que tenga poder para hacer eso —le confirmé—. Además, la maldición implica que os encontréis y os separéis a la fuerza.

Dominique me dio la razón:

—Eso es. Pero no me fío de él. Cuanto más intuyo, menos tiempo siento que nos

queda, a Gina y a mí. Tres vidas son demasiadas para una humana, Vera.

—Estoy de acuerdo contigo. ¿En qué estás pensando?

—Sigo mi corazón. Continuaré mi reportaje sobre el movimiento punk en Nueva York y me quedaré allí un tiempo.

—Iré contigo —afirmé.

—Entonces, mi intuición es correcta —sugirió Dominique.

—Querido vampiro, sabemos que sí.

En 1977, la ciudad de los rascacielos y mis amigos Moira, Diana, Dick e Iris celebraron una cena más en nuestro honor. Hacía meses que nos habíamos instalado: Dominique, Antoinette y Valérie, esta que os habla. Por fin todos juntos. Dominique había importado el Londres de los imperdibles (¡de la purpurina a los imperdibles, por todos los dioses!) a Nueva York. No, perdónenme ustedes, no es un dato exacto. Otro visionario se le había adelantado, pero en dirección opuesta. El punk había nacido en Estados Unidos. El punk rock. Algunos se cansaron de los músicos virtuosos y de que se llamara rock and roll a cualquier cosa ñoña. Faltaba rebeldía, así que empuñaron guitarras, bajos y baquetas y se lanzaron a tocar canciones de estructura más simple, cortas y, sobre todo, crudas. McLaren, un artista y empresario inglés muy espabilado y con ojo para crear tendencias, se llevó la filosofía de grupos como Ramones y New York Dolls de vuelta a Londres y, con su novia, Vivienne, vistieron el punk de sadomasoquismo, fetichismo, porno, confrontación, anarquía, cero esperanza, cero futuro, nihilismo, vaqueros y camisetas rotas, cadenas de WC, tampones, piercings, cabezas afeitadas, crestas tribales, plástico, lúrex, leopardo, botas Doctor Martens... e imperdibles. Dominique retrató el Londres punk y Nueva York, la madre del movimiento, se quedó boquiabierta al ver en qué habían convertido los ingleses su invención. Vivienne y McLaren regentaban la boutique SEX. Ella no se consideraba diseñadora de moda. Él creó un grupo que llevó tan bien el estilo y el manifiesto de destruir el sistema, que ni mil desfiles de moda habrían servido para marcar un antes y un después como los Sex Pistols. Esa es la historia.

—Las fotos son magníficas, Dominique —apreció Moira—. ¿De verdad que hay tanta violencia en Londres?

—La economía no va muy bien. Supongo que la gente está cansada y han recibido esta forma de protestar con los brazos abiertos —contestó Dick.

—No creo que dure mucho —opinó Dominique—. Es extremo, pero muy coherente a la vez. Todos tenemos a un punk en nuestro interior.

—¡Yo no, qué ordinariez! —gritó, cómo no, mi hermana Diana. Todos reímos. Cómo imaginarnos a Diana con la cabeza rapada y los labios pintados de negro—. De hecho, os empeñáis en ir a ese local dudoso, el CBGB, y no me apetece lo más mínimo.

—Venga, hermanita, nos divertiremos. ¿Qué ha sido de tu «no seas aburrida»

ahora? Yo estoy más que dispuesta a ver a los Ramones. Van uniformados, como los rockeros y poperos originales.

—Uniformados sui géneris, claro —precisó Iris—. Vaqueros, camiseta y cazadora de cuero. Y zapatillas Converse. Y esos peinados. Desde luego, son encantadores.

—No me perdería el CBGB por nada del mundo. Tocaban también Nikosia, Blondie y Talking Heads —dijo Dominique, guiñándome el ojo. Diana nos miró, recelosa, y automáticamente excluyó a Dominique de sus seres favoritos. Celos o manías, qué sé yo.

—No contéis conmigo —farfulló Diana—. Prefiero acercarme a ese club nuevo en la calle Cincuenta y cuatro Oeste. Me han invitado Andy y Helmut. Será más divertido pasar mi noche con ellos, con Halston y con Lauren que con cuatro jovencitos sudorosos que escupen.

Dominique me miró y me cuestionó mentalmente si mi hermana se refería a Newton, el fotógrafo al que tanto quería conocer, al diseñador del minimalismo, el ante y el cuello halter, y a la modelo de dientes separados y cara perfecta, la Hutton.

«Son ellos», le confirmé.

—Diana —osó decir Dominique—. Tal vez sea conveniente que fotografiemos a tanta gente guapa en ese lugar de moda, ¿no crees?

Todos reímos con ganas. Diana lanzó su mirada más seria a Dominique.

—Tal vez sí —respondió secamente, y satisfecha por salirse con la suya una vez más—. Le pediré a Helmut que también dispare algo para mi revista y publicaremos vuestras impresiones.

Dominique intentó tomar y besar la mano de mi hermana, pero esta cogió su copa de vino tinto. Él sonrió con malicia.

—Vamos a alucinar con las fotos de dos ilustres, con el permiso de nuestro Dick. Perversión y fetichismo *versus* sexy y belleza —reflexionó Iris—. Puedes titularlo «Ámame hasta el final».

—Suenan a relación tormentosa tipo Stevie Nicks y Lindsey Buckingham, de ni contigo ni sin ti porque es romántico de morirse —observó Dick, mofándose.

A Dominique no le pareció una idea muy romántica, que digamos.

—Titulémoslo «Noche», simplemente —propuso.

—Gran título para un reportaje —aceptó Diana—. Todo lo que pasa durante la noche es más interesante que lo que vemos a la luz del día.

Así fue. El Studio 54 apareció como uno de los cientos de clubes y discotecas, porque bailar y la noche llegaron como una nueva forma de vivir. En aquel 1977, en la ciudad de Nueva York, no paramos de conocer a criaturas nocturnas cuyos atuendos pretendían atraer la luz: lúrex, satén, sandalias de tacón, escotes, brillos para destacar, para sobresalir. El fenómeno disco conquistó el cine con el filme *Fiebre del sábado noche*, como lo hizo *Star Wars*. Estrellas, éramos estrellas cada noche. Como

decía Warhol, todos podían disfrutar de sus quince minutos de fama, para el caso en una pista de baile o en el bar de un club. En esas noches, estábamos a punto de cruzarnos con Gina.

CAPÍTULO 28

Cruzando el puente (Diario de Gina Mann)

Brooklyn (Nueva York), 1977

Lunes, 14 de noviembre. Mis abuelos me han contado miles de veces qué sintieron con exactitud en el momento en que todos se apelotonaron en la cubierta del barco para ver la cara de la estatua de la Libertad. Siempre los he admirado por su valentía; porque hay que ser valiente para dejar atrás tu país y a tus amigos y emigrar a otro lugar donde no tienes absolutamente nada. De acuerdo, desde otro punto de vista, no tener nada también implica que no tienes nada que perder y que todo es posible. Eso está claro, si miro a mis abuelos ahora: su casita en Brooklyn y su familia, que los adoramos, acompañándoles. Hoy es el día de mi cumpleaños y me siento un poco como ellos. Estoy deseando verle la cara a miss Liberty cada día, porque eso significaría que he desembarcado en Manhattan. Que empiezo a cumplir mi sueño. Tampoco tengo nada, pero tengo confianza. ¡Eso me sobra, y es un regalo de mi hermosa familia! Ellos lo son todo para mí. Creen en mí. Para atreverte, no hay nada más importante que alguien crea en ti. Yo creo en mí, ¿no es impresionante cumplir diecisiete años tan feliz?

Martes, 22 de noviembre. Resulta que este fin de semana estuve con mis amigas en Coney Island. Fuimos al parque de atracciones a comer helado y a celebrar que soy mayor, como dicen ellas. Paseábamos por la avenida Stillwell y un chico guapísimo se acercó y me hizo una pregunta que me ruborizó: «Con esa cara y ese cuerpo, ¿no quieres ser modelo?». De veras pensé que bromeaba, que era un ligón de discoteca más (lo que hacen en las discotecas no lo sé, porque no me dejan ir todavía, pero mi amiga Annie me ha contado que los chicos son muy directos porque los focos esconden cualquier *crimen*). Así que le dije que no me tomara el pelo, y él se ofreció a hablar con mis padres. ¡Ha venido hoy a casa! ¡Es una especie de buscador de nuevas caras que trabaja para una agencia en la Ciudad! ¡De verdad! Mis padres y mis abuelos me han preguntado durante la cena si quiero ser modelo. Les he contestado con un rotundo ¡sí! Hemos acordado que no dejaré de estudiar, ni de dibujar.

Viernes, 16 de diciembre. Ayer estuve en la Ciudad con mi madre. Me acompañó al estudio para que me retrataran. Lo pasé muy bien. Solo quiero repetirlo cada día. Muy pronto tendré mi porfolio, que será como un dossier de lo que puedo ofrecer, de mi capacidad de interpretación, transformación y fotogenia. Mi madre está encantada con la idea. Esta noche iremos al estreno de una película que describe las ganas de hacer algo bueno en la vida, de sentir que puedes ser alguien. John Travolta está increíble en *Fiebre del sábado noche*. ¿Logrará cruzar el puente de Brooklyn hasta Manhattan y conquistar la Gran Manzana?

1978

Martes, 14 de febrero. Mudarsees como aplicarse el eyeliner cuando tienes mucha prisa: un caos que se multiplica. Cuanto más eficiente y rápida quieres ser, más cosas se te olvidan y más te equivocas. Es que estoy muy nerviosa. El día de San Valentín y rumbo a Tribeca. De Coney Island a Tribeca. ¿Cómo me ha ocurrido a mí? Voy a compartir un apartamento con otra chica de la agencia. Se llama Maryam y es incluso más joven que yo. La pobre habla un inglés paupérrimo, pero parece tan discreta y encantadora. La ficharon en París. Su familia la había mandado allí a estudiar y se enfadarán mucho, aunque a Maryam no le importa. Está tan contenta como yo. Estoy segura de que nos llevaremos muy bien. La invitaré a comer con mi familia los domingos. Seguro que le gusta, porque me ha dicho que en su país son muy familiares.

Sábado, 18 de febrero. Lo de los *castings* es muy duro, caramba. Tengo los pies destrozados; me paso el día con mi porfolio bajo el brazo corriendo de una oficina a otra, metro arriba y metro abajo, sonriendo, posando. A veces me acompaña mi madre, pero es mejor que vaya sola si no quiero que piensen que no soy espabilada y responsable. A veces también me acompaña alguien de la agencia. Las personas de las revistas y de las tiendas suelen ser amables. También hay otros un poco maleducados. Me imagino que la ilusión me ayuda a soportar este cansancio. Me va bastante bien: la respuesta es buena, y ya he sido contratada para un par de catálogos. Lo de los bañadores y bikinis me da un poco de vergüenza. Me tengo que hacer a la idea de que trabajo con mi cuerpo y de que no pasa nada, si las fotos son elegantes. Elegancia, sobre todo eso.

Tribeca, Manhattan, 1981

Miércoles, 6 de mayo. ¡La última moda son los videoclips! Es decir, que rodamos cortometrajes, o películas cortísimas, para promocionar una canción. Pronto van a lanzar un nuevo canal de televisión por cable dedicado a la música, y van a necesitar mucho material. Así que los grupos están muy creativos. Las canciones me gustan. Los sintetizadores nos han traído temas más sofisticados. Voy a participar en mi primer vídeo. Somos chicas muy sexy emulando escenas eróticas. Como lo que hace Helmut Newton, me han informado. Tiene clase.

Sábado, 25 de julio. Estoy en todas partes y al mismo tiempo soy famosa porque no pueden verme. No es un acertijo, simplemente es que el videoclip está en el número 1 en toda Europa, aunque lo han censurado. ¡Pero en América se verá a partir de la semana que viene! Lo más emocionante de estar en el lado de lo prohibido es que el teléfono de la agencia ha comenzado a sonar cada día. Calvin Klein y Gloria Vanderbilt me quieren para la publicidad de sus vaqueros. No me negaré, ¿verdad? Hoy los *jeans* son como una religión: si eres rebelde, ponte vaqueros. Si eres joven, ponte vaqueros.

Viernes, 30 de octubre. Es muy divertido que mi carrera se haya precipitado gracias al vídeo en el que solo llevaba lencería y que ahora todos me quieran vestir. Las sesiones que tengo planificadas hasta final de año me encantan. El *Italian Look* ha desplazado al *Paris Look*. En Nueva York se considera de muy buen gusto la moda que viene de Milán. En las revistas salgo con trajes de ejecutiva de Armani. Las telas de colores neutros son caras y muy agradables. ¡Ojalá me pudiera comprar uno!

1982

Domingo, 20 de junio. ¡He estado en Brasil! Los vídeos de DD, la banda inglesa en los que aparezco, que ya son dos, salen en la MTV a todas horas. Hemos rodado en una playa paradisíaca y a bordo de un yate. Ellos iban vestidos con trajes de colores brillantes, y las modelos éramos las malas de la historia. Estoy secretamente enamorada del bajista... al igual que unos millones de chicas más en todo el mundo. Dicen que siempre salen con modelos, aunque me parece que soy demasiado tímida para sus fiestas. De todos modos, he colgado un póster del grupo en mi habitación, y Maryam se ríe de mí cuando suspiro y dibujo corazones en mi diario.

Sábado, 18 de septiembre. Estos días creí que me moría. He estado como un flan las veinticuatro horas, sin exagerar. Después de cuatro años en este negocio, he

apuntado en mi agenda mis primeros desfiles. Me han llamado de Londres nada menos y nada más. Yo me enamoro de un músico inglés y su país, que no él, me corresponde con su amor. Westwood es muy original. Es la diseñadora que inventó el estilo punk, y en la pasarela hemos enseñado sus prendas con costuras a la vista inspiradas en las tribus. Cuánta adrenalina. He desfilado además para Zandra Rhodes, que ha diseñado vestidos de seda pintados a mano. Han aplaudido mucho a las dos diseñadoras y, por suerte, no me he caído en ningún desfile.

1984

Miércoles, 14 de noviembre. Soy la chica más afortunada del universo. Me he esforzado y obtengo cada día los frutos de mi trabajo. Mi familia está orgullosa de mí. Ya no les veo tan a menudo como antes, porque soy independiente y porque ahora viajo más, pero hablamos cada día por teléfono. Sin embargo, con la diferencia horaria la comunicación se complica. ¡Celebro mi cumpleaños en París! Ya cuento veinticuatro y el balance de mi vida es excelente. Cuando iba al cole me gustaba ponerles notas a los años y compararlas con las calificaciones académicas. Era curioso que cuanto mejores eran mis notas, más aburrido había sido el año. Ahora es diferente: el trabajo marca el ritmo de mi vida, y vivo embarcada en una novedad eterna. Me han fotografiado con los corsés de terciopelo y pechos cónicos de Jean Paul Gaultier, y el modelo masculino con quien he compartido la sesión vestía una maxifalda transparente. El diseñador es un encanto, y tiene una imaginación y un talento desbordantes. Todos lo llaman el *enfant terrible*, el chico malo, pero para mí es muy divertido y la ropa completamente unisex. Por cierto, me sentí muy cómoda en París. Es una ciudad enorme, como Nueva York, pero supongo que será el efecto de haber visto tantas fotografías o de que alguna antepasada mía vivió allí, porque muchos sitios me eran familiares. También ha habido algo que me ha puesto un poco triste. Bueno, podría describirlo como envidia sana: he acompañado a una nueva amiga modelo al taller del diseñador italiano Valentino, uno de los grandes. Le han probado un vestido rojo para la colección de alta costura, un vestido de otro planeta que corta la respiración. La alta costura es para unas pocas modelos, las elegidas. Sería increíble poder desfilas con esos vestidos de reinas.

1985

Viernes, 12 de abril. En América, el *look Flashdance* todavía domina, y eso que la película se estrenó hace dos años. Somos gente práctica y nos gusta ir cómodos, aunque elegantes, por eso nos va el sport, y por eso tenemos diseñadores tan exitosos e importantes en el sector. Este año estoy entusiasmada con la colección de Donna Karan. Es su primera colección y ha triunfado. Son siete prendas esenciales que se

pueden combinar, como un body negro con pantalón y chaqueta con botones, o una body-blusa. Te sientes una mujer profesional, poderosa y comfortable, los adjetivos que teníamos que proyectar en el editorial más reciente que he hecho para una revista. Lo mejor es que esta vez sí que me han regalado ropa de la sesión.

Domingo, 23 de junio. ¡Hoy comienza el verano! Hemos hecho una barbacoa en casa de mis padres (¡es estupendo poder pasar un día en familia, lo necesitaba!) y hemos celebrado que en otoño desfilaré para... ¡Ralph Lauren! Pura aristocracia americana. Es la ropa que llevan los ricos del Upper East Side, o eso me cuentan mis nuevas amigas. Christine es una supermodelo. A pesar de ser famosa y de estar casada con una estrella del rock, tiene los pies en la tierra y me da muy buenos consejos. Uno de ellos es que tengo que ir a más fiestas, porque tienen que verme y conocerme. La verdad es que con ella me divierto mucho. Me siento un poco patosa e insegura entre tanta gente guapa y famosa, además de que nunca sé cómo responder cuando me halagan y me piropean, o menos aún cuando quieren ligar conmigo. Christine siempre me dice: «Baby, mira a los ojos, sonrío y sigue caminando con fuerza. Todos te adorarán, ya lo verás».

*G*ina y Dominique. Dominique y Gina. Dos seres unidos por un hilo invisible vagan ya por la misma ciudad, divirtiéndose y descubriendo. Gina representa la oportunidad: ¿qué haríamos si pudiéramos vivir de nuevo. ¿Qué haríais, queridos y queridas? ¿Remendaríais vuestras faltas o cometeríais más y mayores errores? Los psicólogos estarían encantados de investigar al espécimen Gina Mann, pues es la muestra de cómo una misma persona puede actuar de manera distinta según su contexto y experiencias. Y Dominique, ¿qué pensamos de Dominique a estas alturas? Él es el resultado consciente de sus placeres y de sus dolores. Soy una mentora temeraria, atacadme, condenadme por no sobreprotegerle, pero mi discípulo se las ha arreglado para consumarse al cien por cien en el vampirismo. ¡Dejemos que la gran ave fénix alce el vuelo!

Conocidos los protagonistas y sus desvelos desde el principio de su historia, me ataca la duda de saber el ¿desenlace? ¿Que por qué me cuestiono si esto puede acabar o, por el contrario, continuar en bucle? ¿No soy yo la que todo lo puede saber, ver y contar? Oh, modernos, compañeros de penurias, Dominique ya ha tomado las riendas de esta historia, y en sus decisiones como vampiro completo yace uno u otro final. ¿Qué guarda Dominique en su ávida cabecita? ¿Cómo piensa enfrentarse a la amenaza de que le arrebaten a Gina por tercera vez? Solo él nos lo desvelará.

Estamos en Nueva York, la ciudad que nunca duerme, como los revinientes, las bestias y nosotros los vampyrus. El año 1986 muere a favor de 1987. Gina cumplirá veintisiete años. La caza vampírica por el agrio y misterioso enfrentamiento entre Madame X y Monsieur X, alias XPort, se manifiesta cruel y sin perdón. Manfred espera en algún lugar a los recién llegados de Japón, esto es, al fotógrafo y a la modelo en la cima del éxito y de su amor. El misterio sigue ahí fuera, más que nunca y setenta años después.

RESOLUCIÓN

Puede que los días tristes acaben aquí

But can we dance into the fire, that fatal kiss is all we need

Dance into the fire, to fatal sounds of broken dreams

Dance into the fire, that fatal kiss is all we need

Dance into the fire, when all we see is the view to a kill.

*A View to a Kill, Duran Duran,
B.S.O. 007: Panorama para matar, 1985^[14]*

CAPÍTULO 29

Modelos y rockstars

*L*a fama agota. Que se lo digan a la modelo más famosa sobre la faz de la tierra y al fotógrafo más deseado en París, Milán, Londres y Nueva York. Tú, y tú, y tú, que soñáis con tener una excitante vida llena de glamour, adulación y aplausos, tenedlo en cuenta: vais a dormir menos que un vampiro si se os ocurre ser famosos. Además, hay gente que ama a las celebridades y hay gente que las odia. Con toda su alma. Es un efecto secundario, un daño colateral, lo que sucede con el odio y la fama. Luego viene lo de sonreír a todas horas. ¿Por qué a la masa le encanta que su famoso sea un *clown* caducado? En el mundo del éxito no hay espacio para los problemas.

Dominique es el hombre ideal y Gina es la mujer ideal. Los hombres y las mujeres ideales se juntan como muñecos perfectos. No me podría extrañar que alguien diseñara una de esas colecciones de vestiditos recortables para poder ponérselos a las figuras en cartón de Gina y de Dominique. «Gina y Dominique en el Caribe», «Gina y Dominique de pícnic», «Gina y Dominique de cóctel». ¿Que está pasado de moda? No me digáis lo que es y lo que no es moda. Eso lo decido yo. Es mi don. He visto máscaras de los rostros de mis dos enamorados en los bazares de Chinatown. Cambiarte la cara por la del famoso que amas u odias lo pone de moda. Hasta este extremo de fama agotadora hemos llegado, por muy incrédula que os pareciera al arrancar esta historia.

Otro comentario importante es que los famosos solo frecuentan a otros famosos. Recordemos que el mundo se clasifica en dos tipos de individuos: los *álguienes* y los *donnadies*. Los *álguienes* hacen piña. Como si hubiera algún tipo de entendimiento especial, una tonta empatía, o porque volver a la Tierra se los puede tragar y evitar que retornen al firmamento de los famosos otra vez. Las celebridades no se bajan del cielo, por si acaso. Vamos, igual que los ricos no salen de Manhattan para pasearse por Harlem o por el Bronx.

A los músicos les medio perdono el ego de estrellas porque me seducen. En el fondo, son encantadores. Seres débiles que suelen vivir al límite. Algunos de ellos, que para mi desconcierto son los que prefiero, mueren jóvenes. Tengo que aguzar mis reflejos y pensar en unirlos a mi estirpe. No podemos perder talentos así como así. Si ha habido una reunión de estrellas en este sentido, yo señalaría el Live Aid de hace un par de años. Dos conciertos multitudinarios y simultáneos, celebrados en Londres y en Filadelfia, para recaudar fondos contra la hambruna en Etiopía. Mick de los Rolling Stones rompió el vestido de Tina Turner y la dejó en leotardos; Phil Collins tocó la batería con Led Zeppelin, Madonna no se quitó ni una prenda —como es su

costumbre— a pesar de los 35° C. Retransmitieron el evento vía satélite y lo vieron millones de humanos en todo el mundo. Un revolcón de ego musical con la masa seguidora en toda regla. Nada como la televisión para levantar pasiones. Y también para extender las tendencias. El canal musical por cable MTV consigue que otros tantos millones copien los estilismos de sus cantantes y grupos favoritos.

Justo hoy estamos en unos estudios de Chelsea para seguir engordando la fama de la televisión musical y de DD, la banda inglesa preferida de Gina. Está claro que dentro de la categoría de los álguienes, las modelos pertenecen a los rockstars y a los fotógrafos, y viceversa. En palabras de Valérie, a los guapos hay que concederles siempre lo que piden.

El grupo llegó ayer de Londres y se reunió con una cohorte de caras guapas y cuerpos atléticos y curvilíneos en el Hotel St. Moritz, en Central Park South. A sus puertas, algunos carruajes de caballos esperan a los turistas para deleitarlos con un paseo romántico por el parque. Dentro, en la planta baja, el bar más bonito, sexy y elegante ofrece otro tipo de romanticismo, el de una melodía de Cole Porter al piano, la esencia de perfume caro y el *cling-cling* de las copas al chocar y de los cubitos de hielo al fondear en los vasos de cóctel. Es en el fondo de estos vasos donde se entierran los desamores y se crean alianzas sexuales de una noche, entre estos álguienes musicales y las modelos. Con todo, cuando más cercano ha podido tener Gina a su bajista, al músico inglés-amor platónico, el hechizo no ha valido: Gina está con Dominique, que no la deja sola ni un instante. No porque Gina esté pensando en buscar los brazos del bajista. No. Gina está locamente enamorada de Dominique. Son los brazos de la muerte lo que el fotógrafo quiere eludir. Una noche casi en vela no es un antecedente positivo si hay que rodar una parte de un videoclip al día siguiente, que es lo que sucede hoy. Aunque hay algo aún peor: esta noche DD da un concierto mítico en el Madison Square Garden. Los días sin descanso de la fama están aquí.

El nuevo vídeo está inspirado precisamente en el *porno look* de Helmut Newton, amigo de Dominique, y describe en blanco y negro las aventuras de unas chicas de aspecto frío y belleza impoluta —bien podrían ser nuestras vampiresas Antoinette y Valérie— en la parte trasera de una limusina. Mientras atraviesan la ciudad y vemos los edificios, puentes y avenidas, se superponen imágenes de las formas femeninas que se funden con el paisaje citadino para transformarlo en el paisaje de una isla. Los edificios que son caderas se tornan acantilados, las pestañas y los ojos acaban siendo juncos y mar, los senos serán dunas. El punto artístico es innegable, con su realismo bucólico y el erotismo omnipresente. Son los videoclips de los años ochenta.

Al salir del estudio, parece que el cansancio no hace mella en Gina. Nuestra modelo está pletórica, mientras que Dominique sigue encerrado en sus pensamientos insistentes. Es el momento de que Gina sepa quién es y de dónde viene. Pero ahora mismo sería un pecado estropear su felicidad. Además, no le creería. Seguramente, la chica dudaría de si su novio ha tomado drogas a sus espaldas. Ella se muestra juguetona y lo lleva a la ducha, una vez en su apartamento de la planta 29 de Park

Avenue North. Entre el agua caliente sobre sus pieles desnudas, Dominique solo puede leer amor y sexo en la mente de Gina. Nada la inquieta. Bueno, también lee que desea presentarle a su familia. La dulce Gina. Hacen el amor y ni el placer despierta a un ausente Dominique. Esta noche todo debe cambiar. Esta noche esta historia cambiará su rumbo.

Gina se pone una falda de tubo de lana y un body negro, copados con un abrigo de manga japonesa XL de color naranja caldera. Zapatos de tacón cuadrado, eyeliner verde, sombra de ojos azul cielo y labios en tono violeta pálido. Dominique lleva traje de color marrón de Armani sobre camiseta negra y zapatos de ante. Su Bentley Mulanne entra por la puerta trasera del Madison Square Garden. Una azafata los conduce hasta su *box suite*, desde donde verán el concierto con todas las comodidades. Pat, Salma y James llegan poco después de Antoinette y Valérie. Las vampiras nunca se perderían una sesión de rock, adrenalina y fans. Las compañeras de Dominique, las indiscretas.

—Mmm, lindo James. Veinteañero, gay, enamorado de Dominique hasta las cejas —observa viperina Valérie.

—Fibrado, rubio, ojos azules. —Antoinette le sigue el juego.

—Ese peinado con la capa superior más larga, más rubia y lacia y la inferior corta le da un aire muy añorado, ¿no crees, Antoinette?

—Puede que esta noche se digne a jugar con chicas por primera vez —responde Antoinette. Las dos *vamps* ríen al unísono, atrayendo la atención general.

—Esas dos —le comenta Salma a Pat— son peligrosas. Algo me dice que han posado sus ojos en James.

—Bueno, no tienen nada que hacer, divina —afirma Pat—. Solo Dominique tiene la llave del corazoncito de nuestro fotógrafo querubín.

Siguen las risas en los corrillos de chicas y todos se sirven una copa, preferiblemente ron con cola. Bebidas calientes y azucaradas para una noche muy caliente.

Es impresionante ver a veinte mil fans brillantes levantar sus brazos hacia el escenario, como si estuvieran plantados delante del mismísimo Muro de las Lamentaciones. Vale decir que estos, o en su mayoría estas, no se lamentan. Están poseídas por un amor extraño que colapsa el ambiente. Los pantalones de pinzas de los años cuarenta, las blusas de mujer de las décadas de 1940 y 1950, raso, gasa, son el estilo copiado de sus ídolos, que pareciera que se miraran al espejo cuando se presentan delante de su público.

Los DD saltan al escenario entre gritos, lloros y bramidos femeninos histéricos. El «buenas noches, Nueva Yooork» se pierde en el techo del Madison Square Garden y revuelve las tripas, doloroso y desgarrador.

—Buenas noches Nueva York, ¿me oís? —Las fans gritan alborotadas, como respuesta al cantante rubio—. ¿Hay algo que deba saber? —grita él, introduciendo el título de la primera canción del *setlist*.

En la *box suite*, bailan y corean el estribillo. Dominique se mantiene en un segundo plano. Mira fijamente a una Gina que goza como una niña de sus cantantes favoritos, y que espera que los músicos le firmen sus fotos en el *backstage* después del concierto. Esa parte de la vida de VIP es la mejor, cree. La pantalla gigante anuncia con imágenes sugerentes el inicio de *The Reflex*, seguida por los vídeos fantasía de *Hungry Like a Wolf* y *Union of the Snake* que tantas horas han ocupado de las emisiones en la MTV. *New Religion* alude a la locura de verse rodeado de gente y sentirse muy solo; es la reflexión sobre la idolatría que despiertan los músicos en sus fans. Cuando DD tocan *The Seventh Stranger*, Dominique se siente ahogado y trastornado. No por la música, no por el ambiente frenético, no por la compañía. Sale al pasillo. Y se encuentra la peor escena. Tres puertas de *box suite* más allá, Antony Price, Bryan Ferry y Nile Rodgers charlan con unos tipos que lucen trajes de chaqueta caros y puros cubanos enormes y humeantes. Son los magnates de la industria musical departiendo con el creador de los trajes de seda de colores eléctricos de los DD o los Roxy Music. De Bowie, Reed o los Rolling. Mr. Price, el creador de la rock'n'roll fashion disfruta de compañías ilustres, a excepción de una: la de Manfred Hass. Hass, el Odio, parece que no ha visto al fotógrafo. Dominique cierra la puerta de su *box suite* con cuidado y regresa con su comitiva.

—Hace pocos años, se fue inesperada y amargamente una de las estrellas más necesarias para propagar el amor y la paz en el mundo. —El cantante toma una guitarra acústica y se coloca bajo un foco de luz tenue—. Esta canción se llama *Save a Prayer* y siempre se la dedicamos a él, a Marvin Gaye.

—Gina, tenemos que irnos. —Dominique interrumpe el clímax del momento y coge la mano de su amada.

—Pero ¿qué dices, Dominique? ¿Qué mosca te ha picado? ¡Esta es la canción de mi vida! Debes de haberte bebido algo. —Es Gina la que está un poco ebria y reacciona mal. Las otras chicas y el chico se quedan estupefactos por la situación: que Dominique quiera marcharse y que Gina le conteste con tan poco tacto. La música del medio tiempo resulta demasiado suave para fingir que no escuchan la conversación. Durante una única canción, el público también se ha quedado mudo.

—Gina, por favor, escúchame. Es muy importante. —Dominique la mira fijamente a los ojos y la chica lo sigue. Valérie y Antoinette se ofrecen a adelantarse hasta el coche para tenerlo preparado.

—Parece que a Gina no le sienta bien el alcohol —explica Valérie. Las estilistas y el ayudante del fotógrafo se miran sin comprender qué pasa, pero sin atreverse a meter las narices.

A los dos minutos de que hayan salido Gina y sus vampiros de la *box suite*, se abre de manera brusca la puerta.

—Está claro que hoy no vamos a poder disfrutar del concierto en paz —se queja James, visiblemente afectado por no compartir su canción, *Notorious*, con Dominique. Salma y Pat, sin embargo, intuyen que algo mucho más grave que el

amor no correspondido intoxica el aire.

—¿Dónde están? —pregunta Manfred desde la puerta.

—¿Perdone? ¿Quién es usted y qué quiere? ¡No moleste! —espetea Salma.

—Busco a Dominique Désir y a Gina Mann. Sé que estaban en esta *box suite* —explica el odioso con su voz fea.

—No los conocemos —miente Pat, sabiendo que protege a sus amigos—. Y ahora váyase y no interrumpa más.

Mientras Pat y Salma discuten si llamar o no a la policía («Seguro que ese tipo es un psicópata acosador»), el mundo se complica por las decenas de túneles y de pasillos que conforman el laberinto de las entrañas del Madison Square Garden. Dominique tira de Gina. Esta corre y mira atrás. Alguien abre una puerta y asusta a la modelo. Correr, correr, correr. El abrigo XL de color naranja caldera revolotea por los pasillos. Los tacones cuadrados crean un eco inconveniente. En la arena, DD interpretan *Careless Memories*. Gritos, gritos y más gritos en el concierto.

—¡Ya basta, Dominique! Para, espera, estoy cansada, estoy asustada.

—Falta poco, Gina, vamos a llegar al p rking.

—¡Me da igual! ¡Para aquí! —Gina se suelta de la mano de Dominique y se queda quieta, en la mitad del pasillo, mirándole con lágrimas en los ojos. Dominique vuelve sobre sus pasos y la abraza, pero ella le empuja—. ¿Qué demonios te pasa? Desde que regresamos de Japón te comportas de una manera extraña. —Las lágrimas caen por sus mejillas—. ¿Por qué no me has dicho que no querías venir a este concierto? ¿Sabes? No est s obligado ni a quererme ni a querer las cosas que me gustan, pero sí a hablar conmigo si eso pasa.

—Vamos, Gina, amor mío. — l se acerca, pero ella retrocede. Oyen unos pasos acercarse—. ¿Podemos hablar en esta habitación, por favor? Confía en mí. Es necesario que nos escondamos. Por favor, Gina, por favor.

Gina, desoyendo los ruegos del vampiro, sale disparada por otro pasillo, y Dominique persigue el eco de sus tacones. Mi protegido también oye los pasos acelerados de Manfred, aunque discurren por otro pasillo paralelo; solo espera que no confluya con el suyo. Gina tuerce una y otra vez por pasillos más y menos iluminados, en una escena digna de una escapada paranoica. Dominique se eleva por el aire levemente y atrapa a Gina. Le hace un gesto de silencio y la modelo entra en el trance de la hipnosis. Una puerta cerrada con llave no es obstáculo para un vampiro. Acceden a un pequeño trastero, lleno de equipamiento de fútbol americano, y callan hasta comprobar que los pasos de Manfred se pierden en otro pasillo.

—Gina, tengo que hablar contigo.

Gina despierta del trance y se revuelve con rabia entre los brazos de Dominique.

—¡Eso es obvio! ¿Qué has hecho? ¿Quién te persigue? ¿Por qué me ocultas cosas?

—Nos persigue un dhampiro.

—¿Quién? —Gina abre los ojos y est  a punto de perder la paciencia.

—Un dhampiro, un ser medio humano y medio vampiro.

Gina se aproxima a la puerta con la firme intención de irse, pero Dominique la coge por la cintura, con incluso más firmeza.

—Dominique, eres un imbécil —le dice ella con mucha rabia. La misma que se refleja en los ojos del fotógrafo y que consigue aplacar el vampiro. Gina siente que su voluntad se debilita otra vez.

—Amor mío, no soy quien tú crees que soy. Hay algo detrás del fotógrafo y del hombre, algo de lo que no estoy orgulloso, pero que es una naturaleza inevitable. No sé cómo decirlo. He esperado mucho para confesarlo, y siento que tengas que pasar por esto, pero esta noche debes saber que soy un vampyrus.

La modelo le observa en silencio. Apenas parpadea. Sin embargo, la invade una extraña sensación de calma. El influjo del vampiro actúa sobre ella. Asiente y toma su mano. Dominique la besa, y lengua contra lengua, nota que el cuerpo humano de Gina se entrega a su espíritu vampírico. Continúa describiendo la gran verdad.

—Gina, nos persigue un ser de mi mundo, alguien destinado a cazar vampiros. — La modelo no se mueve de sus brazos, subyugada—. Se llama Manfred Hass, y trabaja para un ser supremo sobrenatural llamado Yuri Upravleniya. Sé que te sonará como una fábula de un perturbado, pero estoy dispuesto a contarte todos los detalles y a demostrártelo. Necesito tu permiso para hacerlo. Di que me quieres escuchar.

Gina mueve levemente la boca. Dominique la suelta y ella, ya en sus plenos sentidos, se sienta en un rulo de goma. La modelo abre la boca y frunce el ceño, pero no puede gritar. Se sorprende pensando que no desea armar un escándalo, que cree en aquel ser del que está enamorada, aunque él sea un monstruo. En ese instante, todo se pone en su sitio, como si el universo hubiera acabado su puzzle de planetas y de estrellas. No sabe por qué, pero todo tiene sentido, esa confianza, esa sensación de que su conexión con él trasciende la rutina y la transporta a otros lugares, a toda la vida, a una eternidad.

—No te haré daño —insiste Dominique.

—No te tengo miedo. Lo sé. —Gina sigue calmada—. Cuéntame de qué me conoces y por qué me has elegido, por favor.

—Nos conocimos en 1917 y nos enamoramos. Yo era un vampiro incompleto y en ti encontré mi mitad.

—¿En 1917? No es posible, Dominique. Yo tendría ahora... casi setenta años. — Gina se tapa el rostro con ambas manos.

—Sí, si no fuera por el efecto de una maldición.

—¿Maldición?

—Nos enamoramos, pero tú estabas prometida a Yuri Upravleniya. Tu familia había acordado un matrimonio de conveniencia.

—¿Mi familia? ¿Qué familia? Mi familia no me vendería a cualquier fulano con dinero... —matiza Gina—. ¿Mi familia también estaba conmigo en 1917?

—Se trata de tus antepasados, Gina, y no de tus familiares actuales. Tú eres la

única que pervives en el tiempo, por la maldición que te estoy intentando explicar.

Gina no se atreve a hablar. Dominique continúa sacándose la pesada piedra del pecho, tal y como le sugirió aquel chamán hippy en Woodstock.

Dominique describe los detalles que Gina debe conocer.

—Como querías casarte conmigo, huimos, pero el día de nuestra boda, Manfred, el dhampiro que nos ha perseguido esta noche por los pasillos, nos encontró y condujo a Yuri hasta nosotros. Yuri es un brujo de poderes perversos que necesita que una mujer lo ame para deshacerse de sus sombras. Tu traición conmigo despertó su ira y te maldijo a vivir una y otra vez sin que sepas que morirás a los veintisiete años. Con ello, también me maldijo a mí, obligándome a sufrir tu pérdida sin poder evitarlo cada vez. Gina, estamos en peligro. He pasado todos estos años buscando el remedio para romper la maldición.

—Si eres un vampiro, ¿por qué no me has convertido? ¿La inmortalidad no es más fuerte que cualquier maldición? —Hay mucha incredulidad en las palabras de Gina, que se siente, con razón, muy confundida.

—Porque convertirte no acabará con la maldición.

—Entonces, ¿cuántas veces he vivido y he muerto en los últimos setenta años? ¡Por favor!

Dominique sabe que ella no le cree.

—Dos veces, Gina. Esta es tu tercera oportunidad, y dentro de unos meses cumples veintisiete años. Debes entender que estoy desesperado. —La modelo intenta decir algo, pero se calla, al ver que su amado cierra los ojos y sigue hablando—. Todos estos años me he sentido rechazado y fuera del mundo. La vida no me quería con ella y, cualquier gesto de dulzura externa me dolía como si me clavaran una daga de plata. Como un perro que ha sido apaleado repetidamente y que se aparta cuando ve una mano que lo quiere acariciar. He sido un desastre emocional a quien nada compensaba, ni toda la belleza y talento del mundo, ni los amigos, ni mi trabajo, ni las experiencias más extraordinarias, ni conducir mi coche por los horizontes más increíbles, ni las otras mujeres, ni siquiera una obra de arte. Nada es válido ni tiene sentido sin tu amor. Sin la esperanza de que ese amor renazca y que puedo recuperarlo, habría claudicado y me habría hundido en un oscuro vacío. Estoy harto de que seamos eternos desconocidos. Es mi principal razón para amarte eternamente.

—¡Oh, Dominique! —Gina se lanza a los brazos de nuestro fotógrafo y lo besa—. Mi corazón me obliga a creerte, a pesar de que todo lo que dices es descabellado. Estoy segura de que una energía extraña nos une en lo más profundo. Quiero creerte, pero eso también significa que voy a morir. ¿Estoy soñando, me tomas el pelo? ¡Soy muy joven para morir, y estoy sana! Definitivamente, Dominique, ¿cómo voy a creer todas las locuras que me cuentas?

—Esta vez no voy a permitir que mueras.

—Dominique, ¿es ese Manfred quien puede matarme? —Gina tiembla.

—¿Recuerdas el caos en el desfile de XPort? Eso fue obra de Manfred. —Gina se

queda pensativa y mira con preocupación a Dominique—. Él no puede acabar contigo, pero sí puede evitar que yo lo impida.

—No sé qué decir, Dominique, estás trastornado, y al mismo tiempo, te creo. — Gina coloca una mano en su corazón y empieza a llorar. El vampiro la abraza con ternura—. Un vampiro, tú. Una maldición. Me estoy volviendo loca. Soy una chica sencilla de Brooklyn.

—Eres una mujer dulce y fuerte que te has enfrentado a la maldad, a la ignorancia y al miedo en tres vidas. Ven conmigo, te demostraré que podemos vencerles.

CAPÍTULO 30

Sangre en la ciudad (lo que nadie sabe)

*A*já. Gina duda. Duda de si se está subiendo al Bentley Mulsanne con tres vampiros o con tres chalados. O con su novio y dos cómplices de una broma de muy mal gusto que, por si fuera poco, la privan del final del concierto y de los autógrafos de sus ídolos. ¿O es una escena del filme *Terciopelo azul*, de David Lynch, entre lo real y lo onírico? Es cierto que lo de desaparecer a todo correr en un coche se ha convertido en una costumbre. Para Antoinette y Valérie no es más que una huida como las de los viejos tiempos.

—¿Vamos hacia Park Avenue North? —Valérie mira a la pareja por el espejo retrovisor.

—No, vamos al Meatpacking, señoritas. —Dominique asiente.

Antoinette se da la vuelta para mirar a los ojos a su mentor.

—¿Bromeas? ¿Cómo vamos a ir allí con Gina?

Gina le devuelve la mirada, tranquila, pero seria.

—Estoy preparada. Que sea lo que tenga que ser. Después de lo que me han contado esta noche, ya no hay nada que me sorprenda.

—Ya lo habéis oído, señoritas. Al Meatpacking District —repite Dominique, serio y concentrado.

El coche de lunas tintadas aminora la velocidad cuando se acerca a las calles colindantes, a primera vista desiertas, de Hudson Street. Se detiene. Los cuatro ocupantes no median palabra, solo esperan. Gina, en verdad, no sabe qué esperar. Dominique quiere mostrarle la verdad con pruebas fehacientes. ¿A qué se referirá? De pronto, un siseo incómodo y agobiante va creciendo afuera. En las escaleras de incendios de los edificios de piedra roja se descuelgan unos seres de cuerpos flexibles y huesudos. Tops y prendas negras se ajustan a sus anatomías extrañas, confiriéndoles una elegancia y una sensualidad dispares. Es ropa de Alaïa, y ellos los vampiros más bellos. Miran el coche con curiosidad, aventurados en la estructura metálica, y sonríen relamiéndose los colmillos y acariciándose las piernas y los pechos en actitud provocadora. Gina aprieta la mano de Dominique y lo mira como queriendo comprender que él no puede ser una de aquellas criaturas. La modelo está muerta de miedo. El coche se mueve con lentitud y los vampiros lo persiguen con sus pupilas rojas. El Bentley se adentra en otra calle sin un alma y se detiene de nuevo justo a la mitad. Esto no es ningún cine y Gina no está viendo ninguna película ni ningún videoclip de zombies. Es real, es Nueva York y muchos han muerto ya en esta caza vampírica. Aquí están los vampiros.

En los enormes ventanales del almacén aparecen más vampiros. Llevan unas distintivas faldas burbuja, las *pouf* de Lacroix, en fucsias y naranjas. Bufan y se camuflan asimilándose con los cristales de las ventanas, como unos guerreros de cristal.

Dos bandos, Bloody Fashion Victims. Malditas y sangrientas víctimas de la moda.

Detrás del coche, una multitud de criaturas del bando Alaïa bloquea ahora el paso. Los nuestros somos poco amistosos con otros similares, en especial si no ajustician, chantajea y asesinan. Porque hay varias familias de vampiros, lo sabéis, y los vampyrus descartamos la crueldad. El problema es que el bando Lacroix manda en estos cristales y desprecian a los Alaïa. Los bellos han invadido territorio ajeno y se arrepentirán. Los del coche pasan por una molestia sin importancia. Mis tres vampiros y nuestra modelo no son su objetivo.

El ataque resulta inevitable.

Un centenar de guerreros de cristal se hacen visibles y caen despiadados sobre los vampiros sensuales. Gina observa la escena aterrorizada y protegida por los vampyrus, dentro del coche parado en medio de un caos sangriento. Es una manera cruel de hacerle creer la verdad, pero el tiempo se acaba y toda explicación sobra frente a la realidad. Una vampiresa de larga melena negra y escote de vértigo clava sus colmillos en el cuello de una Lacroix incauta y se lo arranca de cuajo, escupiendo parte de él con asco después. Cuatro compañeros Alaïa se pelean por descuartizar a la víctima, mientras el cuerpo a cuerpo de los vampiros de ambas facciones no respeta reglas ni caballerosidad. Dos criaturas fuertes y musculosas luchan por asfixiarse, bajo una lluvia de vampiros voladores que atacan a otros como águilas asesinas. Manos ensangrentadas empañan las lunas del Bentley.

—¡Sacadme de aquí, por favor! —grita Gina, abrazada a Dominique.

Valérie pisa el acelerador y atropella a congéneres rabiosos, a animales que se devoran entre ellos como panteras enfermas. No obstante, en cada calle está pasando lo mismo, y la visión es insoportable e interminable. Gina esconde su rostro en el pecho de Dominique. Pese a todo, se siente segura con los vampyrus. Los humanos parecen indiferentes a que en los suburbios, cuando ellos duermen, una marea de sangre y odio se está comiendo la Ciudad desde dentro, motivada por el enfrentamiento entre los seguidores de Monsieur X y de Madame X.

—¿De veras, Dominique, que este horror se debe a la traición entre dos diseñadores de moda? ¿Estos seres se matan en nombre de ellos? —Gina está convencida de que vive una pesadilla.

—Es el precio que pagan los traidores, si quien lo ordena es poderoso.

—¿Tú también eres así? —Es la pregunta del millón. A Gina le tiembla la voz—. Valérie y Antoinette, ¿sois así? —Por un momento, Gina teme que sus acompañantes le dejen ver su apariencia vampírica real. Dominique lee su mente.

—Nosotros somos de otra familia, los vampyrus. Solo nos alimentamos de

animales o de la sangre o energía psíquica de humanos que actúan de manera tóxica. Vivimos auspiciando las artes y no traicionamos a los que amamos —concluye Dominique, con el beneplácito de sus dos acólitas.

—¿No os sentís atraídos por mi sangre? —pregunta Gina con extrañeza.

Valérie ríe.

—Disculpa, Gina. Has visto demasiadas películas. Aunque confieso que alguna vez me has parecido muy atractiva. —Y ríe otra vez junto con Antoinette.

—¡Cuidado, Valérie! —grita Dominique.

Tres vampiros con faldas *pouf* se estampan contra el parabrisas, y otros tres se zafan del atropellamiento y corren tras dos vampiresas vestidas de licra. El Bentley acelera. Los vampiros trepan por la plataforma de hierro del tren elevado, arañas bien vestidas y ciegas de alimento. Las dos vampiresas saltan al techo del tren y corren de vagón en vagón. Sus perseguidores alcanzan a una y la desmembran allí mismo. Los humanos que ocupan el vagón miran hacia arriba y cuchichean.

Más y más vampiros corren por las aceras y por las fachadas de los edificios, en la dirección del coche.

—No nos persiguen a nosotros —asegura Antoinette—. Responden a una llamada.

—Gina, ¿confías en mí?

Dominique está decidido a terminar con el fatídico destino que se repite para los enamorados.

—¿Qué puedo decir, Dominique, si todo lo que me cuentas parece verdad?

—Creo que debemos responder también al responsable de esta guerra —afirma Dominique—. Vera y yo mismo hemos estado investigando quién está detrás de esta vorágine.

—La noche va a ser muy larga —dice Antoinette—. Con Dominique, la vida nunca es aburrida —ironiza.

Paran en el cruce de la Séptima Avenida con la Calle Dieciséis: las oficinas de XPort. Los vampiros se apelotonan sobre las puertas giratorias de la entrada y también se deslizan por las escaleras de incendios. Cada bando accede al edificio como ratas ordenadas, siseantes y peligrosas. Como autómatas. Como si Hamelín tocara su flauta.

—Entremos por la puerta de atrás —ordena Dominique.

—Eso también es un clásico —bromea Valérie.

Gina está paralizada en su horror.

—No bajaremos del coche, ¿verdad?

—No debes separarte de mí ni un segundo, Gina. Solo conmigo estás a salvo.

—Por favor, no me dejes, Dominique.

—Nunca te he dejado y nunca te dejaré, Gina.

Los cuatro intrusos se meten en el ascensor. Las escaleras registran un movimiento incesante de vampiros que ascienden hasta la planta 20. Nuestros tres vampiros no pueden recurrir a su forma gatuna; si se transforman en gatos, Gina quedará indefensa. El metro ochenta y cinco de Dominique se interpondrá entre su amada y el mundo, así como el metro ochenta de las dos valquirias de su séquito, Antoinette y Valérie. La planta 20 resulta impracticable. Acceden a la planta 21 y desde allí escuchan mentalmente lo que sucede abajo. Dominique permite a Gina oírlo también.

—Madame X, espero que esté satisfecha. —La voz es inconfundible: Yuri Upravleniya—. La marca es de su propiedad, como acordamos. Ahora, lo único que nos queda es eliminar a Monsieur X. Los patrones han sido ya archivados y su exmarido y exsocio no los recuperará nunca. Debo decirle, de todos modos —el malvado Duque de Humo mira a la diseñadora ambiciosa y prosigue su discurso con su acento ruso— que hay dos cuestiones que me disgustan. La primera, que Gina Mann protagonizara su desfile. La segunda, tener que contar con esa pandilla de vampiros. Odio a los vampiros.

Gina se estremece.

—Dios mío —dice en voz baja—. Reconozco a ese hombre. ¿Dónde he oído antes esa voz cavernosa? Me pone la carne de gallina.

—Es la voz del hombre con el que te ibas a casar. El hombre que te maldijo —contesta Antoinette. De pronto, Gina se ve como una protagonista natural de esta locura.

—Ahora lo entiendo todo —plantea Dominique—. Es Yuri quien ha despertado a los vampiros para que se destruyan entre ellos. Ha conseguido que Madame X traicione a su propia empresa con la esperanza de quedarse con todo. Su ambición no le deja ver que el Duque de Humo no cumple sus promesas, y que se deshará de ella cuando logre poner a Monsieur X fuera de su vista. Es un industrial poderoso que juega sucio y está engañando a muchos diseñadores. Vera me ha dicho que alguien boicoteaba desde hace tiempo a muchas marcas. No lo podíamos desenmascarar porque, como el Vampire de Highgate me advirtió, es un ser superior sobrenatural. Ya sabemos quién es.

—¿Quién es Vera? —pregunta la ingenua Gina.

—Vera es mi protectora, mi mentora. Nos ayuda siempre.

—¿Y por qué no está aquí jugándose el cuello, Dominique? —Los tres vampiros ríen ante la ocurrencia de Gina.

—Ella siempre está presente.

Se callan y siguen escuchando al enemigo. En la planta inferior, la conversación continúa.

—Manfred, por favor, acércale a Madame X los documentos para que los firme. —Yuri ha silenciado las excusas de Madame X levantando el dedo índice, cual Pantócrator románico.

—Enseguida, señor. —He aquí la otra voz, gangosa, que Gina identifica inmediatamente.

—Es el dhampiro, el que nos ha perseguido en el Madison Square Garden — indica Dominique.

—El tío lleva décadas persiguiéndoos —precisa Valérie—. Qué brío, qué empeño.

Abajo, en la planta 20, se cierra una puerta de golpe. Yuri y Manfred abandonan el edificio.

—Esta vez Yuri no escapará. —Dominique incita a las chicas a apresurarse.

—Espera, Dominique —dice Antoinette—. No debes enfrentarte a él sin la presencia de Vera, ni tampoco exponer a Gina. No podemos garantizar su seguridad.

(Bien dicho, yo te he enseñado a ser sensata, querida discípula.)

Les sorprende un golpe seco. Manfred y dos secuaces bloquean la puerta de salida.

—Vaya, aquí estáis. A mi jefe le encantará saber que por fin eliminamos a toda la escoria de esta ciudad a la vez.

Gina se queda en un rincón y se atrinchera detrás de dos sillas ergonómicas de oficina.

—Un cazador de vampiros que se vale de los vampiros. Muy inteligente, a pesar de no ser idea tuya, necio.

Dominique empuja a Manfred, que cae al suelo. Las vampiresas rajan el cuello de uno de los secuaces y tiran por la ventana del vigésimo primer piso al otro, sin que apenas les planten cara para luchar. Son vampiros maduros, en el cénit de su poder. Desde el suelo, Manfred saca una pistola de su chaqueta.

—Dejadle.

Dominique pide a sus acólitas que no se interpongan. Quiere comprobar algo, aquello que Bowie le hizo notar. Hass se levanta y apunta al vampyrus. Gina sale de su escondite llorando y gritando, pero las vampiresas la frenan antes de que haga una tontería.

—Dispara —le provoca Dominique.

—No, no, no lo hagas. —Gina está fuera de sí.

Valérie y Antoinette saben que no deben intervenir, y solo su sangre fría las mantiene en su lugar.

Manfred dispara.

La bala de plata penetra en el hombro de Dominique y este retrocede un paso.

Manfred dispara de nuevo y alcanza a Dominique en el pecho.

Gina se agita entre los brazos de las vampiresas.

Dominique comprueba que las balas se desintegran en su cuerpo y que los orificios se cierran sin dejar marca, inmediatamente. Manfred no lo puede matar, ni siquiera con armas de dhampiro. Porque es secundario, como acertó Bowie, y solo puede destruir a los vampiros de baja estirpe. Dominique es un vampyrus, y el arte es indestructible.

—¡Capturadle! —Dominique señala a su séquito—. Él nos llevará hasta Yuri.

—¡Estás loco, asqueroso chupasangre! —grita Manfred—. Con Yuri no tenéis ni la mínima oportunidad. Déjame ir y te confesaré el antídoto contra la maldición.

—Serpiente inmunda y mentirosa. —Dominique habla con dureza—. Tú no puedes ni imaginar cómo liberar a Gina. No tienes la categoría para ello. Cállate o te echaré a los vampiros para que te degüellen a placer.

Gina se lanza sobre Dominique, presa de las lágrimas y de la angustia. Él la abraza fuerte.

—No te preocupes, amor mío, estoy bien. Estaremos bien. —Mi protegido intenta calmar a su amada.

Antoinette avisa que se avecina un gran desastre.

—Daos prisa, el edificio se quema. Tenemos que salir de aquí.

—Bajemos por la escalera de incendios del edificio contiguo —sugiere Valérie.

Las vampiresas arrastran por los brazos a Manfred y Dominique carga a Gina en brazos. Desde el otro edificio pueden divisar a Madame X en su oficina de la planta 20, golpeando con ambos puños su puerta, cerrada con llave por Yuri, hasta desplomarse asfixiada por el humo. Las llamas inflaman todo el edificio y los vampiros saltan atravesando las ventanas. Alaiñas y Lacroixes incluso saltan juntos, sin poder evitar despedazarse unos a otros en la caída al vacío hasta su aliento final. Sus atuendos ajustados y las faldas *pouf* arden e iluminan la noche neoyorquina. Se oyen voces desgarradoras procedentes del interior de las oficinas de XPort. Dominique tapa los ojos de Gina.

—Ya has visto bastante dolor por hoy.

CAPÍTULO 31

Dress for Success

*L*eer los periódicos también resulta doloroso, en especial si no has tenido la oportunidad de blindarte ante los golpes.

NEW YORK CITY NEWS ~ 22 de febrero de 1987

EL ARTE LLORA LA MUERTE DE ANDY WARHOL

Esta mañana, a las 6:32, ha fallecido a los cincuenta y ocho años el célebre artista Andrew Warhola, conocido como Andy Warhol, en el Hospital de Nueva York. El cabeza visible del movimiento artístico visual o Pop Art ha muerto mientras dormía, en el curso de la fase postoperatoria de una intervención rutinaria de vesícula biliar. Se ha reportado que la causa de la muerte es una arritmia cardíaca.

Warhol debutó como ilustrador y publicista en la década de 1960, y desarrolló una fecunda y original carrera que abarcó desde las artes plásticas al cine, la música y la literatura en diferentes formatos. Descubridor de talentos en los campos de la moda, la fotografía o la interpretación, Warhol representa la quintaesencia de la cultura popular como parte del sistema. Solo él pudo elevar el arte a la idea de mero negocio: «Ser bueno en los negocios es la forma de arte más fascinante que existe. Ganar dinero es arte y trabajar es un arte y hacer buenos negocios es el mejor arte», aseguraba. Su arte y su vida son el legado que hicieron de Nueva York un lugar más excitante. Descanse en paz.

UN INCENDIO DESTRUYE EL EDIFICIO DE XPORT

Los bomberos de Nueva York han conseguido controlar el aparatoso incendio declarado esta madrugada en las oficinas de la marca XPort, ubicadas en la Séptima Avenida con la Calle Dieciséis. Las llamas han destruido por completo el edificio de 25 plantas. Al cierre de esta edición no se han determinado las causas de la catástrofe, en la que han perdido la vida dos personas: la diseñadora de la marca, Madame X, que se encontraba en su despacho a altas horas de la noche, y el portero del edificio. Ambos murieron asfixiados. Ningún vecino ni transeúnte ha podido señalar irregularidades, ni hay testigos confesos.

Con la muerte de uno de los socios, la compañía queda en manos del también

diseñador y exmarido de la fallecida Monsieur X, que se encuentra en paradero desconocido. Madame y Monsieur X habían protagonizado algunos enfrentamientos en público y estaban en proceso de reestructurar su negocio. La policía busca como posible sospechoso de provocar el incendio a Monsieur X, pero algunos conocidos afirman que se encuentra en París.

Ay, los periodistas. Con qué ganas se saltarían a la torera las 5Ws de la noticia, *What? Who? When? Where? Why?*, y escribirían que Monsieur X ha hecho como otros famosos que se fueron a pescar y no retornaron del fondo del océano para ser dados por muertos y seguir evadiendo impuestos. Me pregunto qué publicarán cuando averigüen que días antes del incendio, Monsieur X había vendido sus acciones en bolsa. ¿Dónde habrá dado con sus huesos? ¿Se habrá cambiado de nombre? ¿O de cara, como los protegidos por la justicia que se someten a cirugía estética?

Las revistas de mujeres decantarán la balanza hacia Madame X, y alegarán que los hombres no soportan a una mujer más alta, a una más lista, a una que gane más, a una que los tenga en su sombra, a una que decida mejor. Se sienten inferiores. El cazador de la caverna mora en ellos. Los periodistas, y las periodistas. Quizá tienen razón, pero lo que importa es que tengan ética. Puede que filtren la realidad, que no se pueda contar la totalidad de lo que ocurre sin tomar partido. Pero la verdad es verdad, y punto. Por esa razón no me invento partes de esta historia... ¡aunque me muera por adornarla un poco!

Estos días, hombres y mujeres solo buscan poder. Todo el mundo quiere dominar. Yuri persigue el control. Nosotros perseguimos a Yuri Upravleniya.

Por todo eso, en estos superficiales años ochenta, vestirse para el éxito tiene más significado y sentido que nunca. Como podéis comprobar, los y las profesionales, sean periodistas o delineantes, quieren ser importantes y la mejor manera de demostrar el poder es vistiéndolo. De ahí que la alta costura se haya revalorizado, que los trajes italianos no falten en Wall Street, que los diseñadores se conviertan en celebridades y que sus marcas lleguen a ser imperios económicos. Detesto el narcisismo, y sin embargo, entiendo que la vanidad refleja muy bien el poder. ¿Por qué incido en esto cuando nuestros protagonistas están en peligro? Para que entendáis que cuando alguien necesita ayuda en 1987, el pasillo se ilumina hacia los responsables de los imperios del Dress for Success: el Gran Consejo de Modistos es la institución en la sombra más poderosa del mundo. Y con ellos he solicitado una reunión de emergencia en The Cloisters, el claustro medieval proyectado a partir de cinco partes de diferentes abadías europeas, trasladadas piedra a piedra hasta Washington Heights. Que el Viejo Continente nos ilumine e inspire para enfrentarnos al poder supremo de Yuri.

Gina y Dominique llegan puntuales a la cita, nuestra modelo con evidentes signos de no haber pegado ojo, la pareja con sus brazos enlazados espalda con espalda.

Ambos visten pantalones y suéteres anchos desestructurados de diseño japonés y botas de pirata planas; van de negro, de la cabeza a los pies. Antoinette y Valérie guardan a Manfred Hass al otro lado de la ciudad. Grace y yo procedemos del aeropuerto JFK. La vampiresa pelirroja quiere ayudar a Dominique a cumplir su destino y ha volado desde Londres.

—¡Dominique, mi buen amigo! —La pelirroja abre sus brazos, y Dominique la recibe en los suyos con mucha gratitud.

—Sabía que vendrías.

—Tu llamada me halaga. Tu amistad y tu confianza me halagan, Dominique — responde Grace.

—Discúlpanos, Gina. Te presento a mi gran amiga Grace y a Vera, mi Señora. — El dandi Dominique.

Gina me mira con mucha curiosidad. Está pensando que soy la «Vampiresa mayor», y no me gusta.

—Grace, encantada. —Sonríe Gina, cansada—. Vera, claro, nos conocemos. Hemos estado juntas con Diana, Richard, Moira e Iris, ¿verdad?

—Pues qué breve e insustancial impresión te he causado, querida, porque no me recuerdas muy bien.

—Vera, no seas dura con ella. —El defensor Dominique.

Gina se disculpa.

—Por supuesto que la... que te recuerdo, Vera. Solo es que no te asociaba con esto, digo, con lo de los vampiros y todo eso.

—¿Todo eso, preciosa? —Me chifla hacer sufrir a la juventud, y me doy cuenta de que Grace y Dominique me están reprochando—. En realidad, te conocí en el Gran Teatro de la Ópera de París en los años veinte. Ya te contaré la historia.

Gina entorna los ojos y suspira. La pesadilla parece no tener fin, y cuando cree que lo de su triple vida, los vampiros y la maldición es irreal, alguien le recuerda que está pasando. Yo.

Accedemos a la sala de los tapices flamencos que relatan La caza del Unicornio y nos acomodamos a la mesa redonda de madera de roble tallada. Una mano invisible pulsa el *play* y comienza a sonar *There's a Light that Never Goes Out*, del grupo inglés The Smiths. Que no decaigan el espectáculo y el sentido del humor en la moda. Nunca.

*Driving in your car
Oh, please dont drop me home
Because it's not my home, it's their home
And I'm welcome no more*

*And if a double-decker bus
Crashes into us*

*To die by your side
Is such a heavenly way to die*

*And if a ten-ton truck
Kills the both of us
To die by your side*

Well, the pleasure, the privilege is mine.^[15]

El desfile de personalidades sienta a la mesa, uno por uno, a KL *el Káiser*, PB *el Decano*, YY *el Vanguardista*, IM *el Arquitecto de la Aguja*, V *el Emperador*, BA *el CEO del Lujo* y... a Monsieur X.

—Señores, señoritas —Monsieur X presenta la charla y la voz cantada de Morrissey pasa a un volumen más discreto—, les damos la bienvenida al Consejo de Modistos extraordinario. Hemos considerado que el caso es lo suficientemente importante como para desplazarnos desde París, con el añadido de que una de nuestras baluartes, madame Vera Dempres, ha solicitado nuestro amparo. Y ahora, describánnos sus necesidades, por favor.

Es decir, que Monsieur X sí que estaba en París y Yuri no podrá arrebatarle su marca, si los Modistos apoyan al creador de XPort. El manipulador Upravleniya debe de andar enloquecido por su jugada fracasada. Nos enfrentamos a un demonio terrorífico.

—Cedo la palabra a mi protegido, Dominique Désir Du Plessy.

Dominique se levanta y expone su pena.

—Señores, como han notado, este es un asunto de la máxima importancia, tanto para el gremio de la Moda y todos los que lo levantamos a diario, como para mí, mi séquito y, sobre todo, mi prometida. —Gina se sorprende al oír esta última frase. ¿Cuándo se han prometido? Dominique prosigue—. Gina Mann morirá en noviembre de este año si no descubro cuál es el talismán contra la maldición impuesta por Yuri Upravleniya.

Se hace el silencio y, de pronto, una algarabía de comentarios entre los Modistos inunda la sala. El unicornio de los tapices les observa.

—Yuri Upravleniya. —Monsieur X ejerce de portavoz del Consejo—. Nos habla de un diablo poderosísimo, monsieur Désir. El mismo que va tras mi empresa y mi persona. El mismo del que me protegen mis ilustres compañeros de Consejo.

—Estamos enterados de ello, pues nos encontrábamos anoche en las oficinas de XPort cuando Yuri asesinó a su exesposa.

Monsieur X levanta la mano, en un gesto de desprecio.

—Usted está preparado para dar la cara a su enemigo. Ya sabe cómo llegar a él, a través de su enemigo secundario.

—Pero puede matarnos a todos —puntualiza Dominique—. El Vampire me confesó que los poderes de Yuri son sobrenaturales.

—Los suyos también, Dominique. —Todo el Consejo aplaude. Dominique se impacienta con lo que él interpreta como ironía. ¿De verdad que aquellos son los mandamases?—. Además, ha reunido a todos sus aliados. Ha sabido cómo hacer acopio de muchos poderes valiosos. Vera, Grace, Valérie, Antoinette. No podemos ratificar que saldrá indemne del cara a cara, pero no tema a su enemigo porque está a su altura en estos momentos.

Me levanto, convencida.

—Ya sabemos cuál es el riesgo necesario que debemos asumir. Han sido de gran ayuda, Modistos. Les estoy agradecida.

Dominique me mira, enfadado, sin entender que nos despedamos y en teoría no nos llevemos ninguna pista de cómo vencer a Yuri. No obstante, el mensaje que buscábamos, aunque él no lo intuya, es el correcto: Dominique es un vampiro completo, listo para luchar y ganar.

Mientras desfilan de salida, uno por uno y en el mismo orden que han aparecido —KL *el Káiser*, PB *el Decano*, YY *el Vanguardista*, IM *el Arquitecto de la Aguja*, V *el Emperador*, BA *el CEO del Lujo* y Monsieur X— Morrissey sigue cantando «*there is a light that never goes out, there is a light that never goes out, there is a light that never goes out...*»^[16]

Y

Dos Bentley Mulsanne de lunas tintadas se comen la Quinta Avenida a toda velocidad. Valérie y Antoinette llevan al rehén Hass y siguen a nuestro coche. Dominique nos conduce, a Gina, Grace, a esta servidora y a los demás, al Teatro Nederlander, en la calle Cuarenta y uno entre la Séptima y la Octava Avenidas. Manfred ha cantado: allí se esconde el manipulador Upravleniya. No, no y no. No estoy contenta.

Por una vez, accedemos a un lugar por la puerta principal. El *hall* del teatro está desierto. Las más de mil doscientas butacas de la sala están vacías, también. El teatro está abierto, pero no hay nadie, a menos que sus habitantes sean invisibles. Atentos.

En el foso de la orquesta, una figura delgada y espigada levanta una batuta; al bajarla, todas las luces se apagan. Lo siguiente que distinguimos desde la última fila es una columna de humo que se eleva y se posa en el centro del escenario. Bajamos en fila india hacia allí por el pasillo central izquierdo, Gina es la última de nosotros siete. Manfred Hass es el escudo de nuestro pequeño ejército. Lo blande Dominique Désir Du Plessy. Hacemos una primera parada en el *mezzanine* frontal.

—No voy a olvidar lo que habéis hecho, ni está en mi ADN perdonaros, Gina Mann y Dominique Désir. —Yuri Upravleniya habla como si recitara el Macbeth de Shakespeare desde el escenario (y ese Macbeth era un demente muy cruel). Está suspendido en el aire, como posicionado en un cómodo trono.

—Entonces, Yuri —grita Dominique—, cambia la vida de Gina por la mía. Puedo regalarte mi poder y mi inmortalidad.

Yuri se carcajea.

—Eso ya lo poseo, vampiro idiota. ¿Tienes algo menos previsible que ofrecerme? Por ejemplo, el amor de tu enamorada. Renuncia a él y viértelo sobre mí. Que lo que estaba escrito vuelva a su lugar.

—¡Eso no estaba escrito! ¡Me obligaron! —grita Gina, parapetada por las tres vampiresas y esta que escribe. Ha recuperado el alma de la Gina Mann de 1927.

Yuri pasa sus manos peludas por sus cejas en punta. Le brillan sus ojos negros insondables.

—Ven a mí, querida Gina —pronuncia el Duque de Humo.

Gina se eleva y es arrastrada hacia Yuri. Los brazos de Dominique rescatan a la modelo y la aferran a él, momento que Manfred aprovecha para correr, maniatado, hacia el escenario.

—Jefe —suplica Manfred—, yo no les dije cómo encontrarte, pero esas dos chupasangres me amenazaron con cortarme la lengua.

—No mereces menos. —Yuri lanza una ráfaga de humo contra su esbirro y este yace inconsciente en la moqueta del teatro.

—¡Yuri! ¡Te ordeno que reviertas la maldición! —advierte Dominique. Nunca le hemos visto de esta guisa temible.

—¡Estoy harto de todos vosotros, de hecho! —Yuri da bandazos por el escenario, fuera de sí—. Por supuesto que desharé el hechizo... ¡Os mataré a todos y habremos terminado con tanto incordio! ¡Id al infierno!

CAPÍTULO 32

La moda siempre tiene la culpa

Eso es. *Welcome to Hell!* La platea del *Nederlander* se transforma en el infierno, a saber, un dhampiro se incorpora poseído por una fuerza descomunal y ataca a Valérie. Antoinette intenta separar al odioso maniaco de su compañera, y el trío chilla y forcejea. Cuando se deshacen de él, ambas pierden su aspecto hermoso y humano y muestran sus garras y sus rostros blanquecinos. Sus ojos rojizos y sus colmillos ya ensangrentados con el fluido de Hass.

Grace toma a Gina y la traslada a la hilera de butacas más alejada del aquelarre, para regresar al barullo infernal convertida en una vampiresa de prominente melena pelirroja, ojos verdes felinos y cuerpo musculado. Desde mi posición, dirijo a mis vampiros con todo mi ser y mi capacidad. Me ven como soy, al igual que Dominique enseña su cara verdadera. Somos una tropa de bestias a la caza del gran diablo.

Los acontecimientos se precipitan. Manfred escapa en dirección a Gina, pero la pareja de vampiresas del séquito le da alcance pronto. No dispone de ninguna arma útil para remediar su final. Antoinette clava sus uñas afiladas en el pecho de Manfred, que aúlla como un perro salvaje y suplica a su amo que lo salve. Yuri no levanta ni un dedo, y disfruta de la cacería. Es entonces cuando Valérie aprovecha los chillidos de Hass para arrancarle la lengua, como había prometido durante tantos años pasados. Manfred tose y llora sangre, mientras las chicas lo abandonan en un charco rojo en la moqueta y le dan el golpe de gracia pisándole la nuez con sus tacones de aguja. El terrible fin del dhampiro parece satisfacer a Yuri Upravleniya.

—No está nada mal. Eso es lo que podéis hacer, ¿y sois incapaces de salvar a vuestra Gina? —Ríe entre su humo Yuri. Gina se mantiene arrodillada con la cabeza entre las manos, en medio de las butacas del teatro.

Grace, Valérie y Antoinette salen disparadas hacia Upravleniya. El brujo rechaza el ataque de un zarpazo, aunque Grace consigue colgarse de su espalda y marcar la frente de Yuri con sus garras. Cuando intenta deshacerse de la vampiresa, Dominique embiste a Yuri de frente. Le propina un golpe en el pecho que desestabiliza al Duque de Humo, y entonces, Valérie y Antoinette caen sobre él. Las tres vampiresas luchan contra la saliva venenosa del manipulador, que les quema las manos y los rostros cada vez que las alcanza. De repente, el Duque se esfuma debajo de ellas. Dominique mira aterrado hacia Gina y me pide que vaya junto a ella. Llego justo a tiempo para interponerme entre la modelo y la figura demoniaca y alta de Yuri. Él no puede acercarse a mí, mi poder le supera. Sin embargo, yo tampoco puedo matarle. Solo Dominique, su enemigo, tiene el honor de poder ejecutarlo.

—Yuri, estás muerto —amenaza Dominique, ya a las espaldas de Yuri Upravleniya. Gina está llorando.

—¡Vosotros también! Gina no puede seguir siendo humana. O te la llevas tú o lo haré yo, a mi mundo.

Yuri ha reconocido una especie de antídoto.

En un instante, Yuri Upravleniya, nunca amado por ninguna mujer, ni siquiera por su propio hijo ni por sus sirvientes, siente que su poder está encapsulado en su humo. Mi presencia le debilita. Grace, Antoinette y Valérie surgen de detrás de Dominique, y los cuatro vampiros reducen al Duque de Humo. Dominique saca del bolsillo de su ancho pantalón negro el símbolo de un amor que ha sobrevivido a los años y a sus vidas: el anillo de oro con piedra de aljófar con el que desposó a Gina en 1927. Lo coloca sobre la frente herida del duque ruso. Su sangre, en contacto con el amor puro contenido en la piedra, deviene en pequeñas llamas que se integran en su cuerpo peludo y enjuto y lo queman por dentro, hasta que sus globos oculares se derriten y su mirada ya no cuenta en la Tierra. El alma negra de Yuri Upravleniya ha sido destruida. Nos apartamos del cuerpo del ser superior sobrenatural y este desaparece engullido por el humo.

«O te la llevas tú o lo haré yo.» El frío neoyorquino de finales de febrero lame la ventana del apartamento de Park Avenue North. Gina recupera la razón con la cabeza recostada en el regazo de Dominique. Se despereza sobre el sofá de cuero azul a juego con la butaca; lo único que acaricia su piel, junto a la mano protectora de Dominique, es un camisón de seda de color melocotón. El fotógrafo, de suéter de rayas y pantalón gris oscuro, presiona con los pies desnudos el frío suelo. La Sonia de Klamery del cuadro de Anglada Camarasa los observa desde la pared amarillo vikingo.

—Cariño, quiero ser como tú —susurra Gina—. No temo a nada. Solo quiero estar contigo para siempre.

Dominique ha entendido las mañas de su enemigo. La profecía del Vampire de Highgate se ha cumplido: «El arte de la guerra es el arte del engaño»; por eso, «si utilizas al enemigo para derrotar al enemigo, serás poderoso en cualquier lugar a donde vayas». Yuri Upravleniya dispuso que los poderes de Dominique anularan la maldición. Su enemigo lo utilizó como buen estratega. Ahora el enemigo que le queda por neutralizar no es otro que él mismo: Dominique Désir Du Plessy es consciente de que negarse a sí mismo destruye su poder, porque salvar la vida de Gina supone convertirla. Llevársela con él.

—Dominique, conviérteme. Hazme tuya. —Gina despierta a Dominique de sus cábalas—. El amor es cuando te gustas muchísimo a ti mismo cuando estás con otro, ¿no? Pues no me importa ser una vampiresa. No me importa vagar entre la vida y la muerte.

—¡Maldito Yuri! —Dominique golpea el brazo del sofá—. La verdadera maldición del Duque de Humo implica que me vea obligado a condenarte a las tinieblas. No estoy tan seguro de que te gustes a ti misma en esta vida angustiada, Gina.

—Oh, Dominique, ¿qué necesitas? Yo en apariencia lo tengo todo: una familia que me apoya, el éxito, dinero. Y aun así, ¿sabes?, estoy en la base de la pirámide de necesidades. Contigo aspiro a alcanzar el vértice. Tú eres mi espíritu.

Dominique se resiste.

—¿No te das cuenta de que es un castigo también para mí? No puedo hacerte esto.

—No tenemos otra opción, amor mío. No quiero morir en balde. —Gina habla con calma—. De todas maneras, después de lo que he vivido contigo estos últimos días, ya no puedo ser una humana corriente. Llévame contigo.

Dominique mira a su alrededor.

—De acuerdo, pero debes seguir mis instrucciones al pie de la letra. Hay una forma de conservar tu mortalidad una vez infringido el suspiro inmortal del vampiro, la conversión a mi mundo.

—¿Qué quieres decir, Dominique? No quiero ser mortal.

Gina está completamente convencida de que desea acompañar a su amado por toda la eternidad.

—Probemos.

Gina consiente, a pesar de guardar su voluntad como buena rebelde.

Nuestro vampiro se acerca a un arcón y extrae una urna llena de tierra rojiza. Le entrega a Gina el anillo de oro con piedra de aljófar.

—Por fin somos marido y mujer —le susurra.

Pide a su amada que descansa relajada en el sofá de cuero azul. Se miran a los ojos antes de que ella los cierre. El pecho de Gina sube y baja pausado y tranquilo. La embarga una felicidad indescriptible. El cielo gris de Nueva York dará la bienvenida a una vampyrus más, o eso piensa. Siente dos punzadas insoportables y dolorosas en su muñeca y abre los ojos, pero no puede gritar. Dominique bebe la sangre pura y dulce de Gina, que pasa por su garganta y se expande por sus pulmones, brazos, su sexo y sus piernas, y retorna en un único latido a su corazón. Un latido que no había experimentado desde 1778. Gina vuelve a cerrar los ojos en paz y Dominique la besa, lengua con lengua, para mezclar su sangre de vampiro enamorado con la de su mitad. El suspiro inmortal inunda el cuerpo de la modelo y ella convulsiona en pleno orgasmo.

Antes del clímax, Gina nota que una tierra áspera y húmeda penetra en su muñeca, a través de los dos orificios practicados por la mordedura del vampiro. Dominique ha tapado la herida con la tierra de su propia tumba, impregnada de sangre vampírica. Es el talismán, el antídoto contra el suspiro inmortal, y también contra la inmortalidad maldita de Gina.

Inesperadamente, ella intenta frotarse la herida y despejarla de tierra.
—¡No, no, déjame, quiero ser como tú! ¡Quiero ser una vampyrus!
Dominique la sujeta y vuelve a besarla con pasión.

Queridos y queridas, espero que recordéis mi nombre durante mucho tiempo: Vera Dempres, la Verdadera Emperatriz. Asumo que por mucho que me he hecho notar a lo largo de estas páginas, vuestros corazones atesorarán a mis buenos Dominique y Gina. ¡Ah, el amor, que mueve el mundo! (Oh, el dinero que lo mueve a toda velocidad, ¿verdad, románticos de pacotilla?)

Puedo confirmar que el 14 de noviembre de 1987 Gina cumplió sus veintisiete años sin percances. Los días tristes, efectivamente, acabaron allí, el día del suspiro inmortal. Está bien, Gina sigue siendo humana, aunque conserva una palidez mortal por haber pasado por la conversión... ¿truncada? Solo yo sé —y ahora vosotros— que ella, algunas veces, siente ansia, ese sabor metálico en la lengua que reclama sangre. Mi dulce Gina.

Se vislumbran entonces nuevas épocas para nosotros. El crack de la Bolsa ha hundido la década del exceso. Han sido los años del optimismo y de las manos llenas, pero el final de los años ochenta ha llegado para pasarnos la factura. ¿La moda? ¿Hay algo más allá de la moda? Podéis preguntarle a la supermodelo Gina Mann, que no se levanta de la cama por menos de diez mil dólares. Como siempre he creído, en la moda, en el arte, en el amor y en la vida: haz y no digas: podrías morir mañana.

Por creer

«*P*arece mentira que hayamos llegado hasta aquí. Es maravilloso [...]»

Pienso que parafrasear a Vera Dempsey, quien me ha acompañado este último año, refleja bastante bien lo que siento respecto a esta historia y respecto a las personas que han creído en ella; que han creído en mí. Porque sí, *Malditos* está construida sobre los cimientos de un gran acto de fe.

No es habitual en estos tiempos que alguien confíe en un escritor de ficción novel, y mucho menos si no ha leído ni una línea. Yo he tenido la inmensa fortuna de que una Moira particular no solo me haya escogido con una confianza casi ciega, sino que me haya animado a ser libre creativamente, y a su vez me haya guiado para mejorar. Gracias a mi Moira: a Carol París, mi editora valiente, amable y soñadora-con-los-pies-en-la-tierra. Brindo por aquel día cuando me sugeriste la idea y me provocaste con un «Con esto, ¿qué crees que puedes hacer?» y caímos en las redes de los vampiros y de los modernos. Tu confianza, tu talento y tu visión han sido mi motor.

Gracias inmensas a mi otra Moira, a Amair Fernández, gran amiga y una de las agentes literarias que más aman lo que hacen. Sin su empuje, realismo útil y más confianza en mí esto no se hubiera cumplido.

Gracias a Sophie Guët, por su sensibilidad y su intuición, por escucharme y plasmar mis emociones en una cubierta ideal.

Gracias a Lisa Pram, por el arte de retratarme y por poner en ello la energía, la ilusión, la creatividad, el talento, la locura y la fashion que solo ella sabe aportar con su trabajo.

Gracias a Amanda Khôl, mi *make up artist*, por sumarse a embellecer tanto a la autora como a la presentación de esta novela.

Gracias a Laura Betato y a su equipo: Sandra, Maca y Mia, por ser mis estilistas top desde hace diez años.

Gracias a los compañeros de Roca Editorial, por su paciencia y por arroparme para el diseño, márketing, prensa y distribución.

Gracias a Francesc Miralles, que me introdujo hace años en el mundo editorial sin dudar, me inyectó confianza para publicar casi una decena de libros de no ficción y que se ha pasado los últimos siete años insistiendo en que escriba novela. Por su respeto y su curiosidad sana. Merece ser mi primer lector de honor. Lo he conseguido, amigazo y súperescritor.

Gracias a Care Santos, amiga y escritora muy admirada, que una vez me comentó: «No eres tú quién decide si eres escritora. Eres escritora porque te leen, porque te eligen».

Gracias a mi familia, que se ha entusiasmado con cada detalle. A mis sobrinos, Paula y Marc, que viven en estas páginas. Por el *brainstorming* de títulos. Por ser incondicionales.

Gracias a otro incondicional, a Gerard, por sus ánimos infinitos, por soportar la furia de cada bloqueo creativo y por ser la calma racional *versus* la histeria puntual.

Gracias a mis amigos, que tantas frases GENIALES han aportado a esta novela (con su permiso, claro), que tanto han compartido mis miedos y chifladuras y que tanto contribuyen a mi felicidad. Ahí están Marta, David, Chema, Pili, Joan Carles, Esther, Alba, Gemma, Eva, Álex Fernández, Joan Manel, Francesc, Gloria, Jorge, Gisela, José Ignacio, Katinka, Ian Ball and Freya Sophia, Oli, Mariela, Yvette, Cécile, Macarena, Gema, Raquel, Anna Sólyom, Jordi Medianoche, Álex e Isabel Pérez Mellinas, Sílvia Tarragó, Sílvia Capitán, Laura Kohan, Lorena, Luciano, Carla y Sofía, Amparo y Juan, Ainhoa Urresti y Janire, Josep, Manel y Jordi —Kings of Mambo—... Un gracias especial a los veterinarios Emilia Sanz, Dani y Jesús.

Gracias a Héctor García Puigcerver, escritor «valenciano-tokiota», por revisar el viaje a Japón.

Gracias a amigos y compañeros de los que he aprendido sobre moda y belleza en mi oficio de periodista. A Anna Farré, Lali, Majo, Charo, Anna Vallès, Laura Potrony, Mònica Igual y a muchos otros.

Gracias a todos mis referentes artísticos. Esta historia es mi oda a ellos, mi humilde homenaje a las personas que han cambiado el mundo para que exista la belleza, el sentido y el pensamiento. ¡AÚPA LA CULTURA!

Gracias, lectores y lectoras, por seguir al pie del cañón.

IRENE CLAVER Febrero 2016.



IRENE CLAVER (Sueca, Valencia, 1974) es periodista especializada en tendencias —desde moda y belleza a música y viajes—, estilo de vida, bienestar o sexo. Ha trabajado para diversas revistas femeninas y ha colaborado en muchos otros medios, desde Tailandia a México. También ejerce de traductora, *community manager* y de responsable de comunicación. Tras haber publicado numerosos libros de no ficción como *66 maneras de enamorar a un vampiro*, *Trendy*, *El gran libro de las supersticiones* u *Operación verano*, presenta su primera novela, una historia que conjuga amor, vampiros y moda, con sentido del humor y sofisticación.

Notas

[1] Enredado en estas cadenas / atrapado en este cuerpo, en esta jaula humana / atrapado, y encendido de la rabia / Y alguien tiene que pagar. / Un amor que ha sido solo una pérdida de tiempo / Ya basta, aunque aún lo siento. / Pero sigo encerrado y aquí estoy obligado a permanecer, / y nadie más puede entrar./ Soy un hombre encadenado. / Solo ruego que antes de morir / pueda levantar el vuelo como un ave fénix. <<

[2] Cuidado, que igual consigues lo que andas buscando. / Una chica cool, extraña pero no desconocida. / Y yo soy un tipo corriente. Se quema la casa. <<

[3] Aguanta, espera a que termine la fiesta. / No salimos porque el tiempo es asqueroso. / Tiene que haber una manera. / Se quema la casa. <<

[4] Chiquilla feliz, ¿sabes qué? / He conocido a alguien interesante. / ¿Es guapo? ¡Ya lo creo! / Te cuento: He conocido un chico nuevo, dulce como la miel. / Es como un modelo de revista, me tiene emocionada. / Su manera de seducirme me ha convertido en su esclava. / Que seamos como tortolitos es todo lo que deseo. / Los besos más dulces, qué besos, llenos de felicidad. No me puedo resistir. <<

[5] Los caballeros sacan polaroids. / Se enamoran, se enamoran / Insúflame vida. / Confúndeme. / Y yo me sentaré y me preguntaré por qué. / Una ciudad extranjera con mentalidad extranjera. / ¿Por qué está todo tan definido? <<

[6] El robot llegó, el famoso robo, la inmortalidad del robot. Es muy caro y está hecho de plomo. Cuida de él, porque es muy pequeño... <<

[7] Esto no puede acabar, / pero si nos acercamos más podría perder el control. / Y si tu corazón se rinde, necesitarás que resista. / Somos fuertes y nadie puede decir que nos equivocamos. / Nuestros corazones se buscan desde hace tiempo / y ambos sabemos / que el amor es un campo de batalla. <<

[8] Aquí estoy sola de nuevo... Una ciudad tranquila donde la vida se rinde... Aquí estoy preguntándome... Los porteros de noche van, los porteros de noche desaparecen... <<

[9] Esto y aquello parecen lo mismo. Solo lo que es legal es real. / Lo que quieren que entienda es lo que voy a robar. / Me sorprendió ver lo que estaba permitido. Y no me dejé llevar por lo que hacían los demás. / Disparos por cada lado. / Todos suenan igual cuando gritan. / «¿Por qué eres tan moderno, tío?», pregunta el hombre con esa voz. / Y una cosa sigue a otra. / Vives y aprendes, no te queda más remedio. <<

[10] Cuando estoy a solas / y empiezo a llorar / me doy cuenta de que es cierto: / Aquí arreglada / con el corazón roto / y sigo enamorada de ti. / Sigo enamorada. / Sigo enamorada de ti. <<

[11] Hombre fascinante, ¿no tienes chica a quien amar? / ¿No tienes chica que te quiera? / Deja de estar triste / No hay tiempo que perder / Tienes muchas donde elegir / Hombre fascinante, ¿a qué esperas? / Cielo, no tardes y dame una señal / Hombre fascinante, ¡sé mío! <<

[12] Y cuando la ropa esté esparcida / no te asustes de la habitación / Toca sus pechos llenos / Siente el amor en sus caricias / Ella será tu final en vida / Ella irá, ella vendrá / Confiará en ti / Pero no pondrá su vida en tus manos / ¿Cómo puede la vida ser su punto de vista? <<

[13] La mañana mágica / en la que despierte y vea que no te has marchado / Es lo único que ocupa mis sueños. / Quizás mañana / Todos estos sueños se hagan realidad. / Pero, hasta entonces; / Amor, ¿dónde estás? [de la canción Lost and Lonely, de Dame Shirley Bassey] <<

[14] ¿Pero podemos bailar entre llamas? Un beso fatal es todo lo que necesitamos / Bailar entre llamas, al son fatal de sueños rotos / Bailar entre llamas, un beso fatal es todo lo que necesitamos / Bailar entre llamas, cuando lo único que vemos es un panorama para matar. <<

[15] Vamos en tu coche / Por favor, no me dejes en casa / porque ya no es mi casa; es de ellos. / Y allí ya no soy bienvenido. / Y si un bus de dos pisos / se estrella contra nosotros / morir junto a ti / sería una forma divina de morir. / Y si un camión de diez toneladas / nos mata / morir junto a ti / Bueno, el placer, el privilegio sería todo mío.

<<

[16] Hay una luz que nunca se apaga. <<